ARTURO BAREA

La forja de un rebelde II

LA RUTA

© 1951 Arturo Barea y Herederos de Arturo Barea

Índice

PRIMERA PARTE

Bajo la tienda I
La pista II
Tetuán III
La higuera IV
El blocao V
Víspera de batalla VI
El Tercio VII
Desastre VIII
El hospital IX
Recolecciones X

SEGUNDA PARTE

Cambio de juego I
Frente al mar II
Ceuta III
El cuartel IV
El embrión de dictador V
Adiós a las armas VI
El regreso VII
Golpe de Estado VIII
Villa Rosa IX
La ruta sin fin X

Primera parte

Bajo la tienda

Capítulo I

Estoy sentado sobre una piedra pulida por millones de gotas de agua de lluvia; pulida como un cráneo pelado. Es una piedra blancuzca llena de poros. Arde con el sol y suda con la humedad. Enfrente de mí, a treinta metros escasos, está la vieja higuera, con sus raíces retorcidas como venas de abuelo robusto, con sus ramas contorsionadas, repletas de hojas carnosas, tréboles carcomidos. Al otro lado del arroyo, salvando el barranco, trepando cuesta arriba, están los restos de la kábila.

Hace meses era un grupo de chozas de paja. Dentro, esterillas de paja trenzada. Una en la puerta, para dejar las babuchas al entrar. Otra dentro, para agruparse en cuclillas alrededor de las tazas de té. Otras más largas, adosadas a la pared, para dormir. La kábila era chozas de paja y esterillas de paja. El pan era tortas chamuscadas, cocidas sobre piedras calientes, hecho con el grano machacado entre piedras, barbudas de pajas enhiestas requemadas. Cuando coméis este pan, los pelos agudos de la hierba seca del trigo se os agarran al fondo de la garganta y os muerden allí con sus mil dientes.

La kábila despertaba en las montañas con el sol. Los hombres salían de las chozas apaleando el borriquillo mísero. Montaban en él y sus babuchas lamían la tierra. Tan pequeño era el burro. La mujer salía detrás, cargada, siempre cargada. Iban los tres a las tierras más llanas de la ladera y el hombre desmontaba; la mujer descargaba de sus hombros el primitivo arado de madera y uncía el burro al arado. Después, mansa, se uncía ella; y el hombre revisaba los nudos del atalaje del burro y de la mujer; empuñaba el arado, y la mujer y el burro marchaban a compás,

lentos. El burro tirando de las cuerdas con su collarón sobre el cuello desollado, la mujer tirando de la cuerda cruzada sobre sus pechos fláccidos. Lentos los dos, clavando en tierra los pies, doblando las rodillas en el esfuerzo. Los señores de la kábila amanecían a caballo, sobre un caballejo nervioso de crines espesas, el fusil en bandolera. Se perdían monte arriba, monte abajo. Quedaban en la kábila las gallinas, los corderos y los chicos con las viejas; todos juntos, revoloteando entre las chozas, picando, mordisqueando, revolcándose en el polvo. Todos sucios de mugre, de mocos, de polvo y de sol.

Hace meses, la kábila fue arrasada de la raíz de la tierra. A tan corta distancia que los telémetros no eran necesarios. El capitán de la batería había dicho:

-¿Para qué? Se tira a ojo, como se le tira una piedra a un perro.

Al primer cañonazo se derrumbó todo: la paja de las chozas saltó en briznas encendidas. Los chicos huyeron piedras arriba. Las gallinas y los corderos se dispersaron a donde su instinto los empujó. Las mujeres lanzaron chillidos agudos que repercutían en el valle. Los señores de la kábila caracoleaban en sus caballos, agitando en el aire el fusil. Después de los pocos cañonazos, la infantería subió la cuesta y se apoderó del poblado. Los soldados cazaban las gallinas huidas y los corderos extraviados que iban volviendo a la querencia al ponerse el sol. Encendieron fogatas y cenaron, el aire lleno de plumas de cuello de gallina, que revoloteaban lentas y a veces caían en el plato mansas. La operación había sido una cosa perfecta. A la caída de la tarde sólo quedaban unos montoncitos de paja humeantes y dos o tres chicos despanzurrados por el primer cañonazo. Plumas de gallinas volteando en el aire y pieles de cordero -festín de moscas- clavadas en palos cruzados. Donde estuvo la kábila, olía a yute de los mil y un sacos terreros que formaban el parapeto; olía a carne asada, a caballos y a soldado. Ese olor de soldado sudoroso con piojos en cada pliegue de su uniforme.

El general que conquistó la kábila estaba en su tienda delante de una mesa: un cabo de vela encendido, una bandeja y dos botellas de vino, rodeadas de varios vasos. Iban entrando los oficiales de cada una de las armas que realizaron la conquista, con su lista de muertos y heridos. Cada oficial traía dos o tres muertos, diez o doce heridos. El ayudante del general apuntaba. El general invitaba a un vasito de vino. Los oficiales se iban soñando con las cruces que aquellos muertos les hincarían sobre la guerrera al lado del corazón. En la noche, luego, se oían los ronquidos del general, ronquidos de viejo borracho que duerme con la boca abierta, los dientes en el fondo de un vaso.

Al amanecer vinieron los caballeros de la kábila: traían un toro y le degollaron allí, delante del general que aún tenía los ojos inflamados de sueño y de vino. El toro mugía a todos los valles y a todas las piedras de la montaña. El general hizo un discurso, hambriento de sueño: «¿Por qué madruga tanto esta gentuza?», pensaba. Después, el ayudante dio a los caballeros un talego lleno de monedas de plata.

Hace meses de aquella batalla gloriosa, en que un ejército heroico logró una victoria inmensa sobre la kábila. La kábila ya no existe y sólo hay unos manchones negros por el humo. Ahora estoy yo aquí. El valle es un hormiguero. Cientos de hombres cavan la tierra y allanan un camino ancho que pasará al pie de la kábila y la kábila se beneficiará del camino. ¡Ah! No. No podrá beneficiarse, porque ya no existe.

Pero... dicen que la montaña tiene dentro hierro y carbón. Y aquí, donde estuvo la kábila, quizá se alce pronto una ciudad de mineros. Tal vez un alto horno. Al lado de la carretera correrá un tren cargado de mineral y de trozos de hulla. Volverán los moros de la vieja kábila. Comerán pan blanco sin pajas ásperas. Viajarán en las bateas del tren, sucios de polvo y carbón; irán a la ciudad y se divertirán en la feria: darán vueltas en el tiovivo y habrá una barraca con un negro que asoma la cabeza a un agujero de arpillera; por una moneda de cobre podrán tirarle

una pelota a la cara y reír a carcajadas de los visajes del negro. Volverán felices a la mina.

En la montaña habrá una cama de cemento llena de soldados. Cuando los moros no sean felices con la mina y con el negro magullado a pelotazos, los soldados montarán sus ametralladoras.

Pero esto vendrá después y tal vez yo nunca lo vea. Ahora la carretera tiene que pasar por aquí, al pie de la kábila y a través de la vieja higuera. Como tiene raíces tan hondas, mañana la volaremos con medio cartucho de dinamita. Bajo su tronco estamos haciendo un taladro profundo que llegará hasta su mismo corazón.

Y hoy, nos hemos comido sus últimos higos que eran dulces como miel vieja.

Hasta el Zoco del Arbaa, Córcoles y yo fuimos en uno de los cuatro camiones cargados de material que conducíamos a Hámara. En el Zoco del Arbaa nos esperaba una sección de soldados al mando de Herrero, un sargento ya reenganchado, veterano de África, seco y huesudo, de facciones tostadas pero finas, bien humorado. Celebramos la amistad con unas botellas de cerveza alemana, más barata que la cerveza de España. Los veinte hombres de la sección comenzaron a descargar los camiones y a cargar la reata de mulos que había de llevar los materiales a la posición. Asombraba ver la cabida de los cuatro vehículos, conforme se iba amontonando en tierra yeso y cal, cemento y ladrillos, barras de hierro, madera en tablones, sacos terreros. Los soldados pasaban y repasaban y se apedreaban desde lo alto de los camiones en un ágil lanzarse los ladrillos unos a otros en una cadena; volvían la cabeza rápidos y me miraban.

Miraban al nuevo sargento, con sus galones de plata cosidos en la bocamanga, nuevos de quince días. «¿Quién será éste?», se cuchicheaban unos a otros.

Cuando estuvo cargado el primer convoy de mulos, Herrero se quedó con dos soldados al cuidado del resto y Córcoles y yo emprendimos la marcha con el convoy. Córcoles se puso en la cabeza y me indicó quedarme el último, por si alguno se rezagaba. Y así marchaba detrás de todos, absolutamente aislado. Miraba curioso el paisaje. Delante, los hombres hablaban de mí; lo sentía como un tacto físico, pero no me producía ninguna reacción. Miraba el paisaje.

A la izquierda se sucedían las montañas de granito pelado sin vegetales, que se ven a lo largo de la costa desde la desembocadura del río Martín hasta Alhucemas. A la derecha se alineaban las montañas lejanas del yébel Alam-Yebala, verdes, plenas de vegetación. Caminábamos por un valle que no era más que el lecho , limpio de arena de una torrentera donde se vierten las aguas de las montañas en la época de las grandes lluvias. El Zoco quedaba atrás en alto, y enfrente se levantaban varios cerros que cortaban el fondo del arenal. Uno de aquellos cerros era Hámara.

Después de una marcha de dos horas, asfixiantes por el calor y el polvo que levantaban en la arena las patas de los mulos, llegamos al pie de Hámara. Un arroyo trazaba un semicírculo alrededor del cerro y allí, en el lecho mismo del arroyo, nacía una cuesta empinada. Un camino de herradura lleno de fango en el margen del arroyo; un barro amasado por pies de hombres y patas de caballos húmedos de cruzar el vado.

La cresta del cerro era plana, como si un cuchillo hubiera rebanado su cumbre; en esta llanura circular se encontraba la posición. Una circunferencia de piedra de un metro de alta, y, fuera, otra circunferencia de alambre de espino roñoso. Dentro, tiendas de lona sucias y dos pequeñas barracas de madera. Esta fue mi primera visión de Hámara.

Córcoles se quedó con los soldados que descargaban los mulos. Yo fui a presentarme al capitán. Desconocía el terreno y tropezaba con los vientos de las tiendas ocultos a medias entre las

hierbas. Di dos o tres rodeos innecesarios que hicieron sonreír a espaldas mías a los soldados que me miraban curiosos; entré en la tienda del capitán un poco azorado.

-Bien -me dijo-. Váyase a su tienda y descanse hasta la hora de la comida. Entonces le presentaré a la compañía.

En la tienda había otro sargento. Nos saludamos: -Tú eres el nuevo, ¿no? -Sí. El nuevo. Llamó al machacante.

-¡Manzanares! Éste es el sargento Barea.

El machacante era un hombrecillo diminuto, rápido, lleno de gestos, como si tuviera la cara fabricada de goma blanda. Rompió a hablar en madrileño puro:

-Todo está arreglado. Ahí tiene usted su cama, que ni la de un rey. Y lo que le haga falta, me lo dice.

-Oye. ¿Y no hay nada para beber?

-¡Puff! Montones. Lo que quiera: vino, cerveza, aguardiente, coñac, de todo menos agua. El agua da las palúdicas. Prohibida. No sirve ni para lavarse.

-Bueno. Pues, tráete algo, lo que esté más fresco.

Trajo una botella de vino que se cubrió instantáneamente de una capa gris de vapor de agua condensado. El vino estaba casi helado.

-¿Tenéis hielo aquí?

-Ca, no, señor. Se refresca con el sol.

Me eché a reír ignorante. Aunque eran las cinco de la tarde el sol abrasaba y la tienda era un horno.

El sargento me hizo unas cuantas preguntas obligadas sobre el mundo exterior y yo le hice otras sobre aquel mundo en que entraba.

-¿Algo nuevo en Tetuán?

-No sé; he venido directo de Ceuta.

-Hace más de dos años que no he ido por allí. Aquí somos cuatro sargentos: Córcoles y Herrero, a quienes ya conoces, y Julián, que está en el tajo. Y por último yo. Esta semana estoy de servicio y además estoy de cocina este mes, así que bajo poco a la carretera. Me llamo Castillo. Comeremos a las seis.

El machacante vino a decirle que le llamaba el capitán y me quedé solo en la tienda que iba a ser mi hogar.

En medio, un mástil de unos cuatro metros de alto y alrededor de él colgaba la lona, extendiéndose en un cono que en la base tendría unos seis metros de diámetro. Apoyados en el mástil, los fusiles y las mochilas de los cuatro sargentos. Opuesta a la puerta -un roto en la lona-, una mesa portátil y media docena de asientos hechos de ramas de árbol. Adosados a la pared de lona, los pies hacia el centro y la cabecera tocando el techo de la tienda, siete camas, como los radios de una rueda. Cada cama estaba construida de seis ramas clavadas en tierra, cortadas en horquilla por arriba, y sobre las horquillas un marco de cuatro ramas en el que había clavada una tela de alambre. Sobre la tela de alambre, un jergón y una almohada de tela de saco rellena de paja. Dos sábanas y una manta. Al lado de cada cama, un cajón o una maleta con la propiedad de cada uno de los sargentos. Pero había siete camas y éramos cinco.

Tocaron a rancho. Me abotoné la guerrera y salí. Fuera, en la explanada, delante de la posición, había dos calderos enormes y a partir de ellos se formaba lenta una doble fila, los cabos en cabeza. Detrás de la fila había unas chozas de paja y un barracón de madera. El barracón se veía claramente que era un almacén de materiales. Las chozas de paja, no más altas de un metro y medio, estaban rodeadas de moros con chilabas mugrientas y raídas, que entraban y salían de ellas a gatas.

Herrero se colocó delante de la fila y comenzó a pasar lista. La respuesta «Presente» saltaba de un lado a otro a lo largo de los cien hombres. Cuando acabó, se quedó esperando. Salió el capitán Blanco con el alférez y el teniente a su lado.

Herrero gritó:

-¡Firmes! Sin novedad, mi capitán.

El capitán se enfrentó con la fila y me colocó a su lado:

-El sargento Barea, que ha sido destinado a la compañía, se ha incorporado hoy a ella. -Se volvió hacia mí-: Mándeles: «¡En su lugar, descanso!».

-¡En su lugar... anso!

La presentación estaba hecha. El capitán me presentó después al teniente y al alférez:

-El teniente Arriaga. El alférez Mayorga.

Córcoles presidía el reparto de la comida. Yo me uní a los otros sargentos. Córcoles me presentó a Julián, a quien aún no conocía. Hacían un contraste: Córcoles era alto, agitanado, con el pelo rizoso, nervioso y alegre. Julián era bajito, gordo todo él, redondo; la voz atiplada, la cara de manzana llena de carmines, el pelo lacio.

Los soldados iban recogiendo sus platos de comida y repartiéndose por la tierra. Cuando acabó la distribución surgió una fila de moros, unos con viejos platos de soldado roñosos y abollados, otros con latas vacías de conserva. El cocinero iba vertiendo un cazo a cada uno. Los moros se amontonaban alrededor de sus chozas y comían, muchos con los dedos, algunos, pocos, con cucharas cortas de soldado.

Les miraba a todos y ellos me miraban a mí. Cuchicheaban entre sí sus impresiones y creo que alguno hubiera sido capaz de venir a tocarme para cerciorarse. Me irritaba la mirada de aquella multitud; una mirada en la que se escondía un recelo. Cuando se acabó la comida, el capitán me llamó a su tienda:

-Desde mañana se encarga usted de las obras. Éstas son las instrucciones que tengo de Tetuán. Parece que usted conoce topografía, ¿no?

Me hablaba un poco altanero, mirándome con ojos estrábicos.

El capitán era bizco, terriblemente bizco.

-Un poco, mi capitán.

-¿Y contabilidad?

-Sí, señor. Esto mejor.

-Bueno. Pues desde mañana corren de su cuenta los materiales y los jornales; y las obras. Claro que... como ayudante mío.

-Naturalmente, mi capitán.

-Puede usted retirarse.

-Pero, yo quisiera...

-Puede usted retirarse.

-A sus órdenes, mi capitán.

Salí de la tienda un poco aturdido. Hacía diez meses que estaba en Madrid, vestido de paisano. De entonces acá había sido soldado y después cabo; había pasado de una oficina civil a una oficina militar y había seguido trabajando entre papeles y números. De la noche a la mañana me veía en el corazón del Pequeño Atlas, en una posición de primera línea, encargado de las obras de una carretera que ni aun sabía por dónde pasaba y de la contabilidad de unas obras que no conocía. Además, era un sargento, es decir una vértebra de la espina dorsal de cualquier ejército del mundo. La pared donde se estrellan los golpes de arriba, la oficialidad, y los de abajo, los soldados.

En la vida civil se miden las dificultades y se lanza uno contra ellas, o se soslayan. Si se fracasa, mala suerte. Si se triunfa, mérito a uno. Si no se decide uno a luchar, se queda donde está y no pasa nada. Pero en el ejército es distinto: le colocan a uno frente a las dificultades y no hay más remedio que atacarlas; si se fracasa, le castigan a uno; si se triunfa, se ha cumplido con el deber. Jamás se me hubiera ocurrido a mí en la vida civil solicitar el puesto de encargado de la construcción de una carretera y contable de las obras. En la vida militar, mis «peros» me los había cortado el capitán: «Puede usted retirarse».

¿Qué demonios iba yo a hacer al día siguiente?

Me dirigí a nuestra tienda y el machacante vino detrás:

-¿Quiere usted comer algo? Los sargentos no cenan hasta las nueve. ... -Bueno. Tráete algo.

Entré en la tienda. Sobre una de las siete camas estaba tumbado un paisano que se incorporó a medias al entrar yo. Un hombre macizo, más bien gordo, la bragueta desabrochada, el pecho cubierto sólo por una camiseta de malla sin mangas, pleno de vello negro y espeso que se escapaba por la red. Unas manos cuadradas sobre la panza, los dedos amorcillados con manchones negros de vello en cada falange. Dos suelas claveteadas con clavos gordos de cabeza cuadrada. Calcetines rojos caídos. Me señaló una caja de botellas de cerveza al pie de la mesa:

-Sírvase. Aunque no está muy fresca.

Me serví un vaso de cerveza y me lo bebí de un trago. ¿Quién sería el tipo aquél? ¿Qué hacía, allí, en la tienda de los sargentos, un paisano? Se sentó completamente sobre la cama. El vientre le hacía tres fajas de grasa.

-Creo que nosotros no nos conocemos. Yo soy José Suárez. El señor Pepe me llaman todos. El contratista de la piedra. Creo que usted y yo nos entenderemos bien.

-Supongo que sí, que nos entenderemos. ¿Por qué no? -Le di mi nombre y apellido.

Pero el hombre era expansivo. Se salió de la cama, sujetándose la pretina de los pantalones con las dos manos, y se sentó enfrente de mí, la mesita plegable en medio; rebuscó en una petaca enorme y escogió un cigarro, después de hacer crujir dos o tres entre sus dedos.

-Fúmese éste. Es magnífico.

-Lo siento, pero sólo fumo cigarrillos.

-Yo también. Pero éstos son necesarios. -Se sonrió con una risilla cómplice. Encendimos los cigarrillos y quedamos en

silencio, mirándonos. Al fin dijo:

-Supongo que ya estará usted al tanto de las cosas. Me eché a reír un poco forzado.

-Hombre, no sé nada. Como dicen en Madrid: «Acabo de llegar del pueblo». Anteayer en Ceuta y hoy aquí, sin haber sido nunca sargento, y sin haber hecho, en mi vida, vida de compañía; menos con estos líos de hacer una carretera; y para colmo, sin conocer a nadie aquí. Así que no sé nada de nada.

Manzanares entró con la merienda y otra de sus botellas de vino tapizadas de vapor de agua. Tras la espalda del gordinflón me guiñó un ojo.

-Me lo figuraba. Por eso me alegro que estemos los dos solos. En cinco minutos nos ponemos de acuerdo. Como ya le he dicho, yo soy el contratista de la piedra. Tengo una punta de moros trabajando; unos hacen barrenos en la cantera y otros machacan la piedra. La compañía me da la dinamita que yo pago. Luego la compañía me paga cada metro cúbico de piedra. Usted tiene que anotar la dinamita que gasto y los metros cúbicos de piedra que les doy. A fin de mes, liquidamos cuentas. A veces, los moros que yo tengo les ayudan a ustedes a desmontar el terreno y entonces es lo mismo: tantos metros cúbicos de tierra, tantas pesetas.

-Pues, me parece que la cosa no es muy difícil; no creo que vayamos a tener discusiones.

-No, hombre. Hay para los dos. Yo acostumbro a dar una tercera parte de los beneficios.

-¿A quién?

Se me quedó mirando muy extrañado:

-¿A quién va a ser? En este caso a usted.

-¡Ah! Vamos. Usted pretende que las cuentas no sean claras, ¿no?

-Las cuentas son clarísimas. Ni Dios las puede tocar. Claro que

para ello hace falta que usted lo apruebe. El capitán se lleva la otra tercera parte.

-¿Así, el capitán está en la combinación?

-Sin él no se podría hacer nada. Pregúntele.

-Yo no le pregunto nada. Si tiene algo que decirme, que me lo diga él.

Debí contestar muy agrio. El señor Pepe se calló y luego seguimos hablando de cosas indiferentes. Al cabo de un rato se abrochó los pantalones y se marchó: «A ver cómo se las arregla el chico», dijo. ¿Quién sería el chico? Diez minutos después me llamaba el capitán:

-A sus órdenes, mi capitán.

-Baje la cortina de la tienda y siéntese un poco. -Se me quedó mirando con cada uno de sus dos ojos alternativamente-. Supongo que se ha puesto usted de acuerdo con Pepe.

-Me ha hablado algo. Pero en realidad no le he entendido. Además, como usted sabe, yo no conozco nada aún.

-Bien, bien. Le he llamado por eso. Le voy a explicar cómo están las cosas. Usted sabrá que el Estado español realiza todas sus obras por uno de dos procedimientos: por contrata o por gestión directa. En las contratas se saca a subasta la obra a realizar y se paga lo convenido a un contratista. En la gestión directa, se calcula el importe y la administración lleva la dirección de las obras y paga los jornales y los materiales. Claro es que esta carretera no podría hacerse por contrata, a través de un territorio que es territorio enemigo. Así que se hace por gestión directa; nosotros pagamos los jornales y compramos los materiales. Trazamos el proyecto y llevamos a cabo las obras totalmente. Para esto está la Comandancia de Obras de Tetuán, que se encarga de la parte técnica y administrativa. Cada uno tiene su jornal: los soldados ganan 2,50 pesetas, usted seis, nosotros los oficiales doce. Éste es un gran beneficio para todos. A los

soldados se les da 1,50 en dinero y el resto se les mejora en comida. Así, no hace falta robarles nada en el rancho ni en la ropa. Y lo demás, es sencillo... -Alargó una pausa y sacó de una caja una botella de coñac y dos copas-. No he querido llamar al ordenanza... -Ahora continuó-. Le voy a hablar claro, para que nos entendamos bien: la compañía tiene un fondo particular, que se nutre de las economías que se realizan sobre lo presupuestado. Así, tenemos ciento once hombres, pero no todos trabajan; unos están enfermos, otros con permiso, otros tienen un destino, etc. Pero como el presupuesto son ciento once, los jornales son, naturalmente, ciento once. Pero como el que no trabaja no cobra, el sobrante de jornales pasa a la caja de la compañía. Con los moros es igual: el presupuesto son cuatrocientos, pero nunca se les puede tener completos; en realidad, son unos trescientos cincuenta. Pero como tienen que ser cuatrocientos, se agregan cincuenta nombres árabes y en paz. ¿Quién va a venir a contarlos? Los moros ganan cinco pesetas al día. Y se les da el pan que quieren a cuenta. Pero ésta es una cuestión de usted. En cuanto a Pepe, pues, es una cosa parecida; él saca la piedra y nosotros se la pagamos. Cada kilómetro de carretera necesita tantos metros de piedra. Pero... si la carretera tiene cinco centímetros menos de piedra..., bueno, calcule usted: cinco centímetros menos son unos doscientos metros cúbicos en kilómetro. En realidad -agregó cínico-, ponemos algo más en la cuenta. Además, sus moros nos ayudan a desmontar la tierra y la pagamos por metro cúbico también. Nada importa si se cuentan algunos de los que ha desmontado nuestra gente... -Se bebió la copa de coñac-. Hay además, claro, una porción de detalles pequeños que irá usted comprendiendo. Así que, ¿entendidos, no?

Y como nada tenía que hacer allí, me marché.

Después de la cena, el señor Pepe sacó una baraja y puso una banca de bacará con cincuenta duros. Me negué a jugar y me eché sobre mi cama.

-Aquí jugamos todos -dijo.

-Bien. Pero yo no puedo jugar la primera paga que aún no he cobrado.

-Por dinero no se apure. ¿Cuánto quiere?

-Yo, nada. Ya le he dicho que no juego.

-Yo le regalo cien pesetas. Siéntese con nosotros.

Me senté. Repartió las cartas y apunté las cien pesetas a las primeras que me sirvió.

-¡Hombre! Eso no es jugar. Si pierde, le voy a tener que regalar otras cien pesetas. Gané. Aquellas cien pesetas, y más de dos mil. El señor Pepe interrumpió el juego:

-Vamos a dejarlo por hoy. Hay que hablar de negocios.

Pepito, el hijo, el huésped de la otra cama, un mozallón con cara de albañil en traje de domingo, asintió:

-¡Ele, padre!

La ciencia de Pepito era simular el idiota perfecto, siendo un pillo redomado. El señor Pepe se dirigió a mis compañeros:

-Ya le he enterado a Barea de las costumbres. Y estamos de acuerdo. Además, creo que ha hablado con el capitán. ¿No?

-Sí. Ya me ha enterado de todo. Pero no sé si estamos de acuerdo. El señor Pepe me da la tercera parte de la piedra que yo apunte de más...

Córcoles estalló:

-¡La mitad!

-¿De acuerdo, don José? -pregunté con sorna.

-¡Hombre! La mitad para todos; eso se entiende.

-Bueno. Ahora el capitán me ha explicado todo el mecanismo de los jornales y del señor

Pepe, pero no me ha ofrecido nada y parece que todo es para él. Córcoles volvió a tomar la palabra:

-El capitán, naturalmente, no te va a ofrecer nada. Pero es muy sencillo: los jornales nunca pueden ser cuatrocientos moros y ciento once soldados. La cifra es incompleta siempre para no llamar la atención. Nosotros, por ejemplo, nos reservamos diez jornales de los moros, que son diez duros diarios para los cinco. Lo mismo pasa con la piedra y la tierra del señor Pepe. Aquí es donde está nuestra ganancia.

-¿Y el teniente y el alférez?

-El teniente es millonario y no sabe de esto ni jota. Figúrate. Es un hombre que deja su paga a beneficio de la comida de los soldados. El alférez tiene parte en lo nuestro y también con el capitán. Es un águila.

-¿Así, que el capitán se guarda para él las economías de la compañía?

-No seas idiota. Las economías de la compañía es lo que se puede ahorrar del presupuesto militar de la compañía. Lo de las obras se lo reparten entre él y los de la comandancia de Tetuán.

-Entonces, ¿el comandante está también en el lío?

-Pues, hombre, si no estuviera, no podríamos hacer nada. No seas idiota.

Nos quedamos todos en silencio. Por lo visto yo era un idiota perfecto. Las cartas estaban desparramadas sobre la mesa. Comencé a recogerlas mecánicamente:

-A mí esto me parece un robo.

-Lo es -afirmó Córcoles-, un robo al Estado.

-Y si no me da la gana robar, ¿qué pasa?

Córcoles me miró y se encogió de hombros. Se echó a reír, pero yo tenía la cara muy seria, y entonces se levantó y vino a mí; me cogió del brazo:

-Hace mucho calor aquí. Vente afuera conmigo.

Nos fuimos juntos y nos recostamos en el parapeto de piedra

que rezumaba humedad. El campo estaba en silencio, surcado de trazos de luna.

-¿Has hablado en serio?

-Sí. Esto es una porquería. Yo no he robado en mi vida y esto es robar.

-Mira: robar es quitar el dinero a alguien. Pero esto no es robar. ¿Quién es el Estado? Si robamos a alguien, es al Estado, y bastante nos roba él a nosotros. ¿Tú crees que un sargento, con noventa pesetas al mes, puede vivir? Y aun aquí, en África, con ciento cuarenta por estar en campaña, ¿se puede vivir? Tienes derecho a casarte. Cásate con veintiocho duros al mes y verás... -Se quedó mirando a lo lejos y luego siguió en voz muy baja-: Acércate. Aparte de todo esto, hay otra cosa. Esto es como si una máquina te coge una mano; después va el brazo y luego todo el cuerpo. Y no puedes escapar. Si no te prestas a robar para otros y para ti, te quitarán la plaza, te trasladarán después, te mandarán a donde revientes de hambre y corras el riesgo de un tiro a cada momento. Si se te ocurre hablar o protestar, hay medios más sencillos: te quitarán los galones de sargento por cualquier falta corregida y aumentada y hasta... -bajó mucho más la voz- un accidente puede ocurrirle a cualquiera. Todos los días hay «pacos» en el camino del Zoco. Ahora, piensa todas estas cosas. ¿Tú no has oído decir que cuando entramos en el cuartel hay un clavo en la puerta donde tenemos que colgar lo que llevamos de hombres? Luego -dijo pensativo-, cuando salimos, el que puede, recoge lo que queda.

Volvimos a la tienda. El señor Pepe había reanudado la banca. Jugamos hasta las dos de la madrugada. Perdí todo. Nos acostamos en las camas puestas en radio, el palo de la tienda en medio, los fusiles recostados sobre él. Poco a poco iban roncando todos. El señor Pepe roncaba como un cerdo comiendo en una artesa de patatas cocidas con mucha agua. En mi cabeza daban vueltas los consejos de Córcoles, el viaje desde Ceuta a Hámara, el dinero perdido...

Corrían los primeros días del mes de junio de 1920.

La pista

Capítulo II

Se tocaba diana a las seis de la mañana. El campamento, donde nada se movía, con excepción de las sombras grises de los centinelas, adquiría de pronto una vida ruidosa. Se gritaban los soldados unos a otros entre el tintineo de los platos y los vasos de estaño. Se iban alineando en una doble fila, a partir del enorme caldero de café y el cesto colmado de trozos de pan, y esperaban pateando, los pies fríos por el frío matinal que venía de las montañas, a que el sargento de semana diera la señal para la distribución del café. A las siete, cuando se había terminado la limpieza general de caballos, hombres y tiendas, se formaban las escuadras de trabajo. Se pasaba lista y los hombres iban descendiendo el cerro armados de pico y pala. Mientras, comenzaban a llegar los moros, unos saliendo adormilados de sus chozas, otros llegando cansinos de sus poblados. Muchos de ellos preferían dormir en el campamento, porque sus casas estaban lejos o simplemente porque no existían, pero también porque podían contar con las sobras abundantes del rancho para alimentarse. Otros vivían en los poblados vecinos y llegaban con sus carteras de cuero cruzadas sobre el pecho y repletas de higos secos. Estos higos y la ración de pan -unas dos libras- que se daba a todo el que la reclamaba, constituía su alimento durante el día. Nunca volvían a sus kábilas hasta la caída de la tarde.

Los moros estaban bajo el mando de un capataz que les transmitía las órdenes, mantenía la disciplina, pasaba lista y ocasionalmente castigaba al que se desmandaba con un par de estacazos en las costillas. Tenían miedo de la mano dura del capataz

y no paraban en su trabajo, pero cada uno de sus movimientos era tan lento y medido que el levantar y dejar caer el pico o lanzar una paleta de tierra parecía cosa de minutos y no de segundos.

El señor Pepe se desesperaba con sus moros y a veces usaba el rebenque sobre sus espaldas para hacerles moverse. A nosotros nos tenía sin cuidado la marcha del trabajo. Nadie tenía interés en que se terminara pronto. Cuanto antes se terminara, antes nos quedábamos sin jornal. Los soldados resentían el que se les empleara como peones de pico y pala. Y así, los seiscientos hombres extendidos a lo largo de los cuatro kilómetros de pista eran una masa perezosa que se movía lentamente bajo el sol de África, y no trabajadores afanados en construir un camino.

El sargento de semana nunca bajaba al trabajo. Uno de los otros sargentos generalmente iba de compras al Zoco del Arbaa. El capitán dormía el coñac de la noche anterior. El teniente dormía, el alférez también. A las siete de la mañana sólo tres sargentos bajaban al tajo a la cabeza de los soldados y los moros. Horas más tarde el capitán o uno de los dos oficiales solía venir a caballo y recorrer la pista. Después se iban a tirar unos tiros a los conejos o a los pájaros. Frecuentemente uno de ellos se marchaba a Tánger o a Tetuán.

Así, automáticamente, la construcción de la pista cayó de lleno en mis manos. Tenía que llevar no sólo la contabilidad, sino también realizar el trabajo topográfico. El comandante Castelo mandó una orden diciendo que yo debía preparar un mapa del terreno desde Xarca- Zeruta al Zoco del Arbaa y proyectar el trazado de la pista en este trozo con arreglo a mi mejor criterio. Hasta ahora, los hombres habían trabajado a lo largo de la llanura, y la tierra a nivel hacía imposibles los errores. Pero desde Hámara en adelante, la pista tenía que sortear los cerros y descender al valle del río Lau. Era necesario planear el trazado cuidadosamente. Esto me llevó unas tres semanas, durante las cuales me adapté, sin darme cuenta, a la rutina diaria. Pero

después me encontré de pronto sin tener nada que hacer, más que vigilar a la gente durante las ocho horas de trabajo.

Me sentaba sobre una piedra lisa entre las raíces de una vieja higuera a los pies del cerro de Hámara y desde allí podía abarcar el conjunto de la obra. A veces uno de los dos sargentos o el capataz venían para alguna consulta, pero la mayor parte del día estaba solo, con la excepción del cornetín de órdenes que se sentaba cerca. Tenía que acompañarme a todas partes y dar el toque de descanso o el de atención y llevar recados a unos u otros. Para no aburrirnos a lo largo de estas horas de soledad vacías, no nos quedaba más remedio que charlar. Podía decir por su edad y por su estatura que era un voluntario, porque en Ingenieros sólo ingresaban elegidos reclutas de una estatura mínima determinada y con un oficio adecuado. El cornetín era un hombrecillo rechoncho de unos treinta y dos años de edad, de presencia quieta y silenciosa, pero de movimientos ágiles. Y era un maestro consumado en todas las picardías de tambores y cornetas. Los cornetas, los tambores y los asistentes son en el ejército lo que los sirvientes son en la aristocracia, y se entienden entre sí por signos y hablando un lenguaje críptico de ellos mismos. Si uno de ellos os dice en un momento determinado que es mejor que no habléis al capitán, lo único que os queda es seguir el consejo.

El cornetín de nuestra compañía, Martín, era casi analfabeto, en el sentido de que era incapaz de sacar algo en limpio de lo que leía, pero estaba saturado de lo que él llamaba «ciencia africana». Ésta comprendía desde el arte de hacer nudos científicamente en los vientos de las tiendas, hasta el arte de mantener encendida una hoguera bajo la lluvia más torrencial: incluía una habilidad extraordinaria para remendar ropa y echar medias suelas a unas botas viejas y un arte en la fabricación de cadenas de reloj, pulseras y sortijas construidas con crines de caballo tejidas en diminutos anillos y entrelazadas en fantásticos dibujos. Pero, sobre todo, comprendía el estar al corriente

de la más insignificante noticia, pública o privada, desde la organización de las próximas operaciones contra el Raisuni hasta las enfermedades secretas de cualquier soldado o cualquier general.

De Tetuán había traído yo un gran número de novelas francesas, muchas de ellas con grabados: generalmente tomaba conmigo dos o tres para pasar el tiempo en las horas de trabajo. Mi primera conversación con el cornetín tuvo su origen en esta costumbre mía. Un día se acercó:

-¿Me deja usted ver los «santos», mi sargento?

Comenzó a pasar hojas ávidamente. Las ilustraciones de estas novelas abundaban en figuras de mujer forzosamente atractivas a los ojos de un español primitivo. Pero, por coincidencia, la novela que estaba leyendo entonces era un ejemplar de Aphrodite, de Pierre Louys, y la edición estaba cuajada de grabados de talla dulce, mostrando escenas griegas en las que imperaba el desnudo. A cada nueva página el cornetín estallaba en exclamaciones:

-¡Mi madre! ¡Qué tía! ¡Vaya muslos y vaya tetas! -Se quedó después un tiempo contemplando las páginas impresas libres de grabados y dijo al fin-: Las cosas que debe decir aquí... ¿Y usted las entiende, mi sargento?

-¿Qué te crees que dice, tonto?

-Bueno, bien claro se ve. Con estas tías así pintadas y el libro en francés, pues, indecencias. Vamos, eso que llaman pornografía, con las cosas que hacen en la cama y cómo las hacen. Una vez compré yo un libro como éste en Tetuán, que me costó diez pesetas; pero me lo robaron después. Allí explicaba todas las posturas. Hay también postales que las venden a peseta cada una. Bueno, me está usted tomando el pelo, yo contándole esto como un idiota y usted sabiendo mucho más de eso que yo.

Abdella, el capataz de los moros, venía hacia nosotros en aquel

momento. Era un hombre espléndido, de tipo beréber, con una barbita negra, ojos rasgados, con las facciones correctas desfiguradas por la viruela. Llevaba no un albornoz o chilaba, sino un uniforme con la insignia de Ingenieros -una torre de plata- en el cuello. Antes de que pudiera hablar en su perfecto español, lento, de palabras escogidas, el corneta le llamó la atención:

-Tú, ¡mira! Fíjate qué hembra hay aquí. -Y le puso bajo los ojos una de las ilustraciones del libro. El moro miró la novela y se dirigió a mí en francés:

-Así, ¿habla usted francés, mi sargento?

-¿Dónde has aprendido tú a hablarlo?

-En Tánger, con los franceses. Serví con los Goumiers y después en los Regulares con los españoles. Ahora llevo con Ingenieros los últimos diez años.

Martín nos miraba a uno y a otro sorprendido:

-¡Anda, Dios! ¿También habla usted árabe?

-No seas estúpido. Esto es francés, el mismo idioma en que están escritos esos libros.

Este incidente tuvo varios resultados inesperados: Martín extendió la noticia entre los soldados de que yo hablaba francés, y su resentimiento contra mí -el resentimiento natural contra el sargento nuevo- aumentó. Abdella hizo amistad conmigo y venía a verme a la sombra de la higuera con una u otra excusa. El cornetín veía reducidas sus conversaciones con esta intromisión y mostraba su hostilidad a Abdella, haciendo esfuerzos desesperados para conquistar mi amistad y separarme de todo contacto con el moro. Los otros sargentos se sintieron curiosos y los visitantes a la higuera se hicieron más numerosos. Hasta que al fin constituíamos bajo el árbol un círculo reducido. Desde aquí comencé a hacer contacto con el mundo que me rodeaba y comencé a verle.

Cada cuatro o cinco minutos veía al moro realizar la misma operación: dejaba de lado el pico y se rascaba furiosamente con ambas manos todas las partes accesibles de su cuerpo. Después se sacudía dentro de su chilaba como un perro saliendo del agua. A veces se frotaba la espalda contra el canto del corte recién hecho en la tierra, antes de reanudar el trabajo. Me fui hacia él:

-¿Qué te pasa?

-Estoy muy malo, muy malo. Todo el cuerpo pica. Todo el cuerpo mío muy malo.

Tenía unas manos nudosas, enrojecidas, cubiertas de escamas resecas, sarna, pero una sarna terrible. Le señalé las manos:

-¿Y tienes todo el cuerpo así?

-Sí, sargento. Y peor.

Hacía una figura lastimera, alto, huesudo, negro, peludo, con olor de cabra desprendiéndose de las innumerables capas de sudor resecadas sobre su piel; descalzo, con las piernas desnudas, piernas y pies semejantes a las patas de una gallina vieja, escamosas, plaqueadas de sarna y basura sujetas por una envoltura córnea. La cabeza rapada estaba apuñalada de costurones de la sarna y de las cortaduras que el barbero salvaje había prodigado. Los ojos eran pitarrosos. Aquel hombre no estaba enfermo, estaba simplemente sucio. Llevaba encima una carga horrible de suciedad acumulada sobre la piel en la miseria de toda su vida miserable.

-¿Quieres que te cure? Me miró ansioso:

-Sí.

-Te voy a hacer daño, mucho daño. Pero si eres capaz de aguantarte, te curo.

-Sí.

Sus «síes» sonaban como el ladrido temeroso de un perro asustado.

Teníamos en almacén grandes cantidades de pomada de azufre y de lo que llamábamos «jabón de perros». Era un jabón inglés, rojo, con un olor penetrante de ácido carbónico. Me armé de ungüento y jabón abundantes y aquella tarde, después del trabajo, bajamos al arroyo el moro, dos vecinos suyos y yo.

Le mandé desnudarse. Los otros dos comenzaron a fregarle tan brutalmente que la sangre brotaba de la piel carcomida. Después le untaron de pies a cabeza con el ungüento. Le embutimos en un par de pantalones de soldado y en una vieja guerrera y quemamos la chilaba. En dos semanas de este tratamiento estaba curado.

Un día me llevó una cesta llena de higos y dos gallinas. Parecía un hombre diferente y hasta había engordado. Cavaba mucho más de prisa y cada vez que le miraba se reía como un chico. Poco a poco fueron viniendo moros a mí, tímidos. Me mostraban las marcas de la sarna entre los dedos y pedían un poco de ungüento. Algunas veces me traían lo mejor que poseían y dejaban unos pocos huevos, una gallina y siempre higos secos entre las raíces de la higuera. Algunas veces uno de ellos dejaba de trabajar y venía a la higuera para hablarme en secreto, receloso. Se quedaba de pie delante de mí, retorciendo el borde de su chilaba entre los dedos. Por último decía:

-Sargento, no trabajar más. Me voy. Tener bastante trabajo.

-¿Y qué vas a hacer?

Volvía a enmarañar sus dedos en los pliegues de la chilaba:

-Yo decir la verdad a ti. Yo tiene treinta duros y compra un fusil. Pero nunca viene a matar sargento. Ninguno de nosotros mata sargento.

-¿Quién te va a vender el fusil?

-Los franceses. ¿Sabes?, un buen fusil con balas gordas como esto. -Y me mostraba todo el largo de su pulgar-. Después tendré un caballo y una mujera.

Se marchaban, sonriendo felices como chicos revoltosos y asegurándome que no me matarían. Pero un fusil era todo su futuro; un fusil para matar soldados españoles. Su técnica era simple: al amanecer se emboscaban en una cuneta con su fusil cargado y esperaban por el primer soldado solitario que pasara. Le mataban, le robaban y desaparecían. Los viejos fusiles Remington que el gobierno francés vendía a comerciantes poco escrupulosos venían a parar aquí. La gruesa bala de plomo producía un sonido peculiar cuando salía de la boca del fusil, un ruido que sonaba en los cerros: «Pa... co». Y por este nombre «Paco» los conocíamos todos. En las primeras horas de la mañana, parejas de soldados de caballería hacían un recorrido de reconocimiento entre las posiciones: eran la presa que más codiciaban los pacos. Un tiro afortunado les hacía dueños de un fusil y un caballo.

Una mañana, al fin de mi primer mes en la posición de Hámara, vino el comandante Castelo. Venía en un Ford, uno de aquellos Ford legendarios que corrían mejor sobre un campo arado que sobre un camino. Poco después un soldado vino a buscarme:

-A sus órdenes, mi sargento. El comandante, que se presente usted.

El comandante y los tres oficiales de la compañía estaban agrupados al lado del coche. Sobre su techo negro habían extendido mi plano del terreno. El comandante Castelo me miró de alto abajo. Nunca nos habíamos visto. Era un hombre bajo, corpulento, con la atrayente agilidad infantil de algunos hombres gordos que parecen sentarse de culo a cada paso. Sus ojos pequeños eran vivos, las manos muy finas y sus botas increíblemente brillantes en todo este polvo.

Señaló el plano:

-¿Es usted quien ha hecho esto?

-Sí, señor.

-Bien. Véngase con nosotros.

Me senté al lado del chófer, el comandante y don José -nuestro capitán-, en el interior. Cruzamos la llanura y trepamos al Zoco. En la cima dejamos el coche y el comandante mandó a su chófer que pidiera a la Compañía de Ingenieros que había en el Zoco del Arbaa que nos prestaran los instrumentos topográficos necesarios y cuatro soldados con jalones. Nos quedamos esperando y contemplando la llanura. En la distancia emergía el pico de Hámara como un pecho de mujer erecto. Su verdor, alimentado por el arroyo, resaltaba agriamente sobre la tierra amarilla. Don José dijo:

-Abrasa el sol. Debíamos de beber algo primero.

El comandante no replicó. Después se dirigió a mí:

-Ha trazado usted la pista casi en una línea recta, pero me parece que hay una pendiente excesiva. -Se volvió a don José-. Dispense. Ha trazado usted la pista casi en una línea recta... pero, como es Barea quien ha dibujado el plano...

-Oh, sí, sí. No importa. Personalmente, yo lo encuentro mejor así. Ya sabe usted, Castelo, entre dos puntos lo más corto es una línea recta. -Y se echó a reír con una risita chillona que el comandante cortó en seco con una mirada.

-¿No cree usted, Barea, que hubiera sido mejor hacer aquí un descenso en ángulo, bordeando la ladera?

-Posiblemente, mi comandante, pero había un problema de nivelación. La trinchera que yo he marcado tiene aproximadamente unos cien metros de largo y supone desmontar bastante tierra. Pero un descenso en zigzag supone más de cuatrocientos metros para llegar al mismo sitio. En total habría que desmontar mucha más tierra, construir mucho más firme y pagar más jornales. Por mis cálculos, creo que se ahorran unas cinco mil pesetas...

Venía el coche con los instrumentos. El comandante alargó a

don José el estuche del teodolito:

-Póngale aquí en estación y corrija los niveles -dijo señalando un punto en el terreno. Un soldado armó el trípode. El comandante explicaba a cada uno el sitio donde tenía que ir con los jalones. Don José había sacado el teodolito de su estuche y estaba allí quieto, sosteniéndole con ambas manos. Uno de los soldados tomó el instrumento y lo atornilló al trípode. El capitán le hizo girar y se inclinó a mirar curioso por el anteojo. El comandante preguntó:

-¿Estamos listos?

-Cuando usted quiera.

El comandante fue al instrumento y lo hizo girar:

-Pero le he dicho que corrigiera los niveles, capitán Blanco.

-Oh, ya está. Se puede ver Hámara perfectamente. El comandante se dirigió a mí como a un cómplice:

-¿Quiere usted comprobarlo, Barea?

Corregí los niveles, la brújula y las retículas. El comandante me dijo:

-Coja un eclímetro.

Trabajamos juntos toda la mañana el comandante y yo. Don José se paseaba a nuestras espaldas, fumando sin cesar. De tiempo en tiempo se acercaba:

-Qué, ¿cómo van las cosas, bien?

Volvimos a la posición. Después de comer, el comandante me mandó llamar. Entré en la tienda del capitán. Estaban los dos en mangas de camisa, sentados a la mesa con el plano entre medias y una caja de botellas de cerveza a los pies:

-Coja usted una botella de cerveza si quiere -dijo el comandante; y al capitán:

-Deje usted que se siente aquí Barea.

Me senté enfrente del comandante y éste comenzó:

-Aquí hay un error, pero es insignificante...

Nos enzarzamos en una larga discusión sobre el terreno. Don José se sentó en su cama y por un rato nos contempló con sus ojos bizcos. Después dejó caer la cabeza sobre la almohada y te quedó dormido. Comenzó a poco a roncar suavemente, como un puchero que hierve al rescoldo.

El comandante Castelo era un hombre inteligentísimo. Sus explicaciones eran claras y simples. De vez en cuando aclaraba fácilmente mis dudas. Conocía cada palmo del terreno y la lección que me dio fue admirable. Corregimos el plano a lápiz. Al fin lo dobló y cogió su guerrera del respaldo de la silla.

-Le mandaré un ferroprusiato de Tetuán. -Se quedó mirando a don José:

-Me voy. -Cuando estábamos fuera de la tienda volvió la cabeza hacia ella-: Por Dios, no le deje usted meter mano a este hombre. Si tropieza usted con dificultades, llámeme al teléfono. Voy a arreglar esto; ¿dónde está el telefonista?

Dio órdenes de poner el teléfono a mi disposición siempre que le quisiera llamar. Le acompañé hasta el coche y cuando bajábamos la cuesta le pregunté:

-Mi comandante, ¿y qué hacemos con el teniente y el alférez? Porque me parece que me coloca usted en una situación violenta.

-No se apure. El teniente se va a la campaña el mes que viene. El alférez, ¡puf!, le costó veinte años llegar a serlo. ¿Qué diablos entiende él de estas cosas? Cuando don José despertó de su siesta, me preguntó:

-Qué, ¿le agrada el comandante?

-Mucho, mi capitán.

-Bueno. Supongo que se habrá enterado usted bien de todo. Haga lo que quiera. La verdad es que yo no entiendo una pala-

bra de estas cosas. Se me ha olvidado todo. De todas maneras, para lo que sirve... -Hizo una pausa-. Mañana me voy a Tánger.

Martín me contó su historia a trozos: cuando nació le echaron a la Inclusa de Madrid. Unos pocos días más tarde le pusieron en manos de una nodriza que vino a buscar un crío, desde un pueblecito escondido en las montañas de León. Tuvo suerte. La beneficencia generalmente confía los expósitos a nodrizas de los pueblos, que se presentan atraídas porque la paga miserable representa una riqueza en su pueblo. Después hinchan a los chicos con sopas y vuelven a buscar un nuevo crío cuando el primero se ha muerto de disentería. Pero la nodriza de Martín era una mujer montañesa, casada, a quien el chico le había nacido muerto y, además, se había quedado inutilizada para tener más. Crió al expósito a sus pechos y ella y su marido le tomaron cariño como si fuera el hijo propio. Los familiares odiaban al intruso y el pueblo entero le llamaba el Hospiciano. Cuando tenía quince años, sus padres adoptivos murieron con unos meses de diferencia; los familiares tomaron posesión del trozo de tierra, de las dos mulas y de la casita donde habían vivido y devolvieron al hospiciano al Hospicio. Nadie le quería aquí y él no se podía acostumbrar a vivir encerrado. Solicitó ir de corneta a un regimiento, y allí, un niño entre hombres, se convirtió otra vez en el chico mimado. Cuando llegó a dieciocho años, se vino voluntario a África. Desde entonces nunca había salido de allí. Ahora llevaba en el regimiento casi veinte años. ¡Las cosas que había visto!

-¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a estar aquí toda la vida?

-¡Oh, no! Tengo derecho a retirarme dentro de tres años. Me darán una pensión de cinco reales diarios y con mis ahorros, pues, yo he pensado poner una taberna en Madrid. Y casarme.

-¿Has ahorrado mucho?

-Figúrese. Todos los premios de voluntario. Cuando me marche de la mili, tendré unas seis mil pesetas. La única cosa es que, si

yo hubiera sabido leer bien, me hubieran hecho un cabo de banda y ahora sería un sargento de banda y no me iría.

-¿Por qué no has aprendido a leer?

-No pude. Las letras y los números se me revuelven en la cabeza y no puedo separarles. Es aquí; debo tener una cabeza muy dura. -Se golpea el cráneo para convencerme de que nada podía entrar dentro de él.

Cada tienda contenía veinte hombres. Dormían sobre sacos rellenos de paja, tendidos en el suelo y puestos como los radios de una rueda alrededor del palo de la tienda. Algunas veces encendían una vela y la pegaban al poste. Se quitaban las guerreras y las camisas y se quedaban desnudos de cintura arriba. Buscaban entre los pliegues de la ropa y mataban los piojos uno a uno. El piojo era el amo y señor del campamento. Nada en Marruecos estaba libre de piojos. Se contaba que el día de la toma de Xauen, el general Berenguer se quejó de no tener carne en la comida. El general Castro Girona dijo:

-¿Carne? -Se metió una mano bajo el sobaco y sacó dos o tres piojos de allí-. Ésta es la única carne que hay aquí, si te sirve...

Entre los árabes de la montaña el piojo debía ser un animal sagrado. Escarbaban con los dedos entre sus chilabas y durante horas sacaban piojos de entre sus pliegues, pero los dejaban caer a sus pies sin matarlos. Así, sentarse era correr el riesgo de ser asaltado por un ejército de insectos hambrientos. En el arroyo habíamos cavado un remanso y construido un baño. Se obligaba a todos a bañarse el sábado y, después, a lavarse las ropas que se secaban al sol rápidamente. Los domingos por la mañana,

Hámara estaba habitado por una tribu de salvajes desnudos. A la hora de la comida se ponían sus ropas calientes de sol. Por la tarde estaban infestados de piojos. Era una batalla silenciosa, en la que era imposible vencer.

Una tarde, Manzanares, nuestro ordenanza, comenzó a hablarme:

-Usted es de Madrid, ¿no?

-Sí, ¿por qué?

-Nada. Curiosidad. Vaya juergas que me he corrido en Madrid. -Tomó una actitud interesante que resultaba cómica por su figurilla y agregó-: ¿Usted sabe quién soy yo?

-¿Quién eres tú? -le contesté muy serio, conteniendo la risa.

-Primero me llamaban el Manzanares, pero luego comenzaron a llamarme el Marquesito, porque me casé con tres muchachas contándoles que era el hijo de un marqués. Dos en Barcelona y una en Madrid.

Me le quedé mirando. Nuestro ordenanza, o padecía megalomanía o había bebido más de la cuenta.

-Bien, hombre, anda, márchate y déjame en paz.

Cuando vinieron los otros sargentos, les conté la historia y Córcoles dijo:

-No sé si la historia sobre los casamientos es verdad. Pero lo que sí es verdad es que Manzanares es un carterista famoso; y tiene gracia cómo ha venido a parar aquí. La policía de Madrid no conseguía atraparle nunca ni probarle ningún robo, y uno de los inspectores decidió estropearle la carrera. Un día arrestaron a Manzanares en la calle y le llevaron a la comisaría. Le preguntaron el nombre, la edad, el domicilio, hasta que llegaron a la profesión. Manzanares tenía dinero, pagaba puntualmente a la patrona, se gastaba un pico en mujeres y vino, pero no podía explicar de dónde le venían los cuartos.

-Conque, ¿sin oficio, eh? -dijo el comisario-. Bien, pues con arreglo a la ley de vagos, te pasarás una quincena a la sombra.

No podían imponerle más. Manzanares fue a la cárcel, tomó una celda de pago y vivió quince días como un príncipe. Una noche le abrieron las puertas de la cárcel y le pusieron en la

calle. A los diez minutos la policía le detenía y le llevaba ante el mismo comisario. Otros quince días. Y así por meses, hasta que Manzanares se hartó del juego y un día le dijo al inspector:

-Bueno, ¿qué es lo que se propone usted?

-Nada, terminar contigo.

Le mandaron otra vez a la cárcel y Manzanares se puso a cavilar. Le escribió una carta al inspector y le ofreció marcharse voluntario a África si le dejaban en paz. Y aquí le trajeron directamente desde la cárcel Modelo.

-¿Y qué? -pregunté.

-¡Psch!, al parecer ha aprendido la manera de abrir las carteras a los moros en los zocos. Pero como gana dinero es con las cartas en las manos. En esto es simplemente maravilloso.

-No comprendo por qué le habéis hecho machacante.

-Te diré: Manzanares tiene su filosofía. Dice que como es el único ladrón acreditado que existe aquí, le harán responsable de todo lo que falte. Y no sé cómo se las arregla, pero desde que él está no falta un botón en la compañía.

Julián me contó su historia:

-¿Tú conoces a mi padre?

-No lo sé, si no me dices quién es. Pero seguramente no.

-Sí, hombre, le conoces. Es el capitán Beleño, el maestro de talleres de la comandancia en

Ceuta.

Me eché a reír. Claro que le conocía. ¿Quién no le conocía en Ceuta? Julián, amoscado por la risa, dijo:

-Claro que le conoces. Todos le conocen. Bueno, pues yo soy su hijo.

-No lo hubiera creído nunca, porque él es flaco como un espárrago y tú pareces un queso de bola. No te enfades, pero la ver-

dad es que estás gordito.

-Sí. Me llaman el sargento Bolita. He salido a mi madre, que parece el corcho de un barril. Bien, pues si yo estoy aquí, es por culpa de mi padre.

El padre de Julián, el capitán Beleño, era un carpintero de ribera en Málaga cuando tenía sus veinte años. Con una sierra, un hacha y una azuela, construía barcos de pesca con el mismo arte rudimentario y las mismas reglas que los griegos y los fenicios usaban hace dos mil años. Por razón de su oficio, le destinaron al regimiento de Pontoneros. Cuando acabó el servicio, su capitán le sugirió que se quedara en el ejército como un obrero afiliado. en el ejército español, cada regimiento tiene varios obreros agregados, tales como herreros, carpinteros y guarnicioneros, que no sirven como soldados de filas, sino como obreros contratados por el estado y sujetos a la disciplina militar. en esta condición de personal agregado al ejército se les asimila a los diferentes rangos y se les concede promoción por escala de antigüedad. los obreros recién alistados tienen la categoría de sargentos; en el curso de los años van ascendiendo en paga y en rango hasta llegar a capitanes. tienen derecho a llevar el uniforme de un capitán, pero en la práctica visten como paisanos y se presentan en el cuartel a realizar su trabajo en horas fijas.

Pero el capitán Beleño jamás prescindía del uniforme, a no ser que el trabajo entre manos le obligara a ello, y era famoso por la estricta disciplina que él, el capitán honorario, exigía de los soldados. Llevaba viviendo en Ceuta más de veinte años y su sueño era que su hijo llegara a realizar lo que él nunca podría realizar, mandar una compañía. Julián se crió en la disciplina de un cuartel. Cuando comenzó a balbucear sus primeras palabras, comenzó a aprender los principios básicos del arte militar vistos a través de la mente de su padre. Cuando tuvo diecisiete años, su padre le llevó un día al cuartel, le hizo firmar unos cuantos documentos en la oficina del regimiento y le dijo so-

lemne: -Hijo mío, tu vida comienza hoy. Trabaja duro y en treinta años serás un capitán del ejército español como lo es tu padre. Más que tu padre, porque tú puedes ser un capitán de verdad y no un pobre trabajador como yo.

Los oficiales, que estimaban al viejo, metieron al muchacho en la oficina y le mantuvieron allí hasta que ascendió a sargento.

-Pero ahora que ya soy un sargento, esto se ha acabado. Es-toy preparándome para oposiciones en Correos y en cuanto sean los exámenes y apruebe, me licencio. ¡A la mierda mi padre y sus estrellas de capitán, que ojalá no hubiera visto en mi vida!

Herrero protestó agrio:

-Tu eres un idiota. Si te hubiera costado lo que me ha costado a mí llegar a sargento, mirarías las cosas de otra manera. Pero claro, tú nunca has pasado hambre.

-Hombre, yo creo que está en su derecho de preferir una profesión y dejar el cuartel. Yo mismo, en cuanto cumpla mis tres años, me licencio.

-¿Y entonces, por qué te has hecho sargento?

-¿Por qué te has hecho tú?

-¿Yo? Para poder comer. Cuando yo entré en el cuartel, hace doce años, me moría de hambre y me hinchaban a bofetadas. Porque los sargentos de entonces pegaban de firme y a mí me tocó una buena ración. No sabía leer ni escribir, ni tenía oficio. Pero cuando me dijeron que aprendiendo cosas podía llegar a sargento y no tendría que volver más a cavar y a andar detrás de las mulas y el arado, ni volver a pasar hambre... Bueno, me costó doce años, pero estoy orgulloso de ello. Y si Dios me da salud, me he de ver con mi pensión cuando sea viejo sin tener que ir al asilo.

Pepito, el hijo del señor Pepe, estaba zascandileando a mi alrededor mientras preparaba mi maletín para ir a Tetuán. Tenía

que presentar las cuentas del mes y volver con el dinero para los jornales.

-Buena juerga se va usted a correr, ¿eh?

-No creo. No me interesan mucho las putas de Tetuán.

-Porque no las conoce usted. Hay para todos los gustos, con dinero, claro. Hay cada tía... Bueno, ya me lo contará después. Pero hablando de Tetuán, mi padre me ha dicho que le diera a usted esto. -Y me alargó un sobre con quinientas pesetas.

-Y esto, ¿para qué?

-¿Para qué va a ser? Para lo que le pida el cuerpo.

Nos marchamos juntos Córcoles y yo. En el camino del Zoco le conté el incidente. Se indignó:

-El hijo de zorra. Una miseria, quinientas pesetas. ¡A mí podía habérmelas ofrecido!

En el Zoco montamos en un camión que nos llevó hasta Tetuán. El comandante Castelo me recibió cariñosamente y echó una ojeada al montón de papeles con la firma del capitán.

-¿Ha comprobado usted todo?

-Sí, mi comandante.

Firmó rápidamente y me los devolvió sin mirarlos.

-Vete al capitán cajero y vuelve a verme antes de marcharte. -Había cambiado al tratamiento de tú.

Cobré y volví a su despacho. El comandante tenía un plano de la carretera extendido sobre su mesa. Me señaló un puntito negro dibujado al pie del cerro de Hámara entre las dos líneas paralelas de la carretera.

-¿Qué es esto?

-Una vieja higuera, mi comandante. Un árbol magnífico que nos va a costar trabajo arrancar. Yo creo que tiene más de quinientos años.

-Hacerle un barreno y meterle un cartucho de dinamita.

Encendió un cigarrillo y metió la mano en un cajón de la mesa. Sacó un papel y un sobre y me los alargó:

-Bueno, ahora tómate un descanso y diviértete un poco. Aquí tienes un pase libre por cuarenta y ocho horas. Deja el dinero de los jornales con el cajero y vete donde te dé la gana. Te recomiendo la casa de Luisa. Y esto es para que te diviertas.

Tetuán

Capítulo III

Durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos.

Córcoles y yo nos fuimos juntos a la comandancia. Él iba a introducirme en la vida alegre de Tetuán.

-Vamos al Segoviano -dijo-. La primera taberna de Tetuán. Luego iremos a casa de la Luisa. La dueña de la casa de putas más lujosa de Tetuán.

-¿Y dónde vamos a comer?

-De eso no te preocupes; en cualquier parte. La calle de la Luneta está llena de restaurantes. La taberna del Segoviano se abría directamente a la calle. Entramos en ella. Desde la puerta se extendía el largo mostrador de cinc chorreante de agua desde un extremo a otro, con sus pilas desbordadas para lavar los vasos y su columna central llena de grifos. Tres dependientes mantenían un concierto ininterrumpido de cristal contra cristal, de chapoteo de patos en una charca, de glu-glus de aire entre el cuello y la panza de las botellas, llenando vasos con vino, vaciando los restos de los bebidos, sumergiéndolos en las pilas para lavarlos de nuevo, volviéndolos a llenar de vino, en movimientos mecánicos, precisos e interminables. Detrás de los dependientes y a lo largo de la pared se extendía un vasar y sobre él desfilaba incesante una cadena de frascos cuadrados llenos de vino en la cabeza de la hilera, allá en el fondo, vacíos en su final. Los dependientes cazaban ágiles los frascos llenos, los vaciaban, llenando hileras de vasos sudosos de agua, y los

volvían vacíos con un empujón, para que la cadena siguiera avanzando. En un extremo un muchacho ponía incansable frascos llenos. En el otro, un segundo muchacho retiraba los frascos vacíos.

A lo largo del mostrador se empujaba, apretujándose contra el borde, una mesa de soldados chillando más alto que el estrépito de los vasos, el borboteo del agua y el tintineo de las monedas de cobre. Se hablaba a gritos. Más allá del mostrador, en el fondo, reinaba una mezcolanza caótica: barriles, cajas de botellas de vino y cerveza, damajuanas de aguardientes, banquetas con tres patas pintadas de almazarrón, cajas de embalaje abiertas y a medio abrir volcando sus intestinos de paja, negruzcas jarras de estaño para medir, frascos vacíos y llenos, ristras de chorizos y salchichón colgando de las paredes y del techo. El suelo era escurridizo por el mosto pegajoso, amasado en una pasta espesa con el polvo de las suelas de centenares de personas. Y todo estaba cubierto de moscas, millones de moscas cuyo zumbido se fundía en una nota única, intensa y persistente, que daba la impresión de que cada cosa estaba vibrando. Lo único limpio en este océano de basuras eran los vasos emergiendo incesantes del agua corriente de las pilas. El salón olía exactamente como el aliento de un borracho hiposo.

Córcoles me empujó a través de la mesa de gente:

-Vamos dentro. -Y me guió por una puerta estrecha a un segundo cuarto.

En este cuarto, oscuro, con su puerta a la calle bloqueada por barriles y su piso de losas de piedra, estaban diseminados, entre el laberinto de cajas, botellas, damajuanas, barriles y pellejos de vino. Cada barril servía como una mesa, cada caja como un asiento. Uno de los barriles servía de soporte a una bandeja enorme cargada de chatos de manzanilla, y el otro, a un frasco grande de vino en el centro de un círculo de vasos gruesos, llenos hasta el borde de vino tinto.

En el cuarto no había un solo soldado. A través de la puertecilla aquella no se permitía pasar a nadie que no fuera al menos un sargento. Así, todos aquellos grupos ruidosos se componían de todas las categorías militares desde sargentos a comandantes. Varios muchachos atendían a los clientes y llevaban sus bandejas de estaño cargadas de vasos y botellas de un rincón al otro en fantásticas peregrinaciones.

El suboficial Carrasco nos llamó desde uno de los barriles convertidos en mesa. Era un andaluz que llevaba veinte años en África, un poco calvo, un poco panzudo, bebedor insaciable, listaba con un teniente de Regulares y un sargento de la compartía de telégrafos y nos invitó a que nos uniéramos a ellos.

-Qué, ¿cómo van las cosas? -me preguntó.

-No mal del todo.

Con la punta de los dedos me golpeó amistoso el estómago:

-No mal del todo, ¿eh? Vas a echar una barriga como un obispo. -Les contó a sus amigos mi carrera a grandes rasgos. El oficial de Regulares se cambió de sitio y vino a sentarse a mi lado.

-Tiene que ser muy interesante ese trabajo suyo. ¿Qué le parece a usted? -Y sin transición, sin esperar mi respuesta, continuó, verboso-. Lo que usted necesita es un reloj como este -y sacó no sé de dónde un reloj de oro de pulsera.

Un poco azorado y creyendo que el teniente estaba borracho, cogí el reloj y lo examiné. Debía valer sus buenas quinientas pesetas.

-Es una pieza magnífica -le dije al devolvérselo.

-¿Le gusta?

-Mucho.

-Bueno. Quédese con él.

-¿Quién, yo?

-Sí, hombre. Quédese con él. Me lo paga cuando quiera y como quiera.

-Pero yo no quiero un reloj de oro -exclamé.

-¡Qué pena! Éste es un reloj para una persona de gusto, no para esos paletos de infantería. Es un reloj para un oficial. Garantizado por cinco años. Pero, bueno, si no lo quiere, no vamos a regañar por eso.

Desapareció el reloj en sus bolsillos y de otra parte sacó una estilográfica:

-Pero esto sí le va a gustar. A propósito para usted. Cincuenta pesetas. Una verdadera

Watterman. La puede usted pagar ahora o en plazos de cinco pesetas al mes o como quiera.

-Pero bueno, ¿usted es un viajante de comercio, o una bisutería ambulante, o qué?

-Un poquito de todo. -Me dio una tarjeta de negocios: «Pablo Revuelta. Teniente de Regulares. Joyería fina de todas clases. Plazos y contado»-. Uno tiene que vivir de alguna manera. Con esto y con la paga me las voy arreglando.

La estilográfica era buena. Me quedé con ella por cuarenta pesetas al contado y Revuelta continuó dándome explicaciones.

-En casa tengo de todo y todo de primera calidad. Lo que se le antoje: un reloj de oro o unos pendientes de diamantes para la chica. El pago como quiera. Me firma usted un contrato y el regimiento descuenta los plazos de su paga cada mes sin que tenga que preocuparse.-¿El regimiento? Pero las deudas están prohibidas...

-Esto no es deuda, es una compra. Todos los regimientos en la zona aceptan mis recibos.

Cuando nos marchábamos se volvió, confidencial:

-Si algún día se encuentra usted en un apuro, venga a casa a

verme. Se lo ofrezco como amigo.

En la calle le pregunté a Córcoles.

-¿Qué clase de pájaro es éste?

-Verdaderamente, no sé como se las ha arreglado para llegar a lo que es. Un oficial de Regulares, pero nunca en operaciones. Oficialmente tiene un cargo en la oficina de Mayoría, pero nunca aparece por allí. Su casa es un almacén de joyería y vende a plazos a toda la guarnición desde sargentos a generales, desde estilográficas hasta joyas de dos mil duros. Pero éste no es un gran negocio. Tú vas allí y le compras la joya que te guste más o lo que te dé la gana. Pero no te lo llevas y él te paga lo que vale, menos un descuento del veinte por ciento. Es decir, si te hace falta dinero le firmas un contrato según el cual le has comprado una sortija por valor de mil pesetas y él te da ochocientas. Lo pagas a plazos y no te puedes escapar de pagar, porque el regimiento acepta sus recibos y también porque la sortija la tienes en depósito hasta que terminas, y él tiene el derecho de perseguirte por estafa si pretendes evadir el pago.

-Pero no comprendo que estas cosas se toleren en el ejército.

-Ta, ta, ta. Si a ese tío le da la gana de abrir el cajón de los secretos, como él lo llama, ni los generales se escapan del escándalo. Ochenta y cinco por ciento de la guarnición le debe dinero. Aparte de eso, el hombre es una institución necesaria. Sin él, la mitad de nosotros estábamos en la cárcel. Mira: como tú sabes, cada noche armamos la partida de bacará. Un día Herrero tuvo una racha mala y perdió. El señor Pepe le prestó quinientas pesetas; las perdió. Entonces cogió quinientas pesetas del dinero de la cocina y las perdió también. El señor Pepe le dijo que no le daba un céntimo más y Herrero no tenía dinero para dar de comer a los soldados. Pidió permiso al capitán para bajar a Tetuán y volvió por la tarde con mil pesetas. Ahora le descuenta cincuenta pesetas cada mes.

Habíamos llegado al final de la calle de la Luneta y Córcoles

dio una vuelta en redondo.

-Oye, tú, ¿dónde vamos?

-A pasear un poco -me contestó.

-Bueno, pues vámonos de aquí. Me gustaría ver un poco de la ciudad.

-Aquí no hay otro paseo que éste. Después de cenar nos iremos a la Alcazaba. Pero ahora no puedes ir a ninguna parte. Aquí ves a todo el mundo y puedes echar un trago cuando te da la gana.

En la calle de la Luneta, indudablemente, todo el mundo estaba haciendo lo mismo que nosotros, pasear la calle arriba y abajo de una punta a otra, de vez en cuando entrando o saliendo de las tabernas y bares. La calle era un hormiguero, pero uno se encontraba las mismas caras la segunda vez que la recorría.

Todo el comercio de propietarios europeos o judíos más o menos europeizados se encontraba en la calle de la Luneta. Fuera de allí todo eran callejas silenciosas y solitarias. La calle en sí comenzaba en la misma estación del ferrocarril y terminaba en la Plaza de España. En un trecho de quinientos metros se concentraba toda la vida de la ciudad. En el lado izquierdo se abrían las puertas del antiguo barrio judío, y por ellas se volcaba una riada de chiquillos astrosos que acosaban infatigables a los transeúntes, en libre competencia con innumerables chiquillos mo-ros y cristianos igualmente haraposos.

La calle era una extraña mezcla de colores: predominaba el caqui de los uniformes, resaltando aquí y allá sobre su fondo la nieve de las capas blancas, los albornoces y los pantalones bombachos de las unidades moras, los fajines rojos y azules del Estado Mayor y unos pocos generales, con los entorchados de oro de los ayudantes de campo, y los trajes azules de los mecánicos de los parques. Se cruzaba uno con los moros de la montaña, escuálidos, piojosos y descalzos, envueltos en sus chilabas haraposas, grises o color café, y con los moros ricos de

Tetuán en albornoces blancos y azules, de lana o de seda, calzados con babuchas limpísimas de color amarillo o en cuero taraceado lleno de policromías. Se encontraban judíos envueltos en hopalandas sucias y grandes, mezclados con judíos cuyos caftanes eran de fina lana o fina seda y cuyas camisas deslumhraban por su blancura. Había gitanos vendiendo cuanto es vendible bajo el sol, mendigos de las tres razas mosconeando dioses, limpiabotas a cientos que se amparaban de vuestros pies mientras andabais. Y muy pocas mujeres.

Tan pocas mujeres había en la calle de la Luneta que el paso de una de ellas, si no era vieja y gorda, producía un murmullo que la acompañaba a lo largo de toda la calle.

Un polvo impalpable flotaba en el aire, el polvo de innumerables e incesantes pisadas. La calle entera se moría de sed y alimentaba incansable las tabernas de ambos lados, siempre llenas, siempre abiertas.

Al caer la noche, Córcoles me llevó al casino de sargentos y me inscribió como socio. El casino consistía en un salón con divanes y sillas, un bar, y otro salón como tertulia con unas pocas mesas de billar, unas cuantas mesitas aisladas forradas de verde para las partidas de cartas y una enorme mesa para bacará, treinta y cuarenta y rouge et noir. Una multitud de sargentos y suboficiales estaban jugando; miramos el juego un rato, arriesgamos unas monedas, perdimos un poco de dinero y nos fuimos a cenar. Córcoles planeaba el ir a casa de la Luisa.

-No te creas que todo el mundo puede entrar allí. Sargentos sólo admiten unos pocos que ya conocen. Pero allí yo soy alguien.

-Si te digo la verdad, preferiría irme a dormir -dije.

-Te llevas una a la cama y te duermes después.

-No me gustan mucho las casas de putas para dormir.

-Y yo te digo que es el mejor sitio donde puedes dormir, en los

hoteles te dan ganas de vomitar. Están llenos de mierda y de chinches y no puedes cerrar los ojos. Aquí pagas cinco duros y tienes una mujer y cama limpia.

-Bueno, vamos donde quieras, me es igual.

Cruzamos la Plaza de España, entramos en el barrio moro y nos enfrentamos con una calleja empinada, estrecha y retorcida, con casas bajas, la mayoría de un piso, y empedradas con cantos de río formando ángulo hacia el centro convertido en un albanal de agua sucia y maloliente.

-Esto es la Alcazaba -dijo Córcoles-. Aquí están todas las putas de Tetuán.

No veía nada más que miserables casuchas y largas tapias Manqueadas con cal, taladradas de vez en cuando por recias puertas con gruesos clavos. Córcoles se paró ante una de estas puertas v llamó; se abrió un ventanillo y alguien nos inspeccionó desde dentro y abrió una puertecilla para que entráramos. Nos recibió una vieja que nos condujo a una sala brillantemente alumbrada, sobrecargada de espejos, con una mesa en el centro y un piano en el fondo. Dio unas palmadas y detrás de nosotros entró un grupo de mujeres, la mayoría de ellas en una simple bata y medio desnudas bajo ella.

Cuatro sargentos estaban en la sala bebiendo y bromeando. La repugnancia fría que siempre me han dado los burdeles me condujo a reunirme a ellos y evitar la invitación de las mujeres. Charlamos, bebimos, reímos y al fin cantamos a coro metiendo un poco de escándalo. Uno tras otro fueron desapareciendo, unos discreta, otros ruidosamente.

Córcoles y yo nos encontramos solos, él con una muchacha que mantenía ser de Marsella, con una voz estridente y gutural, gruesa y pesada como una vaca. Yo aún era el centro de atracción de tres de las chicas.

Córcoles estaba un poco borracho ya.

-Si tú no te quieres acostar con nadie, a mí no me quitas de acostarme con ésta -dijo, palmeando los hombros desnudos y macizos de la francesa que sonaban a gelatina.

-Te espero aquí si no tardas mucho, y si tardas me voy. No tengo ganas de acostarme con nadie.

Pedí una botella de vino para matar la espera. Las muchachas me miraron despectivas y dos se marcharon; una se quedó conmigo.

-¿No te gusto?

-No.

-¿Te aburro?

-No, quédate y bebe conmigo.

Llenó dos vasos y me alargó uno. Bebimos ambos. Se sentó en el sofá a mi lado:

-Déjame estar aquí un rato. Es tan cansado esto, siempre lo mismo, el día entero. Sabes, es una vida miserable... -Y comenzó a contarme una historia sentimental que había oído cientos de veces. No la escuchaba.

Me aburría: bebía mi vino a sorbos y encendía un cigarrillo tras otro. Al fin se calló.

-Te estoy aburriendo. Lo siento.

Cerró la puerta sin ruido y me quedé solo. Me fui al piano y me entretuve en punzar sus teclas con un dedo. En la calleja sonaban los pasos de los transeúntes y algunas veces las herraduras de un burro o un caballo, sonoras sobre los cantos. Una voz detrás de mí me dijo:

-¡Pobrecito! Te han dejado solo.

Había entrado otra de ellas, más elegante que las otras. Llevaba un traje de noche crema de seda espesa, que se ceñía estrechamente a su cuerpo. Podría verse que debajo estaba desnuda y el

traje la hacía más desnuda aún.

-No me quieren por flaco -repliqué.

-Pobrecito -replicó sentándose en el diván y mirándo-me-. ¿No te gustan nuestras chicas?

-No.

Se enderezó rígida, como si la hubiera insultado:

-Gusto a muchos.

-No lo dudo. Contra gustos no hay nada escrito.

-¿Es que no te gustan las mujeres?

-Sí. -Y agregué como un idiota-. Pero las otras.

-¡Tonterías! En la cama todas somos iguales.

Se levantó del diván, fue al piano y se puso a tocar. Tocaba bien, con un tacto nervioso. Golpeó un grave y cerró la tapa con ruido. En aquel momento Córcoles entró un poco más colorado que antes. Llenó un vaso de vino y lo apuró de un trago.

-Buena compañía tienes -dijo.

-No está mal. ¿Nos vamos? Intervino ella:

-¿Qué le pasa a tu amigo? No se puede marchar así. -Se volvió burlona a mí-. ¿Con quién quieres acostarte tú, rico?

-¿Yo? ¡Con el ama! Anda, vámonos. La mujer se volvió a Córcoles:

-¿No sabe éste quién soy yo?

-Chica, acaba de llegar a Tetuán. Es un paleto aún. La mujer me cogió del brazo y me empujó:

-Ven, te vas a acostar con el ama -dijo riéndose.

Tenía el espíritu tan cansado que no intenté resistir. ¿Qué más daba? Hay que tomar una broma como viene. El ama sería sin duda una vieja gorda hidrópica, sentada en un sillón con un gato en las faldas. Nos reiríamos todos. La seguí a través del laberinto de corredores y puertas, rozándonos con putas y ma-

ricas que se volvían a mirarnos. Entramos en una alcoba llena de pieles espléndidas, de cristales tallados como diamantes. Cerró la puerta y yo me quedé en medio del cuarto mirando. Nunca había visto un cuarto semejante en un burdel. Cuando me volví, se había quitado el traje y estaba completamente desnuda:

-¿Sabes? El ama aquí soy yo.

Se rebelaron todos mis instintos. ¡El ama era ella! Podía ser el ama de la casa, pero no iba a ser el ama de mí. No era más que una zorra como las otras, sin más privilegio que ser su ama. Pero yo no había ido allí a dormir con nadie, menos a someterme a nadie. Si una mujer me hubiera gustado, lo habría aceptado y me hubiera ido a la cama con ella. Pero no me daba la gana de aceptar que si yo le gustaba al ama, me tenía que acostar con ella.

Luisa era muy hermosa. Me acosté con ella. Fui actor y espectador a la vez. Como macho me sentía completamente independiente, liberado de la hembra. La miraba con mi cerebro y dominaba las sensaciones de mis sentidos. La miraba, la oía, la sentía, la olía, gustaba su boca, como uno disfruta de un espectáculo. Debió sentirlo, porque intentó arrastrarme a lo más hondo del placer y hacerse el ama de mí. Llegué en aquella ocasión a comprender el poder del chulo, el poder del macho mentalmente frígido sobre una mujer.

En las primeras horas de la madrugada cenamos Luisa y yo, una cena fría en un gabinetito inmediato a la alcoba. Muchas veces me puso su mano sobre un muslo y muchas veces mi mano tocó los suyos. Le quemaba la piel. Cuando terminamos se sentó al piano -¿cuántos pianos había en aquella casa?- y yo me quedé de pie detrás de ella, mirando el revolotear de los dedos perezosos sobre las teclas. Echó hacia atrás la cabeza contra mí y yo miré hacia abajo sobre los planos enérgicos de su barbilla poderosa, sus pestañas largas, los rizos de sus cabellos.

En uno de sus meñiques brillaba una esmeralda. Cuando dejó de tocar, la piedra se apagó, casi muerta, con sólo un reflejo profundo, funeral. Tenía un rubí sangriento colgado entre sus pechos, y cuando respiraba la piedra me lanzaba un destello a los ojos como una señal. Dejó las manos sobre el teclado como dos pájaros muertos, volvió la cabeza y se recostó más pesadamente sobre mí.

-¿Tú sabes que soy judía? Mi nombre verdadero es Miriam. Mi padre es platero. Cincela la plata con un martillo pequeñito. Mi abuelo era platero y el suyo también. Mis dedos son la herencia de generaciones de hombres que han manejado y tocado el oro y la plata. -Se acarició el rubí y la esmeralda con la yema de los dedos, cruzando sus manos sobre los pechos como en un gesto de súplica o de pudor-. Y piedras. Ahora ya no hay oro. En casa el padre conserva sus monedas de oro, unas monedas muy viejas, envueltas en un viejo paño de seda juntas con una gran llave roñosa. Al abuelo le echaron de España, le echaron de lo que vosotros llamáis la Imperial Toledo y se vino aquí con sus monedas y su llave. Cuando la llave vuelva a su antigua cerradura, las viejas monedas se cambiarán por moneda nueva. Padre sueña con ir a Toledo. Dicen que es una ciudad de calles muy estrechas y allí tenemos nosotros una casa construida en piedra. Porque me han contado que todas las casas que una vez fueron de los judíos existen aún en Toledo. ¿Has visto tú Toledo?

No aguardó por mi respuesta y continuó:

-Mientras tanto nos moríamos de hambre. Padre martilleaba su plata y yo me iba a mendigar a la Luneta, aquí en Tetuán.

Se calló y acarició el teclado. Echó la cabeza atrás otra vez y se rió con la risa estridente y seca de un borracho o de una mujer histérica.

-¡Oro! ¿Sabes que yo soy tal vez la mujer más rica de Tetuán? Tengo miles y miles, tal vez un millón. Todo mío. De Miriam,

la judía.

Se levantó y se volvió hacia mí, cara a cara:

-¿Tú quieres dinero? ¿Mucho dinero?

-Yo, no. ¿Para qué? -Estaba cansado y somnoliento. «¿Es que aquí en África nadie piensa más que en dinero?», me pregunté yo mismo aburrido.

-Tienes razón. ¿Para qué?

Dejó caer las manos sobre las teclas y las hizo sonar en un cascabeleo de notas.

-Pide café, ¿quieres? -le dije.

-¿Me quieres? ¿Te gusto? -preguntó acercando su cara a la mía.

-No te quiero. Me gustas. Se le contrajo la cara con rabia.

-¿Por qué dices que no me quieres? Todos dicen que me quieren. Todos están dispuestos a hacer lo que yo diga. Son mis esclavos todos y yo soy el ama. Y tú no. ¿Por qué?

-Pues, porque no. Muy simple.

-¿No dices que te gusto?

-Sí.

-Entonces, bien, ¿te pegarías por mí? ¿Le matarías a uno a puñaladas por mí?

-No. ¿Por qué? No seas ridicula. ¿Por qué tenía yo que matar a alguien por el capricho de esta mujer?

Se rió blandamente y se me quedó mirando. Después de una larga pausa dijo:

-Tiene gracia -y se marchó de la habitación.

Poco después, uno de los homosexuales que hacían de sirvientes en la casa trajo café y coñac. Dejé disolver el azúcar en mi taza, con un sentimiento de irrealidad en el fondo de mi pensamiento, como si estuviera leyendo una novela francesa picara y barata.

Cuando Luisa volvió, llevaba puesto de nuevo el traje pesado de seda crema sobre la piel dorada. Sus ojos tenían una mirada ausente. Andaba rítmica y majestuosa, como la Reina de Saba, con un fruncir desdeñoso de su boca. Me la imaginé de repente en una serie de imágenes furtivas, como una niña judía harapienta vagabundeando en las calles de Tetuán, frotándose contra los pantalones inmaculados de los oficiales, pisando los albornoces de seda de los notables moros, escupiendo las hopalandas de seda de los banqueros judíos, agria y vengativa. Podía sentir ahora su odio rencoroso vivo aún. Por un momento tuve miedo y quise marcharme, pero ella dijo:

-Dame coñac. Creo que quiero emborracharme hoy.

-¿Te sientes trágica? -le dije, llenando el vaso.

Cogió el vaso y lo miró a contraluz. Lo llevó lentamente a su boca y se detuvo, cuando casi tocaba sus labios.

-¿Trágica, yo? Chiquillo, tú no sabes lo que te dices. La tragedia la hacen otros para que yo me divierta.

Accionaba como una actriz perfecta. Y así, la cara se le cambió de repente en un gesto de locura violenta y llamó al timbre. El homosexual que había traído el café apareció instantáneamente.

-¿Ha venido ése?

-No, Luisa, no es su hora aún. Tienes tiempo de sobra.

-¿Tiempo para qué?

El marica tartamudeó temblón:

-Para nada..., para nada...

Luisa saltó sobre él y le sacudió furiosamente. Temblaba entre sus manos y parecía que de un momento a otro iba a estallar en sollozos como un chiquillo asustado.

-¿Para qué? ¿Tiempo para qué? -le chilló furiosa.

-Yo creía que querías estar sola para..., por un rato..., hasta que él viniera. Le empujó fuera violenta y echó el cerrojo a la puer-

ta.

-Si se atreviera, ése, como los otros, me matarían. Les falta coraje. Son cobardes, todos. Ésos por maricas y los otros igual. Todos los hombres son cobardes asquerosos.

Se quedó mirando insultante mi cara. Saqué un cigarrillo del bolsillo, deliberadamente, y lo encendí, mientras le miraba los ojos. ¿No los tenía un poco dilatados? ¿Estaba loca aquella mujer?

-¡Tú también eres un cobarde como los demás! Y rápidamente levantó la mano para abofetearme. Se la cogí en el aire y le retorcí los dedos en una torsión de jiu-jitsu. Se mordió los labios para no gritar. Aumenté la torsión, fría, deliberadamente, sintiendo el placer salvaje de hacer daño. Cayó sobre las rodillas y al fin chilló, intentando a la vez morder mi mano con sus dientes agudos. Le golpeé los dientes con su propia mano. Cuando la solté, se quedó en el suelo, en un montón, y se mordió furiosa un brazo. Bebí un poco de café, alerta a su próxima reacción. Se levantó, llenó otro vaso de coñac, se lo bebió de un golpe y se me quedó mirando con ojos profundos, amansados, de los que la locura se había ido. Así, dijo despacio:

-Eres muy bruto. Me has hecho daño.

-Lo sé. No me gusta pegar a las mujeres, pero no dejo que las mujeres me peguen a mí. Tú querías cruzarme la cara y es mejor que no lo hayas hecho. Sufrió un nuevo cambio:

-¿Qué hubieras hecho, di? ¿Te hubieras atrevido a pegarme? -Se golpeó el pecho, haciendo saltar asustado el rubí.

-¿Pegarte? No. Lo único que hubiera hecho es escupirte a la cara y marcharme.

-Hubiera sido capaz de matarte -dijo después de un silencio-. Mejor que me pegaras. ¿Sabes que a veces me gusta que me peguen?

-Para eso te buscas un chulo. Yo no sirvo.

Durante los últimos momentos de esta discusión se había producido una conmoción insólita en el burdel. En este momento alguien llamó a la puerta y Luisa abrió. El homosexual volvió a aparecer con los ojos llenos de miedo. Susurró algo casi a la oreja de Luisa, y ésta dijo:

-Ahora bajo, en un momento.

Me sentía cansadísimo. Sentía los párpados pesados como plomo después de la cena. Me bebí otro vaso de coñac. Hubiera querido marcharme, pero me invadía una pereza enorme ante la perspectiva de bajar a la ciudad a aquella hora de la noche en busca de un hotel. Me quedaría allí, solo, en una de las alcobas, y dormiría. Volvió Luisa:

-Ven. Han venido algunos amigos y quiero presentarte.

Me llevó a la sala reservada para los oficiales. El cuarto estaba lleno de mujeres riendo y alborotando, la mesa cargada de botellas y vasos. Luisa, colgada de mi brazo, me arrastró al borde de la mesa. Oficiales y prostitutas nos dejaron pasar y todo quedó en silencio. Luisa se detuvo delante del general.

-Mi novio -le dijo.

Cogido de sorpresa, tartamudeé ridiculamente, bajo su mirada:

-A sus órdenes, mi general.

El general, con la cara roja de repente, se enderezó:

-Nada, nada, muchacho. Aquí no hay generales. En esta casa todos somos iguales tan pronto como se cierra la puerta. Beba usted algo, sargento. -Y volvió a sentarse, casi dejándose caer en la butaca.

En una voz muy baja, como si se lo dijera a sí mismo, exclamó:

-¡Esta chica, esta chica!

Un oficial de Regulares se me quedó mirando fijo. Instintivamente me puse firme.

-¿Conque usted es el capricho de Luisa, eh? Debí reírme con

una risa estúpida:

-Es una broma de ella, mi capitán. -¿Era un capitán? Los pliegues del albornoz cubrían la insignia.

Me arrastró gentilmente fuera de la mesa y me dijo en voz baja:

-¿Se da usted cuenta que ha insultado al general?

-¿Yo? ¿Por qué?

-¡Caray! ¿No lo sabe? ¿De dónde sale usted?

-He venido hoy del campo y nunca había estado en Tetuán. Fui allí directamente desde Ceuta y aquí no conozco a nadie.

-Pero, hombre de Dios... Luisa es el ojito derecho del viejo esta jugarreta se la paga usted. Ande, desaparezca de aquí antes que nadie le pregunte su nombre.

Pero el general se había levantado:

-Vamonos, señores -dijo.

Al pasar acarició la barbilla de Luisa. Los oficiales se marcharon tras él, escoltándole. Sobre la mesa quedaban aún muchas botellas llenas. Mientras el pataleo del grupo resonaba aún en el corredor, Luisa se volvió a mí y se echó a reír. Hubiera cogido a aquella mujer por la garganta que se hinchaba espasmódica con la risa, y le hubiera estrellado la cabeza contra la pared. Me marché a la calle sin que nadie me detuviera. Preguntando me fui al casino de sargentos. Eran las cuatro de la mañana. Córcoles estaba jugando bacará. Se levantó al verme.

-Oye, ¿es verdad que te has acostado con la Luisa?

Se interrumpió el juego y todos se me quedaron mirando curiosos:

-Sí, ¿y qué pasa? Vamonos a dormir.

-Espera un momento a que acabemos esta baraja.

Me senté en uno de los divanes y me dormí. Desperté allí cuando la mañana estaba ya bien avanzada. Unos soldados es-

taban barriendo la sala. Me marché a la calle en busca de un café o de algo que me reanimara. Todos los sargentos que me iban encontrando en la calle parecían conocerme de toda la vida:

-¿Es verdad que te has acostado con la Luisa? -preguntaban.

La higuera

Capítulo IV

Un barreno no es más que un agujero en la roca, un tubo ahuecado por la punta triangular de una barra de acero que va entrando en la piedra a golpes de martillo. En el fondo de este túnel perforado en la entraña de granito se pone un cartucho de dinamita, un fulminante y una mecha. Rellenáis el resto del tubo con tierra apisonada fuertemente; encendéis la mecha y la dinamita explota: la piedra se abre como un fruto maduro que reventara salpicando con su jugo.

-¿Qué es esta mota, aquí? -había preguntado el comandante.

-Una vieja higuera -le había respondido yo.

-Un barreno y un cartucho de dinamita.

Y ahora, Jiménez, un minero de Asturias, junto con dos soldados, está haciendo un barreno en el corazón de la higuera. Jiménez blasfema porque a cada golpe la barra de acero se clava en la raíz y él tiene que arrancar la barra, retorcerla y aguantar el segundo golpe, para que otra vez el acero muerda la madera.

-¡Leche!, es más fácil hacer un agujero en granito. Los soldados se ríen:

-Pero si esto es manteca.

Para ellos el trabajo no es duro; golpean suavemente porque un golpe de lleno hundiría la barra como un clavo en la madera jugosa. Pero Jiménez, que tiene que retorcer y arrancar la barra tras cada golpe, suda. Los otros aguardan a que termine, descansando sobre los largos mangos de los machos.

Estaba sentado sobre una de las raíces de la higuera y los gol-

pes vibraban dentro de mí como una queja. Me daba lástima el viejo árbol y hubiera querido salvarlo.

En la lejanía se formó un grupo sobre la pista. Jiménez y los soldados interrumpieron su faena y miraron:

-Tenemos visita -dijeron.

El grupo marchaba lento a lo largo del desmonte, deteniéndose acá y allá.

-¿Cómo van las cosas? -me preguntó el comandante cuando llegó a nosotros.

-Muy despacio, mi comandante. Es muy difícil taladrar la madera. El barreno se agarra. El comandante golpeó el tronco con su látigo:

-Un buen árbol. Lástima que tengamos que arrancarlo. Bueno, véngase con nosotros. Vamos a ver cómo tendemos el puente sobre el barranco.

Nos fuimos juntos cerro arriba. Nos perseguía el ruido intermitente de los martillazos, sordo y cada vez más lejano, como una queja, como si fueran las propias entrañas de la tierra y no las del árbol las heridas a cada golpe.

Se me ocurrió la idea en la tienda del capitán mientras estudiaba el ferroprusiato de la pista. Estábamos discutiendo qué anchura habíamos de dar a una curva para que pudieran pasar uniones de diez toneladas. La higuera seguía siendo una mota sobre el papel, un diminuto manojo de rayitas blancas sobre el fondo azul.

-Ya está -dije-. Aquí hay agua.

El comandante me miró asombrado:

-Caramba, ¿qué le pasa a usted?

-Perdone, mi comandante. Estaba pensando en la higuera. No hay necesidad de destruirla.

-¿Qué otra cosa va usted a hacer? ¿Quiere usted un puente para

pasar por encima?

-No, señor. Algo mejor. Una fuente.

-Bueno, bueno. Bébase algo; bébase una cerveza y sigamos.

-Pero estoy seguro de que aquí hay agua, mi comandante.

-Vino, vino, muchacho; no beba agua, que da las palúdicas.

El comandante encendió un cigarrillo y se me quedó mirando de arriba abajo. Debí ponerme terriblemente colorado.

-Bueno, cuéntenos su historia de la fuente y de la higuera.

El capitán se echó a reír y a guiñar sus ojillos bizcos. Le hubiera dado de bofetadas. Vergonzoso, comencé a explicar:

-Yo creo que aquí, al final de la barrancada, hay agua a flor de tierra. Hay un rincón que siempre está húmedo y cubierto de hierba y palmitos. Si encontramos la vena, podemos hacer una fuente; y así podría construir un pilón para beber los caballos y ensanchar un poco la pista para formar una plaza alrededor de la higuera. Al fin y al cabo, desde Tetuán hasta aquí no se encuentra agua en ninguna parte sin salirse del camino. Si me da usted permiso, hacemos una zanja en busca del agua. Total, no son más que unos golpes de pico. El comandante se quedó pensando un momento y dijo:

-Bueno, inténtelo. Siempre nos queda tiempo de volar la higuera.

Cuando volví al lado del árbol después de haberse ido el comandante, Jiménez blasfemaba más furioso que nunca. Cuanto más profundo penetraba el barreno, más fuertemente se agarraban las raíces esponjosas a la punta triangular que ahora brillaba como plata.

-Dejad eso, ya no volamos la higuera.

Orgullosamente, les expliqué mi idea a los tres. En seguida formamos una cuadrilla de moros que comenzaron a cavar al pie del cerro. Al poco rato la tierra rezumaba y comenzamos a

explorar en busca de la vena de agua. Aquella tarde la encontramos, y al anochecer quedó allí un arroyuelo que serpenteaba a través del tajo yendo a inundar las raíces de la higuera.

«Y ahora, madre -escribía yo en mi carta-, hemos puesto un tubo de hierro y sale un chorro tan grueso como mi brazo. Vamos a hacer un pilón para que beban los caballos y una plaza alrededor de la higuera.»

El tubo de hierro existía sólo en mi imaginación. Pero yo no le podía contar a mi madre que el manantial estaba allí vertiendo agua día y noche, encharcando la tierra e inundándola, sin que nadie se preocupara.

Porque la historia de la higuera constituía el tema de la carta de mi madre. Le había prometido una carta al menos cada semana, y Dios sólo sabe el trabajo que me costaba escribir y encontrar algo que decir. En aquella carta el sujeto era la higuera, «mi higuera», y naturalmente la historia tenía que tener un final feliz: un caño de hierro fundido y un pilón de piedra y cemento. Una multitud de caballos bebiendo con toda la sed de África. Nosotros tampoco pasaríamos más sed.

Había otra razón también: mi madre era una mujer simple con conocimientos escasos. Leía con trabajo y escribía mucho más trabajosamente aún. Tenía ya sesenta y cuatro años y el trabajo y las penas la habían desgastado. África era para ella una pesadilla horrible, un desierto con unas pocas palmeras solitarias, donde los soldaditos españoles eran asesinados despiadadamente. Mis descripciones nunca la convencían. ¿Cómo podía creer que Ceuta no era ni más ni menos que un pueblo andaluz al otro lado del estrecho? Su mente estaba atiborrada con una mezcolanza de historias y tradiciones: piratas berberiscos, cautivos redimidos por frailes de la Merced, esclavos a bordo de una galera, remando incansables bajo el látigo del cómitre moro que se pasea arriba y abajo entre los blancos de forzados.

¡Oh, sí! Ella nunca decía estas cosas; la gente se reiría de ella. Lo pensaba a solas. Su cerebro estaba lleno de historias de viejos libros que ella había leído de joven, en voz alta, junto al hogar de la casona del pueblo.

Yo mismo, cuando era un muchacho, solía leerle en las tardes La cabaña del tío Tom y ella nunca se cansaba de escuchar. Había conocido aun los esclavos negros. Me contaba historias de la guerra de Cuba, historias terribles llenas de cadáveres de españoles que habían sido macheteados o morían de la peste bubónica y del vómito negro. Todos estos horrores los trasplantaba al África desierta. La travesía de Algeciras a Ceuta suponía para ella atravesar el océano, enfrentándose con el mar embravecido, arriesgando el ser destrozado contra las rocas de la costa.

Pero aquella carta -lo sentía entonces y lo supe después -por cierto-, la carta con la historia del manantial y de la higuera, mi madre la conservó entre sus viejos papeles. La releyó infinitas veces, sus gafas balanceándose en la punta de su nariz, envolviéndose en la frescura del viejo árbol y el caño de hierro cantarín que vertía su agua en el pilón profundo donde los caballos bebían ansiosos.

Pusimos una tubería de cinc encauzando el manantial. Hicimos un pilón circular con piedras y cemento. Los moros hacían allí sus abluciones de la mañana; me saludaban:

-*Salaam aleicum.*

-*Aleicum salaam.*

Un día, un soldado que estaba picando tierra en la pista gritó: un escorpión había clavado un aguijón en la planta de su pie a través de la suela de cáñamo de sus alpargatas. Había muchos escorpiones negros, de unos doce centímetros de largo, ocultos bajo la superficie de la tierra, que se volvían furiosos cuando se les molestaba. El pie del soldado comenzó a hincharse casi

instantáneamente. Le llevamos a la posición y pedí al sanitario de la compañía, un muchacho de Cáceres sordo como una tapia, que me trajera el estuche de cirugía de urgencia. Me alargó una caja llena de instrumentos completamente oxidados.

-¿Qué diablos es esto? -le dije.

-El estuche de cirugía. Aquí nadie usa eso. Pero no me diga usted que falta nada.

Abrí la herida del soldado con una cuchilla de afeitar, la lavé a fondo; después cogí aparte al Sordo, como todos le llamábamos, y le dije:

-¿Quién te ha hecho a ti sanitario?

-Pues, sabe usted, como soy sordo, pues me pusieron aquí y me dijeron que tuviera cuidado de las cosas. No falta nada, mi sargento.

-Pero ¿a ti no te han enseñado que los instrumentos tienen que estar limpios?

-No, señor. Aquí nadie los usa. Si alguno se hace algo, pues se le echa un chorro de yodo y ya está.

-Pero ¿quién te ha hecho a ti sanitario?

-¿Eh?

-¿Que quién te ha hecho sanitario?

-Pues, el capitán. Decía que no servía para nada, como soy sordo.

-Si eres sordo, ¿por qué estás en el cuartel? Los sordos son inútiles.

-Sí, señor. Pero dicen que no soy sordo. El médico de mi pueblo dijo que yo no era sordo. Todo ha sido por las décimas, ¿sabe?

-¿Por las décimas...?

-Bueno, verá usted: cuando un pueblo es muy pequeño y hay

en él pocos mozos, que no son bastantes para mandar un soldado, pues juntan este pueblo con otro y entre los dos pueblos, pues, siempre hay bastante para dar un soldado al cuartel. Y esto es lo que pasó en mi pueblo. En el pueblo de al lado, al que le tocaba ser soldado era el hijo del cacique, y en mi pueblo, yo. Debíamos de haber sorteado a ver cuál iba, pero como yo soy sordo, el hijo del cacique tenía que ir de todas maneras. Así que vino el médico y dijo que yo no era sordo y que el hijo del cacique estaba tísico. Y aquí me trajeron. Y aquí, pues, me hicieron sanitario, porque como soy sordo..., pues, usted comprende.

Me hice cargo del botiquín. Cuando era muchacho había aprendido algo de medicina y cirugía por pura afición. Enseñé al Sordo cómo tener limpios los instrumentos. Al cabo de unas semanas habían disminuido notablemente los casos de infección tan frecuentes por arañazos y pequeñas heridas que en aquel clima se infectaban horriblemente en pocas horas; y así, una tarde Manzanares entró en nuestra tienda cuando acababa de regresar de la pista:

-Tenemos visita -dijo-. Un morazo viejo y cuatro fulanos con fusiles. El viejo se ha metido en la tienda del capitán y está discutiendo con él. Es el jefe de la kábila del otro lado del barranco y no me gusta un pelo su cara.

Al poco rato me llamó el capitán. Tenía la inseparable botella de coñac sobre la mesa y la cara mucho más roja de lo que solía ponérsela el alcohol:

-En buen lío nos ha metido usted, Barea. Entiéndaselas usted con el fulano éste.

Me señaló a un moro con una amplia barba blanca, erecto y fuerte como una torre. El moro comenzó a hablar, rítmicamente, como si estuviera rezando:

-Mi hijo mío estar malo. Muy malo. Su tripa estar dura, muy dura. Tener mucho calor y mucho ruido en cabeza. Yo venir

por ti, el sargento doctor; tú venir conmigo y nada pasar. Yo deja aquí cuatro moros con fusila. Si algo pasa a ti, capitán puede matar a todos.

-Bueno, señor «Matasanos», apáñeselas como pueda.

Discutí con el moro: yo no era un médico y no podía hacerme responsable de curar a su hijo. Debía ir al Zoco del Arbaa y pedir un médico allí en el hospital. Incansable y monótono, el moro insistía. Negarse suponía que aquella noche íbamos a andar a tiros.

-Bueno -dije al fin-, me voy a ir contigo y voy a ver a tu hijo. Haré lo que pueda y mañana pediré un doctor al Zoco. -«Si quiere venir», dije para mí.

-Tú vienes y tú curas a él. Nada pasa a ti. Yo promesa.

-Sí, ¿verdad? Y si se muere, ¿qué pasa? -le pregunté irritado.

-La voluntad de Alá es única.

-Haga usted lo que le dé la gana -dijo el capitán-. Pero yo me lavo las manos. Si algo pasa, yo no sé nada. Usted va sin yo saberlo.

Le dije a Manzanares que viniera conmigo y tomé varias cosas del botiquín. Por lo que el viejo contaba, el hijo debía haber comido demasiados higos, o tenía un ataque de malaria, o alguna cosa parecida. Manzanares cargó cuidadosamente una pistola:

-Yo voy, pero al primero que me ponga mala cara le suelto un tiro.

La kábila estaba entre las cadenas de cerros a lo largo de los cuales estábamos construyendo la pista y las montañas de granito que se extienden a lo largo de la costa. En realidad, no era más que uno de los aduares de una gran kábila que se extiende a lo largo de cincuenta kilómetros desde los montes de Tetuán a las montañas de Xauen. En teoría la kábila era una kábila amiga, pero en la práctica, la amistad de sus notables estaba en

estrecha relación con la proximidad de las fuerzas españolas. Alrededor de Tetuán eran amigos íntimos y cobraban un subsidio del gobierno español. En la región de Hámara, estaban en guerra, una guerra de emboscadas y tiros sueltos. En la región de Xauen luchaban abiertamente al lado de los montañeses.

La kábila consistía en un grupo de cabañas de paja y unas pocas casas de adobe encaladas, en una de las cuales encontramos al enfermo. Estaba sobre un jergón de paja, envuelto en unas viejas mantas de soldado y rodeado de una muchedumbre de vecinos fumando kiffi y discutiendo a gritos sin hacer caso de la letanía monótona del enfermo: «¡Ay..., maa! ¡Ay..., maa!».

Tenía el vientre duro como un tambor, una fiebre de caballo y se quejaba de dolor de cabeza intolerable, pero yo estaba convencido de que lo único que tenía era una indigestión de cuscús. A pesar de ello, no me atrevía a prescribir el más simple tratamiento que me parecía razonable y le dije al padre que le enviaría un doctor a la mañana siguiente:

-Pero ¿qué medicina le vas a dar ahora? -me preguntó, mirando a la caja de instrumentos quirúrgicos y a las botellas que Manzanares había extendido sobre una mesita baja.

Tenía que hacer algo. La quinina no le iba a hacer daño, ya que tenía fiebre, y un vaso de aceite de ricino le ayudaría. Me decidí en favor de ambas cosas. El enfermo se dejó poner una inyección de quinina, aunque quejándose lastimero. Después le di el aceite de ricino. Lo probó y comenzó a bebérselo despacio a sorbitos. Me estaba dando náusea verle y le obligué a que se lo bebiera de prisa. Cuando me devolvió la taza vacía pidió más. Me negué.

El padre nos invitó a tomar té con él. Por primera vez bebí un verdadero té marroquí con hojas de hierbabuena flotando en él y todo el ritual de un moro notable. Y por primera vez fumé kiffi. Cuando decidimos marcharnos, Manzanares fue a recoger el botiquín al cuarto del enfermo; volvió inmediatamente con

cara de susto:

-Se ha bebido todo el aceite de ricino.

El enfermo había convencido a uno de los innumerables chiquillos que le diera la botella y se la habían bebido juntos, aunque al chico no debía haberle gustado a juzgar por su cara llena de lágrimas y de churretones aceitosos. La botella de litro estaba mediada.

Provoqué una escena y grité al padre que si pasaba algo era de su responsabilidad, pero no le dio mucha importancia; tenía la antigua y primitiva idea de que nunca es mucho si la medicina es buena.

A la mañana siguiente, el viejo llegó a nuestra posición antes de que bajáramos al trabajo. Me eché a temblar cuando le vi. Pero estaba más que contento y se empeñó en darme todos los detalles exactos de la prodigiosa purga que había salvado a su hijo. Después me preguntó qué podía hacer, porque el enfermo se había quedado muy débil. Con la mayor seriedad le dije que no tenían que darle comida alguna y sólo una taza de leche cada dos horas. Dos días más tarde, el viejo nos visitaba de nuevo, seguido por cuatro mujeres cargadas con frutas y huevos y cuatro gallinas atadas por las patas en un manojo. Parece que el viejo moro me consideraba como su mejor amigo y no sólo yo, sino toda la posición era en adelante inviolable para los miembros de la kábila.

El mismo viejo, Sidi Jussef, venía a veces a buscarme al pie de la higuera y charlaba durante horas; frecuentemente me invitaba a tomar té en su casa. El capitán insistió un día, bastante borracho, en que el moro tenía que beber coñac con él y nos colocó a todos en una situación difícil y ridicula. Sidi Jussef se negó a beber y yo me quedé temiendo que un día el capitán se encontrara una bala perdida, sin saber de dónde, por insulto religioso. Pero nunca se alejaba mucho de la posición sin compañías; no le pasó nada, con la excepción de que perdió com-

pletamente el respeto entre los trabajadores moros, la mayoría de los cuales procedían de la kábila de Sidi Jussef.

Por aquellos días estábamos trazando el camino que iba a seguir la pista en su descenso al valle de Charca-Xeruta. Me iba en las mañanas con una docena de soldados y tres o cuatro mulas llevando instrumentos y comida y descendíamos al valle, desarmados, aunque hubiera sido bien fácil matarnos a todos y robarnos las preciadas mulas. Pero Sidi Jussef nos había pedido que no lleváramos armas en estas excursiones.

-A veces los moros de las montañas bajan aquí -me había dicho-. Si os ven llevando armas os van a hacer una emboscada. Nosotros nos encargaremos de que no os pase nada.

Y nada nos pasó, con la excepción de que ocasionalmente veíamos a lo lejos, en la cresta de un cerro, la silueta de un moro y su fusil.

En el calor asfixiante de una tarde, después de la comida, Sidi Jussef se enfrascó en una conversación conmigo, una conversación que no puedo recordar cómo surgió.

-Los españoles son malos conquistadores -dijo-, pero son buenos colonizadores. El español tiene una adaptabilidad peculiar. Puede adoptar todas las características del mundo que le rodea y sin embargo mantener su personalidad intacta. La consecuencia es que a la larga absorbe el pueblo que ha invadido.

Se interrumpió y miró mi cara sorprendida, porque aunque a veces habíamos discutido las divergencias y afinidades entre españoles y árabes, Sidi Jussef nunca había expresado su opinión sobre los españoles en una forma tan dogmática.

-Mira la historia de la conquista de América: los conquistadores fueron igual que los soldados que hay ahora aquí: aventureros, desesperados, ladrones, borrachos y mujeriegos. Conquistan matando y corrompiendo. ¿Qué otra cosa hacen que usar la

fuerza bruta, el soborno o la hipocresía política, los mismos medios que usaron Cortés o Pizarro, que soñaban con oro y nobleza, con riqueza y fama? La conquista militar de América es una vergüenza para España, pero su colonización es su gloria. Todas las gentes miserables que fueron allí y echaron raíces mezclándose con los indios, teniendo hijos y repoblando la tierra, fueron los verdaderos conquistadores de América. No fueron las colonias españolas las que se rebelaron contra España, sino los españoles de América los que se rebelaron contra su viejo país. Sí, les ayudaron los mestizos y los indios, pero cada revolución americana ha tenido un español a su cabeza...

Le conté esta conversación a Córcoles, porque me había impresionado que aquel moro conociera la historia de España mucho más profundamente que la mayoría de los españoles. Córcoles se encogió de hombros:

-Dicen que Sidi Jussef es un español que hace muchos años se escapó del penal de Ceuta. No me extrañaría que fuera verdad. Mi padre fue un oficial de prisioneros y ha conocido muchos presidiarios que se escaparon, o a quienes se puso en libertad, que se fueron con los moros. La mayoría de ellos llegaron a jefes de kábila... pero, me parece que tú estás tomando Marruecos muy en serio.

-Hombre, me interesa. Aquí podríamos hacer una obra grande. Si no fuéramos tan bárbaros como somos...

-Mira, no tomes las cosas así. Esto es justamente un negocio.

-Conformes. Es un negocio. Matamos moros y los moros nos matan a nosotros. ¿A ti no te importa?

-No. Si me matan, mala suerte; si no, en unos cuantos años me hago rico.

-Sí, las riquezas que tú hagas...

-¿Por qué no? Justamente ahora se va a licenciar el suboficial Pedrajas. Después de veinte años de servicio tiene el ochenta

por ciento de la paga como pensión. Tiene tres o cuatro cruces pensionadas, aunque nunca ha estado en el frente; y tiene 150.000 pesetas en el banco, y una casa, una verdadera casa, en su pueblo. Y no creas que se ha privado de nada en todo este tiempo, ni vino, ni mujeres, ni un billete de mil pesetas en una banca de bacará. En los ocho años que ha sido subayudante del regimiento, rico.

-¿Y cómo se ha hecho rico?

-Robando. Robando grano de los caballos, garbanzos y ropa de los soldados y hasta las lámparas eléctricas del cuartel. Robando hasta escobas para barrer la cuadra.

-Ah, sí; y me puedo imaginar cuántos soldados han caído enfermos por no tener la manta que él había robado. ¿Y eso a ti te da lo mismo?

-No. No me da igual. He sido soldado y he dormido con una manta que tenía más años de servicio que el general Sanjurjo. Pero yo no puedo cambiar las cosas. Aquí, o comes o te comen; no hay otra solución. Naturalmente, ha habido gentes que han querido enderezar las cosas, pero todos han fracasado. Y lo peor es que si no robas, es lo mismo; te lo dan por hecho.

-Un día se rebelarán los soldados, como pasó en Madrid y Barcelona el año nueve. O los moros.

-¿Los soldados? ¡Quia! Se puede insurreccionar uno u otro; los fusilan y en paz. ¿Los moros? Los notables están comprados y nosotros somos los que tenemos los cañones y las ametralladoras. No le des vueltas en la cabeza a estos problemas; no los resuelves. Y en cuanto a los moros, no te hagas muy amigo de ellos. No hay más que una forma de tratar a los moros si quieres que te respeten, y es a palo limpio. Y encima más palos. Tan pronto como ven que te has ablandado, te has caído. Es a lo que están acostumbrados. El mejor jefe es para ellos el que pega más fuerte. Hay que tratarlos firme. Vente mañana al zoco conmigo; es día de zoco y voy de compras. Vas a ver cómo hay

que tratar esa gentuza. Yo nací en Ceuta y he conocido los moros desde que andaba a gatas. Vente mañana.

-Bueno. Le diré a Julián que haga mis veces. Vamos a ver tus talentos como un sargento de este ejército pacificador y colonizador.

-¿Sin chuflas, eh? ¿Te has creído que soy un misionero?

El blocao

Capítulo V

En cualquier parte en Marruecos -al menos en el Marruecos de los moros- os encontráis siempre cerca de un zoco. Un zoco no es nada más que un mercado al aire libre. Casi siempre se le llama por el día de la semana en que se celebra y el sitio donde está emplazado: el Zoco de Jemis de Beni-Arós, el Zoco de Arbas de Tlazta, etcétera.

Antes de amanecer, comienzan a llegar a través de las veredas de la montaña las mujeres cargadas como bestias y tras ellas sus amos y señores, caballeros en sus burros. A veces, el burro va también cargado con un carnero, o una cabra, atadas las patas y atravesado sobre su lomo o con un atado de gallinas, pendientes de sus patas, las cabezas balanceantes empinándose en espasmos; porque los moros nunca venden carne muerta. Al amanecer, el sitio destinado al mercado está lleno con vendedores que a la vez son compradores potenciales.

Córcoles y yo fuimos al Zoco del Arbaa acompañados de cuatro soldados y tres mulos. Ibamos a comprar carne fresca, huevos y fruta para toda la compañía. Cuando llegamos, a las nueve de la mañana, el zoco estaba en su apogeo.

-La carne la compraremos lo último -dijo Córcoles-. Algunas veces se llena de gusanos en media hora. Además, cuanto más tarde, más barata.

Zascandileamos de un lado a otro curiosos y nos detuvimos en el corro de un encantador de serpientes. Escuchamos su historia, interminable como siempre, y huimos cuando comenzó sus trucos, porque nos daban ganas de vomitar ver al moro meterse

un reptil por la nariz y sacarlo por la boca.

Nunca he podido resistir la tentación de los puestos de cosas viejas, y allí había uno que me fascinaba particularmente: papeles de cocina amarillos, pintarrajeados de rameados verdes y rojos chillones, extendidos sobre el suelo. Cajas de velas inglesas y de jabón marsellés. Dos viejas lámparas de petróleo. Cartuchos de perdigones para todos los calibres imaginables, revueltos en un montón. Una cesta de huevos. Cinco gallinas atadas a un poste. Un revólver roñoso, con el gatillo roto y seis cartuchos dispares colocados alrededor de él, con las vainas cubiertas de verdín y sus balas de plomo dentadas y manchadas hasta perder la forma. Un montón de lana de oveja recién esquilada y pringosa aún de churre, y otro montón de latas de petróleo vacías. En el centro, en el sitio de honor, una montaña indescriptible de piezas de metal: trozos de espuelas, ruedas dentadas de despertadores, agujas roñosas para coser sacos, alicates con las pinzas rotas...

El propietario era un moro envuelto en una chilaba astrosa color café, que fumaba su pipa de kiffi y no hacía nada más. Sentado sobre sus ancas tras su exposición permanecía mudo, mientras todos a su alrededor gritaban a cuello herido sus ofertas. Por un momento levantó la vista y nos miró a Córcoles y a mí, para volver a hundirse indiferente en las delicias de la simiente de cáñamo. Córcoles señaló la cesta de huevos:

-¿Cuánto quieres?

-Cincuenta céntimos la docena.

-Dame dos docenas.

El moro alargó su mano para coger el dinero sin cambiar de postura. Córcoles le dio una moneda de plata. El moro no la cogió y en cambio dijo:

-Cincuenta céntimos españoles.

Córcoles se guardó su dinero, me cogió del brazo y me alejó

del puesto.

-¿Qué pasa?

-¿Sabes? Aquí hay dos clases de moneda, la nuestra y lo que ellos llaman assani, que es la del Sultán. Yo le he dado un duro assani, que vale medio duro de los suyos. Pero estos granujas no quieren tomar su moneda. Bueno, no tardará en llamarnos. No te apures.

No nos llamó. Ibamos despacio, pero el moro seguía allí sin moverse, lanzando bocanadas de humo. Córcoles murmuró:

-Vamos a volver. Los huevos son baratos. Dame seis docenas -dijo al moro.

-Seis docenas son un duro español, cinco pesetas.

-Pero ahora mismo has pedido cincuenta céntimos por docena...

-Oh, sí. Eso era antes... -y siguió fumando su pipa.

Córcoles sacó del bolsillo su cartucho de máuser y se puso a juguetear con él en la mano. El moro apartó la pipa de su boca y se quedó mirando.

-¿Lo vendes? -preguntó al fin.

-No -dijo Córcoles. Y nos marchamos desdeñosos. Pero ahora el moro se levantó y vino tras nosotros, tirando a Córcoles de la manga para llamar su atención:

-Yo compro cartuchos.

-¿Cuántos huevos hay en la cesta?

-Nueve docenas.

-¿Cuánto?

-Cincuenta céntimos la docena.

-¿Assanis?

El moro tragando saliva:

-Assanis.

-¿Cuántos cartuchos quieres? El moro barboteó jubiloso:

-Todos los que traigas. Cien, mil, yo compra todos.

-Te van a costar caros, ¿sabes?

Volvimos al puesto. Córcoles cogió la cesta de huevos y me la colgó al brazo:

-Toma, dale esto a los muchachos, que lo pongan con cuidado en un mulo. -Me guiñó un ojo y me marché sin replicar.

Cuando volví, Córcoles tenía al lado suyo un soldado de la Mehalla, la policía nativa. Los tres estaban empeñados en una discusión acalorada. Al cabo de un rato, Córcoles dejó a los moros frente a frente y se reunió a mí:

-¿Qué es lo que ha pasado? -le pregunté.

-Nada, que tenemos huevos baratos, a veinte céntimos la docena, y le he dado un susto al moro que no le va a salir del cuerpo en tres meses.

-Pero ¿qué es lo que has hecho?

-Nada. Simplemente le he ofrecido mil cartuchos a un real la pieza. Cuando ha aceptado, he llamado al Mehalla. Y, naturalmente, con la policía al lado, se ha arrepentido de la compra, y no ha pasado más. Toda esta gentuza es peor que los gitanos. Ya verás. Ahora vamos a comprar una cabra.

El puesto del carnicero consistía en una hilera de postes con ganchos, de algunos de los cuales colgaban las pieles de los animales ya vendidos. En la parte de atrás había un corralillo atestado de corderos y cabras. Córcoles escogió una cabra.

-¿Cuánto?

-Siete duros, sargento.

-Cinco.

-Seis y medio.

Después de un regateo interminable se pusieron de acuerdo en

los cinco duros y la piel para el carnicero. -Ahora verás -susurró Córcoles.

El carnicero degolló la cabra sobre la tierra y colgó el cuerpo en uno de los ganchos. Hizo un corte triangular en una de las patas, levantó la solapa de piel, puso sus labios en el corte y comenzó a soplar. Lentamente la piel se iba despegando de la carne y la cabra se iba hinchando, adquiriendo una figura monstruosa. Finalmente hizo un largo corte en el vientre y arrancó la piel como si le quitara al animal un abrigo. Dejó el cuerpo ya pelado sobre una mesa cubierta con hule amarillo, vivero de moscas, y Coreóles puso cinco duros assanis al lado. El vendedor estalló en una protesta violenta:

-¡Assanis, no!

Córcoles recogió el dinero y, dejando la cabra muerta sobre la mesa, me llevó consigo:

-Ahora verás, la cabra es nuestra.

El carnicero salió tras de nosotros. Chilló, insultó e imploró, sin que le hiciéramos caso alguno. Por último, aceptó cuatro duros españoles por la cabra y nos llevamos el animal con todas las maldiciones de Alá encima.

-Es muy sencillo -explicó Córcoles-: la cabra ya no podía venderla. Los moros no compran carne cuando no presencian el matarla. Dentro de una hora, en este sol de julio, la cabra es invendible. Ningún español le daría entonces ni diez pesetas. ¡A no ser tal vez un sargento de Cazadores!

-¿Por qué un sargento de Cazadores?

-Porque es de lo único de donde pueden robar, de la comida. Pagan cinco o diez pesetas por una cabra o un carnero que está medio podrido, lo meten en el rancho de los soldados y lo ponen en la cuenta en treinta pesetas. Es de lo que chupan. No tienen paga extra como nosotros, ni pueden hincharse de comer grava de carretera.

-¡Pero es una bestialidad! ¿Y los soldados?

-Bueno, los soldados; a unos les da disentería y a otros el tifus. Pero los soldados cuestan baratos.

-Verdaderamente, entre nosotros no hay muchas epidemias.

-Nosotros somos príncipes. Aquí se está bien, si tienes dinero. ¿Cuándo has visto tú un general con malaria? Pero mira a los de infantería, sobre todo a los Cazadores, y verás.

El carnicero volvió a aparecer, conduciendo una cabra con las tetas goteando leche.

-He vendido los cabritos. Te la vendo.

-¿Qué te parece? -me preguntó Córcoles.

-No estaría mal tener leche.

-¿Cuánto quieres?

-Diez duros españoles.

-Te doy cinco.

Después de otro regateo interminable compramos la cabra en los cinco duros y nos la llevamos atada a la cola de uno de los mulos. Volví a reanudar la discusión:

-¿Entonces tú crees que tendrían menos enfermos en infantería si les dieran mejor de comer?

-Naturalmente. Bueno, tú no conoces todavía las cosas aquí, pero ya te las iré explicando. Casi todos los oficiales que vienen aquí, vienen a hacerse ricos. La verdad es que, cuando están aquí, se gastan los cuartos y nunca llegan a ricos; pero eso es otra cosa. Pero con los sargentos y los suboficiales es diferente.

No vienen aquí a hacerse ricos, vienen como soldados, a la fuerza; y vienen la mayoría de ellos de sus pueblos, hartos de pasar hambre. Un buen día se encuentran con una paga en la que no podían ni soñar como jornaleros, y con un uniforme y una categoría que les permite manos sucias. Ésos son los hom-

bres que se hacen ricos aquí. Ya va siendo hora que te vayas enterando de las cosas. Mañana te voy a llevar al blocao.

Blocaos, como entonces los conocíamos, eran barracas de madera, de unos seis metros de largo por cuatro de ancho, protegidas hasta la altura de un metro y medio por sacos terreros y muy raramente por plancha de blindaje, y rodeadas por alambre de espino. En este reducido espacio se estacionaba una sección de compañía al mando de un sargento: veintiún hombres, aislados del resto del mundo. En casos excepcionales se destacaba con ellos un soldado telegrafista con un heliógrafo y una lámpara Magin, para mantener día y noche comunicación con el blocao más cercano y, a través de él y de una cadena de otros, comunicar con la base. Pero la mayoría de ellos no tenía este medio de comunicación.

Sobre un cerro más alto que el nuestro, al otro lado del arroyo de Hámara, había un blocao semejante. De día y de noche oíamos los «pacos» que le disparaban algunas veces. Era un puesto avanzado enfrentado con el valle de Beni-Arós y los moros permanecían constantemente emboscados y disparaban a la silueta de un soldado o a la brasa de un cigarrillo. La guarnición era una sección de Cazadores.

Cuando llegamos Córcoles y yo, nos recibió entusiasta un sargento barbudo y flaco, con la cara amarilla de fiebre. Nuestros caballos llevaban unas pocas botellas de cerveza, una ristra de chorizos y dos botellas de coñac. Un hombrecillo pringoso, embutido en un uniforme harapiento, recibió la orden de guisar un arroz en honor nuestro. Otro hombrecillo se paseaba arriba y abajo, detrás del parapeto de sacos terreros que cubría la puerta de la alambrada. Los campos bajo nosotros tenían una paz infinita.

-Lo mejor es que nos metamos dentro -dijo nuestro anfitrión-. Aquí nunca está uno seguro, y menos un grupo como el que

ahora estamos. Esos hijos de puta tienen buena puntería. Entramos. En el rincón de la derecha, detrás de la puerta, el sargento había puesto un tabique de tablas para hacerse una alcoba. El resto de la barraca era una simple habitación con la tierra desnuda como piso. Las camas de los hombres estaban en dos hileras a lo largo de las paredes laterales, dejando un pasillo estrecho en medio. Encima de cada cama, en una repisa, estaba el macuto y una caja de madera. La mayoría de los hombres estaban tumbados fumando. Alrededor de una de las camas del fondo un pequeño grupo jugaba a las cartas. A la altura de los ojos, las paredes estaban perforadas por troneras. El sol entraba a través de ellas en chorros de luz que dibujaban rectángulos deslumbrantes sobre el piso y sumergían todo lo demás en la oscuridad, hasta que los ojos se acomodaban a la penumbra. Había un olor que no sólo le saltaba a uno a las narices, sino que parecía agarrarse a la piel y a los vestidos y depositarse allí en capas como pintura. Un olor semejante al olor de ropa sucia dejada por semanas en un rincón húmedo, sólo que cien veces peor.

Charlamos de unas cosas y otras, hasta que yo dije que quería saber cómo vivían allí.

-Éste es novato aquí -dijo Córcoles- y, lo que es peor, tiene ideas socialísticas o algo así. No es de los nuestros en todo caso.

Hizo una mueca, la mueca del hombre que está en el secreto, y el barbudo sargento me consideró compasivamente.

-Ya cambiará -dijo-. Por mí puede usted mirar lo que quiera o hacer lo que le dé la gana. Yo me quedo aquí con esta moza. -Y acarició el cuello de una de las botellas de cerveza. Salí del cuarto del sargento al cuarto común. Al pasar a lo largo de los camastros, los hombres me miraban con ojos de perro curioso. A mitad de camino, uno de ellos se levantó obsequioso:

-Si quiere usted mear, mi sargento, la lata está allí.

En un rincón había una lata de petróleo. Más tarde me contaron la historia: los hombres la usaban para orinar, porque si no tenían que salir afuera. Cuando los ataques del enemigo eran muy frecuentes, la usaban para todo. Cuando la lata estaba llena, tenía que vaciarla fuera de la alambrada el que le tocaba el turno. Esto, frecuentemente, provocaba un tiro, algunas veces una baja, y entonces se perdía la lata. El primero que tenía necesidad de aliviarse podía elegir entre salir por la lata, que era seguro estaba cubierta por un «paco», o evacuar en alguna parte fuera de la alambrada, a su propio riesgo. En un sitio tal, donde pueden imponerse pocos castigos por faltas de disciplina, los castigos consistían en dobles guardias de noche, en tener que ir por agua al exterior, o en vaciar la lata de petróleo durante un cierto número de días. Así, la lata de petróleo y su contenido se había convertido en un símbolo de vida o muerte y en el tópico principal de comentario y conversación. Cuando llegué a la cama donde los soldados jugaban a las cartas, éstos interrumpieron el juego y se quedaron en silencio, embarazados. Saqué un paquete de tabaco y liaron parsimoniosos sus cigarrillos.

-Qué, ¿cómo van las cosas aquí? -pregunté.

-Bien -contestó uno de ellos después de un largo silencio-. Si no le dan a uno un tiro y si no le dan las palúdicas.

Me senté en el borde de la cama, un saco relleno de paja, tendido en el suelo y cubierto con dos mantas viejas.

-Ahora contadme qué hacéis aquí todo el día. -Trataba de hacerles hablar-. Allí abajo en Hámara estamos desmontando para hacer una pista y os vemos a veces; también a veces oímos que os sueltan un «paco».

-Pues, bueno, aquí, no hacemos nada del todo -dijo el que había hablado antes-. A mí me quedan tres meses sólo...

-Entonces, ya eres un veterano completo.

-Treinta y tres meses de mili. El más viejo de aquí. Todos estos

son quintos al lado mío; vamos, «borregos». ¡La cantidad de piojos que me he quitado! Nunca desde que era un chico, porque, ¿sabe usted, mi sargento?, cuando somos chicos todos tenemos piojos, ¿sabe usted?

-¿Y qué vas a hacer cuando te licencies? -¿Qué va a hacer uno? Trabajar...

-¿Qué oficio tienes?

-¿Oficio? Pues, cavar y arar detrás de unas mulas. ¿Qué profesión va usted a tener en un pueblo como el mío, como no sea usted el cura? Y a veces hasta el cura tiene que cavar. Allí todo el mundo destripa terrones.

-Hombre, supongo que en tu pueblo habrá alguna tienda; y un médico y un boticario; aunque sea un zapatero remendón. No van a ser todos destripaterrones como tú dices.

-Pues sí, señor. Yo vengo de un sitio que llaman Maya, allá en la sierra en la provincia de Salamanca, y allí no hay nada de lo que usted dice. Una especie de taberna es lo único que hay, que ni es taberna ni es nada y venden pan allí. Y si alguno se pone malo, pues hay que llamar al doctor a Béjar. Pero tenemos un curandero que sabe más que el doctor. Mire usted, cuando el doctor viene, seguro que alguien se muere.

-¿Tienes novia?

-Anda, claro.

-¿Le escribes?

-Yo no, porque no sé. Ése, Matías, que es el único que sabe escribir bien aquí. -Me señaló a un soldado con una cara lastimosa de puro estúpido, que se sonrojó y se echó a reír locamente.

-¡Y le escribo cada cosa! -soltó entusiástico el escriba.

-Cuéntame qué le escribes.

-Anda, ¿qué le escribo? Pues las cosas que éste suelta: «¡Tengo unas ganas de darte un pechugón!» y cosas así. Un día se le ocurrió una buena y la escribí tal como la dijo. Luego la escribí a las novias de todos éstos y hasta a la mía también. Fue y dijo: «Cuando nos casemos y nos metamos en la cama, voy a meter la cabeza entre tus tetas y voy a hozar allí como los cerdos hasta que me ahogue». El inventor de la frase se puso encarnado, más de orgullo que de modestia, y explicó:

-Sabe usted, mi sargento, si no hace usted nada en todo el día, pues se pone uno a pensar y le vienen ideas. Y luego éste, que ha dormido con no sé cuántas mujeres, nos cuenta cosas y... bueno, usted sabe lo que yo quiero decir. -Hizo una pausa-.

No es que a mí me dé vergüenza, porque éstas son cosas de hombres, pero bueno, pues uno no puede dormir después.

-¿Así que tú tienes experiencia, eh? -le dije al que sabía de mujeres, un tipo de golfillo en un uniforme demasiado grande. -Imagine usted, mi sargento, he sido limpiabotas en Salamanca. Y esto ya es algo. La ciudad de la sífilis, la llaman. ¿Ha estado usted allí?

-Sí.

-Bueno, entonces usted conoce cómo es. De día en los cafés y en los soportales de la plaza, y por la noche en las casas de putas. Las putas son buenas chicas y siempre piden que les limpien los zapatos para que paguen los cabritos. Y claro, siempre tiene uno un capricho. Éstos no saben nada de la vida.

-Pues yo me he acostado con mi novia antes de venir aquí -exclamó uno de ellos.

-¡Qué, lo dices tú que te has acostado! Sois unos maricas. Cuando vais a Tetuán os da miedo acostaros con una mujer.

-Porque son unas guarras. Dame una de las putas de los sargentos y verás. Mire usted, mi sargento, en Tetuán hay putas a dos reales, pero tienen más piojos que aquí. Para lo único que son

buenas es cuando va a haber operaciones.

-¿Operaciones?

-Sí, señor. Cuando va a haber tiros. Si tiene uno suerte, pues le dan un permiso para ir a Tetuán y se busca uno una tía que esté mala, y se acuesta con ella. Le mandan a uno al hospital por dos o tres meses y no tiene uno que andar corriendo cuando llueven balas. Pero las tías piojosas lo saben y piden doble.

Nos interrumpió el rancho de mediodía, un caldero enorme lleno de judías blancas nadando en un caldo rojo ladrillo, seguido por otro lleno de café, agua tenuemente coloreada, en la que los soldados empapaban trozos de pan. Uno de ellos trajo una lata de leche condensada y dejó caer un chorrito fino en su café.

-Caray, ¡vaya un lujo que te gastas!

-No, señor. Es que tengo las tercianas y me dan una lata de leche cada tres días.

-Pero si tienes tercianas, debías estar en el hospital.

-Bueno, eso es si tiene uno las palúdicas todo el día. Pero con un poco de fiebre un día sí y otro no, le ponen a uno a quinina y a leche y le dejan de servicio. Claro que el día que me da, no lo hago.

Comimos con el sargento, arroz hecho con los chorizos que habíamos llevado, y bebimos café, un café que era indudablemente mejor que el de los soldados, pero que era infernalmente malo. Después nos pusimos a charlar con una botella de coñac entre nosotros.

-Y usted, ¿cómo lo pasa aquí?

-No muy mal. La cocina me da unas diez pesetas al día: y siempre se saca algo de la ropa, aunque haya que dejarle su parte al suboficial. Y la comida me sale gratis; donde comen dieciséis, comen diecisiete.

-Ya hay que hacer números para alimentar a diecisiete y sacar

diez pesetas diarias.

-No tanto como parece. Judías, garbanzos, patatas, arroz y bacalao; sal, aceite y vinagre y mucho pimentón. Todo de Intendencia y todo barato. No me gasto más que tres reales por cabeza y a veces hasta les compro un barrilito de vino. No me gusta explotar a los pobres diablos. Saben que les robo, pero otros son peores que yo y también lo saben. En Miscrela hubo un sargento que los alimentó dos meses con sólo judías con pimentón, cocidas en agua. Además, ellos también arramblan con lo que pueden. Si uno de los moros se descuida, le roban alguna gallina o algún cordero y hay fiesta; ponen trampas a los conejos, y cuando se presenta la ocasión, le dan un tiro a un pájaro. -Se calló pensativo-: Pero uno gana mucho más dinero cuando hay una operación o cuando se va de convoy. Entonces se le da a cada hombre una lata de sardinas y un par de galletas, y ya está aviado para todo el día.

-No me choca que revienten y acaben en el hospital.

-Los que acaban en el hospital son los que no sirven para nada. Yo llevo en África veinte años y hoy se vive con lujo. Tenía usted que haber visto la comida que nos daban entonces. Galletas a cada comida. Galletas de la guerra de Cuba. Tan duras que las teníamos que partir con el machete sobre una piedra, o empaparlas en agua para comerlas. Todavía hay algunas, pero ya no se atreven a darlas, porque están llenas de gusanos.

-¿Cuánto tiempo está usted en el blocao?

-La regla es un mes, pero yo me quedo voluntario. Si va uno a Tetuán, se gasta los cuartos. Aquí gana uno dinero y es lo único que importa. Ya tengo ahorradas más de diez mil pesetas. Aparte de eso, se está mejor en el blocao que en el frente; es más tranquilo. Pero usted, usted tiene suerte. Si a mí me hubiera tocado Ingenieros, a estas horas era rico.

A la caída de la tarde Córcoles y yo nos fuimos cerro abajo. Los campos seguían absurdamente llenos de paz. Un moro pa-

só por una vereda, trotando sobre un borriquillo, un perro flacucho trotando a compás tras él. De la pista, que aparecía en la distancia como un hormiguero, venían las notas del cornetín tocando alto el trabajo.

-Pero esa gente vive peor que los moros en sus chozas de paja -dije a Córcoles.

-Bah. No te preocupes. Mierda que no ahoga, engorda -me replicó.

Víspera de batalla

Capítulo VI

Es terroríficamente fácil para un hombre el caer en estado de bestialidad.

En la monotonía de los días invariables, reducido al pequeño círculo de la población que era mi ciudad, y al aún mucho más pequeño círculo de la tienda cónica que era mi hogar, lentamente fui cayendo en la rutina diaria embrutecedora, sin hacer esfuerzo alguno para romperla. Desayunar, sentarse a la sombra de la higuera, comer, sentarse a la sombra de la higuera, cenar, dormir y despertarse con el mismo programa ante uno.

Al principio leía; poco a poco me iba olvidando de abrir un libro.

Al principio me gustaba tirar a los conejos y a las perdices; después, la escopeta dormía inactiva por horas enteras contra el tronco de la higuera; al fin, se quedó en la tienda días y días.

Había terminado el trabajo topográfico y no tenía que hacer más que vigilar a los moros, sentarme y mirar vigilante. Vigilar, ¿para qué? Dejaba pasar las lentas horas igual que una bestia rumiante, con algunos cabeceos adormilados, diciéndome a mí mismo muchas veces que estaba pensando en algo, pero sin pensar del todo, sumergido en una niebla perezosa. Recuerdo que durante aquel tiempo sólo se me ocurrió una observación: que lo mismo que me estaba pasando a mí, les estaba pasando a todos los demás. Los soldados, la mayoría de ellos simples obreros o campesinos en la vida civil, se estupidizaban rápidamente y se convertían en máquinas de comer y digerir, poseídos por el pensamiento único de que el trabajo era algo que

había que evitar a toda costa. Cada uno se degeneraba en esta existencia sin acción, dentro de un mundo de un kilómetro en radio. Todos olvidábamos en qué día de la semana o del mes vivíamos. Dormíamos, comíamos y digeríamos.

Cuando recibí un telegrama ordenándome presentarme en Tetuán, lo cogí como un alivio y como una molestia. No me sentía con ganas de ir a Tetuán; quería ir. Estaba contenido en uno el aburrimiento y el deseo de arrancarme de él.

En el ejército una orden es una orden. Marché al día siguiente. El comandante Castelo me dijo:

-Hasta que el ejército haya cruzado el río Lau, no podemos hacer nada. El Estado Mayor necesita alguien que conozca topografía. Preséntese al comandante Santiago de Estado Mayor. Creo que estará usted a gusto.

El comandante Santiago era un mestizo. Los soldados le llamaban el Chino, porque tenía los ojos oblicuos y la piel amarilla. Parece que era hijo de uno de aquellos oficiales españoles que estuvieron estacionados en Filipinas y se casaron con una mujer nativa. Su color y sus ojos de almendra le habían producido un complejo de inferioridad agudo y le mantenían en un estado de mal humor perpetuo. Pero era un hombre inteligente, de una agilidad mental excepcional.

Me dijo que me sentara frente a un tablero de dibujo.

-Copie usted esto. -Me dio un croquis topográfico de la bahía de Río Martín. Cuando lo hube terminado, lo examinó cuidadosamente-. Se va usted a quedar aquí. Tenemos que hacer un mapa completo de la zona de Beni-Arós.

-A sus órdenes, mi comandante.

-¿Mis órdenes? ¡Hacer un mapa de Beni-Arós! ¿Usted sabe cómo hacerlo? ¿No? Tampoco yo. Pero no tenemos ningún mapa, y los mapas franceses son una porquería. Han dibujado la línea de la frontera, han hecho unas cuantas rayas y ya está.

Bueno, muchacho, tenemos que hacer un mapa de Beni-Arós.

Se marchó de la habitación y me dejó solo con un cazador que estaba muy atareado, inclinado sobre una hoja de papel de calco. Al cabo de un corto silencio, le dije:

-El comandante no parece tener muy buen genio.

-¿Cómo lo va a tener? Berenguer dice: «Hágame un mapa de Beni-Arós», cuando nadie conoce Beni-Arós, con la excepción de Castro Girona, que fue una vez a la boda de alguien de la familia del Raisuni. Y no hay mapas, ni croquis, ni nada. Hágame un mapa de Beni- Arós. Lo mismo nos podían pedir un mapa del Polo Norte... ¡Usted ha venido como delineante!

-Sí; bueno, supongo que sí.

-Me alegro, al menos seremos dos. Nos repartiremos las broncas a medias. No tiene usted idea de qué clase de trabajo es éste.

Se puso de pie y vi que era un cabo. Facciones finas, lentes de miope, manos finas.

-Eche usted una mirada a esto.

La hoja de papel transparente que tenía delante mostraba parte de la zona española de Marruecos, con un espacio en blanco en la mitad.

-Esto es Tánger, aquí está Tetuán, Ben-Karrick, el Zoco del Arbaa, Xauen, y esto es la frontera francesa pasando por Larache. Aquí está Larache, Alcazarquivir, Arcila... En fin, todo está bien. Pero todo el blanco que hay en el medio es Beni-Arós. Y tenemos que llenarlo. Las operaciones van a empezar en primavera y se necesitan los planos.

-¿Cómo lo vamos a llenar?

-Ésta es precisamente la cuestión. Ya verá usted; dentro de poco comenzarán a venir. Volvió a entrar el comandante:

-Qué, Montillo, ¿le ha explicado usted el problema?

-Sí, señor.

-Cuando empiece a venir la gente, váyale enterando. Barea, éste es Montillo, el dibujante topógrafo del Estado Mayor. Van ustedes a trabajar juntos y tendrá usted que seguir sus órdenes, aunque no es más que un cabo.

-Muy bien, mi comandante.

Montillo comenzó a mostrarme mapas y más mapas, y a explicarme el método de trabajo: se dibujaban sobre papel de calcar transparente y se sacaban ferroprusiatos. Era asombrosa la falta de mapas. No existía ni aun un plano completo de la ciudad de Tetuán.

Una hora más tarde llegó un soldado moro de Regulares acompañado de otro moro.

-¿De dónde venís? -preguntó Montillo.

-De Tlazta. Éste conoce toda la región.

Tlazta era un puesto avanzado, un punto en el mapa. Montillo, el soldado y el moro se enzarzaron en una serie de preguntas:

-Aquí está Tlazta. Desde aquí hacia Beni-Arós, ¿cómo irías tú?

-Pues, se coge una vereda y se va monte arriba y luego se tuerce a la izquierda y luego... Montillo extrajo del moro los detalles más insignificantes e imaginables: un árbol, una piedra allá, una vereda, un arroyo, un barranco...

Cuando los dos se habían ido, Montillo exclamó:

-¡Con lo fácil que esto podría ser! Un aeroplano y unas pocas fotos. Sabe usted, hay un capitán aquí, el capitán Iglesias, que quiere hacerlo y no lo dejan. Hay un sistema nuevo que llaman fotogrametría, que simplemente se toman unas fotografías con un aparato nuevo alemán y de ellas se puede hacer el croquis del terreno con las cotas de todos los puntos.

-No he oído nunca nada de eso.

-Pues existe. Lo que pasa es que Iglesias pidió no sé cuántos

miles de pesetas para poderlo hacer; y como es una persona decente, no le dan el dinero y nosotros nos tenemos que estrujar los sesos. ¡Esto es una marranada!

Durante la mañana no hicimos trabajo alguno. Comimos juntos y nos paseamos en la calle de la Luneta arriba y abajo. A la caída de la tarde Montillo dijo:

-Vámonos a casa de la Luisa.

-Vaya usted, si quiere. Lo siento, pero yo prefiero no ir. -Estúpidamente, le pregunté brusco-: ¿Usted sabe que yo me he acostado con la Luisa?

-Atiza, ¡vaya un cuento! -Se me quedó mirando y agregó-: Pues tenemos que ir de todas maneras; ya verá usted por qué.

Mientras remontábamos la Alcazaba, me informó:

-Tenemos que tener agentes para toda clase de informaciones. Pero muchos de ellos no quieren por nada del mundo que les vean entrar en la comandancia general. Ahora bien, a casa de la Luisa todo el mundo puede ir y a nadie le llama la atención. ¿A qué se va allí? A acostarse con una mujer. Así, es el mejor sitio para charlar un rato con alguien.

La casa de la Luisa era un centro de información militar. Nos llevaron a una pequeña salita en la parte de atrás, donde nos fue visitando una multitud heterogénea que entraba uno a uno con cortos intervalos: moros de las montañas, cantineros, vendedores ambulantes de té, un narrador de cuentos del zoco. Montillo les interrogaba, tomaba notas y hacía croquis. Hasta que cerró el cuaderno y dijo:

-Se acabó por hoy. Que nos traigan una botella de vino.

Entró la Luisa. Cuando me vio allí, mostró claramente su sorpresa de verme metido en aquellas actividades:

-¡Qué bien guardado te lo tenías!... Me alegro que hayas venido. Esta noche me voy a correr una juerguecita. Me lo piden mis huesos.

Nos bebimos la botella entre los tres y Montillo se marchó. Luisa y yo nos quedamos solos. Estaba mimosa como una gata.

-Y tú, ¿vas a ir a las operaciones?

-Pues, no lo sé.

-Van a empezar en abril.

-Eso dicen. La primavera es el mejor tiempo.

-Hay quien dice que van a empezar desde Ben-Karrick y otros que desde Xauen. Naturalmente, tú lo sabes mejor que yo...

-Claro.

No conocía una palabra de los planes de campaña, pero no pude resistir el deseo de mostrarme bien enterado.

-Cuéntame. Me apuesto a que van a empezar por Xauen.

-Naturalmente. Fíjate, el valle de Beni-Arós está cerrado por Xauen y por Larache en las dos puntas, y por las posiciones francesas y las nuestras por ambos lados. Vamos a mandar una columna desde Larache y otra desde Xauen y vamos a coger al Raisuni en medio, sin que tenga escape.

Pero Luisa quería conocer mucho más. Como un estratego de café, le fui detallando todas las operaciones que se planeaban.

Después, nos acostamos. Aquella noche no esperaba al general.

Al día siguiente le conté a Montillo el curioso interés de la Luisa en el plan de operaciones.

-Has hecho bien en contarle un cuento. La zorra esa está chupando por los dos lados, o mejor, yo creo que por tres, porque me parece que está dando información a los moros por un lado y a los franceses de Tánger por otro. De todas maneras, tenemos que contárselo al comandante.

La consecuencia fue que se me pidió que cultivara la amistad de la Luisa y que le fuera dando informes cada vez más detallados de las operaciones que iban a emprenderse por el camino de Xauen. Yo seguía sin tener más nociones que antes del plan.

Mi trabajo era coleccionar los informes de los agentes, hacer notas y trazar mapas más o menos rudimentarios del valle de Beni-Arós v de sus líneas de comunicaciones.

Poco a poco fui conociendo a los jefes de las fuerzas de operaciones. El general Dámaso Berenguer, alto comisario de Marruecos, macizo y pesado, con una voz untuosa. El general Marzo, también de la familia de los generales gordos, con un corsé bajo el uniforme, sanguíneo y apopléjico, con un genio explosivo. El coronel Serrano, rechoncho y valiente hasta la temeridad, un hombre paternal a quien adoraban sus soldados por su buen humor y por su carencia absoluta de miedo. El teniente coronel González Tablas, alto, enérgico, una autoridad entre los moros de Regulares, de quien era el jefe, con mucho del aristócrata entre los demás jefes, que la mayoría parecían campesinos acomodados y quienes le odiaban cordialmente, o al menos a mí me lo parecía. Y, finalmente, el general Castro Girona, amabilísimo, pero extraño, con su piel tostada, su cabeza rapada y su interés genuino por los moros.

Este general, que parecía fundido para ser el «Hombre de Marruecos», disfrutaba de un prestigio tremendo entre los moros, muchos de cuyos dialectos hablaba bien. Político astuto, hizo posible la ocupación de Xauen sin derramamiento de sangre, a costa sólo de unos cuantos tiros sueltos; semanas antes de la operación entró en la ciudad disfrazado de carbonero moro y negoció el rendimiento con los notables, amenazándolos con un bombardeo del pueblo y ofreciéndoles a la vez beneficios pecuniarios.

Esta hazaña, indudablemente, salvó a cientos de familias españolas de llevar luto, porque Xauen está escondida entre montañas en una posición casi inexpugnable. Pero le ganó la enemistad unánime de los generales que soñaban con una «conquista» de Xauen, la ciudad sagrada, y con escribir «una página gloriosa de historia». En las operaciones siguientes Castro Girona no recibió ningún mando de fuerza. Las condecoraciones y los

ascensos se reservaban para los otros.

Lo que yo vi del Estado Mayor del ejército español en aquella época, me mueve a hacerle justicia. He visto allí hombres que representaban la ciencia y la cultura militares, estudiosos y desinteresados, luchando constantemente contra la envidia de sus hermanos oficiales en otros cuerpos y contra el antagonismo de los generales, muchos de los cuales eran incapaces de leer un mapa militar y, siendo por tanto dependientes del Estado Mayor, odiaban o despreciaban a sus miembros. Los oficiales del Estado Mayor, en general, eran impotentes: cuando un general tenía «una idea», su único trabajo era tratar de encontrar la forma menos peligrosa de ponerla en práctica, ya que les era imposible rechazarla. Las ideas de los generales eran, casi sin excepción, basadas en lo que ellos se complacían en llamar «por cojones».

Hacia el fin de marzo de 1921, los preparativos del Estado Mayor para las operaciones próximas estaban terminados. Volví a la compañía en Hámara. Tenía la orden de cesar el trabajo en la pista y unirme a una de las columnas, dejando en la posición un pelotón a las órdenes del alférez Mayorga y al señor Pepe con sus moros.

Por primera vez iba a ir a la guerra.

Cada soldado cogido en el mecanismo de un ejército se pregunta a sí mismo en la víspera de ir al frente: «¿Por qué?». Los soldados españoles en Marruecos se hacían la misma pregunta. No podían evitar el intentar entender por qué se encontraban en África y por qué tenían que arriesgar sus vidas. Los habían hecho soldados a los veinte años, porque tenían veinte años; los habían destinado a un regimiento y los habían mandado a África a matar moros. Hasta aquí, su historia era la misma de todos los soldados que son movilizados por una ley y mandados al frente de batalla. Pero en este punto comenzaba su historia puramente española:

«¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que "civilizarlos" si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos, nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas, las casas son de adobe, dormimos con la ropa puesta, en un camastro de tres tablas en la cuadra, al lado de las mulas, para estar calientes. Comemos una cebolla y un mendrugo de pan al amanecer y nos vamos a trabajar en los campos de sol a sol. A mediodía comemos un gazpacho, un revuelto de aceite, vinagre, sal, agua y pan. A la noche nos comemos unos garbanzos o unas patatas cocidas con un trozo de bacalao. Reventamos de hambre y de miseria. El amo nos roba y, si nos quejamos, la Guardia Civil nos muele a palos. Si yo no me hubiera presentado en el cuartel de la Guardia Civil cuando me tocó ser soldado, me hubieran dado una paliza. Me hubieran traído a la fuerza y me hubieran tenido aquí tres años más. Y mañana me van a matar. ¿O voy a ser yo el que mate?»

El soldado español aceptaba Marruecos como aceptaba las cosas inevitables, con el fatalismo racial frente a lo irremediable. «Sea lo que Dios quiera», dice. Y esto no es una resignación cristiana, sino una blasfemia subconsciente. Dicho así, significa que uno se siente impotente ante la realidad y tiene que resignarse a la voluntad del usurero cuando le quita a uno el trozo de tierra, aunque se haya pagado tres veces su valor, por la simple razón de que nunca tuvo uno junta la suma total de la deuda.

Este español «sea lo que Dios quiera» no significa esperanza en Dios y en su bondad, sino el fin de toda esperanza, la expectación de lo peor.

Los soldados españoles en Marruecos tenían todos los motivos para sentirlo así.

En la víspera de nuestra marcha, tres soldados se presentaron a reconocimiento médico. Uno tenía una alta fiebre y hubo que

dejarlo en la tienda. Otro, que se había herido ligeramente en un dedo con el alambre de espino, tenía la mano terriblemente hinchada. El tercero tenía gonorrea. Tuvieron que quedarse en Hámara hasta que se les evacuara al hospital del Zoco del Arbaa o de Tetuán. El resto de la compañía emprendió la marcha a Ben-Karrick.

El cornetín marchaba al lado de mi caballo. No sólo reanudaba así la intimidad de nuestras conversaciones bajo la higuera, sino que también podía descargar parte de su equipo sobre las ancas del caballo y agarrarse a su cola cuando escalábamos un cerro.

-Martínez tenía una mala fiebre -dije, por decir algo.

-Lo que tiene es frescura.

-¿Frescura?

-¡Cómo se ve que no conoce usted a esa gente! No le pasa nada. Ni a los otros dos tampoco.

-No me digas que estoy ciego o tonto. Martínez tiene fiebre. Sotero tiene la mano como mi bota y Mencheta está chorreando pus.

-Sí, sí. Y ninguno de ellos quiere ir adonde voy yo. Martínez se puso una cabeza de ajo bajo el sobaco durante la noche. Sotero se metió ortigas machacadas en el rasguño que tenía y Mencheta se ha puesto un sinapismo.

-¿Un sinapismo?

-Sí, señor. Uno de esos papeles untados de mostaza, que venden en la botica para los catarros. Hace usted un tubito delgado con ellos y se los mete en el caño de la orina y lo deja allí toda la noche; al día siguiente es un chorro. Ahora los tres irán al hospital, y cuando ya no puedan seguir más con sus trucos, las operaciones se han acabado. Yo lo he hecho muchas veces. Hay muchas cosas más que se pueden hacer: come uno tabaco y se vuelve amarillo, como si tuviera ictericia. Se calienta una

perra gorda y se hace uno una úlcera en una pierna. Ahora estamos aquí en el campo y no se puede hacer nada, pero en Tetuán, seguro que toda la noche ha habido colas en las casas de zorras donde hay alguna enferma. En una semana, docenas van a ir de cabeza al hospital.

-¿Me supongo que sabes lo que se arriesga con esas cosas?

-Sí. Pero un balazo en la tripa es peor. Si le dan a uno, se acabó. Le da a usted peritonitis y revienta; porque los doctores se quedan en la retaguardia. Ya lo verá usted. Todos éstos vienen, la mayoría porque son tontos y otros porque no han podido ir a Tetuán. A veces, en víspera de operaciones hay docenas más.

-Entonces, tú, ¿por qué vienes? Podías haber usado uno de esos trucos.

-Yo ya no lo puedo hacer más. Tarde o temprano empiezan a fijarse en uno y se corre el riesgo de ir a presidio. Ahora, cuando toca ir de operaciones, me digo: «Sea lo que Dios quiera», y echo para adelante.

A primeras horas de la tarde llegamos a Ben-Karrick. En la época era una de las bases de operaciones. Era un pequeño campamento con un cuartel para los Regulares y la infantería, un depósito de intendencia y almacenes para los contratistas del ejército. Tenía varias cantinas bien abastecidas de vino, licores y comestibles en conserva. De vez en cuando, dos o tres mujeres venían de Tetuán y se pasaban allí unos días.

Armamos las tiendas fuera de la posición. Se estaba formando una columna de ocho mil hombres a las órdenes del general Marzo. Tendríamos que esperar un par de días, hasta que todo estuviera listo, y entre tanto Ben-Karrick se convirtió en una fiesta. No había más que comida y bebida, pero ¡cómo comimos y bebimos!

En el código español de relaciones personales, la borrachera se considera no sólo desagradable y molesta, sino también como una falta de virilidad. Un grupo de amigos acabará por expulsar

al que no puede soportar su bebida o restringirse de acuerdo con su resistencia. Le echarán por exhibirse él mismo como «poco hombre». Pero en ciertas ocasiones esta regla no rige, como por ejemplo en Nochebuena o en la noche de Año Nuevo. Y en Ben-Karrick era lo mismo. Se bebía para emborracharse.

La cantina del Malagueño era un sitio favorito de reunión de los sargentos, y el propietario, orgulloso de su clientela, ponía en la puerta a cualquier soldado que se atreviera a entrar. El Malagueño había comenzado como un cantinero que seguía a las columnas en marcha con un borriquillo cargado con cuatro damajuanas llenas de agua. Vendida a vasos, el agua se transformó en vino, las damajuanas en pellejos y el burro en mulo. Después levantó una barraca de tablas en la posición de Regaia. Ahora tenía un gran almacén en Ben-Karrick, lleno de jamones, chorizos, latas de sardinas, cerveza alemana, leche holandesa en lata, licores de todos los orígenes, vinos finos andaluces y una cocina en la que se podía hacer comida a cualquier hora. Junto al almacén había instalado un barracón donde mataba corderos y de vez en cuando una vaca, y de allí surtía las cocinas de todos los oficiales y sargentos de la guarnición con carne fresca.

Julián estaba en la misma situación que yo: iba a entrar en acción por primera vez en su vida. Su alegría natural de hombre gordo estaba nublada por sus pensamientos. Él, que acostumbrada a beber vino mezclado con agua en las comidas, estaba apurando vasos grandes de manzanilla.

-Te vas a emborrachar -le dije.

-Cuanto más borracho, mejor. Me quiero emborrachar. La culpa es de mi padre: si mañana me dan un tiro y me matan, ¿qué pasa?

-Nada, te enterramos y en paz. No te apures.

-Pobrecito -dijo Herrero-, está tan gordo que hace un blanco

precioso. Te van a dar un tiro en la misma tripa.

-No te apures, tú te escondes detrás de mí -remató Córcóles, estirándose en toda su flacura. Pero Julián no estaba para aguantar bromas. Se iba poniendo más y más moroso y bebiendo más y más. De repente estrelló el vaso contra el suelo y gritó:

-¡Me cago en mi padre!

El Malagueño conocía a Julián y a su padre y la historia de ambos. Levantó la trampilla del mostrador, se vino a nosotros y golpeó amistoso un hombro de Julián.

-Sí, señor. ¡Me cago en mi padre!

-Bien hecho. Si yo fuera tú, haría lo mismo. Y además le jugaría una mala pasada. ¿Sabes lo que yo haría, si fuera tú?

-¿El qué?

-Pues, mañana o al otro, el día que te encuentres ante los moros, si yo fuera tú, iba a echar para adelante y les iba a dejar que me dieran un tiro. Y mi padre se iba a arrancar las barbas de rabia.

Estallamos en carcajadas, pero Julián se puso lívido y le pegó una bofetada al Malagueño. El otro comenzó a soltar blasfemias horrendas y, agarrando el cuchillo de cortar el jamón, comenzó a gritar:

-¡Le mato! ¡Le voy a rajar las tripas! Ni el mismo Dios me ha pegado a mí en la cara. ¡Le voy a degollar como a un cerdo!

-Primero danos unos vasos de manzanilla. Después le rajas las tripas, si quieres. Pero lo mejor que podrías hacer era darle un vaso grande de coñac.

-Eso es una idea, compadre.

El Malagueño llenó nuestros vasos de vino y llenó el de Julián de coñac hasta los bordes.

-¡Bébetelo, hijo, bébetelo, a ver si se te cura la mala leche!

Julián vació el vaso de un golpe. Tres segundos más tarde estaba en el suelo como un talego. El Malagueño le levantó amorosamente en los brazos, le metió en la trastienda y le dejó sobre unos fardos del almacén. Nos mezclamos con un grupo de sargentos de infantería, todos hombres ya maduros, con largos años de servicio en África. Uno de ellos, un tipo flaco y amarillento, pareció cogerme simpatía:

-¡Con las ganas que tenía yo que empezaran las operaciones! -dijo.

-Qué, ¿te gusta el jaleo?

-No me hace mucha gracia, pero es la única probabilidad que tiene uno de un poco de suerte.

-¿De suerte para qué?

-De que caiga un ascenso. Con nosotros no pasa lo que en Ingenieros. Para llegar a suboficial, necesitamos diez o doce años. La única suerte que uno puede tener es que le den un tiro de suerte o que le maten a uno la sección. Es mucho más fácil ascender por méritos de guerra que por antigüedad.

-¿Y qué ibas a sacar? Diez duros más al mes.

-¿Que qué iba a ganar? Algo más que eso. De sargento no sacas nada más que cuando te nombran de cocina o cuando te mandan a un blocao. Pero de suboficial, eres tú quien te encargas del vestuario de la compañía. Imagínate, lo menos mil pesetas al mes y me quedo corto. Y con un poco de suerte en operaciones.

-¿Qué suerte? ¿Otro tiro?

-No, hombre, no seas idiota. Si yo soy el suboficial y me toca una de esas operaciones en que las cosas se ponen serias y me matan la mitad de la compañía, me pongo las botas. Al día siguiente doy parte de la pérdida del equipo de la compañía completo. Figúrate: doscientas mantas, doscientos pares de botas, doscientas camisas, doscientas guerreras...

El Tercio

Capítulo VII

Fuimos de los primeros en llegar. Solamente Artillería e Intendencia habían llegado antes que nosotros. Sobre la cima del cerro se veía la silueta de ocho cañones apuntando al valle. En la falda del cerro, Intendencia había levantado sus tiendas y de allí subía un fuerte olor a cuadra: paja y caballos. El capitán del listado Mayor que organizaba el campamento general nos señaló nuestro sitio en la ladera. Media hora más tarde, nuestras tiendas estaban montadas y las fogatas de la cocina encendidas.

El cerro se elevaba sobre una llanura amarillenta por el rastrojo de la cebada recién segada. En la lejanía se veían las chozas de la kábila que una semana antes se había rendido. A esta distancia, la fealdad repulsiva de sus cabañas se borraba y tenía un aire de aldea alegre en medio de los campos recolectados. Nuestras tiendas cónicas esparcidas por las laderas daban la impresión de que el pueblo se preparaba para celebrar su feria.

Nuestro capitán había sugerido al capitán del Estado Mayor que se nos dejara acampar en el llano. La respuesta había sido:

-Ese sitio está reservado para el Tercio.

Nuestro capitán se había puesto de mal humor. El Tercio llegó por la tarde, una bandera completa que iba a entrar en fuego por primera vez. Levantaron las tiendas rápidamente. En el extremo más lejano del campo se alineaban barriles de vino entre los tiendas cuadradas: la taberna y el burdel. Los soldados del Tercio comenzaron a agruparse alrededor de los barriles y de las tiendas para beber y parodiar el amor.

Los otros sargentos y yo contemplábamos cómo crecía a nuestros pies este campamento.

-Ésos son los nuevos americanos -dijo Julián-. Supongo que la mayoría no saben dónde han caído. A los pobres los han engañado.

-¿Engañado? No digas que aquí alguien viene por equivocación. Córcoles apuntó:

-¡Bah! Aún quedan idiotas en este mundo. Les han largado unos floridos discursos sobre la Madre Patria y sus hijas de América y los nietos se han venido para acá. Bueno, me parece que no se van a divertir mucho en los cinco años y se van a cagar en su puta madre miles de veces.

Un legionario comenzó a subir la cuesta en nuestra dirección. Córcoles le señaló:

-¿Adonde va ése? Me parece que se ha equivocado de piso.

En aquellos días los legionarios y los soldados de Regulares no fraternizaban.

Cuando el hombre estuvo más próximo le reconocí. Era Sanchiz. Nos saludamos con un ademán el uno al otro. Córcoles dijo:

-¿Le conoces?

-Es un viejo amigo mío.

-Vaya unos amigos que tienes.

Mientras, Sanchiz había llegado a nosotros:

-Qué, ¿cómo van las cosas? He venido a buscarte. Tenemos un vinillo estupendo ahí abajo. Me han dicho que estaba aquí tu compañía, así que si estás libre, vente conmigo.

Nos fuimos juntos cuesta abajo: Sanchiz se había colgado de mi brazo. Los legionarios me miraban con hostilidad. Nos encontramos un sargento con cara de viejo presidiario que le preguntó agrio a Sanchiz:

-¿Adónde vas con ese fulano?

-Es un viejo amigo. Vente con nosotros y bébete un vaso.

-No. Me toca de guardia esta noche y si empiezo a beber me empapo.

El cantinero era un viejo flaco y amarillento con las orejas luminosas de puro transparentes y una nariz de berenjena, tan sordo que había que pedirle las cosas a gritos y señalarle lo que se quería. Como una regla fija, el vino que se vendía a los soldados en África contenía una cantidad desvergonzante de agua y media docena de productos que evitaran su rápida fermentación. Pero este vino era excelente, seco y fuerte, que obligaba a chasquear la lengua en el paladar.

-¿Qué hacéis para que no ponga agua en el vino?

-El Sordo se guardaría muy bien. Si no, a lo mejor no encontraba un hueso sano en su cuerpo una mañana, por no decir otra cosa.

-Pero ¿cómo es que estás aquí? Yo te hacía en la oficina de Ceuta viviendo como un príncipe.

-La culpa la tiene el vino. Me emborraché y el capitán me mando aquí con estos tipos por un par de meses como castigo. He venido de instructor. Son una manada de piojosos. Hijos de negra y chinarros o pieles rojas. Mal tiro les den a todos. Te están hablando con tanta dulzura y tan pronto vuelves la cabeza te encuentras una navaja metida en las costillas.

¡Hijos de zorra! Míralos a la cara... No sé qué les va a decir mañana Millán Astray.

-¿Ha venido también?

-Sí, y mañana a las diez les va a echar un discurso. Vente a oírle. Es terrorífico cómo habla. Voy a ir a buscarte a tu tienda mañana.

El abstemio sargento se reunió con nosotros:

-Me habéis dado envidia. ¿Me pagas un vaso? Se lo bebió con sorbos lentos mirándome:

-¿Es verdaderamente un amigo tuyo, Sanchiz?

-Como si fuera mi hermano. Bueno, mejor, como si fuera un hijo, porque puedo ser su padre.

El sargento me alargó una mano callosa, enorme.

-Si es así, tanto gusto en conocerle. -Bebió otro sorbo de vino-. Y si eres su amigo, ¿por qué no te vienes con nosotros? Si yo estuviera en su pellejo -le dijo a Sanchiz-, mañana era teniente.

-No seas idiota. No podría pasar de suboficial y gracias. Pero no sirve para nosotros. Le hemos asustado en la taberna del Licenciado.

La algarabía alrededor de las barricas de vino era ahora infernal. Era imposible oír uno al otro y Sanchiz y yo nos fuimos fuera de los límites del campamento del Tercio. Mientras ascendíamos la cuesta, mi vieja repugnancia al Tercio revivía violentamente, y los recuerdos de la taberna del Licenciado brincaban en mi memoria.

Las tabernas en España se pintan generalmente de rojo. Esta taberna en la Plaza de Nuestra Señora de África también estaba pintada de rojo. Un rojo furioso de bermellón que se había volcado sobre las puertas, las mesas, las banquetas, el mostrador y los anaqueles cargados de botellas. La taberna era como una puñalada sangrienta en la blancura de cal de la pared. Fuera, el sol blanqueó el color rojo y lo convirtió en un rosa sucio. Dentro, el humo lo había oscurecido hasta darle un tinte de sangre seca. El tabernero era un viejo ex presidiario del penal de Ceuta; andaba siempre con una camiseta sin mangas, sucia, a través de cuyas mallas surgían pelos recios. Su mote -el Licenciado-, hacía referencia a su pasado y a su conocimiento de las leyes. Sus parroquianos eran legionarios y putas. El vino tenía irisaciones verdes sobre el rojo y sabía fuertemente a sulfato de cobre. Para beber aquel vino, había que tener una sed como la

que el Licenciado producía sirviendo tajadas de bonito seco con cada vaso. Los pescados colgaban de una viga que cruzaba la taberna a lo largo del mostrador. Cortados de arriba abajo y abiertos como murciélagos sobre una armazón de cañas, parecían pequeñas cometas. De la misma viga pendían de sendos ganchos dos enormes lámparas de petróleo montadas sobre alambres retorcidos. Por la noche, el Licenciado encendía las dos lámparas y su humo lamía lentamente los secos pescados hasta cubrirlos de un tinte negro; después, sabían a hollín y a petróleo.

A mediodía la taberna estaba vacía. Una mujer o un legionario entraban un instante y se llevaban una botella de vino. A la caída de la tarde comenzaban a llegar los parroquianos. Algunas tardes yo había ido allí, cuando la taberna aún estaba desierta, a esperar a Sanchiz. El primero en llegar solía ser un legionario solitario que se sentaba cerca de la luz y escribía, sabe Dios qué. Después, una avalancha de hombres que había terminado su trabajo en la oficina de la Mayoría del Tercio en Ceuta. Se recostaban a lo largo del mostrador y discutían quién

iba a pagar a quién. Al cabo de un rato, unos se enredaban en una partida de cartas, otros se sentaban en pequeños grupos con un frasco de vino presidiendo en medio, unos pocos se marchaban. Las mujeres venían sólo con las sombras de la noche, coincidiendo con el encendido de las lámparas. Muchas veces venían con alguno a quien habían obligado a pagar un vaso de vino como final de su accidental relación. Otras venían preguntando por alguien cuyo nombre gritaban desde la puerta entreabierta. Una voz las invitaba y entraban. Unas pocas, clientes habituales, venían simplemente a beber y tratar de encontrar alguno que pagara.

El restallar de las blasfemias, el lenguaje bárbaro, las luces humosas, la pintura roja y el vino metálico llenaban la taberna de una brutalidad desnuda y salvaje que no disminuían, sino acrecentaban, los uniformes. La nota destacada la daban las

mujeres: la mayoría eran viejas, roídas por enfermedades, vestidas con harapos de colorines, sus voces roncas de alcohol y sífilis, sus ojos pitañosos. Cuando las mujeres venían, las blasfemias eran chasquidos de látigo en el aire en una batalla sexual entre machos y hembras. A veces un jaque abofeteaba la mejilla pintarrajeada de una mujer, otras veces se levantaba con furia una banqueta sobre la cabeza de un jugador.

Cuando la bronca sobrepasaba los límites del código del Licenciado, éste abandonaba lentamente su sitio tras el mostrador, con movimientos de oso, y ponía a los adversarios en medio de la plazuela, sin decir una palabra. Volvía y cerraba con parsimonia el picaporte de la puerta. La puerta no tenía cerrojo v era simplemente una vidriera con unas cortinillas de muselina roja. Sin embargo, nunca he visto que alguien intentara volver a entrar. El tabernero era tabú por una curiosa mezcla de miedo físico a su pasado criminal y de miedo instintivo de que se cerrara la taberna, que era una de las pocas donde podía campar libremente el Tercio.

La taberna tenía para mí la misma atracción que un manicomio para una persona normal en su primera visita: repulsión, miedo y la fascinación del terror desconocido de la locura. A través del código peculiar de los sin ley, yo era una persona sagrada allí, porque yo no era uno de los suyos y sin embargo era el amigo de uno de ellos. Pero su contacto me llenó de un miedo, casi diría terror, hacia el Tercio, que ha durado por toda mi vida.

En la víspera de una batalla siempre existe una tensión nerviosa que nace de la expectación del peligro que va a correrse. Aquella noche me costaba trabajo dormirme, pero mi tensión nerviosa, mi miedo, nacía del campo de cebada segado donde acampaba el Tercio y no del otro lado de los cerros, donde las avanzadillas se tiroteaban en la oscuridad.

El teniente coronel Millán Astray salió de la tienda seguido por un par de oficiales. La multitud quedó en silencio. El jefe estiró su armazón huesuda, mientras las manos retorcían un guante volviéndose hasta mostrar su forro de pelo. El peso total de su voz estentórea llenó el campamento y los ruidos de las otras unidades se apagaron en susurros. Ochocientos hombres trataban de oírle y escuchaban:

-¡Caballeros legionarios! Sí. ¡Caballeros! Caballeros del Tercio de España, sucesor de aquellos viejos Tercios de Flandes. ¡Caballeros!... Hay gentes que dicen que antes que vinierais aquí erais... yo no sé qué, pero cualquier cosa menos caballeros; unos erais asesinos y otros ladrones, y todos con vuestras vidas rotas, ¡muertos! Es verdad lo que dicen. Pero aquí, desde que estáis aquí, sois Caballeros. Os habéis levantado, de entre los muertos, porque no olvidéis que vosotros ya estabais muertos, que vuestras vidas estaban terminadas. Habéis venido aquí a vivir una nueva vida por la cual tenéis que pagar con la muerte. Habéis venido aquí a morir. Es a morir a lo que se viene a la Legión. ¿Quiénes sois vosotros? Los novios de la muerte. Los caballeros de la Legión. Os habéis lavado de todas vuestras faltas, porque habéis venido aquí a morir y ya no hay más vida para vosotros que esta Legión. Pero debéis entender que sois caballeros españoles, todos. Como caballeros eran aquellos otros legionarios que, conquistando América, os engendraron a vosotros. En vuestras venas hay gotas de la sangre de aquellos aventureros que conquistaron un mundo y que, como vosotros, fueron caballeros, fueron novios de la muerte. ¡Viva la muerte!

El cuerpo todo de Millán Astray había sufrido una transformación histérica. Su voz tronaba, sollozaba, aullaba. Escupía en las caras de aquellos hombres toda su miseria, toda su vergüenza su suciedad y sus crímenes, y después los arrastraba en una furia fanática a un sentimiento de caballerosidad, a un renunciamiento de toda esperanza fuera de la de morir una muerte que lavara todas las manchas de su cobardía en el esplendor del

heroísmo. Cuando la bandera gritó con entusiasmo salvaje, yo grité como ellos.

-Es un tío grande, ¿no? -me dijo Sanchiz, apretándome el brazo.

Millán Astray iba recorriendo el círculo de legionarios, deteniéndose aquí y allá ante las caras más exóticas o más bestiales. Se detuvo frente a un mulato de labios gruesos, de ojos inmensos amarillentos de bilis, estriados de sangre.

-¿De dónde vienes tú, muchacho? -preguntó.

-¿Y a usted qué diablos le importa? -contestó brutal el hombre. Millán Astray se quedó rígido, mirándole a los ojos:

-Tú crees que eres muy bravo, ¿no? Mira, aquí el jefe soy yo. Cuando uno como tú me habla, se cuadra y dice: «A sus órdenes, mi teniente coronel.

-No quiero decir de dónde vengo.

-Y está bien. Tú tienes perfecto derecho a no mentar tu país, pero no tienes derecho a hablarme como si yo fuera un igual tuyo.

-¿Y qué tienes tú más que yo? -escupió el hombre, con los labios húmedos de baba y rojos como sexo de perra en celo.

Hay veces que los hombres pueden rugir. A veces pueden saltar como si sus músculos fueran de caucho y sus huesos varillas de acero.

-¿Yo?... -rugió el comandante-. Yo soy más que tú, ¡mucho más hombre que tú! -Saltó sobre el otro y le cogió por el cuello de la camisa. Le levantó del suelo, le lanzó en el centro del círculo y le abofeteó horriblemente con ambas manos. Fue cosa de dos o tres segundos. Se golpearon uno a otro como los hombres de las selvas debieron hacerlo antes de que fuera fabricada la primera hacha. El mulato quedó en el suelo casi sin conocimiento, chorreando sangre.

Millán Astray, más rígido, más horrorífico que nunca, epilépti-

co, en una locura homicida furiosa, aulló:

-¡Firmes!

Los ochocientos legionarios y yo respondimos como autómatas. El mulato se levantó, arañando la tierra con las manos y las rodillas. La nariz chorreaba la sangre mezclada con polvo como la de un muchacho sucio chorrea mocos. El labio reventado era más grueso que nunca; deforme. Juntó los talones y saludó. Millán Astray le golpeó las espaldas macizas:

-Mañana necesito los valientes a mi lado. Supongo que te veré cerca de mí.

-A sus órdenes, mi teniente coronel. -Los ojos, más sangrientos que nunca, más amarillentos de ictericia, flameaban fanáticos.

Rompía el amanecer. En el fondo del valle, donde corría el río, la luz empujaba contra el azul-negro profundo del cielo. De súbito se incendió una llama de sol y su disco rojo sembró de reflejos sangrientos el agua mansa. Desde la altura en que estábamos, la luz parecía trepar por las vertientes de las montañas y las sombras se alargaban a través del valle, inmensas y deformes. Las crestas se iluminaban por la luz viniendo de abajo y las copas de los árboles se encendían como si sus troncos se hubieran incendiado. Las columnas de humo de la kábila bombardeada se teñían de rojo, como si las llamas hubieran revivido.

Nuestra artillería protegía el avance. Veíamos los rápidos jinetes moros trepando cerro arriba y la infantería de Regulares corriendo entre las retamas y los palmitos. Pequeños copos algodonosos surgían acá y allá con un fogonazo que evocaba el magnesio de un fotógrafo. Los disparos de fusil se confundían en un ruido continuo lleno de chasquidos, que aumentaba rápidamente. El Tercio, en el centro, conducía el asalto contra la cima, donde en medio de un llano de roca pelada se encontraba la kábila rodeada de un parapeto de piedra. Las granadas vol-

vían a caer en el recinto. Las ametralladoras sonaban como innumerables motocicletas acelerando en caminos lejanos.

A las diez se nos dio a los zapadores la orden de avanzar. íbamos a fortificar el cerro que la Legión acababa de asaltar. Lo íbamos a convertir en una posición bastante grande para contener una compañía de infantería y una batería de 75, protegidos por un círculo de diez mil sacos terreros. Cuando llegamos al borde de la cúspide, se nos ordenó echar cuerpo a tierra, cargar nuestros fusiles y dispersarnos. Un capitán del Estado Mayor iba y venía; mantenía una conversación en voz baja con nuestro comandante y galopaba hacia la cima, para reaparecer al poco rato con otro mensaje. Se nos volvió a ordenar avanzar. Avanzábamos despacio, cautelosos, y así alcanzamos el borde del llano, levantando curiosos nuestras cabezas. Detrás de cada piedra, en cada arruga de la roca desnuda, había un legionario disparando su fusil. De vez en cuando, uno de ellos intentaba incorporarse y caía fulminado. Unos pocos trataban de encontrar un abrigo mejor retrocediendo. Era una retirada individual y lenta, pero los legionarios estaban retrocediendo. Una y otra vez, uno de ellos llegaba más cerca de nosotros, agazapados, inmóviles y fascinados al abrigo del tronco de las encinas. El parapeto de piedra de la kábila parecía arder, en un disparo continuo. Las balas silbaban sobre nuestras cabezas, mientras nos pegábamos a la tierra, alargando el cuello para ver.

En medio del claro apareció un jinete galopando arriba y abajo; a su lado una figurilla corriendo incansable: Millán Astray y su cornetín. Hubo un alto momentáneo en la fusilada. El caballo se detuvo en seco. El jinete se enderezó sobre los estribos:

-¡A mí la Legión! ¡A la bayoneta! Levantó un brazo manchado de sangre.

Los hombres saltaron el parapeto de piedra en manojos.

La sección de explosivos de la compañía estaba a mi cargo. Aquella tarde vinieron a buscarme. Un sargento de la Legión

vino con uno de sus oficiales y me explicaron el caso. Estaban enterrando los muertos. Un legionario había dado un bayonetazo a un moro y le había atravesado la tabla del pecho, pero con tal furia que el fusil había penetrado en el hueso hasta el cerrojo. Era imposible arrancarle de allí salvo que se serrara el cadáver en dos. Pero el fusil aún estaba útil. Así que habían pensado en meter un explosivo dentro del fusil y destruirlo.

Organicé la explosión como mejor pude. Dejé caer cuidadosamente por el cañón del fusil unos cuantos pistones de fulminato de mercurio, de los que usábamos para explotar los barrenos. El cañón del fusil sobresalía de la espalda haraposa del moro. Era un cuerpo esquelético envuelto en una chilaba gris, empapada de sangre.

El mulato con el labio aún monstruosamente inflamado, las manos colgantes, me miraba curioso, mientras yo dejaba caer los pistones dorados uno a uno. Se echó atrás cuando di la orden. Encendí la mecha en la boca del fusil y salí corriendo. Las entrañas del moro se abrieron de par en par.

El mulato se reía a carcajadas, haciendo muecas a la vez por el dolor del labio roto.

Cuando regresé a la tienda, me bebí un vaso grande lleno de coñac y conseguí evitar el vómito.

Caía la tarde. En el fondo del barranco, al otro lado de la montaña, los moros habían cesado de disparar. Había un gran silencio sobre los campos. Sólo en nuestra posición el fuego aún crepitaba entre la algarabía de los vencedores que elevaban sus tiendas, ataban sus caballos, cantaban, se quejaban de sus heridas y gritaban órdenes.

Se levantó una voz en el fondo del barranco, entonando la plegaria de la tarde. Veía las figuras distantes, color de tierra, de los moros haciendo sus zalemas al sonido del canto bárbaro, ululante, con sus fusiles al lado. De la falda de las montañas en sombra comenzó a subir la neblina del río, envolviendo las

figuras en plegaria. Sólo el canto continuaba sobre el manto de la niebla, como si la niebla misma estuviera gimiendo. Fuera del parapeto, sobre el calvero, yacía un moro muerto, boca abajo, los brazos en cruz, las manos engarfiadas en la piedra, aparte las flacas y negras piernas. El gran mechón de pelo sobre su cabeza afeitada flameaba en el viento azul de la noche.

Desastre

Capítulo VIII

Son las tres de la tarde y aún estamos esperando la orden de avanzar y empezar la tarea de fortificar.

Al amanecer, las columnas nuestras se volcaron en el valle de Beni-Arós como un ejército de hormigas emigrantes: nosotros, la columna de Ben-Karrick, desde el norte, la columna de Larache desde el oeste. Los dos ejércitos convergen ahora hacia el centro del valle y podemos ver las chozas de Zoco-el-Jemis de Beni-Arós, uno de los mercados más importantes de toda la zona. Las posiciones de la zona francesa cierran el valle al sur, los montes del yébel Alam y una columna de apoyo estacionada en Xauen cierran el este. Las fuerzas del Raisuni están entrampilladas por los cuatro costados y su única salida es a través de la frontera francesa o la huida a las alturas del yébel Alam.

Los moros se defienden furiosamente detrás de cada piedra y de cada mata. Los ataques de nuestra vanguardia, los Regulares y el Tercio, se estrellan contra un enemigo impalpable que se encuentra en todas partes. Ahora la caballería mora nos desafía. Contemplamos la carga de la caballería nuestra contra los jinetes moros que galopan en retirada a través de la pradera del Zoco, arrastrando a sus perseguidores al sitio donde sus tiradores están emboscados tras las piedras. Vemos a nuestra caballería romper sus filas y retirarse. Alguien debe haber dado la orden de cañonear las guerrillas enemigas, porque las granadas están cayendo exactamente sobre nuestros jinetes. Los heliógrafos están lanzando llamaradas de sol en todas direcciones. Seguro que enfrente de nosotros, a diez kilómetros de distan-

cia, los franceses están contemplando, como nosotros, el espectáculo que se desarolla a sus pies.

El día es tan hermoso, la luz tan violenta en el cielo limpio de nubes, la tierra tan rica de verde de hierba y árbol, y los hombres en el campo de batalla tan diminutos, que se pierde toda idea de guerra y se cree estar asistiendo a una función de teatro sobre un escenario colosal. El tableteo de las ametralladoras y los estampidos de los cañones; el aeroplano solitario que ha volado tranquilo sobre la cuenca del valle y ha dejado caer tres bombas sobre la casita blanca, diminuta desde aquí, envolviéndola en algodón; las figurillas que surgen de pronto imprevistas, corren y a veces se desploman: todo es artificial y falso contra el fondo de estos campos verdes bajo este sol.

Hace mucho tiempo que hemos comido un rancho frío. Llevamos horas aquí en el refugio de la ladera del cerro, esperando que llegue nuestro turno. Los muchachos cabecean su sueño; muchos se han tendido a lo largo sobre la tierra y dormitan, aburridos del espectáculo de una lucha aún no resuelta, cuyas escenas se repiten monótonas hora tras hora. Al fin, el capitán del Estado Mayor llega a galope y comenzamos la marcha, ahora con gran prisa, subiendo y bajando cerros. Los mulos tropiezan a veces y los conductores blasfeman, más por mantenerse despiertos que por la rabia que les causa la cincha floja colgando a un lado la carga, que golpea las patas del mulo.

Nos tomó una hora llegar a nuestro destino, un cerro asomando la nariz sobre el valle, sobre el cual tenemos que montar un blocao. El Tercio está luchando en la misma cima del cerro,pero esto no hace diferencia alguna. Tenemos que terminar y marcharnos antes de que caiga la noche y el blocao tiene que estar construido para entonces, cueste lo que cueste.

En el lado descubierto del cerro, nuestros muchachos cavan a toda prisa y llenan sacos terreros. Las piezas de madera numeradas que son el blocao yacen sobre la tierra en haces ordenados para que el rompecabezas pueda armarse sin dificultad. Los

rollos de alambre de espino se desatan y sus extremos libres restallan como látigos con zarpas.

Lo primero que ha de hacerse es levantar un parapeto frente al enemigo; de otra manera, no se podría trabajar. Los hombres se arrastran a la cima del cerro empujando los sacos terreros llenos enfrente de su cabeza; pero cuando llegan a la cima, quedan al descubierto y ponen los sacos en línea llevándolos como si fueran niños dormidos, corriendo a gatas después, más rápidos que lagartos asustados, mientras las balas silban sobre sus cabezas o se estrellan en la tierra o en los sacos repletos con un golpeteo sordo. El enemigo está concentrando su fuego sobre la cresta del cerro. Y los legionarios dispersos, que tropiezan con los sacos y con nuestros pies, nos insultan furiosos. Pero cuando el parapeto comienza a elevarse, lo usan como protección. El golpeteo de las balas sobre la tierra de los sacos suena ahora como goterones de lluvia de tormenta sobre las losas de un claustro; por encima de nuestras cabezas las balas silban como abejas rabiosas. El esqueleto de madera del blocao se va elevando y el sol le va arrancando la esencia de pino recién aserrado y llenando el aire con su olor.

Hay una pausa. Los moros saben lo que va a ocurrir y están esperando sin prisa. Nosotros lo sabemos también. Sabemos que están apuntando cuidadosamente al tejado no existente aún del blocao, esperando que surjamos allí con la hoja de chapa acanalada a cuestas, una silueta limpia contra la hoja de metal brillante al sol, contra la armadura de madera, contra la línea del cerro y el fondo del cielo.

Estas hojas de chapa están ahora a nuestros pies como libros monstruosos con sus hojas rizadas. Tenemos miedo de abrirlos; miedo de encontrar escrito nuestro destino en una de ellas, en una escritura ondulada como una serpiente extendida a lo largo de los folios.

La historia cuenta millares de hechos heroicos en el calor de la batalla: el guerrero o el soldado corta, raja, pincha, aplasta crá-

neos con su maza o con la culata de su fusil y entra en las páginas de la historia. Aquí no pasa nada de eso.

Nosotros no luchamos, ni aun casi vemos al enemigo. Cogemos una hoja de chapa medio metro de ancha y dos de larga; trepamos por una escalera conservando el equilibrio; colocamos la chapa en un ángulo de 45°, y mientras el sol se refleja en nuestros ojos clavamos clavos a través de los cuatro bordes de la chapa, uno a uno, con cuidado de no martillarnos un dedo. Mientras tanto, diez, veinte o cien pares de ojos detrás de la mira de sus fusiles apuntan fríamente al muñeco que se destaca en negro sobre el espejo del metal brillante. Las balas abren agujeros de bordes cortantes en el metal, a veces en la carne y en los huesos. El orificio por donde una bala entra en el cuerpo es pequeñito, por donde sale es un boquete de bordes sanguinolentos, fibrosos de piltrafas de carne y pingajos de tela desgarrados por el metal.

Se ha terminado y se alza ya el blocao, pero aún ha de montarse la alambrada. En grupos de cinco, nuestros muchachos saltan el parapeto. Uno lleva los piquetes y los pone verticales sobre la tierra, mientras otro martillea rápido, hundiéndolos; un tercero desenrolla el alambre de púas, que le muerde y le araña las manos, de un carrete que un cuarto sostiene. Y el quinto sujeta el alambre a las estacas clavando de prisa horquillas de acero. Trabajan bajo una lluvia de plomo.

Hacia las siete hemos terminado. Tenemos tres muertos y nueve heridos. Un blocao más se alza sobre el valle de Beni-Arós. Recibimos la orden de retirarnos. Van cayendo las sombras y tenemos aún que recorrer veinte kilómetros antes de llegar a la base. Dos horas más tarde la compañía de Ingenieros marchaba aún a través de los campos oscurecidos. Los ruidos de la batalla habían cesado ya hacía tiempo tras nosotros.

¿Que en qué pensamos? En la guerra los hombres se salvan por el hecho de que son incapaces de pensar. En la lucha, el hombre retrocede a sus orígenes y se convierte en animal de rebaño

sin más instinto que el de autopreservación. Músculos que nadie usó por siglos resucitan. Las orejas se enderezan al silbido de un proyectil próximo; el vello se eriza en el momento exacto; se salta de lado como un mono o se tira uno de bruces en la única arruga de la tierra, justo a tiempo para evitar la bala que no se ha visto ni se ha oído. Pero ¿pensar? No. No se piensa. Durante estas retiradas en las cuales un hombre marcha tras otro como un sonámbulo, los nervios van calmándose poco a poco. Al fin no existe más que el ritmo pesado de los pies -¡y cómo pesan!-, el de las manos colgantes penduleando autómatas a tiempo con vuestros pies, y el del palpitar de un corazón que escucháis dentro de vosotros mismos y que marcha en ritmo con el corazón del hombre que va delante de vosotros, al cual no oías porque vuestro corazón hace demasiado ruido. Beber y dormir. Beber y dormir. El cerebro se os llena de un deseo de beber, de un deseo de dormir. En la oscuridad, sed y sueño cabalgan sobre el cuello de cien soldados en marcha, en cien cerebros vacíos.

A medianoche era claro que habíamos perdido nuestro camino. Nos encontrábamos al pie de las montañas, sombras inmensas bajo un cielo estrellado. ¿Dónde estábamos? Se mandó alto y el capitán consultó con los sargentos. No teníamos ni una lámpara, ni un plano, ni una brújula. Delante de nosotros, la pared de piedra de la montaña; detrás, los campos oscuros con aullidos de perros y hienas en la distancia. Decidimos trepar montaña arriba; desde la cima podríamos ver una luz, un punto que nos guiara. Y comenzamos el ascenso, tropezando en la oscuridad, las cabezas sobre el pecho, como peregrinos, pero mascullando blasfemias.

Desde la cima divisamos una luz, dos, y muy lejos un centelleo blanco guiñándonos rítmico. La montaña se precipitaba vertical ante nosotros. Acordamos acampar y esperar la luz del día que no tardaría más de un par de horas. Improvisamos un parapeto usando las cargas de los mulos y los mismos mulos. En su re-

cinto encendimos fuegos, pusimos centinelas y dormimos todos, hombres y bestias, apretándonos unos contra otros, asustados como niños perdidos.

Al amanecer vimos frente a nosotros el mar. El sol se tendía en arrugas de oro y plata deslumbrantes sobre un campo inmenso de olas verdes empenachadas de lunas. Debajo, a nuestros pies, estaba Rio Martín.

Nunca sabremos cuántos kilómetros recorrimos aquella noche. Teníamos los pies hinchados y todos los músculos entumecidos. Hubo que prolongar el descanso hasta mediodía para poder comenzar nuestro descenso a Rio Martín.

Fue allí, mientras el capitán esperaba que el telefonista le pusiera en comunicación con el cuartel general, donde tuve el primer pensamiento consciente -inconscientemente me había hormigueado toda la noche en el cráneo- de que ¡no teníamos ni una brújula, ni una lámpara, ni un mapa! Las unidades del ejército español en Marruecos iban a la batalla sin medio alguno de orientación. Se mandaba a los hombres al frente, y se dejaba a su instinto el averiguar hacia dónde avanzar y sobre todo como regresar a sus bases; y unidad tras unidad se perdían en la noche. De repente entendí aquellas trágicas retiradas de Marruecos, donde después de una operación victoriosa, los hombres morían a cientos en emboscadas. Dos días más tarde recibíamos la orden de marchar a Xauen, ochenta kilómetros al este. Íbamos a reunirnos a la columna que cerraba la salida del valle de Beni-Arós y de las laderas del yébel Alam.

Xauen es una ciudad infinitamente vieja en una garganta estrangulada por montañas. Se la ve únicamente cuando se entra en la misma garganta. La ciudad se presenta de golpe como una sorpresa. No es una ciudad árabe, sino un pueblo de las sierras andaluzas con tejados de rojas tejas en ángulo agudo sobre los muros de sus casas enjalbegadas, tejados sobre los cuales la

nieve se escurre en invierno. Los moros llaman a Xauen la Ciudad Sagrada, y la Misteriosa. Cuando se ve la ciudad encerrada entre sus paredes de granito se comprende por qué fue inconquistable durante siglos. Un puñado de hombres, distribuidos en los picos que la rodean, a pedradas pueden cerrar el paso a un invasor.

Las calles de Xauen, estrechas, empinadas y retorcidas, eran un laberinto. En el principio de nuestra ocupación, no era raro que un soldado español fuera atravesado por una gumía sin que se supiera de dónde había surgido el golpe. El barrio hebreo era una fortaleza cerrada por rejas de hierro, que se abrieron de par en par por primera vez en centurias cuando los españoles ocuparon la ciudad. Dentro de un recinto -gruesas paredes, puertas estrechas, troneras por ventanas-, todavía se hablaba español, un español arcaico del siglo XVI. Y unos pocos de los judíos aún escribían este castellano mohoso en letras anticuadas, todas curvas y arabescos, que convertían un pliego de papel recién escrito en un viejo pergamino. Me enamoré de Xauen. No de la Xauen de los militares, con su plaza de España y su campamento general, con sus cantinas y burdeles en borrachera eterna, con sus presuntuosos oficiales, con sus moros obsequiosos y falsos. Me enamoré de la otra Xauen, de la Misteriosa. Sus calles quietas en sombra, en las que repercute el eco de los borriquillos; su muecín salmodiando su plegaria en lo alto del minarete; sus mujeres tapadas y envueltas en la amplitud de las blancas telas que no dejan nada vivo en sus ropas fantasmales, más que la chispa de sus ojos; sus moros de la montaña, andrajosos en sus pingajos o resplandecientes en chilabas de lana blancas como la leche, pero siempre altivos. Sus judíos silenciosos deslizándose a lo largo de las paredes, tan pegados a ellas como sombras sin cuerpos, corriendo siempre a pasitos cortos, rápidos y furtivos.

En las noches de luna, Xauen evocaba en mí a Toledo con sus callejuelas solitarias y tortuosas. Y para siempre Toledo ha

evocado en mí a Xauen. Tienen un mismo fondo de ruido, el ruido del río corriendo rápido y tumultuoso, el viento enredándose en los árboles y en los recovecos de las montañas, aullando en la profundidad de los barrancos.

Xauen era una ciudad industrial. Lavaban sus lanas en los torrentes y las blanqueaban al sol; después las teñían con rojos, azules y amarillos, hechos de jugos de árbol y de piedras pulverizadas con recetas religiosamente transmitidas de padres a hijos. Repujaban el cuero con el arte perdido de Córdoba, la ciudad de los califas. Molían su grano entre las piedras en forma de pera, que el agua había hecho girar durante quinientos años; piedras pulidas cubiertas de poros diminutos, que giraban perezosas como los pechos de una mujer volviéndose en sueños. Martilleaban su hierro y lo templaban sobre carbones hechos de vieja encina; lo sumergían chirriante en el agua del río y surgía azul como pluma de paloma o amarillo como paja tostada al sol. Los judíos repujaban la plata con golpes rápidos de sus martillos, sobre lechos de pez que recibían suaves las figuras que la herramienta iba haciendo surgir en el metal. Tenían hornos de cal y ruedas de alfarero, donde torneaban cacharros de líneas simples y proporciones esbeltas. Y tenían la leyenda de las piedras que arden:

Un santón de una de las grandes tribus que viven al sur, en el desierto, emprendió el peregrinaje a la Tumba del Profeta acompañado de sus discípulos. Marcharon día y noche, por meses y meses, hasta que llegaron a las altas montañas que encierran Xauen. En invierno, las noches son frías y la nieve duerme en las cimas: los hombres del desierto creyeron morir en la nieve. No podían encender un fuego allí, donde sólo había piedras, y la hora de morir había llegado. El hombre santo se retiró en oración. Alá le ordenó recoger las piedras negras que se clavaban en sus rodillas mientras rezaba, y encender un fuego con ellas. El fuego ardió con una llama más brillante que la que madera alguna puede dar. Y los peregrinos se salvaron. Al

amanecer, decidieron apagar el fuego y arrojaron en él agua que brotaba de un manantial entre las piedras. Pero el fuego era tan poderoso que el agua ardió en llamas más altas que los hombres.

En un rincón ignorado de la montaña -la leyenda lo dice-, las piedras y el agua están aún ardiendo en honor de Alá. Muchos ojos miran en la noche para ver la llama que arde, nadie sabe dónde.

Los árabes exploran en la noche la llama milagrosa. Rastreadores de todas las partes del mundo han buscado y aún buscan pacientemente en estas montañas, con sus martillos de geólogos, para hallar el carbón y el petróleo que sin duda engendraron la leyenda.

Pero nadie encontrará ya estas visiones en Xauen. Se perdieron hace ya muchos años. La invasión española barrió la magia de la vieja ciudad. Hoy sus lanas se tiñen con las anilinas de la I. G. Farben-Industrie y se mezclan con algodón. Los pocos telares que aún existen ya no funcionan con pies y manos, sino a motor. Los cinceladores cerraron sus talleres hace años y la plata estampada de Marrakech o de Pforzheim se exhibe desvergonzada en tiendas europeizadas. El cuero no se curte ya más con cortezas de árbol ni se le suaviza más con el trabajo laborióso de las manos hábiles; sus dibujos no se trazan más con martillo y hierros calentados al fuego. Se lo curte por procesos químicos, se lo corta a máquina, se lo estampa en relieve con placas de aceros grabadas en París o Dios sabe dónde. El Fondak, la vieja posada para los viajeros, no existe más, pero existen hoteles con cocina francesa. Xauen ya no es más ni sagrada ni misteriosa. La ha invadido la taberna y el burdel y se ha prostituido. En 1931 era un lugar de turismo, con anuncios pegados en las paredes y una carretera ancha por la cual podían viajar ricos ingleses o americanos. Una ciudad que hacía prosperar el negocio de sedas estampadas de Lyon.

Pero yo he conocido Xauen cuando aún no estaba prostituida,

cuando pasear por sus calles era aún aventura. Un moro os miraba los galones plateados de sargento y os saludaba:

«Salaam aleicum». Un judío canturreaba en viejo romance un «Dios os guarde». Un montañés os lanzaba una mirada preñada de odio y echaba la mano a la empuñadura de cuerno de su gumía; os miraba y escupía despectivo en medio de la calle. Los ojos de las mujeres árabes os miraban desde la profundidad de sus velos y nunca podíais adivinar ni la edad ni los pensamientos de su propietaria. Las muchachas judías bajaban los ojos y enrojecían. Los pies os resbalaban sobre los cantos redondos, sobre los que caballos y burros andaban tan seguros.

Cuando nos encontrábamos allí, en medio de tal mezcolanza de razas y de odios, ancestrales y modernos, en tal mezcla de religiones rivales -nuestro altar en el campamento general, el muecín cantando las glorias de Alá y los judíos deslizándose en silencio en su sinagoga, las manos cruzadas y escondidas en las bocamangas de sus caftanes-, era para mí como si la España medieval hubiera resucitado y estuviera ante mis ojos. Si no me causaba asombro alguno el ver a un guerrero árabe jinete en su caballo, con una gualdrapa de seda y espuelas de plata maciza, tampoco me hubiera causado asombro el ver un guerrero forrado de hierro con la noche cruz de los cruzados esmaltada en su escudo.

Estábamos descansando en el campamento general, reorganizándonos para las operaciones inmediatas. Como siempre, los comentarios y las conjeturas corrían de boca en boca, de tienda en tienda y de cantina en cantina. Manzanares vino a mí con aire de misterio:

-Pasa algo grande.

-¿Qué pasa?

-¡Yo qué sé! Pero todos los oficiales del Estado Mayor andan corriendo de la tienda del general a la de todos los comandantes y el teléfono está funcionando sin parar con Tetuán y con

Ceuta. Uno de los ordenanzas del coronel Serrano ha dicho que los moros han cogido Ceuta y que nos han cortado; y que van a venir a hacernos trizas.

A la caída de la tarde de aquel día -debía ser el 11 o 12 de julio de 1921-, los cornetines tocaron llamada general y todos los jefes de todas las unidades se fueron reuniendo ante la puerta de la tienda del comandante general. Antes del amanecer emprendíamos la marcha hacia Tetuán, con la excepción de una guarnición reducida que se quedó en Xauen.

Los kilómetros se fueron sucediendo uno a otro. La marcha continua y el sol de julio apagaba nuestra sed de noticias y de comentarios. A mediodía, el alto por el cual todos suspirábamos no llegó; seguimos sin descanso en una marcha forzada. Algunos de los hombres no podían más y comenzaban a quedarse rezagados. Cuando el primero de nuestra compañía cayó, el capitán me dio una orden seca:

-Si no puede seguir, que se quede y se las arregle como pueda.

A las diez de la noche entrábamos en Tetuán. Caíamos dormidos sobre las losas de piedra del cuartel, sin tiempo ni aun para quitarnos el correaje. Al amanecer marchábamos a Ceuta; allí, sin descanso, a bordo de un barco. En Ceuta supimos lo que pasaba: los moros habían matado a toda la guarnición de Melilla y estaban a las puertas de la ciudad.

Los libros de historia lo llaman el Desastre de Melilla o la Derrota española de 1921; dan lo que se llama los hechos históricos. No sé nada de ellos, con excepción de lo que leí después en estos libros. Lo que yo conozco es parte de la historia nunca escrita, que creó una tradición en las masas del pueblo, infinitamente más poderosa que la tradición oficial. Los periódicos que yo leí mucho más tarde describían una columna de socorro que había embarcado en el puerto de Ceuta, llena de fervor patriótico, para liberar Melilla.

Todo lo que yo conozco es que unos pocos miles de hombres

exhaustos embarcaron en Ceuta con destino desconocido, agotados hasta el límite de su resistencia después de cien kilómetros de marcha a través de Marruecos, bajo un sol asfixiante, mal vestidos, mal equipados y peor comidos. Tan pronto como el barco dejó el puerto, comenzaron a marearse y a ensuciar la cubierta del buque. Comenzaron a blasfemar y a hacer lo que les vino en gana, jugar o emborracharse, peleándose en su borrachera por las incidencias del juego: cantar y chillar, burlarse de los que vomitaban, reírse del coronel tripudo con la cara verdosa y el uniforme salpicado de comida a medio digerir. El barco era un infierno. Y Melilla era una ciudad sitiada.

Muchos años después aprendí lo que significa vivir en una ciudad sitiada, bajo la amenaza constante de la entrada del enemigo que se ha prometido a sí mismo botín, vidas y carne fresca de mujer. Las gentes en las calles pasan de prisa, porque nadie sale de su casa sin un motivo urgente. Los servicios públicos no existen; el teléfono no funciona, las cañerías revientan, no hay carbón, la luz se apaga de pronto, los zapatos se agujerean y las zapaterías están cerradas o vacías; los que no cayeron enfermos en diez años se sienten graves de pronto y hay que buscar al doctor cuando caen las granadas; las calles están oscuras en la noche y el peligro escondido tras cada esquina.

En la Melilla sitiada, un barco panzudo volcó estos miles de hombres mareados, borrachos, agotados de cansancio, que iban a ser sus liberadores. Establecimos un campamento, no sé dónde. Oímos cañonazos, tableteos de ametralladora, disparos de fusil en alguna parte fuera de la ciudad. Invadimos los cafés y las tabernas; nos emborrachamos y asaltamos las casas de putas. Putas y taberneros son imprescindibles en la guerra. Provocábamos a los habitantes asustados: «Ahora vais a ver lo que son cojones. ¡Mañana no queda un moro vivo!». Los moros habían desaparecido de las calles de Melilla; cuando el barco había atracado en el muelle, un legionario había cortado las orejas de uno de ellos y las autoridades habían ordenado a to-

dos los moros no salir de sus casas. A la mañana siguiente marchamos hacia las afueras de la ciudad: íbamos a romper el cerco y comenzar la reconquista de la zona.

Durante los primeros pocos días, nosotros, los ingenieros, construimos posiciones nuevas, volviendo cada noche del campamento a la ciudad. Los periódicos estaban llenos de cabeceras gritando horrores que nosotros aún no habíamos encontrado. Así nos fuimos alejando de la ciudad, adentrándonos en el campo abierto, y vimos el horror.

Una gran casa acribillada de balas. La cal blanca saltada de sus paredes mostrando detrás los ladrillos como salpicaduras de sangre. En el patio un caballo muerto, el vientre rajado como por la cornada de un toro furioso, las entrañas azules vivas de moscas y una de sus patas inexistente, cortada por el anca. En las ventanas del primer piso, uno, dos, tres, cinco muertos, un muerto en cada ventana, alguno con un agujero limpio en la frente, caído como una muñeca de la que se ha escapado el aserrín, otros hundidos en el charco de su propia sangre. Cartuchos vacíos rodando por el suelo, sonando a cada paso como cascabeles, haciéndonos escurrir cómicamente delante de los muertos. En los cuartos del piso bajo, huellas sangrientas, huellas de hombres arrastrados por los hombros con la sangre corriendo a lo largo de sus piernas y trazando con los talones dos paralelas vacilantes como tiza roja sobre las losas de piedra.

Y el cuarto del fondo:

Un niño se ha apoderado del puchero donde mamá hizo el chocolate. Primero se pintó la cara y las manos, después embadurnó sus piernecitas y su traje, la mesa y las sillas. Saltó de la silla al suelo y dejó caer un goterón de chocolate. Paseó sus dedos por las paredes y dejó la estampa de su mano en cada rincón, en cada mueble, en líneas y rayas, en ganchos y jeroglíficos. Saltando de alegría en su júbilo de ver manchurrones en cada cosa limpia, metió el pie en el puchero y salpicó el chocolate sobre las paredes, tratando de llegar muy alto. Era tan deli-

cioso el juego que hundió ambas manos en el pote y salpicó rociadas de gotas grandes y chicas por todas partes, hasta en el techo. En el mismo centro de la habitación, un gran charco está ya seco y pegajoso.

En el cuarto de atrás había cinco hombres muertos. Estaban empapados en su propia sangre, la cara, las manos, los uniformes, el cabello, las botas. La sangre había hecho charcos en el suelo, manchurrones en las paredes, goterones en el techo, plastrones en cada rincón. Sobre cada sitio limpio, blanqueado, había pintadas manos, manos con cinco, con dos, con un dedo, manos sin dedos, dedos sin manos, aplastados y monstruosos. Una mesa y unas sillas eran un montón de astillas. Millones de moscas zumbando incesantes, que se emborrachaban en el festín, sobre la huella de un pulgar en la pared, sobre los labios del cadáver del rincón de la izquierda.

Pero no puedo describir el olor. Penetramos en él como se entra en las aguas de un río. Nos sumergimos en él y allí no había ni fondo ni superficie; no había escape. Saturaba los vestidos y la piel, se filtraba a través de la nariz en la garganta y en los pulmones, nos hacía toser, estornudar, vomitar. El olor disolvía nuestra sustancia humana. La empapaba instantáneamente y la convertía en una masa viscosa. Frotarse las manos era frotar dos manos que no eran más de uno, dos manos que parecían pertenecer a un cadáver en corrupción, pegajosas e impregnadas de olor.

Amontonamos los muertos en el patio sobre el caballo, los rociamos de petróleo y prendimos fuego a la pila. Apestaba a carne asada y vomitábamos. Aquel día comenzamos a vomitar y seguimos vomitando días y días incontables.

La lucha en sí era lo menos importante. Las marchas a través de los arenales de Melilla, heraldos del desierto, no importaban; ni la sed y el polvo, ni el agua sucia, escasa y salobre, ni los tiros, ni nuestros propios muertos calientes y flexibles, que poníamos en una camilla y cubríamos con una manta; ni los

heridos que se quejaban monótonos o aullaban de dolor. Nada de esto era importante, porque todo había perdido su fuerza y sus proporciones. Pero ¡los otros muertos! Aquellos muertos que íbamos encontrando, después de días bajo el sol de África que vuelve la carne fresca en vivero de gusanos en dos horas; aquellos cuerpos mutilados, momias cuyos vientres explotaron. Sin ojos o sin lengua, sin testículos, violados con estacas de alambrada, las manos atadas con sus propios intestinos, sin cabeza, sin brazos, sin piernas, serrados en dos. ¡Oh, aquellos muertos!

Seguimos quemando cadáveres en montones rociados de petróleo, seguimos luchando en crestas de cerro, en honduras de barranco, seguimos avanzando más y más, durmiendo en el suelo, devorados de piojos, torturados de sed. Construimos nuevos blocaos, llenando miles de sacos terreros, y levantamos en ellos parapetos. No dormíamos: nos moríamos cada día, para resucitar en la mañana siguiente, y en el intervalo vivíamos a través de pesadillas horrendas. Y olíamos. Nos olíamos unos a otros. Olíamos a muerto, a cadáver putrefacto.

Yo no puedo contar la historia de Melilla de julio de 1921. Estuve allí, pero no sé dónde; en alguna parte, en medio de tiros de fusil, cañonazos, rociadas de ametralladora, sudando, gritando, corriendo, durmiendo sobre piedra o sobre arena, pero sobre todo vomitando sin cesar, oliendo a cadáver, encontrando a cada nuevo paso un nuevo muerto, más horrible que todos los vistos hasta el momento antes.

Un día al amanecer regresamos a la ciudad. Estaba llena de soldados y de gentes que ya no estaban sitiadas. Vivían y reían. Se paraban en la calle para hablarse unos a otros, se sentaban en la sombra a beberse su aperitivo. Los limpiabotas se deslizaban entre la multitud de los cafés. Un aeroplano de plaza trazaba curvas graciosas en el aire. La banda de música tocaba un pasodoble alegre en el paseo. Aquella tarde embarcamos.

Volvimos a Tetuán. Después de pasar dos días alocados por la

imagen de las cosas vistas, torturados por un estómago fuera de orden, caí en un desmayo de muerte sobre la mesa del sargento de guardia del cuartel de la Alcazaba.

El hospital

Capítulo IX

Alguien me zarandeaba el brazo. Había estado durmiendo y debía ser muy tarde. Enfrente de mí, una ventana estaba llena de sol.

-Sí, sí. Ya voy.

Pero no podía hablar. La lengua dentro de mi boca era una masa de carne deforme. Me dolían las mandíbulas.

-El doctor -dijo alguien a mi lado.

-¿El doctor? -contesté, pero sin hablar. Mi boca se negaba a hablar.

A los pies de mi cama estaban un doctor y un soldado, dos figuras borrosas con la cruz de San Juan blanca sobre el cuello de sus guerreras.

-¿Cómo te sientes, muchacho?

-¿Yo? ¿Cómo? Bien. -Pero sin hablar. El soldado dijo algo:

-Parece como si entendiera. Creo que le vamos a sacar adelante, mi capitán.

-Bueno. Seguir con lo mismo.

Los dos desaparecieron del pie de la cama. Lentamente comencé a darme cuenta de lo que me rodeaba. Estaba en una cama; frente a mí había una hilera de camas y otras dos a mi derecha y a mi izquierda. Sentía un olor nauseabundo que se desprendía de mis sábanas, es decir de mí. Un olor diferente del de la sala. ¿La sala? Era una enorme barraca de madera con un techo en ángulo sobre vigas cruzadas, una hilera de ventanas a cada lado

y el sol entrando a raudales por las de enfrente a mí. Había un olor pegajoso de fiebre y un zumbido incesante sobre el que sobresalían respiraciones trabajosas y quejidos sordos. Moscas y moribundos.

Sobre la mesilla de noche había una jarra de porcelana y una caja de pildoras. La jarra estaba llena de leche en la que nadaban docenas de moscas. Sentía una sed torturante, con aquella piltrafa de carne que era mi propia lengua entre los dientes. Separé la vista del estanque de moscas y vi una cara lívida, huesos y pellejo, respirando trabajosamente como si a cada momento fuera a detenerse para siempre.

Sabía dónde estaba: en el hospital de Tetuán, en el pabellón de infecciosos. Lo llamaban el Depósito, porque los pacientes salían de él a través de una puerta trasera sobre una camilla con ruedas de goma, cubiertos por una sábana. Y nunca volvían.

En la sala no estaban más que los enfermos; ni sanitarios, ni ordenanzas, ni enfermeras. Nadie. A los pies de la cama colgaba mi ropa. Los galones de plata de las bocamangas brillaban. Pensé que otro «yo» estaba allí, esperando al pie del lecho. Tenía cigarrillos en la guerrera y su recuerdo me provocó un deseo irresistible de fumar. Me arrastré sobre la cama, cogí el uniforme y saqué cigarrillos y cerillas. Se pasó una hora antes de que se me calmara el latir del corazón y que el sudor dejara de inundarme. Sólo entonces encendí el cigarrillo. No tenía sabor y el chupar de él era un esfuerzo doloroso; debía tener los labios terriblemente hinchados.

Un soldado de sanidad entró y comenzó a marchar de cama en cama. Ponía un termómetro en la boca del enfermo, lo dejaba allí un rato, lo sacaba, lo frotaba con un trapo, lo ponía en la boca del inmediato. Escribía algo en la cabecera de cada cama. Otro ordenanza le seguía con un cubo vacío y otro lleno. Vaciaba las jarras de porcelana de cada mesilla de noche en el primero y las llenaba sumergiéndolas en el segundo. El hombre con el termómetro llegó a mí.

-¿Está usted mejor?

-Sí -le dije, moviendo la cabeza.

-Abra la boca.

-No. -Le señalé con la mano derecha mi sobaco izquierdo.

-No. Tiene que ser en la boca.

-No.

Me puso el termómetro en el sobaco y dobló mi brazo para cubrirle.

-Estése quieto ahora. ¿Quiere un poco de leche?

-No. Agua. -Pero no podía hablar y tuve que hacer un esfuerzo para indicarle por gestos lo que quería. Me entendió al fin.

-¿Agua? -Sí.

-No, leche; sólo leche. El agua está prohibida. -Quería darme la jarra que todavía goteaba de haberla sumergido en el cubo.

-No.

Dejó la leche sobre la mesilla de noche y las moscas se precipitaron zumbando sobre ella. El otro ordenanza me puso una píldora en la boca. Se me pegó al paladar hasta que se disolvió la envoltura, y la boca se me llenó de un gusto amargo. Quinina.

¿Tenía malaria?

Cuando se marcharon los dos sanitarios, me volví trabajosamente a leer la hoja clavada en la cabecera de la cama. Decía:

«Tifus ex». Debajo mi nombre y una fecha, y encima una curva de fiebre trazada sobre una cuadrícula. ¿Llevaba allí cuatro días? Y, ¿tifus exantemático?

Pero ¡yo estaba vacunado contra el tifus!

La mente de un enfermo grave es como la mente de un niño. Se agarra desesperadamente a una ilusión o se hunde en el pesimismo absoluto. Yo estaba inoculado contra el tifus, por tanto

no podía morirme de tifus. No podía morirme. Todos los tratados de medicina del mundo lo afirmaban; y no me moriría. Naturalmente, si no me hubiera vacunado... Me invadió una calma infinita. Estaría malo una semana o dos o tres, pero no me moriría.

-Dame un pitillo -me dijo una voz débil- y enciéndemelo. -Una mano débil esquelética apareció bajo la sábana.

Encendí un cigarrillo y se lo di.

-¿Qué tienes? -dije. Me asombré de oír una voz bronca y tartamuda saliendo de mí, hablando con la lengua hinchada.

-Tisis.

-¡Caray! No fumes. Tíralo.

-Qué más da. Me voy a morir hoy... -lo dijo tan naturalmente que me convenció de que iba a morirse. Al atardecer movió una mano y dijo algo.

-¿Eh? -le pregunté.

-A-d-i-ó-s. -Pronunció muy claro y muy despacio.

Poco después, los dos sanitarios volvieron, uno con el termómetro, el otro con los cubos. Estiraron la sábana de la cama de mi vecino hasta la cabecera de hierro, cubriéndole completamente. Cuando habían terminado, volvieron empujando una de esas camillas de ruedas de los hospitales. Uno le cogió por los pies y otro por los hombros; sin retirar la sábana, recogieron bajo él los lados colgantes y le pusieron sobre la camilla. Desaparecieron a través de la puerta de atrás.

Aquella noche no pude dormir. Las moscas adormiladas caían sobre la blancura de las sábanas y sobre mi cara y mis manos. El calor era asfixiante. Las lámparas eléctricas colgadas de las vigas lucían con una luz rojiza a través de la capa de polvo que las cubría. Alguien al fondo de la sala comenzó a chillar, no, a aullar. Se tiró de la cama y anduvo a cuatro patas entre las dos hileras de camas. Pero antes de llegar a mi altura, se agarró a

los hierros de una cama, se enderezó, vomitó y se desplomó. Ni un sanitario, ni un timbre. Se quedó allí toda la noche sobre el suelo de tierra apisonada. En la mañana le envolvieron en una sábana y se lo llevaron en la camilla de ruedas de goma.

Después vino el doctor. Pasaba rápidamente de una cama a otra.

-¿Cómo estás hoy, muchacho? -me preguntó.

-Mejor, mi capitán.

-¡Caray! ¡Pues es verdad! -Se volvió al lecho vacío-: ¿Y éste?

-Se murió ayer.

-Bueno. Seguid dándole quinina al sargento. Anímate, muchacho, esto no es nada.

Aquel día se murieron dos. Al siguiente, cinco. Uno de ellos murió de viruela negra en las primeras horas de la noche.

Al amanecer estaba en plena descomposición. Náusea, miedo y horror se habían apoderado de mí. Por la mañana le dije al médico:

-Mi capitán, ¿podría evacuarme a Ceuta?

-Cómo, ¿no estás bien aquí?

-Sí, señor. Pero tengo familia en Ceuta.

-Ah, bueno. Eso es otra cosa. Esta tarde te pondré una inyección y te mandaremos en una ambulancia. Comprendo que quieras ir allí.

Me pusieron una inyección en un brazo, me envolvieron en mantas y me pusieron en una camilla en un coche de sanidad, íbamos seis, tres a cada lado. Debieron darme morfina, porque cuando el coche comenzó a moverse, me mareé y perdí el conocimiento.

Me desperté en otra cama al lado de una ventana abierta de par en par. Había árboles cerca de la ventana llenos de pájaros chillones. Estaba en la cresta de un cerro y en la distancia se veía

el mar. El barracón contenía sólo seis camas, cinco de ellas vacías. Había tres ventanas más y el sol inundaba la habitación. «Es una buena cosa la morfina», pensé. Pero no eran los efectos de la morfina.

Estaba en Ceuta, en el hospital Docker para enfermedades infecciosas, a dos kilómetros de la ciudad, sobre un cerro que domina el estrecho de Gibraltar. Un viejo, vestido con un blusón blanco, estaba sentado cerca de la puerta leyendo un periódico. Volvió la cabeza, me miró y vino a mí renqueando.

-Qué, muchacho, ¿te encuentras mejor? Voy a darte un poco de leche.

Se metió en un cuartito pequeño al lado de la puerta y vino con un vaso de leche fría. La bebí con ansia.

-Bueno, ahora estáte quieto. El comandante está al llegar.

He olvidado el nombre del comandante, como se olvida siempre el nombre de los que nos ayudaron, mientras recordamos a los enemigos. Era un hombre alto y delgado con sienes grises, una cara joven y sensitiva y las manos de un prestidigitador. Era un gran cirujano y gran psicólogo.

Se sentó en la cama, sacó el reloj y me tomó el pulso; me auscultó largamente. Quitó la sábana y me reconoció el vientre con dedos inteligentes. Lo sentía como si estuviera cogiendo uno a uno mis intestinos y haciéndoles preguntas. Me tapó y dijo:

-¿De dónde eres, muchacho?

-De Madrid, mi comandante.

-¿Fumas?

-Sí, señor.

Sacó una pitillera, me dio un cigarrillo y encendió otro para él:

-¿Te gustan las chicas?

-Bastante.

-Bien. Supongo que como todos habrás corrido un poquito, ¿no? ¿Has tenido alguna vez algo?

-No, señor.

-Eso es bueno. Y cuando chiquillo, ¿qué te acuerdas tú haber tenido?

En un cuarto de hora sacó de mí una confesión general de todos mis pecados y una historia de mi vida. Al final dijo:

-¿Sabes lo que tienes?

-Tifus, creo. Pero estoy vacunado.

-Sí, tifus. Y estás muy débil. Pero no te preocupes. Te sacaremos adelante.

A mediodía, el viejo puso un cubo de agua a los pies de mi cama. El comandante vino, me tomó el pulso y le dijo al viejo:

-Vamos con ello.

Empapó una sábana en agua y entre los dos me envolvieron en la sábana húmeda y en varias mantas. La humedad fría sobre mi piel húmeda de fiebre dolía; a los pocos minutos estaba seco. Me quitaron la envoltura humeante y me envolvieron en otra sábana húmeda, dándome un vaso de leche y una pildora. Me dormí profundamente. De esta forma se pasaron los días. Cada día el comandante venía a ayudar al viejo. Mis manos sobre la sábana se habían vuelto transparentes. Perdí toda noción del tiempo.

Un día el viejo me envolvió en una manta y me llevó en brazos como un niño a un sillón cerca de la ventana. Me dejó por una hora mirar al mar y a los árboles y escuchar a los pájaros. Había olvidado cómo andar. El viejo me enseñaba un ratito cada día. Después comencé a andar los pocos pasos que había hasta la sombra del árbol más cercano en la cima del cerro, y me quedaba allí respirando hondo el aire del mar; pero estaba tan débil que los cincuenta pasos desde el barracón hasta el árbol me costaban un río de sudor. Pesaba treinta y siete kilos y me-

dio.

Un día me pusieron en una ambulancia y me llevaron al hospital Central, de Ceuta. Había un tribunal de cinco médicos; leyeron mi nombre y el comandante explicó mi caso; cuchichearon entre sí los cinco y uno de ellos dijo:

-Dos meses.

Vino un sargento y me preguntó: -¿Dónde quieres ir? Te han dado dos meses de permiso. Una mañana volví a mi cuartel, preparé una maleta y embarqué para España. Antes de marcharme, el comandante mayor Tabasco, el jefe de la oficina del regimiento, me dijo:

-Cuando vuelvas, tengo una sorpresa para ti.

Se habían pasado casi dos años desde que había salido de España, dejando tras mí la vida civil y mi propia vida, para sumergirme en el anonimato de la vida militar en África. Esta vida militar no estaba aún terminada; me quedaba por delante poco más de un año todavía. Pero volver a España, aun en uniforme, era como una resurrección. Y por dos meses hasta el uniforme me iba a quitar; haría lo que me diera la gana: comer, dormir, ir donde y como quisiera. Sería libre y tenía dinero.

A medida que el barco avanzaba en el Estrecho y el anfiteatro de casitas blancas que era Ceuta se iba perdiendo a lo lejos, mientras la roca de Gibraltar crecía más y más, todo aquello -África, Melilla, Tetuán, Ceuta, el ejército- iba haciéndose borroso y escapándose de mi mente.

Tan pronto como el barco atracó en Algeciras tuve mi primer encuentro con una realidad de la cual mi largo aislamiento durante la campaña y la enfermedad me habían tenido ignorante. Sobre el muelle había coches de la ambulancia, muchachas en uniforme de la Cruz Roja, doctores y sanitarios. Examinaron mis documentos:

-¿Enfermo? -preguntó uno de los médicos de sanidad; se volvió

a una muchacha que llevaba la cruz roja sobre la toca blanca y dijo-: Para ti, Luisa.

La muchacha vino a mí, me palmeó suavemente un hombro y exclamó:

-¡Pobrecito! Ha estado usted en Melilla, ¿no?

-Sí, al principio.

Me condujo a un rincón de la estación del ferrocarril y me ofreció un vaso de leche hirviendo, una cosa que odio.

-Bébase esto. Le hará bien y le ayudará a sudar.

¿Sudar? Había sudado bastante con mi fiebre y rechacé la bebida. Me miró ofendida.

-¿Usted sabe? -le dije-. He tenido que beber tanta leche cuando estaba en el hospital que ahora la aborrezco. Últimamente ya no me la dan, pero sí en cambio un vasito de jerez con dos galletas a media mañana.

Luisa me trajo un vaso de jerez y galletas. Eran buenos. Se sentó a mi lado y comenzamos a charlar.

-Ahora, cuénteme: ¿cómo era en Melilla? Terrible, ¿no? A mí me hubiera gustado ir a un hospital allí, pero papá no me ha dejado. ¡Hemos tenido unas broncas por eso! Figúrese, la duquesa de la Victoria, que es de la familia real, ha ido allí, y a mí no me han dejado. Mi papá es así. Bueno, no realmente, es mamá la que es muy rara: «¿Vas a ver esas heridas horrorosas que hacen los moros? Peor aún, yo sé bien que las enfermeras tienen que limpiar el trasero y sus partes a los soldados y ver cada cosa. No, hija, no; una señorita como tú no puede ver eso. ¡Nunca!». Esto fue lo que dijo, pero yo quería tanto ser una enfermera. Todas mis amiguitas lo eran y además el uniforme me sienta muy bien, ¿no? Así que papá, que a Dios gracias tiene buenos amigos, se encargó de ello y aquí estoy en el Comité de Recepción de los Heridos en África. Una tiene que hacer su poquito, ¿no? Naturalmente, no estoy en el hospital,

porque no tengo estudios, pero una amiga mía está allí y lo ve todo. -El torrente de palabras se interrumpió un momento-: Sabe usted, un día me tocó un teniente. Como el capitán médico es un amigo de casa, pues, siempre me da lo mejorcito que viene. Si es un capitán, pues el capitán. Hoy le ha tocado a usted, no venían oficíales. Ahora, cuénteme, ¿cómo son los moros?

-Pues..., bueno, muy sucios y feos; muy largos y flacos, en fin, salvajes, completamente salvajes.

-¿Y Abd-el-Krim?

-Pues, a decir verdad, nunca he visto a Abd-el-Krim. Pero las gentes dicen que es un tipo con una barba muy negra y unos ojos feroces, que atormenta a los prisioneros y luego les pega un tiro.

-¡Qué horrible, qué horrible! Nosotros tenemos un primo ¿quién sería nosotros?-, un primo segundo, ¿sabe?, que era teniente de infantería y ahora es piloto y vuela en Melilla. Nos gustaría tanto verle. Dios me perdone, pero casi me alegraría que le hirieran, claro, no grave, para que nos lo mandaran a casa tuviéramos que cuidarle y cambiarle los vendajes cada mañana. Estoy segura que no me desmayaba. No lo parezco, pero realmente soy muy fuerte; tengo buenos nervios. Ahora que ya sé lo que iba a pasar: mi hermana y yo nos íbamos a pelear por él, porque a las dos nos gusta. Ahora tenemos a nuestro hermano en casa. No ha ido, porque papá compró un sustituto para él, pero como ahora se están llevando a todos... Aunque desde luego a él no le van a llevar allí, aunque llamen a su regimiento. Papá ya lo ha arreglado todo.

La señorita Luisa me estaba dando sobre los nervios y cuando su amiga, Encarnita de no sé cuántos, se juntó a nosotros, temía que iba a estallar:

-¡Qué suerte tienes, hija! -dijo-. A mí me han largado un soldado de Cáceres con la cabeza abierta y lleno de suciedad. Es

horrible verle la cara. Y ¡tan sucio! Creo que si se le mira de cerca, se le encuentran piojos... ¿Y usted ha estado en Melilla?

-Sí.

-¿Herido?

-No. Tifus.

-¡Oh, tifus! Pero, eso se pega, ¿no? Yo he oído que todos los que tienen el tifus infestan al que se arrima... -interrumpió-. Bueno, Luisa, guapa te tengo que dejar; mi soldadito me está esperando. Tengo que ponerle en el tren. El pobrecillo es más feo. !Si vieras!

Y la señorita Encarna huyó a toda prisa de los bacilos del tifus. La señorita y yo nos fuimos al tren. Me dio una lata de leche condensada y un paquete de cigarrillos.

En el compartimento, enfrente de mí, estaban sentados tres gitanos. Un matrimonio entre los treinta y cuarenta y un viejo que indudablemente era el padre del marido. Cuando la señorita Luisa se marchó, el viejo se quedó mirándome:

-¿De dónde viene? De África, ¿eh? ¿Herido?

-No, enfermo.

-Pobrecillo. No le han dejado a usted más que los huesos, amigo. Tome un trago -y sacó una botella de debajo del asiento-

-¿No tiene usted un vaso o algo? He tenido unas malas fie bres, ¿sabe?

-Amigo, beba lo que le dé la gana a morro. Nos tenemos que morir de algo.

Bebí un trago de vino. El viejo cogió la botella y frotó la boca del frasco enérgicamente con el dorso de la mano.

-¡Aplastaos! -dijo. Bebió un largo trago, se limpió los labios con el revés de la misma mano y alargó la botella a los otros-: ¡La gloria de Dios! -Chasqueó la lengua y sacó una petaca enorme llena de tabaco y un librillo de papel de fumar que me

alargó-: ¿Y tiene usted que volver?

-Aún me queda un año.

-Puash, mal asunto. Bueno, ahora escúcheme, pero primero tengo que decirle que a mí los sargentos me revuelven las tripas. Yo tuve uno, ¡maldita sea su madre!, que nos molía a palos. Porque yo también tuve que servir al Rey en tiempos de la Cristina. Y ahora, cuando veo un sargento, se me agria la bilis. Pero usted tiene una cara simpática; y además, se ve que las ha pasao negras. Parece usted talmente un gato despellejao. ¿Quiere usted otro trago, amigo?

-No, gracias, si bebo más, me voy a emborrachar.

-Como quiera. Y a lo que iba diciendo, pues cuando he visto su cara, me he dicho... Al grano: ¿usted nos quiere hacer un favor?

-¿Yo? No sé qué puedo hacer.

-Es muy fácil. Estos dos son mis chicos y nos ganamos la vida como buenos cristianos, ¿sabe? Compra uno unas poquillas cosas en Gibraltar: un cachillo de tela y una miaja de tabaco, y así, pues, lo vende uno en Cádiz y se gana unos pocos duros para los chavalillos. Todo eso que usted ve -señaló varios bultos en la red del vagón- es tela. Pero la tela no da mucho; en lo que se gana algo es en el tabaco. Ésta, que parece que está avanzada ya, lleva un poco rodeado a la tripa. El tabaco, además, nos cuesta mucho más dinero que los trapos. Por cada pieza de tela, le pagamos un real a cada uno de los carabineros que hacen la requisa de aquí a Cádiz. Y hay cuatro o cinco de esos arrastraos. Pero por el tabaco, les tenemos que dar un real por cajetilla y luego nosotros no sacamos más que dos pesetas con suerte. Así que, si usted quiere..., aunque supongo que usted lleva tabaco.

-No, no llevo ni un paquete. Quería haberlo comprado en Algeciras que es más barato que en Ceuta, pero con las niñas de la Cruz Roja colgadas al brazo, imposible.

-De perlas. Yo le vendo todo el que quiera a lo mismo que me cuesta a mí y nos va usted a hacer un favor.

-Bueno, ¿qué favor es ése?

-Pues, es muy sencillo. Como ahora están matando tantos soldados en Melilla y aquí viene cada día un cargamento de heridos, pues los carabineros no dicen una palabra si vienen con tabaco, o si se traen un poco de seda. Así, si usted dice que esta maletilla es suya, pues hace usted un favor muy grande a unos pobres. Y Dios permita que encuentre a todos los suyos con salud. Vamos a echar un trago.

Poco después un carabinero se asomó a la ventanilla. Iba recorriendo el tren a lo largo de los estribos. Abrió la puerta y se acaró con los gitanos. -¿Dónde vas, José?

-A Cádiz. A llevar unas cosillas. -Metió la mano en la faja y sacó unas cuantas monedas que el carabinero contó cuidadoso.

-¿Nada más que esto?

-Nada más. Esta vez sólo llevamos un poquillo de tela.

-¡Hum! No te creo.

-Pues, míralo.

El carabinero se dirigió a mí:

-¿Qué lleva usted, sargento?

-Estas dos maletas. -Señalé la mía y la de los gitanos. Mi maleta llevaba la marca en tiza de la Aduana. El carabinero señaló la otra:

-Pero ¿por qué no está marcada esta maleta? Me hice el loco:

-Anda, ¿y por qué tengo yo que marcar la maleta?

-Marcada por la Aduana, como esta otra. ¿Usted no sabe que las maletas se marcan en la Aduana?

-Yo no sé nada. Es la primera vez que vengo a España desde que hace dos años me llevaron allí. En cuanto a las maletas, la

Cruz Roja se ha encargado de ellas; pero si quiere usted saber lo que hay dentro, le diré que las dos están llenas de tabaco. Ahora que, fíjese, después de haber pasado por el infierno de Melilla y haber escapado con la piel por milagro, me parece que vamos a tener una gorda si quiere usted quitarme el tabaco.

-No se apure. Fúmese su tabaco y buen provecho le haga. ¡Así es como me gusta a mí que me hable la gente, con la verdad clarita! Pero es que los hay que creen que el hijo de mi madre es tonto. No le quito yo un paquete de tabaco a uno que está pasando las malas en África. Pero le quito hasta los pitillos del bolsillo al que crea que soy un idiota que se mama el dedo.

El gitano sacó su botella:

-Un traguito, amigos. Bueno, si a usted no le importa, porque el sargento aquí presente ha tenido las fiebres y ha chupado antes de la botella.

-Ya se ve en la cara que está hecho una birria. -El carabinero frotó el cuello de la botella con sus dedos y bebió hondo, más hondo aún que el gitano. Se limpió los labios con el forro del gorro de paño y dijo:

-Para matar los gérmenes, ¡esto! -acariciando la botella.

Antes de ir a Madrid, había decidido pasar un par de semanas en Córdoba. Mi madre había insistido en que debía aceptar una invitación hecha por mi hermano mayor. No lo hacía de buena voluntad. Desde que había estado algunos veranos en mis vacaciones con la familia de Córdoba, me desagradaba su compañía.

El tío Juan, el hermano mayor de mi madre, había emigrado de Méntrida a Córdoba cuando era poco más que un niño. En el curso de los años, a fuerza de ahorro y privaciones, había establecido un negocio de pañería que se convirtió en uno de los más importantes de la ciudad. Se casó y el matrimonio había

sido prolífico: siete hijas y cuatro hijos. Sin embargo, su casa estaba regida por los padres salesianos y los canónigos de la catedral. Las hijas crecieron en una atmósfera de fanatismo rígido y la casa tenía su oratorio privado con una imagen de Jesús en una túnica roja sobre un traje azul celeste, sobre el cual se destacaba un corazón rodeado de llamitas doradas. La imagen tenía dos dedos levantados en el aire y tenía un halo de florecitas de lis doradas sobre su cabeza. La capilla estaba siempre llena de flores y tenía cuatro lámparas de aceite colgando del techo. El olor denso de las flores marchitándose se mezclaba con el olor agrio del aceite de oliva hirviente y humeante en las lámparas.

Uno de los hijos se suicidó. Otro dejó a su mujer después de tres años de matrimonio. El tercero fue muerto en un accidente de caza; y en cuanto al cuarto, nadie sabía a ciencia cierta dónde estaba; por los últimos veinte años, se suponía que estaba en alguna parte en América. Tres de las siete hijas se casaron y las cuatro restantes se convirtieron en solteronas beatas. En esta casa, donde después de la muerte de mi tía las cuatro solteronas habían cogido las riendas, se desarrolló mi hermano. Era claro que estaba destinado a ser el continuador del negocio y el cabeza de familia cuando muriera mi tío. Cuando mi hermano había ido a Córdoba tenía once años, sus primas más de veinte. Se domesticó bajo la férula áspera de mi tío y la piedad empalagosa de mis primas.

Por aquel entonces, mi hermano, tres años después de la muerte de mi tío, estaba administrando los bienes de las cuatro hermanas. El almacén de paños había sido liquidado y las hijas solteronas estaban tratando de restablecer el negocio con mi hermano como gerente. Había dinero bastante.

Mi hermano José y las cuatro hermanas me esperaban en la estación. Me cubrieron de besos y abrazos. Se compadecieron largamente de mí. Me llevaron en triunfo en medio de todos ellos y me hicieron parar infinidad de veces en el camino, para

presentarme a los amigos. Me sentía ridículo al lado de mi hermano -que era bajito y delgado, con una ligera cojera y un bigote indecente, mitad rubio, mitad negro- y aquellas cuatro mujeres, todas ellas de tipo matronil, altas, con anchas caderas, pechos generosos y cabellera abundante como crines de caballos árabes.

Elvira me tomó a un lado en cuanto llegamos a la casa:

-Querrás lavarte -y se quedó a mi lado mientras me quitaba la suciedad del viaje, obligándome así a que la limpieza fuera sumaria.

-Desgraciadamente la casa ya no es nuestra, desde que se murió papá, así que no puedes ir a la capilla y darle gracias a Dios por la protección que te ha dispensado. Pero puedes ir con José a la catedral, que no está más que a un pasito de aquí.

José y yo fuimos a la catedral, después de haber escuchado detalladas instrucciones sobre qué capilla, a qué virgen o qué santo teníamos que visitar, y quiénes eran los «padres» que debíamos saludar.

-Gracias a Dios -dije a mi hermano, tan pronto como nos encontramos en la calle-, mira, vamos a algún sitio donde nos den algo de comer y un buen vaso de manzanilla.

-Vamos primero a la catedral, porque si no, se nos va a hacer tarde. Cierran a la una.

-Oye, pero yo no he pensado en ir a la catedral.

-Pues, vamos a tener que ir, porque Elvira me ha dicho que te presentara al padre Jacinto. Y además, Gonzalo nos estará esperando. ¿Sabes que le han hecho canónigo?

Gonzalo era un nieto, el más viejo, del tío Juan, y por tanto un sobrino mío, aunque yo era más joven que él. Se había hecho cura y gracias a las influencias de la familia, era ahora un canónigo de la catedral de Córdoba con poco más de veinticinco años.

Fuimos a la catedral y encontramos a Gonzalo, un muchachón corpulento enfundado en una sotana ceñida. Me dio una bienvenida cariñosa y me preguntó:

-¿Has venido a rezar?

-Mira, podemos perdonar los rezos, ¿no?

-Está bien, entonces, vámonos.

Me llevó a su casa y nos invitó a unos bollos y a unos vasos de montilla. Su madre, la tía Antonia, me recibió con un aluvión de besos, me pidió que contara en detalle mis aventuras en Marruecos, se echó a llorar como la Magdalena arrepentida antes de que yo pudiera hablar una palabra. A continuación me contó la historia de Mercedes, su hija.

La tía Antonia había sido amiga de rezos de mi difunta tía Ángela, la mujer del tío Juan, y así había conocido a su hijo Gonzalo. Se casaron, y al quedarse viuda a los pocos años, para la tía Antonia se convirtió en obsesión que los dos niños, Gonzalo y Mercedes, serían servidores de la Iglesia. Gonzalo se había convertido en canónigo, pero Merceditas, antes de tomar los votos, se había encontrado con un turista que andaba pintando vistas de la catedral. Como la muchacha sabía que su amistad con el pintor nunca iba a ser tolerada por la madre, un día desapareció con él.

-... y ¿te puedes imaginar? -sollozaba la tía Antonia-, me dejó una carta en la que me decía sin vergüenza alguna, no sólo que se marchaba con un hombre, sino que esperaba tener un hijo suyo y le faltaba el valor de decírmelo en la cara.

La tía Antonia enderezó su armadura huesuda, haciendo crujir las juntas, y con los ojos llorosos, encendidos de ira, prosiguió:

-Me conoce. No ha tenido el coraje de decirlo, ¿eh? ¡Claro que no! Con estos dedos -unos dedos grandes, amarillos, espatulados- ¡le hubiera sacado la cría de las entrañas!

-Bueno, madre, no se excite -dijo Gonzalo, suavemente-. Cual-

quiera creería que era usted capaz de una cosa semejante. Hay que perdonar para que Dios nos perdone a nosotros.

-Tienes razón, hijo, tienes razón. Pero es porque tú eres un santo. -Se abrazó al hijo llorando. Los diez dedos de sus manos descansando sobre la sotana, con sus uñas fuertes, ribeteadas de negro, sus puntas apretadas contra los hombros poderosos de él, más espatulados que nunca, como esas cucharas de madera que se usan para sacar ungüentos espesos de sus jarras de cristal. Tuve que mirar a otra parte, porque me imaginaba demasiado claramente cómo estos dedos y uñas hubieran arrancado a tiras la vida nueva en el vientre de la muchacha.

Cuando salimos de la casa, Gonzalo dijo:

-No hagas caso a lo que dice mi madre. La pobre está trastornada. Debería ver más gente, charlar y quitarse de encima sus pesadumbres. Arturo, tú deberías venir mañana cuando esté sola y tratar de consolarla un poco.

Aquella noche hubo cena en mi honor, con mis tres primas casadas, sus maridos y Gonzalo en su sotana. Comimos abundantemente a las seis y media, mientras el sol todavía estaba alto. Los tres maridos y mi hermano, entonces un presunto marido de mi prima Elvira, no tenían nada que decir. Las siete mujeres se enredaron en una conversación en la que los argumentos se reforzaban, pidiendo las casadas apoyo a sus maridos y las solteras a José y a Gonzalo, y saltando ciegamente de un argumento a otro en una discusión sobre Marruecos.

-¡Es simplemente horrible lo que los moros han hecho en Melilla! Todavía no se sabe cuántos pobres españoles han sido asesinados a traición. Lo que hace falta es un gobierno fuerte que arrase Marruecos hasta que no quede un moro vivo. Debemos mandar un millón de hombres o dos, si hace falta. ¡Y no dar cuartel! Esas gentes no son cristianos, son salvajes sin civilizar. Y aún se permite que esos socialistas protesten contra el envío

de tropas.

-Hacen bien. Casi sería lo mejor... -estallé.

-¿Qué?

-... abandonar Marruecos y no mandar un simple soldado allí. Marruecos es la mayor desgracia de España, un negocio desvergonzado y una estupidez inconmensurable al mismo tiempo. Yo he estado allí dos años, y que me digan a mí qué es lo que civilizamos nosotros. Los soldados, mejor dicho, la clase de soldados que se manda a Marruecos, son la gente más miserable e inculta de España, tan incivilizados como los moros. Ommás. ¿A qué los mandan a Marruecos? A matar y a que los maten. Marruecos es bueno sólo para los oficiales y para los contratistas. -Sabía que me estaba excitando tontamente y sin finalidad, pero no podía remediarlo.

-Pero, hijito -dijo Elvira-, a los oficiales también los matan.

-Claro. La lástima es que no matan más. Tú, ¿piensas que debían matar sólo soldados?

-Sigues tan incorregible como siempre, tú y tus ideas. Tú acabarás mal. ¡Muy mal!

-Es posible que yo acabe mal, muy mal, como dices, pero una cosa es cierta. España va a acabar peor, si Dios no lo remedia.

Gonzalo, untuoso como un canónigo viejo, cortó la discusión antes de que tomara caracteres más agrios:

-Y Dios lo evitará, si se lo pedimos de rodillas.

-Tienes razón, Gonzalito. Mañana voy a ir a escuchar tu misa y yo voy a rezar a Dios por haber salvado la vida de este ateo.

Después de esto, los hombres nos fuimos a beber algo. En aquella época, los cafés en Córdoba eran exclusivamente para uso de los hombres; ninguna mujer arriesgaba entrar en ellos, ni sola ni en compañía. Las mujeres de nuestra reunión consideraban como natural que las dejáramos solas. Pero tan pronto como estuvimos en la calle, Manuel, uno de los maridos, pre-

guntó:

-Ahora, ¿dónde vamos a llevar al primo que vea un poquillo de la vida?

-A casa de Antonio.

-Está bien -dijo Gonzalo-, vosotros os vais allí y me esperáis, mientras voy a casa a mudarme de ropa. -Y se marchó a largos pasos.

-Lo peor es que las mujeres se enterarán -gruñó mi hermano-. En este pueblacho todo el mundo se conoce. Mañana por la mañana están enteradas, podéis estar seguros.

-¿Y qué? Que se enteren. Se les dice que nos hemos traído aquí a Arturo, porque es el único sitio donde se puede beber un montilla decente. ¿Qué saben las mujeres de eso?

Yo no sé si verdaderamente Antonio fue o no un picador famoso en la cuadrilla del Guerra, pero en todo caso las paredes de su taberna eran un museo de trofeos taurinos: cabezas de toro disecadas con una placa grabada en metal contando su historia de quince minutos famosos; banderillas cruzadas con los pegotes de sangre reseca ya de veinticinco años antes; estoques famosos por haber servido para matar famosos toros; capas bordadas protegidas en vitrinas encristaladas; viejos programas impresos en seda; viejas fotografías conservando aún vivo el color de ciruela madura de los daguerrotipos, y otras más modernas, descoloridas ya y enfermizas, blanqueadas por la luz.

La taberna estaba llena de gente, pero Manuel nos guió a la trastienda, donde un camarero agitanado nos recibió y condujo a un reservado minúsculo con paredes de tablas, la puerta cortada a medio metro del suelo, de manera que se pudiera ver lo que pasaba dentro sin entrar.

-Mira, Rafaelillo, somos seis con Gonzalo, que va a venir en un momento. Éste es el primo que estaba en Melilla. Díselo a Antonio, y que vea si hay alguien para armar una juerguecilla

-El Currillo está ahí con los niños, si quiere usted llamarle.

Nos trajo una bandeja monstruosa cargada de vasos de vino, «De parte del señor Antonio»; y apareció Currillo, un gitano de setenta años con patillas de chuleta, una colilla colgando de la esquina de los labios y una guitarra bajo el brazo.

-A la paz de Dios, señor Manuel y la compañía. -Se descolgó la colilla del labio-. Déme usted lumbre, sargento. -Le alargué uno de los paquetes de tabaco de contrabando. El viejo gitano abrió unos ojos atónitos y cogió el paquete como si fuera una cosa delicada y frágil.

-Usted viene de África, compadre, esto está claro. ¡Las cosas que esto me recuerda! Los buenos tiempos en que yo era un buen mozo, porque uno ha sido un tipo bien plantao, con su permiso; y usted no sabe los miles de fardos de esto que tengo metidos, a veces a tiros con los del resguardo.

El viejo, mientras, se lió un cigarrillo grueso como una estaca.

-Quédese usted con el paquete; tengo de sobra. Después de lo de Melilla no nos miran el equipaje.

-Dios se lo pague, hijo; y aunque ya tenga uno la voz cascada, la primera copla la voy a cantar yo a su salud.

Los «niños» habían entrado silenciosos tras él: un muchacho de piel aceituna y chaquetilla corta, con tufos, sombrero cordobés, pantalones abotinados ceñidos de cintura y faja de seda; y una muchacha alta y cimbreña, color caoba, con el pelo aceitado sostenido hacia arriba por una profusión de peinecillos rojos y azules, una blusa con mangas abullonadas y falda de volantes salpicada de flores. El mozo iba a cantar y la muchacha a bailar.

-Y aquí estamos todos -dijo el viejo Currillo, haciendo las introducciones- para servir a la buena gente. Pero primero va usted a oír mi coplilla, que no se me ha olvidado.

Rasgueó la guitarra templándola durante un largo rato, carras-

peó y entonó al fin:

Marinero, sube al palo
Y dile a la madre mía
Si se acuerda de aquel hijo
Que en el África tenía.

Entró Gonzalo, desconocido en su traje de paisano, un sombrero cordobés caído sobre una oreja a lo flamenco, una cadena de oro a través del chaleco, y calzado con zapatos de charol. -¡Hola, Currillo, hola, muchachos! -Tomó la barbilla de la muchacha-. ¡Cada día estás más guapa, Currilla!

-Y tú más sinvergüenza -replicó la gitanilla, riéndose y mirándole de arriba abajo.

La juerga se puso a tono. Hasta la medianoche nos dedicamos concienzudamente a beber, escuchar cante flamenco y mirar a Currilla taconear sobre el círculo de la mesa. A veces aparecían en la puerta cabezas de amigos y conocidos. Entraban, bebían y correspondían a la cortesía enviando una de las enormes bandejas cargadas de chatos de manzanilla. A medianoche, Gonzalo declaró de pronto que no bebía más, porque tenía que decir misa en la mañana; poco después estábamos en la calle, un poquito borrachos.

A la mañana siguiente salimos todos en parada: mis cuatro primas en negro con mantilla, mi hermano en negro con corbata también negra y yo en uniforme y condecorado, porque mis primas querían exhibirme. En el pórtico de la catedral se nos reunió el resto de la familia, la mayoría de ellos también de negro, dando la apariencia de un duelo, muy serios, muy solemnes. Gonzalo dijo su misa con gran solemnidad, como si fuera una misa para nosotros solos. Después entramos en la sacristía, donde Gonzalo se desvestía sin interrumpirse por nuestra presencia.

-Anda, Gonzalito, enséñanos el tesoro.

Gonzalo abrió vitrinas y arcones y nos mostró las riquezas de la catedral: joyas y paños de altar, casullas y capas, cálices y custodias en oro y plata repujado y cincelado, y ofrendas de fieles en las que era difícil saber qué admirar más, si la ingenuidad o la buena fe. Había pendientes que alguien se había quitado de sus orejas para ofrendarlos a un particular santo; otros habían abandonado allí sus inmensos relojes de plata maciza, grandes como piedras de río atados a cadenas deformes, a las que hubiera podido atarse un perro.

Cuando muchacho, me habían enseñado ya el tesoro de la catedral, igual que se me habían mostrado los grandes festivales de la Iglesia con su suntuoso esplendor. Nunca me habían impresionado. Pero una vez, cuando yo era un chiquillo de diez u once años, alguien me había llevado a ver la columna del esclavo. Entre las ochocientas cincuenta columnas de la Gran Mezquita, que hoy es la catedral, existe una sobre la cual está esculpida una pequeñísima imagen de Cristo en la cruz, que no mide más de un palmo. La escultura es completamente primitiva y sus relieves se han borrado a fuerza de besos de beatas a través de siglos. Quienquiera que fuese el que me lo mostró, me contó la leyenda:

«Los moros -dijo- cogían cautivos a los españoles y los encadenaban a las columnas.» (Algunas de las columnas presentan restos de anillos de hierro embutidos en la piedra, pero yo personalmente no puedo creer que los califas de Córdoba llenaran su mezquita con prisioneros encadenados...) Uno de estos cautivos, encadenado durante años a una columna, había dejado crecer sus uñas y con ellas había emprendido la tarea de esculpir la imagen de Cristo a fuerza de rascar la piedra. Y allí estaba, una muestra palpable de la fe católica.

La cruz y la mezquita hicieron una honda impresión en mí; la mezquita como tal, no como catedral. Me había proporcionado un placer inmenso errar entre los cientos de columnas, perder-

me en los rincones húmedos y oscuros y surgir del bosque de piedra en un claro lleno de sol, donde la cruda luz venía a caer de lleno sobre las rotundas inscripciones árabes de dibujo perfecto, brotando en relieve del contraste violento de los blancos de luz y los negros de sombra; de allí se sumergía nuevamente en el laberinto de columnas y en la soledad de sus hileras. Me divertía en remirar sus capiteles y en escudriñar los rincones, donde se descubrían restos de los viejos relieves de geométricas líneas que aún conservaban los restos de los oros, rojos y azules descoloridos por el tiempo, y que dejaban ver a través de sus grietas su fundación de estuco.

Aun cuando era un chiquillo, no podía contener mi indignación porque el centro de la vieja mezquita hubiera sido destruido y profanado por los católicos, para incrustar allí su altar mayor, su coro y sus pulpitos horribles, sobre todo uno que descansaba sobre un toro de mármol, aplastado por el peso, mostrando los intestinos desbordantes de su vientre estallado.

Ahora, mientras me mostraban las riquezas de la catedral, recordaba las luces y sombras, la diminuta imagen del Cristo en la mezquita. Después de dejar a Gonzalo, me despedí de los otros en el pórtico.

-¿Adónde vas? -me preguntaron.

-Voy a echar una mirada a la mezquita.

-Ah, ¿te quieres quedar un ratito en la catedral?

-No. Quiero estar en la mezquita. La catedral no me interesa.

-Bendito sea Dios. ¡Qué raro eres, Arturito! José se quedará para acompañarte.

-No, tú te vas a casa, o haces lo que quieras.

-¿Es que te molesto?

-No, pero no me dejarías en paz o te aburrirías.

Me dejaron solo como una cosa sin remedio. Veía lo que estaban pensando entre ellos:

«Pobrecillo, las fiebres de África le han trastornado un poco».

En el Patio de los Naranjos, los árboles eran masas verdes cargadas de bolas casi amarillas. La mezquita en toda su inmensidad parecía vacía. La poca gente que allí había estaba rezando, o bien ante la reja de una de las capillas o entre los bancos y sillas del crucero, ante el altar mayor. Pero los rincones frescos de humedad, los rincones sin sol escondidos entre el laberinto de pilares, estaban desiertos, y mis pasos resonaban huecos, remotos, como podían haber sonado sobre las losas de un castillo en ruinas.

Tenía una vaga idea de dónde encontraría la columna del Cristo. Recordaba que era de una piedra negra, y la busqué dando vueltas entre los pilares. La encontré al fin. Alrededor de la imagen de Cristo habían puesto una reja y un cepillo para limosnas, cerrado con un candado niquelado. Una placa niquelada pedía limosnas para una cosa u otra, no sé. Sólo sé que habían destruido mi leyenda.

Aquella tarde, mi hermano y yo nos fuimos juntos de paseo. Cruzamos el puente romano, pero José se negó a ir más lejos en los campos. Volvimos a la ciudad y le arrastré a través del barrio que aún se llamaba de la Morería, con sus calles moriscas estrechas y retorcidas, sus casitas bajas con azoteas, sus chiquillos descalzos, tostados de sol, medio desnudos, sus mujeres pequeñas y morunas aún desgreñadas, una flor incrustada en el pelo, dando de mamar a sus chiquillos con un pecho desbordante sobre la blusa abierta.

Al fin, José se quejó agrio:

-Tienes un gusto raro. Vámonos al Gran Capitán, que esta tarde toca allí la banda.

Fuimos a la gran avenida y nos sentamos a una mesa de un puesto de refrescos. Una banda militar tocaba ruidosamente y fuera de tono.

-¿Y qué planes tienes? -me preguntó José.

-¿Cómo que qué planes?

-¿Te vas a hacer oficial?

-¿Oficial yo? Tú estás loco.

-Bueno. A mí me parece que es lo mejor que podrías hacer. Aquí en Córdoba está la Academia para sargentos. Vendrías aquí, vivirías con nosotros y te convertirías en un oficial en tres años. Tendrías asegurado el porvenir.

-¿A qué llamas tú tener el porvenir asegurado?

-¿A qué le voy a llamar? A tener asegurada la vida, una paga decente, una posición social. Tú todavía eres joven y en Marruecos se puede hacer carrera. Tú no eres ningún tonto... Al menos esto es lo que a mí me parece, claro que no es más que una opinión personal.

-Que da la casualidad no es la mía.

-Creo que cometes una tontería. Quedamos en silencio por largo rato.

-¿Sabes lo que estaba pensando? -dijo al fin.

-¿Cómo quieres que lo sepa?

-Estaba pensando que en lugar de haber estado enfermo tan gravemente con tifus, podías haber tenido la suerte de que te dieran un tiro, claro, sin matarte. Te hubiéramos traído al Hospital de Córdoba, porque se lo hubiéramos pedido al tío Antonio, que está de comandante en Sevilla, y lo hubiera arreglado y lo hubieras pasado estupendamente aquí.

-¿Así que tú crees que debían haberme pegado un tiro?

-Hombre..., hubiera sido por tu bien; mejor que esto. Bueno, también nos hubiera sido útil a nosotros. Desde la muerte del tío Juan y la liquidación del negocio, la gente nos ha dado un poquito de lado. Pero si tú, por ejemplo ahora, estuvieras aquí herido grave, puf, no puedes imaginarte... Están dando fiestas cada día en casa del duque de Hornachuelos y de Cruz Conde.

Imagínate.

-Me lo imagino. Tú solo con las cuatro primas, que empiezan a ser solteronas viejas y la moneda acabándose. ¡Ya lo creo que me lo imagino! Dime otra cosa, ¿a qué hora pasa por aquí el expreso de la noche para Madrid?

-Hombre, ¿qué te pasa? Tienes tiempo de sobra para estar aquí, ¿por qué te entran de pronto prisas? El expreso pasa a las diez.

-Bueno, mira: esta noche a las diez me voy. Te acordarás que una vez tuvimos un serio disgusto en Madrid. Te dije entonces que no volvería a dirigirte la palabra en mi vida. He venido aquí porque tú lo has pedido y porque madre también lo quería, pero no creo que nos vayamos a volver a ver, al menos por mi parte.

Aquella noche cogí el expreso para Madrid.

Recolecciones

Capítulo X

Un día, cuando tenía diecisiete años, sufrí una mala caída en el gimnasio y perdí el conocimiento. Me llevaron a la casa de socorro y de allí a casa. Volví en mí en mi cama envuelto en vendas y con un dolor agudo. Fue un mal trastazo que pudo haberme costado la vida, pero una semana más tarde estaba en la calle. La única reliquia del accidente fue el choque que recibí al despertar en mi casa, sin haber ido a ella conscientemente, y el encontrarme rodeado por las caras ansiosas de los míos. Un choque que se me repitió al encontrar las cosas y las personas tan absolutamente diferentes la primera vez que pisé la calle.

Cuando llegué a Madrid, me acometió el mismo sentimiento. Llevaba conmigo una pintura clara y rotunda de Madrid y de mi gente. Pero cuando en la estación me dieron la bienveni- da mi madre, mi hermana y mi hermano, y cuando al salir de la estación me enfrenté con Madrid, mi Madrid, todo era distinto. Existía un vacío de dos años entre mi familia y yo, entre Madrid y yo. Habíamos roto el hilo de la vida diaria. Si queríamos reanudar nuestras vidas juntas otra vez, teníamos que atar con un nudo las puntas rotas; pero un nudo no es una continuidad, es la unión de dos trozos con un roto entremedias.

-¿Cómo estás, hijo, cómo estás?

-Bien, madre. Muy bien.

-Muy delgado..., en los puros huesos.

-Sí, ya lo sé, pero no se preocupe, estoy vivo. Otros se han quedado allí.

-Sí, ya lo sé. Otros se han quedado allí.

-Y usted, ¿cómo está, madre?

-Bien.

-¿Y todas las demás cosas?

-Nos arreglamos. No te preocupes. En un par de semanas te habremos cebado un poquito. Nos cogimos del brazo y abandonamos la estación. Rafael llevando mis maletas.

-¿Has traído tabaco? -me preguntó.

-Sí.

-Y a mí, ¿qué me has traído? -preguntó mi hermana.

-Un poco de seda. Pero a madre no le he traído nada.

-Has venido tú.

-Ah, pero te he traído algo, abuelilla, vieja; te he traído algo. -Había recuperado el «tú». Se rió con aquella risa suya, callada y suave.

La plaza de Atocha estaba llena de los ruidos de las primeras horas del día: las gentes asaltaban los tranvías para ir al trabajo. Los taxis que salían de la estación y los camiones que iban al mercado se disputaban a bocinazos el derecho de paso, mientras que los carros cargados de hortalizas trataban de filtrarse entre ellos, a fuerza de blasfemias gritadas a cuello herido por sus conductores. La algarabía de bocinas, campanas y gritos barría la plaza. Por dos años no había oído los ruidos de una ciudad; me sentía débil, más débil que nunca desde que había salido del hospital.

-Vamos a tomar un café o algo; he dormido muy mal en el tren.

Tomamos café y yo me bebí una copa de coñac para reanimarme, pero por último tomamos un taxi. Tan pronto como llegamos a casa, me metí en la cama sin entretenerme más que en sacar de la maleta el tabaco para Rafael, la seda para la Concha y el pañuelo para mi madre. Me habían preparado la

cama, mi vieja cama de barras doradas, con sábanas finas, y el cuarto olía a pintura fresca.

Por la tarde me presenté en el gobierno militar y después volví a casa y me vestí de paisano. Mi uniforme se quedó colgado de la percha de mi alcoba y Rafael y yo nos fuimos a dar un paseo. Cuando ya estábamos en la puerta de la casa, mi madre dijo:

-Mira, vete a ver a Fulano y a Mengano, que han estado preguntando por ti todo el tiempo.

-Mira, madre, no quiero ver a nadie. La última visita se me ha indigestado.

-Haz lo que quieras, hijo.

Pero Madrid era aún demasiado para mí. Mis oídos no podían soportar el tumulto de la Puerta del Sol. Nos refugiamos en las callejas silenciosas que rodean la calle de Segovia, dando una vuelta antes de volver a casa. No hablamos mucho; no sabíamos por dónde empezar. Comentábamos los incidentes que urgían en la calle y volvíamos a caer en silencio. En casa, mi madre tenía la mesa puesta para la cena. Había preparado filetes patatas fritas y lo puso alegre y satisfecha sobre la mesa.

Ninguno de nosotros había hablado aún una palabra sobre Marruecos. Yo hubiera querido evitar el disgusto a mi madre; hubiera querido poder comer aquella carne con apetito y con cara risueña. Pero desde aquellos muertos de Melilla, no podía tocar la carne. Su visión y su olor me hacían ver y oler de nuevo los cadáveres, pudriéndose al sol o ardiendo en las piras empapadas de petróleo, y vomitaba. Me producía una reacción y asolación mental contra las cuales era impotente.

Traté de dominarme y comencé a cortar la carne que tenía en el plato. Surgió el jugo rosáceo. Vomité.

Se alarmaron todos y tuve que explicar:

-No es nada; no estoy enfermo. Es sólo una náusea.

Y para escapar a mí mismo, comencé a hablar. Les conté lo que había visto con todos sus detalles; les hablé de los muertos de Melilla, de los moribundos del hospital de Tetuán, del hambre y los piojos, de las judías agusanadas cocidas con pimentón, de la vida miserable de los soldados españoles y de la desvergüenza y de la corrupción de sus jefes. Y me eché a llorar como un niño pequeño, más infeliz y miserable que nunca, por el daño que estaba haciendo, por el dolor que había visto.

-¡Cómo me has engañado! -dijo mi madre.

-Yo?

-Sí. Tú con tus cartas. Yo sé que las cosas no van bien. Nunca van bien para los soldados. Pero últimamente estaba contenta. Eras un sargento. Y creía muchas cosas, muchísimas, de las que me contabas en tus cartas.

-Pero madre, todas eran verdad.

-Oh, sí. Seguro que eran verdad. Pero siempre me escribías sobre las cosas, nunca sobre ti mismo. Ahora ya sé por qué ¡Maldita sea la guerra y quien la inventó!

-Pero madre, no podemos hacer nada.

-No sé... ¡No sé!

A la mañana siguiente me sentía incapaz de salir de la cama. Mi madre llamó al médico, un viejecillo alegre que me examinó de pies a cabeza. No tenía nada, simplemente estaba muy débil y resentía el cambio súbito de clima y de altitud. Debía acostumbrarme a la ciudad poco a poco, ir a uno de los parques y sentarme allí, al aire libre, y respirar. Tan pronto como me fuera sintiendo fuerte, debía comenzar a pasearme.

Me quedaba solo grandes ratos. Mi hermano se marchaba al trabajo. Mi hermana se iba a la frutería que la familia había puesto en la calle Ancha. Mi madre zascandileaba por el cuarto. Me levanté y busqué algo que leer.

En un rincón encontré un montón de periódicos atrasados, un centenar de ellos, una mezcla de fechas y títulos. Había periódicos de la tarde y de la mañana, semanarios y revistas literarias. El tema principal de casi todos ellos era Marruecos. Los leí todos.

Lo que un soldado ve de una guerra puede compararse con lo que un actor ve de un film en el que toma parte. El director le dice que se coloque en un lugar determinado, que haga determinados gestos, que diga determinadas palabras. Le pone en un campo y le hace repetir una secuencia de frases y de gestos; diez veces le hace abrir la puerta de la sala que no tiene más que tres paredes, y besar la mano de la señora de la casa. Cuando el actor ve la película terminada, difícilmente se reconoce a sí mismo y tiene que forzarse para reconstruir mentalmente las escenas que repitió un sinnúmero de veces. El actor así llega a tener dos distintas impresiones: una es parte de su propia vida y consiste en una serie de posturas, de maquillajes, efectos de luz, de ensayos y repeticiones, de órdenes del director de escena. La otra serie de impresiones se produce cuando ve la película terminada, en la cual ya ha dejado de ser él mismo y es una personalidad distinta, es parte de un argumento, es una persona con una vida artificial que depende de la forma en la cual las escenas que él interpretó se encadenan con las escenas que ejecutaron otros.

Me encontré a mí mismo atravesando una experiencia similar mientras leía el montón de papeles atrasados.

«La vanguardia avanza entre un diluvio de balas. Los soldados cantan canciones patrióticas al atacar. ¡A ellos, hijos míos! -grita el coronel a su cabeza-. Los feroces rifeños se emboscan tras cada piedra y cada mata. El valiente comandante X conduce sus Regulares en un ataque a la bayoneta. Un escuadrón de caballería persigue a los moros huidos con los sables desenvainados. Al mismo tiempo, la columna de Larache se despliega por el flanco izquierdo en un frente de más de dos kilómetros y

da comienzo a un movimiento envolvente.» Y así indefinidamente.

Yo he visto a los corresponsales de guerra españoles, agregados al cuartel general de la columna, vestidos mitad de uniforme y mitad en traje de sport, con los prismáticos colgados en banderola, observando el frente a cinco kilómetros de distancia, tomando notas y preguntando detalles y explicaciones a los capitanes del Estado Mayor. Ocasionalmente, uno de ellos arriesgaba su vida uniéndose a las fuerzas de avance en una operación. En ningún caso veían la guerra como un conjunto, pero estaban obligados a contarla como si lo vieran; para ello creaban para beneficio de sus lectores una guerra tan artificial como el argumento de un film, y describían la guerra como si por arte de magia hubieran flotado en las nubes sobre el campo de batalla y hubieran visto cada detalle, aun el más mínimo, con una simple ojeada.

La guerra -mi guerra- y el desastre de Melilla -mi desastre- no tenían semejanza alguna con la guerra y con el desastre que estos periódicos españoles desarrollaban ante los ojos del lector.

Una fotografía mostraba «El general X arengando a las heroicas fuerzas de la columna de socorro de Ceuta antes de embarcar para Melilla».

Allí estaba yo, en alguna parte entre los «héroes». La información que ilustraba la fotografía contaba que la arenga del general había sido escuchada con emoción y recibida con aclamaciones entusiásticas. ¡Como si hubiéramos estado de humor de escuchar ni de aclamar a cualquiera después de atravesar medio Marruecos! Nos habían alineado en revista para ser inspeccionados por uno de los generales y sus ayudantes. Unos cuantos sol dados en las filas de atrás simplemente se habían dormido instantáneamente. Unos pocos se habían desmayado, mientras estábamos firmes después de aquel día de marcha incesante. Las únicas aclamaciones que yo recuerdo fueron maldiciones y

blasfemias. Mientras el viejo barbudo general se paseaba arriba y abajo de las filas, nosotros le llamábamos entre dientes «cabrón», «hijo de puta»; teníamos los pies llagados, las gargantas de esparto, y nos obligaba a estar firmes con cada hueso de nuestros cuerpos un dolor.

«Un mortero del 15 bombardeando al enemigo.»

La fotografía representaba un enorme cañón con la boca humeante. Tal vez era uno de aquellos famosos que nos enviaron de las islas Canarias, que sembraban de *shrapnels* nuestras propias líneas y nos hacían correr en todas direcciones como conejos.

Las descripciones del desastre de Melilla estaban llenas de la visión horrible de las posiciones reconquistadas, que permitían reconstruir las últimas horas de la guarnición aniquilada. A veces, en la narración de la tragedia figuraba el «único sobreviviente». Todas las informaciones coincidían en el valor temerario de los oficiales que habían sostenido la moral de las tropas.

Yo he encontrado supervivientes cuyos oficiales se habían arrancado las insignias o simplemente habían cambiado su uni forme con el de un soldado, porque esto les daba una probabilidad de que los moros no les mataran, y habían huido de sus puestos, perseguidos por las balas de sus propios hombres. Y he conocido al menos un oficial superviviente que ganó sus laureles de bravura pasando la noche del desastre en un burdel de Melilla. En su posición no quedó ninguno que pudiera testificar contra él, y sus superiores se vieron en la alternativa de condecorarle por su valentía o formarle consejo de guerra por abandono de sus fuerzas en la línea de fuego. Le condecoraron, naturalmente. Podía ser uno de éstos citados en los periódicos.

Vertí toda mi amargura sobre Rafael.

-Sabéis tanto de Marruecos aquí como de lo que pasa en la luna -le dije.

-No lo creas -me contestó-. Te has estado tragando los periódicos, pero las cosas son mucho más serias. Yo creo que al Rey le va a costar la corona. Las gentes piden una investigación de lo que ha ocurrido, y desde luego la oposición en pleno ha hecho uso de la oportunidad para airear en las Cortes el problema de Marruecos. Se dice públicamente que el Rey, personalmente, dio la orden de avanzar al general Silvestre a toda costa, aun en contra de las instrucciones de Berenguer. Y dicen que se va a abrir un proceso.

-¿Un proceso? ¿Tú quieres decir un proceso militar contra el Rey y el ejército? ¿Y quién va a hacerlo? Estáis locos de remate. La primera comisión parlamentaria que vaya a África y trate de averiguar lo que aquellos señores han hecho y lo que están haciendo, sale de allí a patadas o a tiros.

-Te digo que las cosas se están poniendo muy serias. Hay un factor muy importante en la opinión pública, y son las fuerzas expedicionarias. La gente que pagó sus cuotas y sus sustitutos para que otros fueran a Marruecos en lugar suyo, están yendo ahora. Todos los papás que soltaron los cuartos para que los hijos no fueran a África, se encuentran con que ahora se los están llevando y que encima han tenido que pagar el equipo. Naturalmente, se sienten estafados. ¡Ah, sí! Si fuera únicamente la gente pobre la que saliera perdiendo, tendrías seguramente razón. Pero ahora a los otros les duele en el peor sitio. Las cosas marchan.

Poco a poco fui siendo absorbido por la atmósfera que reinaba en Madrid. Mi ignorancia de las cosas pasadas dificultaba mi comprensión. Pocos periódicos españoles, y raramente, llegaban al frente de África. En Ceuta, unos pocos de los diarios madrileños y el periódico local El Defensor de Ceuta eran los únicos en venta. Y en todas partes en Marruecos, tanto en Ceuta como en el último blocao, sólo se admitía la prensa más reaccionaria. Un soldado que leyera El Liberal quedaba marcado instantáneamente como un «revolucionario». En el cuartel,

periódicos como El Socialista estaban estrictamente prohibidos; el encontrarse en posesión de un ejemplar era arriesgar el arresto inmediato y la persecución implacable. En teoría, todos eran libres de comprar el periódico que quisieran. En la práctica, los propietarios de los pocos quioscos conocían todas las reglas del juego: cuando alguien les pedía un periódico de izquierdas, contestaban inocentemente que ya se habían vendido todos o que aquel día no había llegado paquete en el barco, y ofrecían el ABC o El Debate. La población civil ayudaba a mantener este boicot. La mayoría dependía del ejército más o menos indirectamente; como no existía industria, tampoco existían obreros especializados fuera de los que pertenecían al ejército; y los pocos pescadores y marinos que allí existían, eran por regla general gentes sencillas y rudas, iletrados y sumisos.

Al principio de estar en África, intenté mantener la lectura de mis periódicos favoritos de Madrid. Se me indicó amablemente que, si quería quedarme en la oficina (entonces era aún un cabo) y no ir al frente, debería leer el ABC o El Debate. Durante un cierto tiempo no leí más que El Defensor de Ceuta; incluso mandé algunos poemas bajo un seudónimo. Los publicaron, me pagaron cinco pesetas por cada uno, y me sirvieron como una especie de venganza semiconsciente. Más tarde deje totalmente de leer periódicos y me encerré en la lectura de libros, formando poco a poco una pequeña biblioteca. Pero un día, cuando estaba leyendo en la oficina, el comandante mayor me vio enfrascado en la lectura y pidió ver el libro. Era una edición barata de ¡Abajo las armas! de Berta von Suttner.

-¡Caramba, pues sí que te traes tú unos libritos al cuartel!

No había leído más de unas pocas páginas y le dije ingenuamente:

-Me han mandado algunos libros de casa entre los que venía éste. Como usted ve, no he hecho más que empezarlo y no puedo decir aún de qué se trata, aunque no creo que sea muy

revolucionario, ya que el autor es una baronesa austríaca. -Me había leído la introducción.

-Bien, bien. ¿De manera que te han mandado más libros? Bueno, vamos a verlos -lo dijo no severamente, paternalmente. Don José Tabasco era un buen hombre, amable y cariñoso, pero completamente el tipo de oficial católico. Estaba convencido de la infalibilidad de las leyes y decretos de la Iglesia católica apostólica romana y de sus sanos efectos en la práctica. Así, perdí un buen número de libros: Victor Hugo, Anatole France, Miomandre, Blasco Ibáñez... y, desde luego, ¡Abajo las armas!

No. No me confiscó los libros. Era un hombre incapaz de faltar a la ley, que me concedía el derecho de leer todos los libros publicados en España. Me dio unas palmaditas en la espalda.

-Muchacho, voy a hablarte como si fuera tu padre. Esto es un cuartel, ¿sabes? Ya sé que tú eres un muchacho inteligente y no tengo nada en contra de que leas éstos u otros libros. Pero yo sé cómo pasan las cosas en un cuartel. Los compañeros te pedirán prestados los libros y tú no puedes decir que no. Bien, en el momento que estos libros caen en las manos de estos pobres diablos que apenas si saben leer o escribir, es lo mismo que si les pusieras dinamita en las manos. Mira, haz lo que yo te digo y quémalos.

El comandante era mi superior inmediato. Me quedaban aún años de servicio. El comandante se puso muy contento cuando me vio quemar los libros en los hogares de la cocina del regimiento. Sin embargo, yo sabía que existía una completa tolerancia por parte de los oficiales, casi diría una libertad absoluta, hacia la compra y venta clandestina de libros pornográficos; lo mismo en el cuartel que en el frente. Cuando alguno de los capitanes recién llegados iniciaba una campaña para limpiar de porquería su compañía, sus compañeros le decían:

-Mira, mira, hay que dejar a los muchachos algo con que divertirse un poco. Después de todo, a nosotros también nos gusta ver una buena mujer, mejor en cueros que con ropa. Además, no vas a cambiar las cosas. No vas a estar volviéndoles el forro de los bolsillos cada día, y al fin y al cabo, mejor es que lean eso que no que lean El Socialista.

Después de mis experiencias en Ceuta, me había limitado a leer libros en francés, mientras construimos la pista en Hámara y allí no había visto ni un periódico. En Tetuán nunca había intentado romper las convenciones de la vida militar. Después vinieron las operaciones de Beni-Arós, de Xauen y de Melilla, rematadas en el hospital. Cuando me encontré en Madrid, tuve que volver a empezar de nuevo, recogiendo cabos sueltos acá y allá, para entender lo que estaba pasando.

La taberna del Portugués todavía existe al lado de la esquina de la calle de la Paz. Los empleados de los bancos y de las compañías de seguros de la vecindad siguen reuniéndose allí, como hacían cuando yo era un meritorio en el banco. A las siete de la tarde la taberna estaba llena de gente, pero yo sabía que mi viejo amigo Pla estaría sentado en su rincón habitual. Al entrar, le vi inmediatamente en la segunda mesa de la izquierda en la trastienda. Estaba más gordo y más miope. Parecía que sus gafas fueran más gruesas que nunca, y más que nunca su nariz estaba pegada al periódico. Llevaba el pelo cortado en cepillo, muy corto, y como su pelo era grueso y áspero, su cabeza parecía realmente un cepillo desgastado por el uso.

-¡Hola, Pla!

Levantó sus ojillos cerdunos, más pequeños aún a través de los cristales. Una de dos, o no veía o no me reconoció; pero creo que era su miopía, porque mi cara no había cambiado apenas de cuando tenía dieciséis años, excepto por la barba que brotaba aún por distritos.

-¿Eh? ¡Hola! Siéntate, y que te den un vaso.

-¿De modo que ya no recordamos a los amigos?

Sus ojillos parecieron olerme; porque, cuando intentaba mirarle a uno, moviendo su cabeza de lado a lado para encontrar el foco de visión, sus ojos saltones parecían más que olieran que el que os miraran. Cuando su cara estaba a una cuarta de la mía, me reconoció. Se levantó, pataleando con sus piernas cortas, y me abrazó lleno de exclamaciones salivosas. Primero tuve que contarle todas mis aventuras, después volcó sobre mí su sarta de quejas sobre su trabajo en el banco, y por último comenzamos a hablar sobre la situación política.

-Y tú, ¿qué opinas de todo ello, Luis? -le pregunté.

-A mí me parece que ahora la cosa va de veras. Al Narizotas -el Rey- se le ha acabado el chupen. Dentro de un año tenemos la República.

-¡Caray, Luis, tú eres un optimista!

-Pero no tiene más remedio que venir. -Bajó la voz confidencial-: Toda la porquería del Narizotas está ahora saliendo a relucir: los millones que le pagó Marquet para abrir las casas de juego, el Palacio de Hielo y el Casino de San Sebastián, ¿te acuerdas? También en el Círculo de Bellas Artes dicen que está pringado el Narizotas. Está en las minas del Rif con Romanones y en el suministro de camiones para el ejército con Mateu; y para colmo de todo, el lío de Marruecos.

-¿Y cuál es el lío de Marruecos?

-¡Puff! Una historia sucia, porque resulta que es él el responsable del desastre. Le escribió a Silvestre, a escondidas de Berenguer, y le dijo que siguiera adelante. Dicen hasta que, cuando Annual acababa de ser conquistado, le mandó un telegrama a Silvestre que decía:

«¡Vivan tus cojones!». Y cuando se le habló de la catástrofe y de los miles de muertos que había, dijo: «La carne de gallina es

barata». Claro es que todos los reaccionarios le están defendiendo en las Cortes, pero los republicanos y los socialistas están pegando duro. Además, hay otra cosa: ahora que están mandando fuerzas expedicionarias y todos los fulanos que se escaparon con su dinero de ir a Marruecos tienen que ir, aunque no quieran, muchos de los liberales quieren que se depure la cosa. Les sienta como un tiro que tengan que perder el dinerito y si a mano viene, los hijos. De todas maneras, una cosa es cierta: va a haber un proceso.

-¡Un proceso! -exclamé.

-Sí. Un proceso para establecer la responsabilidad de lo que ha pasado en África. Los generales están que revientan de rabia. Hasta han amenazado con un pronunciamiento como en los tiempos de Isabel II. Pero ahora las cosas son distintas; ¡que vengan! Los vamos a recibir con fuegos artificiales.

-¿Y qué pasa en Barcelona?

-¡Oh! ¿En Barcelona? Nada. Solamente que la gente en Barcelona sale a la calle a dar un paseo y a lo mejor sale uno que les llena las tripas de balas. Unas veces los pistoleros son anarquistas y otras veces los paga el Gobierno. Pero a mí no me interesan los catalanes; por mi parte, los pueden matar a todos juntos. Desde luego que todas estas cosas ayudan. Cuanto mas grande la bulla, mejor. Tendremos un gobierno cada quince días y así, ¿crees tú que va a haber gobierno que pueda resolver las cosas? -Se interrumpió, se bebió su vaso de vino, llamó al muchacho y pidió otros vasos:

-Pero claro es que todo esto ha venido por la guerra europea. Es una cuestión económica, ¿sabes?

-No lo veo muy claro.

-Pues es muy sencillo. Durante la guerra la gente se ha hinchado de ganar dinero. Tipos que toda su vida habían ido con los pantalones rotos, los has visto de repente abriendo cuentas corrientes fantásticas; los periódicos que antes no se vendían, de

pronto los compraba una embajada y se convertían en un rotativo de gran circulación; a los ministros se les daban propinas de un millón de pesetas; las mulas viejas por las que un gitano no hubiera dado diez duros, se han vendido a mil duros; los catalanes han fabricado millones de mantas; la gente de Valencia vendía sus frutos en los árboles a peso de oro; el trigo valía el doble; barquitos de pescadores ganaban mil duros por atravesar de Bilbao a San Juan de Luz, y si los torpedeaban en el camino, cobraban diez mil de seguro. De repente se acabó la guerra y se acabó el chupen. Las fábricas nuevas se cerraron de la noche a la mañana y pusieron los obreros en la calle. Los ferrocarriles se arruinaron o al menos eso dicen. Mientras todo el mundo tenía dinero, Madrid se llenó de taxis y ahora los que tienen un taxi se mueren de hambre. Los bancos que se establecieron durante la guerra están suspendiendo pagos cada día. Del Rey abajo hasta el último español, todos claman ahora por su dinerito, y andan buscando la forma de ganarlo como antes. El Rey vende una licencia para abrir un casino o le exige más huevos a Silvestre para poder venderle unas minas más a Romanones. Las compañías de ferrocarriles piden que el Estado las mantenga y amenazan con interrumpir el tráfico si no; así, se les da su subsidio y los ministros se ganan sus buenas comisiones. Hoy puedes ir a cualquier ministro con cincuenta pesetas en la mano y te dan lo que pidas. Si vas con un millón, te dan el ministro, el ministerio, los empleados y hasta las máquinas de escribir. Y como alguien tiene que pagar por todo esto, pues se pone en la calle a los obreros para hacer economías o se les regala los jornales. ¿La solución? Una huelga cada diez días. Créeme, esto va a acabar muy mal.

Rafael me trajo una invitación de su jefe para que le hiciera una visita. Don Manuel Guerrero era el gerente de Panaderías Madrileñas, S. A. (en liquidación), pero había sido también un comandante del cuerpo de Ingenieros que, al igual que la ma-

yoría de los más cultos y más independientes de los oficiales e ingenieros, había dejado las armas por la industria, sobre todo porque siempre se encontraban en conflicto con sus hermanos oficiales cuyo único interés era hacer una carrera o negocios fáciles en Marruecos.

Don Manuel era un hombre de unos cincuenta años, pelo entrecano, un cuerpo macizo pero corto, ojos profundos, una frente poderosa y una mandíbula inferior algo agresiva. Hablaba un poco brusco, pero al cabo de unos minutos de conversación perdió toda rigidez y me condujo a través de la fábrica desierta, contándome al mismo tiempo su historia que era lo único que llenaba su mente:

Había fundado una fábrica harinera y panadería en las afueras de Madrid, inmediata a la línea del ferrocarril de circunvalación, con un ramal directo a la fábrica, y en teoría la instalación produciría una revolución en el sistema de abastecimiento de pan a la capital. Por la situación de la fábrica, podía comprar el trigo y transportarlo directamente desde los centros productores o desde los puertos a las máquinas de moler. Sus instalaciones de hornos automáticos modernos al pie de la molienda le permitirían fabricar pan mejor, en mejores condiciones higiénicas, y más barato que nunca se había comido en Madrid, donde aún en muchas panaderías el pan se amasaba con los pies y la competencia se hacía agregando a la masa del pan toda clase de materias inertes o robando en el peso. No existía en Madrid una panadería grande, más que la que era propiedad del conde de Romanones. Había lanzado el negocio como una sociedad anónima financiada por algunos bancos. Pero bien pronto se había encontrado arrinconado contra los intereses creados de dos poderosos grupos que se beneficiaban con el alto precio del trigo: los terratenientes y los almacenistas de granos, que controlaban el trigo nacional, y los especuladores que manejaban la importación del trigo suplementario que se necesitaba cada año. Teóricamente, él no necesitaba más que pedir el permiso

de importación para tener cuanto trigo quisiera. Pero automáticamente, cuando sus embarques estaban próximos a llegar a puerto español, las tarifas de entrada subían misteriosamente y don Manuel se encontraba frente a una pérdida. Al principio trató de luchar, pero entonces se estrelló contra los bancos que preferían como clientes a sus competidores mucho más poderosos. Se arruinó.

-Mi última esperanza -me explicó- fue obtener un contrato de aprovisionamiento de la guarnición militar de Madrid; pero para ponerme de acuerdo con Intendencia, tenía que dejar de ser honrado. Y yo he sido siempre un hombre honrado.

Entre las bandejas enormes de los hornos fríos, las enormes hélices de las amasadoras, las vigas de acero de los techos y las correas de transmisión paralíticas, las telarañas se multiplicaban infinitas.

-¿Se da usted cuenta que ésta es una lección repugnante, un síntoma gravísimo de la catástrofe que amenaza a España? Si Dios no lo evita. Pero no parece como si tuviera mucho interés. Mire usted, somos un país exportador, y si no importamos el trigo y otras cosas que necesitamos, los demás países no nos compran nuestro aceite, nuestras frutas o nuestros minerales o tejidos. Yo no puedo importar trigo, y los telares de Cataluña están paralizados, porque la Argentina no puede comprar tejídos si no les compramos su trigo. Los obreros protestan y al fin todo termina en matarse unos a otros en la calle. Y ahora, para rematarlo todo, esta cuestión de Marruecos. Cuénteme algo de allá.

Le dije que yo no sabía nada de Marruecos y que sólo podía contarle lo que había visto yo mismo. Le hablé sobre la pista de Hámara y de la expedición de Melilla. Me escuchó, meneando la cabeza de vez en cuando. Después dijo:

-Lo mejor sería abandonar Marruecos. Dejar a las potencias que hicieron el convenio de Algeciras que se las arreglaran

como pudieran. Pero lo malo es que el que intente hacer semejante cosa provoca una revolución desde arriba. ¿Dónde y de qué iba a vivir esa gente sin Marruecos? No podrían vivir sin sus beneficios. Y son demasiado poderosos.

Pero yo ya no le escuchaba. El nombre de Romanones, pronunciado en la inmensa nave polvorienta y desierta, había evocado en mí el recuerdo de otra fábrica en la que yo había trabajado unos años antes, como secretario de su director: Motores España S. A., la inmensa fábrica que iba a transformar la aviación española.

En aquella época era yo un muchacho de diecinueve años. Había tomado las cosas como venían, sin preocuparme mucho y sin entenderlas. Tenía un trabajo importante y envidiable: las muchachas más guapas de Guadalajara se interesaban por mí, porque yo era el secretario de don Juan de Zaracondegui y porque miles de pesetas, todas las pesetas de todos los jornales de la fábrica, pasaban por mis manos, y porque yo podía contratar trabajadores. Tuve mis aventurillas y me divertí con una de ellas, en la que pude escapar de un padre y unos hermanos calderonianos. Guadalajara es la capital de una de las provincias españolas; una ciudad mísera, sometida a la férula del terrateniente mayor, del cacique más grande de España, del diputado y ministro casi permanente, conde de Romanones. Su población eran algunos propietarios, algunos taberneros y unos cuantos comerciantes , modestos, porque Madrid está muy próximo. Su mayor provecho era la Academia de Ingenieros Militares. Las muchachas de la ciudad se convertían en novias de los cadetes y se casaban con los hijos de los labradores. El resultado era que por la noche los estudiantes y los campesinos venían a dar serenata a las muchachas y acababan a golpes. A veces un cadete, cuando ya había llegado a capitán, regresaba a Guadalajara y se casaba con su antigua novia. Esto mantenía vivas las esperanzas de todas las muchachas.

Pero cuando se instaló en Guadalajara la fábrica de Motores

España, se produjo una revolución: un ejército de dibujantes, empleados y mecánicos invadieron las tabernas de cadetes y campesinos. Jornaleros locales que hasta entonces habían ganado tres pesetas cuando había trabajo, se convirtieron en obreros de la fábrica ganando el doble. Los padres y las muchachas solteras vieron el cielo abierto. Su vida había cambiado. Todo aquello fue para mí una alegre diversión.

Pero ahora, cuatro años más tarde, veía el otro lado de la historia.

Durante la gran guerra, los Motores Iberia de Barcelona produjeron motores para los aliados en cooperación con grandes fábricas francesas. A la vez, como una cosa secundaria, comenzaron a equipar el ejército español, que entonces atravesaba las primeras etapas de su mecanización. Más tarde, estos elementos mecanizados se convirtieron en un nuevo departamento militar que se llamó el Centro Electrotécnico, a la cabeza del cual figuraba un capitán de Ingenieros, don Ricardo Goytre. Tal vez porque los Motores España tenían que pagar comisiones tan altas para el suministro de material al ejército, este material falló totalmente en Marruecos, desde 1918 en adelante. Los camiones se caían en pedazos. Hubo que garantizar presupuestos extraordinarios para comprar camiones nuevos y mejores. Y por último, las Cortes decidieron que se hiciera un gran concurso nacional para el suministro de camiones y aeroplanos. Los modelos premiados serían adoptados por el ejército, y los contratos, dados a sus fabricantes. Esto sí, ¡sólo se admitían fábricas nacionales!

La única fábrica nacional de alguna importancia era Motores Iberia, pero los campos de Marruecos estaban llenos de chatarra en los parques militares y no hubiera sido buena política que la misma fábrica surgiera como vencedora del concurso. Se creó así Motores España de Guadalajara, S. A.

El conde de Romanones facilitó un gran espacio de terreno al lado de la línea del ferrocarril, donde se elevaron rápidamente

las naves de la fábrica en cuanto se emitieron los cinco millones de acciones de la sociedad. Se dejó amplio espacio para un aeródromo, el cual por su situación estratégica parecía destinado a convertirse en el más importante de España e incluso de Europa. Don Miguel Mateu se convirtió en gerente de la empresa. Daba la casualidad que también era el gerente de la otra sociedad catalana. Don Ricardo Goytre dimitió de su cargo de director del Centro Electrotécnico y se convirtió en director técnico. El capitán Barrón, creador del prototipo de avión que había de ganar el concurso, resignó también y se convirtió en jefe de ingenieros. Don Juan de Zaracondegui, un aristócrata vasco y miembro del consejo de la sociedad catalana, se convirtió en el director administrativo, y por último el representante general de la casa catalana en Madrid, don Francisco Aritio, se convirtió en el director de ventas de la sociedad de Guadalajara.

«Los ricos tienen todo sin pagar nada», dicen las gentes pobres de España.

Don Miguel Mateu poseía en Barcelona el mayor almacén de maquinarias de España; era también el representante de las mayores fábricas de máquinas, herramientas y aceros de Alemania y de los Estados Unidos de Norteamérica. Hizo la instalación de la nueva fábrica. El conde de Romanones poseía inmensos terrenos en Guadalajara que no le producían un céntimo. Facilitó el sitio para la fábrica.

Ninguno de los dos aceptó dinero por esto. Motores España era una empresa patriótica que iba a liberar a España de su dependencia de otros países y le iba a dar su aviación propia. El conde y el industrial eran grandes patriotas. ¡Se emitieron cinco millones de pesetas en acciones liberadas y yo abrí el libro mayor de la sociedad, encabezando las siguientes cuentas con mi mejor letra gótica:

S. M. Don Alfonso de Borbón 1.000.000

Don Miguel Mateu..... ……	2.000.000
El conde de Romanones	1.000.000
Don Francisco Aritio	500.000

El resto de las acciones se inscribieron a nombre del inventor de los motores, por los derechos de sus patentes que ya cobraba en Barcelona, pero que ahora se iban a fabricar bajo otro nombre. He olvidado el nombre que inscribí.

Se celebró el concurso con todos los requisitos. El contrato se adjudicó a los Motores España, mientras el ingeniero La Cierva, con el primero de sus autogiros volando, era ridiculizado. La nueva fábrica fue inspeccionada por S. M. el Rey con toda solemnidad. Don Miguel Mateu mandó espléndidas máquinas herramientas de la Allied Machinery Company de Chicago. Las acciones subían como espuma en la Bolsa. Camiones pintados de gris horizonte llegaban directos desde Barcelona a Guadalajara y se entregaban en la puerta de la fábrica al ejército. El consejo de directores arregló con una sociedad inglesa que se encargaran ellos de la construcción de los aviones.

Fue entonces cuando tuve que dejar la fábrica a causa de que mi aventura amorosa me había llevado demasiado lejos.

Y nunca más me volví a preocupar.

Ahora, con el escalofrío del tifus africano aún en mis huesos, en la atmósfera cargada de nubes de amenaza de Madrid, en la nave vacía de la fábrica de harinas, veía con toda claridad la ruta que llevaba desde Guadalajara a Marruecos.

Volví a Marruecos, al terminar mis dos meses de permiso, hondamente asustado.

Segunda Parte

Cambio de juego

Capítulo I

Las aguas del Estrecho estaban un poco alborotadas. El viejo cascarón de nuez que hacía la travesía diaria cabeceaba en todas direcciones. Los cerros y las casas de Ceuta se columpiaban sobre las olas, surgiendo sobre ellas, para hundirse después hasta desaparecer de la vista. Cuando entramos en el puerto, los muelles aún parecían balancearse suavemente. Encontré la ciudad completamente cambiada.

Cuando se vive en un sitio, se construye uno una imagen mental del medio que le rodea. Esta imagen se queda dormida en lo más profundo de la mente, mientras se vive allí en carne y hueso; pero en el momento que os marcháis de allí, surge con plena vida y sustituye la antigua visión directa y rutinaria. Así, un día volvéis esperando encontrar los sitios, las cosas y las personas, tal como los habéis conservado en vuestra mente, tal como creéis que son. Vuestra visión mental y la realidad chocan violentas y el choque repercute dentro de vosotros.

La callejuela que imagináis fresca y callada está ahora llena de gentes chillonas y deslumbrante de luz. El café lleno de gentes, donde os sentabais con vuestros amigos para sostener discusiones acaloradas, está casi vacío, y el camarero amigo ya no se acuerda qué es lo que acostumbrabais tomar. Es algo así como si un actor fuera al teatro a las diez de la mañana, convencido de que iba a aparecer en escena donde le estaban esperando, y se encontrara allí con la fregatriz quitando el polvo de las butacas, frente a frente de un escenario vacío cargado de decoraciones revueltas, y todo alumbrado por la luz gris de las claraboyas.

He sufrido a menudo este choque, pero cuando llegué a Ceuta desde Madrid, creo que fue la primera vez que me di plena cuenta. Conocía cada uno de los rincones de Ceuta y cada rincón en un momento determinado, en su momento. Ahora, el sitio y el tiempo no estaban sincronizados y me encontraba de pronto en tierra extraña.

Antes de ir al cuartel, quería desayunar y me fui directo a mi café, es decir, al café donde iba cuando era un cabo. Pero en la misma puerta me sorprendió a mí mismo el hecho de que ahora era un sargento. Éste no era ya más para mí el sitio adecuado; tendría que ir al café de los sargentos. Así, volví atrás y me encaminé a La Perla. Había unos cuantos sargentos desayunando café con bollos o churros: me senté solo y pedí café. El camarero no me conocía, yo no conocía el café, y cada uno me miraba como se mira a un extranjero. Me bebí mi café de prisa y me marché, echando de menos amargamente la calurosa acogida que hubiera tenido en mi café «de soldados», donde el camarero era un amigo y donde el salón era sucio y maloliente, pero sin pretensiones. Mucho más humano.

Porque ser sargento en Ceuta suponía pertenecer a una clase social. En la pequeña ciudad había tres castas claramente separadas entre sí, como compartimentos estancos: los soldados rasos y los cabos, juntamente con los jornaleros, los pescadores, los albañiles, los barrenderos y otros semejantes, eran el proletariado. Los suboficiales y sargentos, con los obreros calificados, los pequeños comerciantes y los oficinistas, eran la clase media. La clase alta, la aristocracia, consistía en los magistrados y el clero. El conjunto de la vida social de la ciudad estaba organizado de tal manera que ninguno de estos tres grupos podía mezclarse con los otros. Había cafés para soldados, para sargentos y para oficiales, y burdeles para cada uno de los tres grupos. Algunas calles, y hasta a veces parte de la misma calle, estaban prácticamente reservadas para uno de los tres grupos. En la calle Real, que atraviesa el pueblo de extremo a

extremo, los soldados marchaban siempre por el medio de la calle. En la acera tenían que ceder el sitio a las mujeres y a sus superiores jerárquicos; y como no podían evitar el cruzarse con una mujer o con un superior cada cinco pasos, preferían no tener que estar dando brincos a cada momento de la acera al empedrado. En general, los soldados huían de las calles céntricas, donde estaban condenados a saludar incesantemente, y los oficiales evitaban las calles extraviadas, donde no podían exhibirse con la gente de categoría.

Como en otros muchos pueblos de España, en Ceuta era costumbre el pasearse a la caída de la tarde, a lo largo de una calle, saludando a los amigos y piropeando a las muchachas; pero allí, cada casta tenía su trozo de acera en la misma calle. En uno, los soldados se paseaban con las criadas. En otro, los oficiales se paseaban con las señoritas acompañadas de la mamá y vigiladas por la cara seria y ceñuda del papá. Los sargentos tenían también su trozo de paseo propio, para ellos y para las niñas aspirantes a señoritas bien, con papás pretenciosos de altos puestos.

No podía ir más al café de los soldados.

No podía entrar más en la taberna familiar; no podría pasearme por el mismo trozo de acera; y así, todo.

En este estado de ánimo llegué al cuartel; me dijeron que me avistara con el comandante, cuando viniera como siempre a las once, y por más de una hora anduve de un lado a otro a través del cuartel de Ingenieros. Un edificio con dos grandes terrazas, una enorme casamata de madera, un gallinero, cuadras, talleres, enfermería, todo alrededor de un patio grande y otro pequeño, todas las paredes enjalbegadas y blancas como leche fresca. Cada día un soldado se dedicaba a poner cal nueva sobre alguna de las paredes, y así continuaba todo el año a través de todo el cuartel.

Me aburrí mientras esperaba; me aburría de la espera y del

blanco sin fin de las paredes del cuartel, casi desierto a aquella hora. Bien, al día siguiente estaría en Tetuán y de allí iría a parar a la línea de fuego; al menos sería menos aburrido. Al menos encontraría gentes conocidas. En Ceuta apenas conocía a alguien. Mi contacto con los soldados se había terminado y mi contacto con los pocos sargentos fijos en la plaza aún no se había iniciado. Me sentía aislado de todos.

A las once; el comandante mayor entró en las oficinas de Mayoría. Dejé pasar un ratito y me presenté en su despacho:

-A sus órdenes, mi comandante.

-¡Hola, Barea! ¿Ya has vuelto? Estás flaco de veras. Cuídate. Bueno, mira, el sargento Cárdenas ha ascendido a suboficial y se queda de subayudante. Así que tú dirás, si lo prefieres a volver al frente. Aunque supongo que lo preferirás.

Le di las gracias.

-Bueno, tómalo con calma: descansa unos días y ponte en contacto con Cárdenas para que te vaya explicando las cosas. Pero no me hagas tonterías.

Se entraba en las oficinas del regimiento a través de un pequeño recibimiento, provisto de dos mesas y un banco monacal de madera dura, largo para seis personas. Era el sitio donde los dos ordenanzas de la oficina estaban sentados invariablemente, haciendo todo lo posible porque ningún visitante les quitara el sitio. Detrás de la mesa había dos escribientes encargados de recibir a los visitantes o invariablemente forzándolo a llenar un impreso. Al fondo de la sala había un tabique de madera rematado por una fina red de alambre, y detrás de él dos cubículos separados también por el tejido de alambre y unidos por un ventanillo. El de la izquierda lo ocupaba el cabo Surribas, el de la derecha el sargento Cárdenas. Surribas era el contable y una especie de secretario de Cárdenas, de quien recibía las órdenes a través del ventanillo. Cárdenas era una especie de secretario del comandante mayor y tenía una gran mesa, con una más

pequeña al lado que ocasionalmente usaba para dictar a un escribiente.

Al fondo se abría aún un cuarto más grande, en el que había cinco mesas y cuatro escribientes. Las paredes estaban forradas de anaqueles repletos de legajos, todos atados con balduque rojo. Estos legajos contenían la historia de cada uno de los soldados que habían pasado por el regimiento en los últimos veinte años. Uno de los anaqueles estaba cargado de grandes carpetas, de tamaño folio, conteniendo la historia de cada oficial a través del mismo número de años.

La oficina olía a papel apolillado y a insectos. Porque existe un olor de insectos; es dulzón y se agarra a la nariz y a la garganta, impregnado del polvillo fino siempre flotante. Si sacáis de su sitio un legajo de viejos papeles o un libro ya roído de gusanos, se eleva una nube levísima de polvo, y el olor es tan violento que ni aun el escribiente más viejo puede evitar un estornudo.

Y la oficina estaba llena de ruido de insectos. En mis días de cabo había trabajado allí y había llegado a conocerlo. Mientras los cuatro que éramos escribíamos, o tecleábamos en las máquinas, cuchicheando para no irritar al sargento, no oíamos el ruido. Pero cuando yo me metía allí en las noches calurosas de África, buscando un rincón fresco donde leer tranquilo, escuchaba el trabajo de demolición incesante de estos seres diminutos que trataban de destruir la burocracia. Roían el papel, lo taladraban, hacían nidos en él, se hacían el amor. Había centísedos con mandíbulas como pinzas de cangrejo, que taladraban los más gruesos legajos de lado a lado. Había cucarachas gigantes que roían los bordes, incansables; gusanos que tejían sus capullos tras un legajo, para surgir en mayo convertidos en mariposas. En los anaqueles más altos, donde se acumulaban los más viejos documentos, estaba el reino de las arañas monstruosas, de las avispas y de las moscas de caballo, que acumulaban allí sus nidos y sus dormitorios invernales. En las hileras más próximas al suelo, los ratones roían las cintas rojas para

acolchar sus nidos. De vez en cuando, las hormigas invadían la plaza como si quisieran arrancar una a una las letras escritas y llevárselas a sus hormigueros como granos de trigo.

Cuando yo trabajaba allí, le habíamos dado al sargento Cárdenas el mote de el Loro, en parte por la jaula de alambre en que estaba encerrado y en parte por su voz chillona, que cortaba a través del silencio, siempre agria y siempre rasposa. Aparte de esto no conocía más de él, fuera de lo exterior. Un hombre moreno, bien formado, afeitado de raíz, siempre serio y siempre irritable, dejando ver su origen campesino a través de la rigidez con que llevaba su uniforme, costoso e impecable, pero que parecia pertenecer a otra persona.

Y ahora me encontraba yo mismo en la jaula de el Loro, sentado a la mesita frente a él y esperando. Llevaba un uniforme nuevo de suboficial. Después de su ascenso no se había cosido los nuevos galones en lugar de los viejos, se había hecho un traje nuevo.

-Bien, ahora va usted a ser mi sucesor. Debía haberlo sido Surribas por derecho de antigüedad, pero el pobre está loco como una cabra. No se puede tener confianza en él y éste es un sitio donde hace falta mucho tacto. El trabajo no es difícil, pero hay que saber siempre dónde pone uno los pies y quién es cada uno. Tenga usted los ojos abiertos, porque si pueden, le meten un paquete sin que se dé cuenta. Ya le iré explicando cómo funcionan las cosas en detalle; ahora se lo voy a explicar en general. De todas maneras, vamos a estar en contacto los dos, porque yo me quedo de subayudante del regimiento. -Hizo una pausa, encendimos un cigarrillo y continuó-: La contabilidad la he estado llevando yo mismo y usted tendrá que hacerlo también, si quiere que las cosas marchen. Surribas lleva los libros y le ayudará en todo el trabajo auxiliar, pero las cuentas es trabajo de usted. Surribas puede escribir los números en el diario y sumarlos, pero es usted quien tiene que darle las cifras, y usted el único que tiene que conocer el porqué de cada canti-

dad. Algunas ve ces ni aun esto: por ejemplo, si el comandante mayor le dice «anotar esto o aquello», usted lo anota y no se mete en más averiguaciones. Se puede usted figurar el porqué, pero se calla la boca y no pregunta. En estos casos usted es para el mayor lo que Surribas es para usted. Pero éstos son casos excepcionales. Normalmente usted no tiene nada que hacer más que llevar las cuentas de la comandancia. -Continuó-: Como usted sabe, el Estado asigna una cantidad por cada hombre en el ejército, desde soldado a coronel. Sobre la base de esta asignación, cada compañía hace sus liquidaciones y se las presenta a usted, para comprobación, al fin de cada mes. Usted las examina, les da el conforme y la compañía cobra en caja el dinero que se le debe.

-No parece ser muy difícil.

-No. Esto no es difícil. Un estado de cuentas se manda cada mes al Tribunal de Cuentas, donde lo aprueban y lo archivan. Y el punto es que bajo ningún concepto tiene nunca que ser rechazado un estado de cuentas. Para eso, cada anotación debe tener su comprobante correspondiente. Y aquí tiene usted la llave más importante de nuestra contabilidad: EL COMPROBANTE. No hay comprobante, no hay dinero. Ésta es la regla.

-Tampoco eso me parece muy difícil.

-Ah, pero es difícil. La cuestión del comprobante es la más difícil de todas. Voy a darle un ejemplo y verá usted por qué: de acuerdo con el presupuesto, cada soldado tiene derecho a un par de alpargatas cada tres meses. Cuando se le dan sus alpargatas, se le anota en su hoja de vestuario. Esto sirve de prueba de que las ha recibido y ya no puede reclamar otro par. Ahora bien, la compañía tiene cien hombres, y cada tres meses Intendencia da cien pares de alpargatas para la compañía. El suboficial de la compañía firma un recibo por estos cien pares. Esto prueba que la compañía ha recibido sus cien pares de alpargatas, y no puede reclamarlas más. El depósito de Intendencia precisa cada año, digamos, ochenta mil pares de alpargatas. Se

da la orden al almacenista o al fabricante, e Intendencia firma el recibo de estos pares, con el cual el fabricante se presenta a cobrar su dinero. Nadie puede hacer una reclamación, porque, como usted ve, cada uno tiene su comprobante.

-Lo encuentro perfectamente claro.

-En teoría sí, pero en la vida real es distinto. Pocas alpargatas duran tres meses. Si un soldado pide otro par, después de uno o dos meses, se le dan las alpargatas, pero el coste se le descuenta de su haber. El coste total, no la cantidad proporcional al tiempo que le falta hasta que le den nuevas alpargatas. Cuando debía corresponderle un nuevo par de alpargatas, el soldado espera y espera, hasta que al cabo se decide a pedírselas al suboficial.

-Pero, hombre, ¡te han dado alpargatas a primeros de mes!

-No, señor -dice el soldado.

-¿Cómo que no? Mira la hoja del vestuario, tus alpargatas están tachadas. Pero en fin, si no estás conforme, reclámaselas al capitán.

«Claro es que ningún soldado es tan idiota que vaya a quejarse del suboficial, pero como realmente necesita otras alpargatas, se calla y las pide a descuento. Es decir que, a la corta o la larga, cada soldado se paga sus alpargatas. Ahora, recuerde usted que el Estado ha pagado por cuatro pares para dárselos gratis al soldado en el curso del año. Al fin de año, el suboficial coge todas sus hojas de vestuario -es decir, sus comprobantes- y las presenta al almacén del regimiento para que le den un repuesto de alpargatas y para liquidar sus cuentas. Sus comprobantes demuestran que ha dado a sus hombres 1.000 pares de alpargatas; 400 pares gratis y 600 pagados. En su bolsillo tiene el dinero de los 600 pares, pero en su almacén de la compañía tiene 400 pares que no debían existir allí. Ahora, él debe recibir del almacén el equivalente de sus comprobantes, es decir, 1.000 pares, pero entonces tendría en la compañía 400 de más y no

podría explicarlo en el caso de una inspección. No necesita 1.000 pares, necesita sólo 600. ¿Cómo se las arregla? Le da los comprobantes al sargento del almacén y retira 600 pares solamente. Por 200 de ellos paga en dinero, y los otros 400 son los que se le deben a la compañía. Y esto le deja a él un importe de 400 pares en el bolsillo y al almacén de la compañía con los 400 pares legales. Naturalmente, reparte el dinero con el sargento del almacén, porque ahora es éste el que tiene que ver cómo se las arregla para que sus existencias no estén en exceso, porque las cuentas de la compañía están ya saldadas y es él el que tiene los 400 pares demás. El almacén espera hasta que el fabricante tenga que suministrar al regimiento, digamos 8.000 pares de alpargatas según los comprobantes y el presupuesto. Ahora bien, al fabricante se le dice que en lugar de 8.000 pares entregue sólo 4.000, por ejemplo. A él estas cosas no le importan, claro es. Se le da un recibo por 8.000 y quedan las cuentas y los comprobantes claros para la inspección. Nuestro cajero paga al fabricante 8.000 pares contra el recibo del almacén y el fabricante, que es una persona decente y quiere conservar su negocio, simplemente reparte con Intendencia el dinero de los pares que nunca ha entregado. Así, las cuentas de cada uno quedan en orden, porque cada cosa tiene su comprobante. ¿Ha comprendido usted?

-Sí, sobre poco más o menos. Ya no me extraña que esté usted siempre tan nervioso con todas esas complicaciones.

-Sí. Imagínese que con toda pieza del equipo es lo mismo, de hombres y de caballos; y con la comida de ambos también. Hasta con el armamento. Y todas estas cuentas con todos sus comprobantes tienen que pasar por sus manos y las tiene usted que aprobar. Lo único que tiene usted que comprobar es que cada cosa tenga su justificante, y no preocuparse de nada más. Pero es bastante. Ahora, para que se dé una idea de cómo funciona esto, coja la última liquidación y váyase a ver a Romero, el sargento del almacén, y a los suboficiales de las compañías.

Ellos le explicarán los trucos. Yo no le doy ningún trabajo hasta el lunes, que hagamos la subasta de ganado. Usted tiene que ser el secretario de la subasta, pero como es la primera vez, yo le ayudaré.

En el patio grande, rodeado de las cuadras, se había puesto una gran mesa, un confortable sillón y, a ambos lados de él, una hilera de sillas. La documentación de los doce animales que iban a subastarse estaba sobre la mesa. Los paisanos a quienes se había dado entrada libre en el cuartel paseaban por el patio y entraban y salían en la cantina. Cegaba la luz del sol, reflejada por las paredes blanqueadas de cal. En esta luz cruda, los gitanos se mantenían quietos como estatuas, sus chaquetillas blancas resaltando la anchura de los hombros y la estrechez de la cintura ceñida por los pantalones de pana que se ensanchaban sobre las rodillas para cerrarse sobre el tobillo. Golpeaban rítmicos el empedrado del patio con sus varitas y cuchicheaban como conspiradores, contando sus monedas y pidiendo vino. Los caballos y las mulas estaban atados a lo largo del abrevadero, hundiendo de vez en cuando sus belfos en el agua, más para refrescarse que para beber. El patio entero olía a sudor de hombre y de caballo.

La gente estaba esperando desde las diez de la mañana, pero la subasta no empezaba hasta las once. A las once y media, el coronel de sanidad que iba a presidir llegó. Me sentía nervioso. Tenía que ser el rematante y el secretario de la subasta. Tenía que anotar el precio logrado, cobrar el dinero, escribir los recibos, entregar los documentos de cada animal a cada comprador y recoger su firma.

Por último, se estableció la mesa: el coronel veterinario, un viejo de movimientos lentos y reumáticos, con una voz chillona, se sentó en el sillón; y a su derecha e izquierda nuestro coronel, el comandante mayor, el capitán veterinario, el capitán

ayudante y dos oficiales que yo no conocía.

Los gitanos se agruparon en un círculo alrededor de la mesa. El capitán veterinario, de pie en el centro, dio la orden de traer el primer caballo: me levanté a mi vez y leí en voz alta:

-Fundador. Tres años. Seis dedos sobre la marca. Bayo con capa blanca sobre el lomo. Tuberculosis pulmonar. Tasa: cincuenta y cinco pesetas.

Cada seis meses los caballos y mulos inútiles para el servicio se vendían en pública subasta. El caballo tuberculoso era una criatura espléndida, de patas finas, a través de cuya piel corrían estremecimientos nerviosos. Un viejo gitano con el sombrero terciado sobre la nuca se adelantó, levantó los labios del caballo para descubrir los dientes y miró sus encías. Le dio unas palmaditas en las ancas y dijo lento:

-Setenta y cinco pesetas. Una voz en el corro gritó:

-Cien.

El viejo gitano hundió sus manos en las costillas del caballo y esperó inclinado, escuchando el respirar agitado de la bestia. Después se puso a un lado, hizo una pausa, volvió al centro del círculo y dijo al otro postor:

-Para ti, hijo.

-¿No hay quien dé más? -grité. Silencio.

-Adjudicado.

Un gitano joven se adelantó, desató cuidadosamente las cintas de su cartera, liadas en diez vueltas, y puso un billete de cien pesetas sobre la mesa. Lo tomé, anoté su nombre y señas y le di un recibo.

-A las tres puedes venir a recoger el caballo.

Siguió la subasta. El gitano viejo compró un caballo y un mulo. Los doce animales se vendieron a un promedio de cincuenta pesetas cada uno. Al final los dos coroneles se fueron con los

oficiales a la oficina y se bebieron unas botellas antes de ir a comer. Cárdenas y yo hicimos lo mismo. Después volvimos a la oficina, pesada, dormilona, cargada de vapores del mar. Uno de los ordenanzas nos subió unas botellas de cerveza de la cantina.

Llegó el primer gitano y Cárdenas se volvió al ordenanza.

-Tú, Jiménez, te vas fuera, a la puerta, y le dices al que venga que se espere hasta que este señor salga, y no le dejes entrar antes.

Nos quedamos solos los tres.

El «señor», un gitano grasiento como si le acabaran de sacar de una sartén, se quitó el sombrero con una reverencia, se sentó en la silla dispuesta para él, plantó su varita recta entre los muslos y nos ofreció dos gruesos cigarros ensortijados:

-Fumen ustedes, señores.

-Los dejaremos para luego -dijo Cárdenas-, estábamos fumando. -Abrió un cajón y metió dentro los puros.

-Bueno, pues, uno viene a pagar la cuenta.

El gitano abrió la cartera rellena de billetes de banco, y comenzó a contar, chupándose los dedos a cada billete y haciéndole crujir:

-Porque un día, ¿sabe usted?, me pasó que dos «sábanas de las grandes» se me pegaron y bueno, me devolvieron la que iba de más gracias a que estaba entre personas decentes. Pero nunca está uno seguro de esto... Bueno, ustedes perdonen. -Puso sobre la mesa mil quinientas pesetas.

-Ahora firme aquí -le dijo Cárdenas.

El gitano garrapateó su firma y Cárdenas le alargó la documentación del caballo.

-Vaya usted a las cuadras y allí le darán el caballo.

Cuando todos los gitanos se habían ido, teníamos más de ocho

mil pesetas en el cajón. Cárdenas las recogió y las guardó en la caja fuerte.

-Vámonos a dar un paseo -dijo.

-Bueno, ahora cuénteme, ¿cuál es exactamente el truco?

-El comprobante, mi amigo, el comprobante. Todo está comprobado y todo está en orden. Tuberculosis pulmonar, de acuerdo con el certificado del veterinario y el certificado del inspector veterinario. ¿Valor? No más de cien pesetas. Este clima de África es muy malo para los caballos, se mueren de un día a otro, de un montón de enfermedades.

-Pero nadie paga mil quinientas pesetas por un caballo tuberculoso.

-Claro. El caballo tuberculoso está ahí en la cuadra y se morirá un día u otro, como decía. Hemos vendido un caballo sano. Pero en nuestros registros tenemos el certificado de que estaba tuberculoso y el recibo de que el gitano ha pagado cien pesetas por él, para llevárselo al único sitio donde se puede usar un caballo tuberculoso, a la plaza de toros...

A la mañana siguiente, cuando el comandante mayor llegó a la oficina, Cárdenas sacó el fajo de billetes de la caja y se encerró en el despacho del comandante. Cuando salió, no me dijo ni una palabra.

Me hice cargo de la oficina de la comandancia. Los que eran escribientes cuando yo era un cabo, estaban aún allí, aún soldados y aún escribientes. Pero ya no eran más mis amigos. Me llamaban «mi sargento» y vivían sus vidas a escondidas de mí. Los dos ordenanzas eran los mismos: sólo que ahora yo era para ellos un señor respetable. Cárdenas era el subayudante del regimiento. Me trataba paternalmente y me iba transmitiendo su sabiduría. Una vez más me encontraba aislado de todos.

Muchas tardes, cuando no tenía trabajo, no sólo por el calor de las tardes sino porque, con excepción del fin de mes, el trabajo

era escaso salvo que llegara un licenciamiento o los reclutas de cada año, me iba a la orilla del mar. El mar estaba a unos pasos del cuartel. Me compré aparejos de pesca y me sentaba a pescar sobre las rocas.

Frente al mar

Capítulo II

La pesca me dio una excusa para escaparme de la vida del cuartel. Las diversiones que Ceuta ofrecía eran la taberna, el burdel o la mesa de juego del casino. Si alternaba con los de mi misma categoría, es decir con los otros sargentos, tenía la seguridad de que cada tarde acabaría al menos en uno, pero posiblemente en dos o en los tres de estos establecimientos. No es que yo fuera un puritano, pero la perspectiva de esta forma diaria de vida bastaba para aburrirme.

Me gustaban el vino, las mujeres y una partida de cartas de vez en cuando, pero no siete días en la semana, en una repetición monótona. Toda mi vida ha sido para mí un placer ir a la taberna en la tarde, al finalizar el trabajo, beber unos vasos de vino con los amigos, charlar y charlar de mil y una cuestiones, personales o no; luego irme a cenar. Pero me aburría sentarme alrededor de una botella con gente a la que he estado viendo hablar todo el día, aburrirnos juntos por no tener nada que decir, vaciar una segunda botella y una tercera, y dejar pasar las horas hasta que todos estábamos un poco más o menos borrachos. Me repugnaba ir todos los días a la misma casa de mujeres y allí oír y repetir las mismas frases y las mismas bromas. Me aburría sentarme cada día a la misma mesa de juego y pasarme los treinta días del mes en una cadena de buenas y malas rachas, prestando dinero a mis compañeros de mesa y pidiéndoles un préstamo.

En una habitación a espaldas de las oficinas vivíamos juntos los cuatro sargentos: el del almacén, el de la oficina de corone-

la, el de caja y yo. Teníamos allí nuestras camas, una mesa, media docena de sillas y nuestros baúles. Teníamos un ordenanza que se ocupaba de la limpieza, y un cocinero que guisaba para noso tros, y un comedor común para comer sus guisos. En las horas de trabajo estábamos en constante contacto unos con otros, a la hora de comer comíamos juntos en la misma mesa. Dormíamos en camas separadas metro y medio una de otra. Como el calor nos obligaba a dormir casi todo el año en cueros, nos sabíamos de memoria hasta los más mínimos movimientos de nuestra piel. Nos contábamos las más secretas aventuras y nos sabíamos de memoria las más secretas costumbres. Lo extraordinario fue que, a pesar de esto, nunca tuvimos una bronca que rompiera nuestra comunidad amistosa. Sin embargo, a mí me faltaba un eslabón que me uniera a ellos completamente.

Romero, el sargento del almacén, tenía treinta y ocho años y era un andaluz alegre, expansivo y ágil. Procedía de un pueblecito de la provincia de Córdoba, donde sus padres eran unos modestos labradores llenos de chicos, que defendían trabajosamente su vida. Para escapar de aquella miseria en casa, Romero se había quedado en el cuartel.

Oliver, el sargento de caja, era un castellano alto y robusto, con sus buenos treinta años, el hijo de un escribiente de ministro con poca paga. Cuando se murieron sus padres, un tío le recogió como de limosna. A los dieciocho años, Oliver fue suspendido en unos exámenes para oficial de Correos y el tío le indicó que la única carrera que le quedaba era sentar plaza en el ejército. Se alistó con la intención de tan pronto como fuera sargento, pasar a la Academia Preparatoria de Oficiales en Córdoba. Pero le convirtieron en secretario del cajero. La atmósfera de Ceuta y el dinero fácil, combinados con un temperamento muy sensual, arruinaron sus planes para siempre, dejándolos en un proyecto remoto.

Fernández, el sargento de coronela, tenía sólo veintidós años, pero llevaba viviendo en el cuartel al menos seis. Era el hijo de

un coronel en activo. Nacido y criado en Madrid, había comenzado a estudiar leyes en la universidad, pero sus calaveradas eran tan salvajes que al fin el padre le metió un día de cabeza en el cuartel, para que «sentara la cabeza». Al principio se rebeló y desertó por una semana entera, con la consecuencia de que le condenaron a dos años de servicio en África. Allí le metieron en la oficina de escribiente; después le indultaron y al final lo ascendieron a sargento, parte por su inteligencia, parte por el influjo de su padre. Al fin se había acostumbrado al trabajo, pero seguía siendo el calavera de Madrid, de juerga perpetua. Sus únicas dificultades eran monetarias: cómo salir de trampas cada fin de mes y cómo seguir manteniendo su cartel de don Juan en todas las casas de putas de Ceuta. Tenía una buena figura y era cuidadoso hasta la exageración en el vestir. Tenía sus «amiguitas» en tres o cuatro burdeles y dejaba que le hicieran regalos, aunque nunca admitía dinero. Era el tipo del que las prostitutas se encaprichan, sin que llegara a ser un chulo.

Éstos eran mis compañeros. Vivíamos juntos y nos llevábamos bien, pero nada más. La compañía de los soldados estaba prohibida para mí. En el ejército español se mira con malos ojos la intimidad entre sargentos y soldados y aun cabos. Tampoco se mira bien que los oficiales intimen con los sargentos; les pueden guardar una estimación oficial, pero sin saltar la barrera que divide ambas clases.

Así, me fui de pesca para sentirme libre.

El borde del mar es una ancha franja de rocas bajas, que la marea alta cubre y la baja descubre, dejando charcos entre las piedras. Las rocas están tapizadas de un musgo espeso y duro, verde pálido, como blanqueado por la sal del agua del mar. Los cangrejos anidan allí y los peces escarban con sus bocas en busca de los gusanos escondidos entre las prietas raíces.

Vertéis un chorro de vinagre sobre el musgo, y los gusanos brotan en legiones, retorciendo locamente sus cuerpecillos frá-

giles y estirando el cuello como si se ahogaran faltos de aire. Pasáis la mano sobre el musgo y los recogéis a cientos; los ponéis dentro de una vieja lata de conservas medio llena de barro, y allí se entierran en seguida, para aliviarse de sus quemaduras. Ya tenéis el cebo. Claváis un gusano en el anzuelo, con cuidado de no aplastarlo y de dejarle libre la cola, para que pueda retorcerse en el agua tranquila, y en unos momentos las bogas, las sardinas y las doradas acuden voraces a la llamada, mientras un número infinito de otros peces mayores bogan cerca, sembrando el agua de chispas azules y negras, rojas y amarillas, oro y plata.

Los bloques de cemento del muelle estaban siempre llenos de pescadores de caña, pescando entre la pared lisa del muelle y la panza de los barcos anclados. Pero yo no estaba interesado en ir allí a pescar. Exploré las rocas que rodean el monte Hacho y encontré un balcón de piedra colgado sobre el mar.

El balcón era tres piedras, dos sobre el agua formando una V y una mayor, más alta, con la forma de un sillón frailero, el asiento pulido, y el respaldo musgoso y lleno de grietas. Bajo la V, la piedra se hundía vertical hasta una profundidad de seis u ocho metros, formando un estanque tranquilo, hondo como un pozo. Mar adentro, frente a frente, una hilera de rocas, casi invisible sobre el agua, servía de rompiente y mantenía el pozo en calma perpetua. Sólo en un temporal el mar saltaba sobre las tres rocas y las sumergía en un torrente de espumas.

Coleccionaba mis gusanos entre las rocas, cogía algunas sardinas o alguna boga y las usaba como cebo para mis líneas. Estas líneas consistían en cincuenta metros de cordón de seda con un plomo en un extremo. Allí las llaman «cordeles». Cerca del plomo se introduce un sedal con un nudo corredizo y un anzuelo grande, al que se fija la sardina, o la boga por la cola. Y así preparado, se voltea el cordel con el plomo en su extremo y se lanza como piedra de honda al mar libre. La sardina nada y se mueve libremente a lo largo del cordel, en busca de su libertad,

y los grandes peces que nunca vendrían al lado de las rocas acuden al cebo. Lo demás es cuestión de suerte.

Cada día cebaba cuatro cordeles, los ataba a la roca y me sentaba en el sillón de piedra a leer, a escribir o simplemente a pensar; a veces ni aun eso. Si un pez mordía, un cascabel atado al cordel repiqueteaba desenfrenadamente.

Era un día de calma absoluta. Las aguas del Estrecho estaban quietas como las de un estanque de jardín. Reflejaban el cielo azul y ellas mismas eran azules, con un color límpido y profundo, lleno de centelleos. Sobre este espejo las corrientes marcaban riachuelos lechosos. Eran los signos externos de las corrientes profundas producidas por los dos mares que se encuentran allí, y que se reúnen en un ancho río que penetra en el puerto de Ceuta por el oeste y se escapa hacia el este. A veces este río y sus arroyitos cambian de dirección: el Mediterráneo se vacía en el Atlántico o éste trata de desbordar en aquél. Abandoné el libro y me sumergí en esta oleada de calma perfecta. Veía en la distancia la costa de España y la silueta de Gibraltar; y todo estaba lleno de luz y de paz, como si el cielo fuera una cúpula enorme de vidrio con un reflector en la cima, y el mundo exterior no existiera.

Había llegado a un cruce de caminos con mi vida. Tenía veinticuatro años, no tenía bienes de fortuna, y seguía siendo aún el hijo de la señora Leonor, la lavandera, aunque mi madre hacía ya años que había dejado de romper el hielo del Manzanares con su pala de batir la ropa en las madrugadas de invierno o de tostarse al sol de mediodía en julio. En menos de un año terminaría el tiempo de mi servicio militar. Tenía que hacer un plan para el futuro. Era un sargento del ejército. Si me reenganchaba en lugar de licenciarme, me quedaría en África, tendría cincuenta duros fijos de sueldo y las manos sucias para siempre. Había llegado al puesto de sargento de la oficina, un puesto envidiable y envidiado; podía vivir en paz y hacer dinero durante ocho o diez años, hasta que ascendiera a suboficial. Podía

también entrar en la Academia Preparatoria de Córdoba, estudiar tres años y convertirme en un oficial.

Si me licenciaba al cumplir, tenía que volver a la vida civil y buscarme una colocación inmediatamente. En Madrid había entonces miles de empleados de oficina sin trabajo. Después de mis tres años en el ejército, perdido el contacto con el mundo de los negocios, con certificados de trabajo viejos, lo más seguro era que me convertiría en uno más de los sin trabajo. Y aunque encontrara trabajo inmediatamente, no ganaría más de treinta duros al mes como máximo.

Sin embargo, éstas eran las dos únicas soluciones prácticas que se me ofrecían, una de ellas segura, el ejército, la otra problemática. ¿Quién iba a mantenerme, si tenía que estar en Madrid seis meses o más sin encontrar trabajo?

Existían aún dos caminos potenciales, mucho más de acuerdo con mis deseos; pero ambos tan difíciles de realizar que eran prácticamente imposibles: yo hubiera querido ser un ingeniero mecánico o un escritor.

Mi ansia de ser un ingeniero era tan vieja como yo mismo. Cuando la muerte de mi tío cortó de raíz toda esperanza y ello me convirtió en un chupatintas para poder vivir, seguí manteniendo mi ilusión. Los jesuitas habían establecido una escuela técnica en Madrid, que era infinitamente mejor que la escuela oficial. Los hijos de las familias más ricas estudiaban allí la carrera; al fin de los cursos, pagaban las matrículas al Estado, pasaban los exámenes oficiales y se convertían en ingenieros con título. Al mismo tiempo, la escuela de los jesuitas ofrecía enseñanza gratuita a los hijos de familias pobres que fueran católicos garantizados. Mis parientes de Córdoba, conociendo mis ambiciones, me enviaron una introducción para el rector del colegio cuando yo tenía diecisiete años. Fui allí. Tuvimos una conversación interminable. Me mostró toda la escuela, que entonces era una maravilla de técnica y de organización, y al final planteó ante mí la cuestión con toda franqueza. Un mu-

chacho inteligente como yo estaba en condiciones inmejorables para hacer la carrera de ingeniero en la escuela. Cuando terminara, la escuela me daría un certificado de estudios que indudablemente era una garantía absoluta de empleo en la industria española. Desde luego, este certificado no era un certificado oficial, un verdadero título de ingeniero, que costaba miles de pesetas. Sería simplemente un certificado de una escuela, acreditando que su titular poseía los mismos conocimientos que un ingeniero con título, o más. Los industriales españoles aceptaban este certificado, porque sabían hasta qué grado el colegio garantizaba a sus discípulos. No tendría ninguna dificultad en encontrar trabajo; las posibilidades eran ilimitadas.

Había aprendido bastante en mis años de meritorio en el banco para conocer el poder de la Compañía de Jesús en España. Sabía que el Sagrado Corazón estaba entronizado en muchas fábricas del norte, que los grandes navieros tenían por confesores a los padres jesuitas, que los grandes bancos estaban de tal manera liados con la Orden que a algunos de ellos se les consideraba simplemente como sus testaferros. Había visto que una carta de recomendación de un jesuíta abría todas las puertas de la industria española, y también, que una simple indicación del mismo origen tenía el poder de cerrarle a uno estas puertas para siempre. Podría trabajar en cualquier fábrica de España como un ingeniero mecánico sin título legal, pero se entendería tácitamente que seguiría en contacto con la Orden, confesaría mis pecados a un jesuita y obedecería sus instrucciones, a no ser que quisiera quedarme sin trabajo de la noche a la mañana. ¿Y dónde iba a ir entonces con un certificado que, sin el plácet de la Compañía de Jesús, no era más que un papel mojado?

Bajo tales condiciones, rechacé la invitación de convertirme en un estudiante del colegio de Areneros. Volví al banco a llenar columnas de números y archivé mis ilusiones.

Más tarde, cuando fui secretario de don Ricardo Goytre en los Motores España de Guadalajara, un día encontré que podía

ayudarle también en los croquis de sus proyectos. Me mandó que estudiara en unas clases nocturnas qué habían abierto en Guadalajara, creo que los padres agustinos.

La Orden había visto una oportunidad de influir sobre los obreros tan pronto como se estableció la fábrica, y había abierto una escuela técnica con clase para dibujo y matemáticas. Fui allí.

En España, un sacerdote no necesitaba título para dirigir una escuela, ni para enseñar, y los buenos hermanos de Guadalajara se habían embarcado en una enseñanza técnica sin más preparaciones. Al cabo de una semana, había visto claramente que yo allí no era más que un elemento de discordia. Con mi escaso conocimiento técnico, sabía más dibujo mecánico y más matemáticas que todos los maestros juntos. El rector me llamó un día:

-¿Nos quisiera usted ayudar, hijo mío? Aparte de nuestros trabajos en favor de los pobres, hemos abierto este instituto que no es más que una escuela elemental en su clase. Necesitaríamos poder dar una enseñanza un poco más avanzada que lo que hacemos, como ocurre con usted. Y no es que yo quiera decirle que no venga más a nuestras clases, todo lo contrario; pero venga usted a ayudarnos. Su ayuda nos sería muy valiosa.

Me habían sido simpáticos los frailes y por un tiempo di lecciones de francés elemental y de dibujo lineal. Pero las únicas ventajas que obtuve fueron tener que asistir a todos los actos religiosos, cenar tarde e incurrir en la hostilidad de los obreros. Al cabo de unas semanas deserté de los agustinos y comencé a estudiar cálculo integral con un compañero de hospedaje.

Cuando fui llamado para el servicio militar, elegí el Segundo Regimiento de Ferrocarriles. Me aceptaron como dibujante y tuve la esperanza de aprender una especialidad. Pero entonces vino el sorteo para África y me tocó ir allí. Servía en Ingenieros, sí, pero mis conocimientos técnicos sólo me habían servido para convertirme en un escribiente.

Me quedaba aún la posibilidad de comenzar como un simple mecánico después de licenciarme. Tendría que entrar como aprendiz en un taller, pero ¿podía hacerlo? Las organizaciones obreras no toleran aprendices de veinticinco años y, menos aún, aprendices que paguen por aprender. Los aprendices adultos suponían que, en tiempos de crisis industrial, a los obreros se les tomaría a bajo precio, bajo el disfraz de aprendices; y los aprendices que pagan por aprender el oficio quitan el jornal a un obrero. Yo sabía que podía ser un excelente mecánico, y sin embargo en el orden establecido no había para mí sitio, ni como mecánico ni como ingeniero. El camino estaba cerrado y había que aceptarlo así. Podía ser un escritor.

Ésta había sido la segunda ambición de mi juventud. En la escuela Pía se publicaba una revista infantil bajo el título Madrileñitos. Cuando yo tenía diez años era un colaborador asiduo. Publicaban mis cuentos y mis versos, todos profundamente religiosos y morales. Había olvidado todos, con excepción de dos contribuciones importantes: una biografía de san José de Calasanz, fundador de la Orden, y una biografía de Pablo de Tarsos, que me valió una edición de las Epístolas a los Corintios. Todavía las tenía en casa.

A los dieciséis años, cuando aún estaba en el banco, traté de entrar en el mundo literario. Un colega mío, Alfredo Cabanillas, y yo, nos animábamos uno al otro para enviar nuestros trabajos, él sus versos y yo mi prosa, a cada concurso literario que organizaban las revistas. Nunca ganamos un premio; a él le publicaron algunos poemas y a mí dos cuentos cortos; naturalmente, sin pagarnos un céntimo. Cuando se publicó el segundo de los cuentos, mi vecino en las buhardillas, Rafael, el hijo de la cigarrera, me llevó un día al Ateneo para presentarme a los grandes maestros de la literatura española. Rafael era el barbero del Ateneo.

-Si tienes talento, haces tu carrera aquí -me dijo.

Me encontré al lado del círculo de los grandes intelectuales del

país, intimidado y sacudido en mi confianza en aquella atmósfera de ardiente discusión. De alguna forma me encontré de pronto distinguido por el hombre que llevaba con todo desenfado el apodo que él mismo se había dado, el Último Bohemio, Emilio Carrére, a quien conocí otro día, en un café.

Tenía cara de luna, una gran melena, un sombrero blanco con alas enormes, una bufanda atada al cuello y el corpachón de un campesino, fumando incesante una pipa que, a veces, rellenaba con colillas. Sentí como un gran honor que se dignara permitir que le invitara a un vaso de cerveza. Una tarde que tenía dinero, le sugerí que fuéramos a casa de Álvarez, una cervecería famosa por su cerveza y sus mariscos en la esquina de la plaza de Santa Ana y la calle del Prado. Comenzó a hablarme: -¿Así que tú quieres ser un escritor? Pues, te daré unos cuantos consejos. En España, ser un escritor es hacer oposiciones a muerto de hambre. La única manera de ganar dinero escribiendo, es escribir teatro o pornografía. Mejor dicho, no hay más que una manera de ser escritor. ¿Qué autor de los vivos te gusta más?

-No sé, realmente. Benavente, Valle-Inclán, muchos otros también.

-Da lo mismo. Escoge el que te sea más simpático. Te arrimas a él, le das coba, te las arreglas para pagarle el vaso de café, y que se entere, y un buen día, cuando esté de buen humor, le lees una de tus cosillas. Pero ten buen cuidado de esperar hasta que sepa quién eres y que se haya fijado en que tú aplaudes siempre lo que dice, aunque sea un disparate. Entonces te dará una tarjeta de introducción a un periódico y te publicarán la cosa, sin pagarte, claro. Después, si realmente sabes escribir y tienes suerte, en diez o doce años tendrás un nombre y te pagarán diez duros por un artículo o un cuento. Es mucho más difícil que le acepten a uno una comedia, pero el procedimiento es el mismo. De todas formas, una vez que hayas elegido tu maestro, perteneces a él incondicionalmente. Si es de derecha, tu perteneces a las derechas; si de izquierda, a las izquierdas. No

importa lo que escribas. En este país se es de un lado o del otro, derecho o torcido.

Hablaba bien, pero mi reacción fue en contra, lo mismo que me ocurría con sus escritos. Emilio Carrére había hecho su camino en las letras españolas especializándose en la novela galante. Sus historias de mendigos, prostitutas, borrachos y calaveras estaban siempre construidas alrededor de sí mismo como el héroe que presenta en su narración, que no sólo puede aclimatarse a cualquier ambiente, sino hasta sobrepasarlo. Pensé que sus explicaciones eran malicia y calumnia juntas y decidí adquirir mi pronta experiencia.

En el saloncillo del Ateneo unos señores graves discutían política, ciencias y letras, pero pronto me aburrí del papel de audiencia en interminables discusiones sobre La República de Platón, o la significación esotérica de Don Quijote. Carecía de interés y de conocimientos suficientes. Me atraían mucho más las varias tertulias literarias que se formaban por las tardes en los cafés de Madrid, y comencé a explotarlas.

El círculo más aristocrático era el del Café de Castilla, presidido por don Jacinto Benavente, que estaba entonces en el pináculo de la gloria como dramaturgo. El Café de Castilla era un salón único con columnas de hierro fundido, divanes rojos y paredes cubiertas de espejos y de caricaturas, en el cual nadie escapaba a las miradas de los demás, pero se veía a sí mismo y a los otros multiplicados bajo ángulos innumerables en las interminables reflexiones de los espejos.

Una tarde fui allí, titubeando, y me engarfié a la cortina roja de la puerta, paseando la vista por el pequeño salón que me parecía enorme en la multiplicidad de las lunas. Alguien frente a mí me hizo señas con la mano desde una de las mesas; un muchacho que había encontrado en el Ateneo. Me senté al lado suyo, recobrado ya mi aplomo. Entonces reconocí a don Jacinto en medio de una gran reunión, un par de mesas más lejos. Estaba recostado a medias en el diván y parecía más pequeño que

nunca; todo lo que veía de su cara era un cigarrillo entre una barbita canosa y una frente calva y enorme.

Don Jacinto escuchaba los argumentos de uno de la peña, que explicaba los defectos de una comedia de gran éxito que se representaba entonces en Madrid. En apoyo de cada uno de sus puntos, citaba como comparación una escena o un párrafo de la obra de Benavente. Tan pronto como el hombre terminó, entre murmullos de aprobación de toda la mesa, otro comenzó la dilección de una segunda obra de teatro, con una nueva serie de citas de obras de Benavente. Don Jacinto se acariciaba la barbita y escuchaba. Daba la impresión de estar profundamente aburrido. Cuando terminó el otro, se quitó el cigarrillo de la boca y dijo con voz meliflua:

-Bien. Todos estamos de acuerdo, señores, en que yo soy un genio. Pero ¿quién se lleva los cuartos? ¡Todos esos que ustedes han mencionado!

-¡Ah, pero el arte!... -exclamó alguien-. El arte, señor, es la gran cosa. El dinero, por otra parte...

-Usted no tiene razón de quejarse, don Jacinto -interrumpió otro-. Usted llena siempre el teatro.

-Sí, lleno el teatro, pero el teatro no me llena a mí los bolsillos.

Y la conversación volvió a recaer en el tema de la obra superlativa de Benavente. Don Jacinto escuchaba y daba chupaditas a su cigarro.

El joven del Ateneo me dio un codazo y nos fuimos.

-¿Sabes? Siempre es la misma historia aquí. La única cosa que oyes es alabar a don Jacinto. Claro que es necesario venir para que te vayan conociendo, pero si quieres aprender algo, debes ir a otro sitio. Vamos a La Granja, seguramente don Ramón está allí.

La Granja, un café con un techo bajo, paredes y gruesas columnas cubiertas de paneles de madera de un ocre ligero, esta-

ba lleno y su atmósfera era fétida. Don Ramón del Valle- Inclán estaba allí en el centro de una reunión, para hacer sitio a la cual se habían juntado mesas y sillas tan estrechamente que formaban una masa sólida de mármol, madera y gente. Cuando entramos, don Ramón estaba inclinado sobre la mesa, su barba flameando como un banderín, sus gafas de concha saltando incesantes de una cara a la otra, para ver si alguno se atrevía a contradecirle

Una tarde me tomé la libertad de disentir de una de sus manifestaciones, que como muchas que hacía, era un patente absurdo que no tenía más fin que humillar a sus oyentes.

Don Ramón se volvió a mí:

-¿Así que el jovencito piensa que me he equivocado?

-Yo no creo que se haya usted equivocado, lo que creo es que lo hace usted a sabiendas y que todos estos señores lo saben también.

Se levantó un murmullo de protesta a mi alrededor. Don Ramón impuso silencio con un gesto altivo.

Comenzó a disputar conmigo y yo a replicarle, herido por el desdén que mostraba hacia todos nosotros. Pero don Ramón cortó de repente la discusión:

-Y ahora, jovencito, ¿cuál es su profesión? ¿Usted escribe?

-Me gustaría escribir.

-Entonces, ¿qué pinta usted aquí? ¿Viene usted a aprender a escribir?

-Podría decir que sí.

-Entonces no lo diga y se evita decir una idiotez. Usted viene aquí a tomar café, mejor si otro lo paga, a hablar mal de todos los demás y a mendigar un día una presentación. Pero si lo que usted quiere es aprender a escribir, quédese en casa y estudie. Después es posible que pueda empezar a escribir... Usted se imagina que le estoy insultando, pero se equivoca. No le co-

nozco, pero me merece una opinión mejor que la mayoría de los que están aquí mirándonos como bobos. Y por eso le digo, no venga a estas tertulias. Siga con su trabajo, y si quiere usted escribir, escriba. De aquí no va usted a sacar más provecho que, si acaso, un puesto de chupatintas en un periódico y la costumbre de tragarse todos los insultos. Alfredo Cabanillas me llevó al viejo Fornos, un café donde iban maletillas aprendices de torero y la morralla de cómicos y literatos. Allí se sentía uno como en una casa de locos. Discutían a gritos los últimos ensayos en arte y en literatura. Se recitaban unos a otros trozos de verso y de prosa, de los cuales yo era incapaz de entender una palabra.

Cabanillas tenía un gran papel en estas tertulias, porque acababa de publicar un libro de versos y se había pagado él mismo la edición, un acontecimiento insólito entre aquella pandilla de bohemios hambrientos. Todos alababan su libro desmesuradamente, le pedían ejemplares gratis, y le dejaban que pagara el café. Se indignaban a coro cuando Cabanillas contaba y recontaba sus experiencias:

Primero, había mandado el manuscrito de su libro a un editor y luego a otro, quienes se lo iban devolviendo sin leerlo. Tenía la seguridad de esto, porque en el manuscrito había pegado algunas hojas una con otra y siempre volvían pegadas. Cuando agotó la lista de editores, decidió imprimir el libro a su costa, mejor dicho, a expensas de su familia. Se fue a ver a uno de los más famosos editores y el gerente le escuchó muy atento.

-Desde luego, estamos dispuestos a publicar su libro, si usted hace frente a los gastos. Un libro de poemas, ha dicho, ¿no? ¿Qué clase de poesía?

-Poesía moderna, desde luego.

Y Cabanillas se lanzó con todo el entusiasmo de sus dieciocho años.

-Poesía moderna, una revolución en el arte poético, en la línea

de las nuevas corrientes que se desarrollan en Francia, pero puramente española...

-Bien, bien. Poesía revolucionaria, ¿eh?

-Sí, en el sentido poético, claro. Yo no soy un anarquista... Poesía romántica en una forma moderna...

-Bien, bien. Y usted ¿qué es?

-Pues... un empleado de banco.

-Oh, no. No quiero decir eso... Quiero decir ¿cuáles son sus ideas políticas? A mí me suena como si usted fuera uno de esos jóvenes modernos avanzados, llenos de ideas, ¿no?

-Sí. Naturalmente, hay que llevar la revolución al arte y...

-Sí. Comprendo, comprendo. Pero, mire usted, nuestra casa es una firma seria. Usted es un autor novel. Comprendo que esté usted dispuesto a pagar para que nuestro nombre figure en la cubierta, porque el público sabe que nosotros sólo publicamos cosas serias; y esto, no. Lo siento mucho, pero no po demos publicar su libro.

Cabanillas visitó otros editores. Uno de ellos era de la izquierda. Sobre el respaldo de su silla tenía un grabado impresionante de una matrona con una teta al aire, envuelta en un peplo rojo y tocada con un gorro frigio, que simbolizaba la República. Pero Cabanillas no era republicano. Su poesía no era república, ni revolucionaria, simplemente lírica con su saborcillo de modernismo. El editor lo sentía mucho. Rechazó el libro sin ni siquiera mirarlo.

Comencé a pensar que, al fin y al cabo, Emilio Carrére tenía razón. Pero para mí era imposible convertirme en un adulador y tampoco tenía ni el tiempo ni el dinero necesarios para convertirme en un miembro regular de las tertulias.

Existía entonces un centro cultural en Madrid, la Institución Libre de Enseñanza, que había fundado Giner de los Ríos. De allí y de su Residencia de Estudiantes estaba saliendo una nue-

va generación de escritores y de artistas; yo creía que mi manera de pensar estaba de acuerdo con los fines de ambas instituciones. Pero cuando intenté establecer un contacto, me encontré con una nueva aristocracia, que nunca había pensado pudiera existir. Una especie de aristocracia de la izquierda. Era tan caro ingresar en una de estas instituciones como en una de las aristocráticas escuelas de los jesuítas. Sí, había cursos y conferencias gratuitos, pero para seguirlos tenía que abandonar mi trabajo, es decir mi único medio de vida. Me convencí que la obra magnífica de Giner de los Ríos adolecía del mismo defecto de toda la educación española: que sus puertas estaban cerradas para las clases trabajadoras. No creo que ésta fuera la intención del maestro, quien lo que quería era crear con sus discípulos maestros de las futuras generaciones.

No había camino abierto para mí. Renuncié a escribir.

Pero ahora resurgía el viejo problema. En el cuartel había comenzado de nuevo a escribir. Sentía la necesidad de hacerlo y creía tener el don de expresión necesario.

Pero ¿esto me iba a dar de comer? Tal vez, después de unos cuantos años de sumisión y sometimiento a las reglas. No me servía para resolver el problema que tenía que enfrentar al licenciarme.

La vida no consiste en ganar o no ganar dinero; pero hay que ganar dinero para poder vivir. Yo no podría enfrentarme contra cien peñas literarias y disponer de dinero para pagar convites a derecha e izquierda, ni tampoco de tiempo para ser miembro de una tertulia día y noche. También, una de las cosas que uno no puede comprar o vender es su propia estimación: seguir en el ejército era perder mi propia estimación para siempre. Por otra parte, el licenciarme era enfrentarme con la miseria...

Tenía que pensar sobre todo en mi madre. Había aceptado la responsabilidad de ello mientras viviera. La responsabilidad de que no tuviese que trabajar más, ni lavando ropa sucia en el río

ni fregando suelos como una asistenta. Pero yo también quería un hogar y una familia, quería casarme un día... Para tener todo esto, había que ganar dinero, porque si se quiere tener una mujer, hijos, una casa, hay que pagar por ello.

El cuartel me ofrecía la seguridad de que podía tener todo esto mientras viviera, y aun después de muerto. Si moría, mi madre o mi viuda y los chicos tendrían lo bastante para no morirse de hambre. La viuda de un empleado de banco se enfrenta con la miseria la semana después de haber enterrado a su marido.

Pero ¿era verdad que el cuartel me ofrecía esta seguridad? ¿Era verdad que, pasara lo que pasara, tendría siempre mi puesto seguro y mi paga y el pan de cada día de mi familia? Cuando se lanza un cordel al mar, nunca se le deja tirante. Hay un sobrante que se recoge en un montoncito de círculos a los pies de uno sobre las rocas.

Uno de estos montoncitos de pronto comenzó a desenrollarse, y el cordel brincó al fin con el movimiento de una víbora que ataca. El cascabel atado a él tintineó loco. El cordel se tenso y se quejó, como la prima de un violoncelo que pellizcáis con los dedos. En el espejo del mar nació un surco furioso de espuma que dibujaba un arco. Algo como si un hierro candente corriera bajo las aguas.

Cogí el cordel y tiré. Me contestó un tirón violento al otro lado, un tirón como el de un caballo que rehusa las riendas. Se me escapó el cordel de las manos y dio un tirón rabioso a la roca donde estaba atado; templándose, vibrando, deseando escapar al mar. Cogí el cordel con las dos manos, me apoyé contra la saliente de la roca y tiré otra vez. El pez dejó de hacer fuerza, el cordel se aflojó y yo di un traspiés. Antes de que recuperara mi equilibrio, el ser vivo enganchado en el anzuelo se disparó de nuevo al mar libre. El cordel me abrasó las manos en su huida y se distendió brusco. En el mar ahora había un remolino furioso. Mejor dejarlo y esperar que el pez se cansara, o el cordel se rompiera, o se quedara un cacho de mandíbula en el an-

zuelo, o se tambaleara la roca y se cayera al mar. Me quedé mirando el trazo de espuma, el temblor del cordel y el campanilleo del cascabel, tan pequeñín y tan colérico.

Un pez luchando por su libertad es seguramente uno de los seres más espléndidos de la creación, aunque ninguno de nosotros seamos capaces de medir su coraje. Allí está, un simple manojo de músculos que saca su fuerza de la resistencia que le presta el agua, donde el más violento puñetazo del hombre más fuerte es nada, cargado de la rabia furiosa de un jabalí acorralado o de un gato acosado por perros. Un gancho de acero se ha hundido en su mandíbula. El único alivio de la tortura salvaje del acero en la carne desgarrada y en el hueso astillado es ceder, aflojar el tirón del cordel, abandonar la lucha. Y sin embargo, hasta el más insignificante pececillo de estanque se retuerce y brinca, salta sobre el agua o se hunde en lo profundo, tirando siempre, tirando sin tregua, a costa de un dolor enloquecedor, sólo por ser libre.

Traté una vez más de recoger el cordel, pero el cerebro furioso que animaba el manojo de músculos potente sentía cada movimiento de mis manos a través de la herida abierta, y se rebelaba con ira inagotable. Una vez y otra el cordel se escapaba de mis manos, dejando en las palmas un surco húmedo y doloroso. En uno de los tirones conseguí rodear la roca con el cordel y acortarle así un medio metro; me pareció una victoria. Durante minutos el pez se contrajo en convulsiones de rabia haciendo gemir el cordel que parecía romperse de un momento a otro. El pez sabía que le habían robado unos pocos centímetros de libertad.

Tras una hora de batalla, me convencí de que nunca sería capaz de apoderarme de aquella bestia. Pasaron dos obreros por la carretera, con sus taleguillos de la merienda y con sus blusas blancas al hombro. Tiraron las blusas sobre las rocas y se quedaron mirando guasones, burlándose del sargento señoritingo que quería pescar y no podía coger un pez. Uno de ellos al fin

comenzó a tirar del cordel, después los dos, al fin yo con ellos, los tres tirando al unísono, pataleando, sudando y jurando, brazos y piernas apoyados contra las rocas. Poco a poco íbamos enrollando el cordel sobre la piedra.

-¡Qué mala bestia es ésta! -blasfemó uno de ellos.

Descansamos un poco los tres, contemplando el remolino de agua y espuma que ahora estaba a sólo veinte metros de nosotros. Un coletazo violento nos mostró por un instante un lomo negro moteado de plata.

El obrero gritó:

-¡Una murena! Ésta no la cogemos.

La murena es una especie de anguila de mar que no suele tener más de un metro de largo a lo sumo, por diez centímetros de diámetro, con una cabeza achatada y unas mandíbulas poderosas erizadas de dientes triangulares. Ataca y devora peces más grandes que ella, destruye redes y sedales y hasta ataca a las personas, causando heridas profundas como una amputación. La cola de una murena puede romper el brazo de un hombre, horas después de estar muerta. Las gentes de la costa a menudo se niegan a comer su carne porque puede estar cebada con carne humana.

La murena que había en mi anzuelo tenía unos dos metros de largo y era gruesa como un muslo de hombre.

Uno de los obreros se marchó a una taberna de la carretera y volvió con un bichero y un par de curiosos. Entre todos tiramos. del cordel, hasta que la murena estuvo dentro del pozo entre las rocas, y aun entonces, cuando ya la teníamos a nuestros pies sin escape, veíamos que el cordel iba a estallar de un momento a otro y que al fin la bestia iba a escapársenos. El hombre del bichero intentaba engancharla por la cabeza, agarrándose firme a la roca. El pez se revolvía contra la nueva arma con furibundos coletazos; vimos entonces que no podía cerrar la boca. El cordel pasaba a través del orificio sangriento

de la garganta, entre las hileras de dientes agudos que trataban en vano de juntarse y cortarlo.

El hombre enganchó al fin el bichero en uno de los ojos del monstruo y una mancha como una vedija de niebla se disolvió en el agua. El pez se movía ahora sólo con estremecimientos espasmódicos. Tiramos todos. Cayó sobre las rocas, contrayéndo se en una rabia loca, untando la piedra con la baba viscosa de su piel, mirándonos con su único ojo lleno de odio, retorciéndose sobre el vientre blanco en busca de una presa. Nos refugiamos tras las piedras y desde allí la apedreamos con trozos de roca. Tratábamos de aplastarle la cabezota chata y repugnante, matarla y librarnos de la visión de su máscara cargada de odio. Un pedrusco acertó con la cabeza y la convirtió en una pulpa blancuzca llena de grises, sucia de barro. El cuerpo se contrajo violentamente y se estiró.

La llevamos entre los tres. Los dos obreros se ofrecieron a ir conmigo y ayudarme a llevarla al cuartel. Nos beberíamos una botella de vino allí; Antonio, el cantinero, la cortaría en lonchas y la freiría para pasar el vino.

Pesaba sus buenos 50 kilos y teníamos que ir despacio y a compás, seguidos por un grupo de mirones y arrapiezos que se atrevían a hundir un dedo en el cuerpo de la murena para confirmar su valor. Donde había estado la cabeza, no existía más que algo como un trapajo sucio que goteaba.

De pronto, el cuerpo se contrajo en un espasmo y se escapó de nuestras manos, brincando sobre el polvo de la carretera, una masa viva de cieno y mugre. El hombre que había sostenido la cola se dobló sobre sí mismo: la cola le había golpeado en las costillas. Pateó furioso la masa que se retorcía en el polvo, y el cuerpo sin cabeza se retorció una vez más, se estiró y se quedó inmóvil. La cogimos de nuevo y reemprendimos la marcha, puercos de barro pegajoso. Se nos escapó aún dos veces más. Los chiquillos nos seguían con sus risas, chillando y alborotando. Debíamos presentar una vista ridicula, con el barro goteán-

donos en la cara y en las manos, agarrados a aquella masa de fango vivo que se estremecía en espasmos y nos hacía detener de vez en cuando.

Cuando llegamos al cuartel, la tiramos en el pilón del abrevadero de los caballos; y al contacto del agua, restalló como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. El cuerpo ciego se lanzaba contra las paredes de cemento con toda la violencia de su vitalidad intacta. Vinieron los soldados corriendo a través del patio. Antonio, el cantinero, vino despacito, echó una ojeada y se volvió a su cantina. Regresó con el cuchillo de cortar el jamón.

-Cogedla unos cuantos y sujetadla contra el borde -dijo.

Veinte manos se apoderaron del cuerpo ahora limpio y metálico manteniéndole contra el reborde de cemento, y Antonio comenzó a cortar lonchas blancas, con una gota de sangre roja en el centro que al caer en el agua se disolvía lenta.

Antonio me pagó treinta pesetas.

Ceuta

Capítulo III

Una mañana, cuando paseaba por la calle Real, me llamó la atención una mujer que caminaba delante de mí, una figura menuda y graciosa con un taconeo alegre. Apresuré el paso para verle la cara, y la cara era bonita. Le dije unos cuantos piropos, los acogió con risas, e insistí. Las cosas se desarrollaron de la manera corriente en que estas cosas se desarrollan. Cuando llegamos al hotel María Cristina, la muchacha de pronto se metió en una dé las puertas de servicio, se volvió a mí y dijo:

-Bueno, adiós.

-¡Caramba! No podemos decirnos adiós así. Nos tenemos que volver a ver.

Nos encontramos al día siguiente y los que vinieron después. Me contó su historia. Era de Granada y un día se había ido a vivir con su novio. Se fueron juntos a Cádiz, pasaron allí unas semanas, y el novio un día no volvió. Se las arregló para entrar de camarera en un hotel de Cádiz y después de allí se había ido a Ceuta en mejores condiciones. Ahora vivía sola. Al cabo de unas semanas, alquilé una alcoba en una fonda. Lo pasábamos perfectamente y al fin me decidí a proponerle que alquiláramos un pisito pequeño y que dejara el hotel.

La vida se convirtió en una cosa tranquila y pacífica, y a mí me agradaba tener algo como un hogar. Por la tarde nos íbamos juntos a la playa o al cine, todo simplemente, como marido y mujer. Pero Ceuta es un pueblo pequeño, donde todo el mundo se conoce, y al cabo de una semana todo el mundo conocía

todo lo que había que conocer de nuestra unión. Sin embargo, ni Chuchín ni yo habíamos hecho por mantenerlo en secreto. ¿Por qué teníamos que hacerlo? Después de todo, la mayoría de los oficiales tenían sus queridas en la plaza, aunque algunos tenían allí la mujer y los hijos, y todo el mundo lo sabía. Todos los sargentos y suboficiales tenían sus amiguitas, muchos de ellos simplemente una de las pupilas de un burdel. Si ninguno de ellos había puesto un pisito para vivir a gusto con su capricho, ¡peor para ellos! Al menos así pensaba yo. Don José, nuestro comandante mayor, me llamó un día a su despacho:

-Mira, Barea, cuando te puse aquí, te dije que no me hicieras tonterías. Aparentemente, las estás haciendo, y gordas. ¿Quién diablos es la chica esa que va contigo a todas partes? Hubiera sido una tontería negar lo que indudablemente sabía ya todo el mundo. Así, le dije:

-Creo que he encontrado una solución para mi vida personal, mi comandante. Me repugna ir a las casas de mujeres y acostarme con una mujer que acaba de levantarse de estar con otro. He encontrado una muchacha que me gusta y a la que le gusto yo, y vivimos juntos.

-Pues eso tiene que terminarse.

-No creo, mi comandante, que cometa ninguna ofensa viviendo con una mujer. Aquí todo el mundo hace lo que quiere, y todos los días oímos de un escándalo. Francamente, no veo que haya hecho nada mal hecho, y menos aún que haya dado ningún escándalo.

Don José se echó a reír:

-¡Ningún escándalo! Pero muchacho, tú vives en la luna. Naturalmente que has dado un escándalo, y el peor que podías haber dado.

Se echó atrás en el sillón y encendió un cigarrillo:

-Cierra la puerta y siéntate. Ahí, enfrente de mí, como si fueras

un hijo mío. Mira: esto es Ceuta, donde tú, como el sargento de Mayoría de la Comandancia de Ingenieros, eres casi un personaje. Todas las chicas solteras de Ceuta dentro de tu propia clase andan tratando de ver si pueden engancharte y casarse contigo.

-Pero yo no pienso casarme todavía.

-Mira, no interrumpas. Los papás y las mamás están detrás de ti igual que las niñas; detrás de ti y detrás de todos los sargentos. Conocen más sobre antigüedad, ascensos y reenganches que tú y que yo. No sé cómo se las arreglan, pero en el momento que un sargento pide relaciones a una muchacha, ya tienen una copia de su hoja de servicios, para saber cuál es su porvenir. Ahora bien, los papás y las niñas saben de memoria que Ceuta está infestado de putas y que un hombre tiene derecho a divertirse un poco, emborracharse y a veces hasta irse a la cama con una, si le gusta; incluso saben que la mayoría tiene una amiguita en una de las casas. Pero todo eso no importa. Pero lo que a nadie se le ocurre ni nadie tolera, es coger a la querida del brazo y pasearse con ella a la luz del día o irse a bañar a la playa por la tarde mezclándose con las personas decentes. Lo que hacen los sargentos y los oficiales durante el día es piropear a las chicas honradas y darles una posibilidad de que les enganchen. Y tú vienes tan fresco y te presentas con una muchacha que ha estado de camarera en un hotel, y le restriegas a todo el mundo por las narices que estás viviendo con ella como si fuera tu mujer; y ni te da vergüenza. Esto es anarquismo puro. No es que a mí me asuste que un hombre o una mujer se acuesten juntos, pero este lío tuyo se ha terminado.

Me enfurecí. No podía discutir el asunto con mi comandante, tampoco podía decirle crudamente lo que opinaba de su actitud y de la de los demás. Me tragué las palabras que se me venían a la boca, me levanté y me puse firme:

-Lo siento infinito, mi comandante. ¿Sería usted tan amable como para designar un sustituto para mí y enviarme a una

compañía en el campo? Así al menos tendré la libertad de ir con quien quiera, cuando baje con permiso a Ceuta o Tetuán.

-Ta, ta, ta, muchacho, no te sulfures. Nos haces falta en la oficina y no es necesario hacer un dramón de la cosa. Si te digo que esto se ha terminado, no quiero decirte que dejes a la chica. Te puedes seguir acostando con ella cuanto quieras, y hasta irte de juerga. Lo que no puedes hacer es seguir viviendo así con ella, ni llevártela del bracete a pasear por el pueblo como si fuerais marido y mujer, ni mezclarla en la playa con gente decente...

-¿Gente decente?

-Bueno. Lo que se llama gente decente. Todo esto tiene que terminarse, y el seguir haciendo vida de casado, yendo a casa a comer y a cenar y a dormir como un buen padre de familia. Puedes tener a la chica y acostarte con ella cuando quieras, pero no más escándalos.

-Pero, mi comandante...

-No hay «peros». Si te conviene así, lo tomas; si no, acuérdate que ésta es una plaza militar y puede ocurrir muy fácilmente que las autoridades militares estimen que tu amiguita no es persona grata aquí. Entonces, le van a pagar el billete hasta Algeciras y la van a acompañar hasta allí. Y entonces la cosa se termina. ¿Entiendes?

Si se encuentra uno como un sargento delante de un comandante, no se le puede dar de bofetadas, como de hombre a hombre. Don José debió leer lo que me pasaba por la cabeza.

-No es falta mía, hijito. Personalmente, a mí no me importa lo que haces, ni cómo vives. Hasta tu decisión me parece excelente. Pero no soy yo quien manda. La gente viene a mí y me dice: «Don José, ¿cómo puede usted tolerar semejante escándalo?». Y al fin, se me dice directamente: «Ya va siendo hora de que ese sargento tenga un poco más de respeto. ¿Quién se ha creído que es?».

Chuchín y yo no volvimos a salir más a la calle a la luz del día, sólo por la noche. «Las gentes decentes se quedan en casa por la noche.»

A las diez, casi todos los soldados de la guarnición estaban en el cuartel o precisaban un permiso especial para andar por la calle. La ciudad pertenecía durante la noche a los oficiales y a los sargentos. Se admitía a algunos paisanos, pero eran pocos y la mayoría gentes que dependían del ejército. La vida de noche comenzaba en unos cuantos restaurantes, de los cuales el más famoso era Los Corales, lleno de parejas en las cuales las mujeres eran inconfundibles. El Café Cantante abría sus puertas. Era un enorme barracón con un salón sucio, repleto de mesas de mármol, frente a un escenario pequeño con un telón de fondo del tipo de fotografía de feria, es decir un jardín frondoso con una escalera de mármol. Allí, bajo el foco de un reflector, desfilaba sin descanso una serie de cantantes y danzarinas, cuyo mérito dependía en general del mayor o menor grado de obscenidad que podían imprimir a su actuación. La concurrencia jaleaba para terminar aullando en el último número, invariablemente una mujer completamente desnuda que se retorcía en una danza lúbrica, mientras la luz cruda del reflector convertida en lanza de luz le perseguía el sexo.

El Café Cantante estaba en una placita diminuta que formaba parte de un callejón retorcido

-La Barría-, en el cual todas las casas eran burdeles. Las cuatro casas más elegantes flanqueaban el café y sus pupilas pasaban su vida en el café y su casa, pasando de manos de un cliente a las de otro. Las prostitutas de las casas más miserables del callejón, habiendo perdido los soldados, que eran su clientela habitual, se concentraban en las puertas del Cantante, con la esperanza de encontrar un borracho o un caprichoso que las invitara dentro. Mientras tanto, pequeños grupos de oficiales y sargentos se reunían en los «comedores» de los burdeles distribuidos por toda la ciudad, y bailaban y bebían hasta el amane-

cer.

Las mesas de juego comenzaban a funcionar temprano en la tarde. Aparte del casino de oficiales y el de sargentos, había una timba prácticamente en cada esquina. Había mesas en las que la banca eran cincuenta pesetas, para que los soldados pudieran jugar apuestas de un real, y había bancas de diez mil pesetas para los de arriba. En los dos casinos militares, el bacará y el «treinta y cuarenta» se jugaban reglamentariamente, pero en las timbas la banca estaba en general en manos de jugadores profesionales, que a la vez controlaban a la mayoría de las prostitutas.

Cárdenas vino a buscarme un día a la oficina:

-Véngase a beber una cerveza conmigo. Entramos directamente en la sala de juego.

-Vamos a coger una banca juntos.

-Yo no llevo dinero encima para eso -le dije-. Llevaré en el bolsillo treinta o cuarenta pesetas.

-No importa.

Compramos una baraja subastada en quinientas pesetas.

Cárdenas se sentó a dar las cartas y yo como croupier. La primera baraja nos dio dos mil pesetas.

-Pida usted una continuación, Cárdenas.

-¡Ca, hombre! Ahora es cuando empieza a ser esto interesante.

-Pero hemos ganado mil pesetas cada uno.

-¿Las quiere usted? -me preguntó agrio.

-Bueno, vengan.

Contó mil pesetas y me las dio:

-Vamos a no regañar -dijo.

-Le espero abajo, en el salón -le contesté.

Me aislé en un sillón con un libro, que cogí del armario que era

la librería del casino. Al cabo de un tiempo dejé de leer. Alguien estaba tocando al piano las danzas de Granados, y tocándolas extremadamente bien. Al piano había un individuo aproximadamente de mi edad, en traje de paisano. Me acerqué a él. Dejó de tocar y se volvió.

-¿Le molesto?

-Absolutamente, no. Puedo estarme toda una tarde escuchando a Granados.

-¡Caramba! Eso sí que es una cosa rara.

-¿El qué es raro?

-No se enfade. Ya veo que le gusta la música. Yo soy Alcalá-Galiano, con un apellido heroico y un estómago vacío. Tercer clarinete del regimiento de Ceuta número 60, pianista del casino de sargentos, oboe en el teatro cuando viene una compañía de zarzuelas y... ¡oh, sí!, se me olvidaba que toco el jazz-band en los bailes de carnaval. ¡Esta vida! Uno de los pocos pianos buenos que hay en Ceuta es éste, tal vez porque no le toca nadie más que yo. Vengo aquí por las tardes para practicar un poco, cuando no hay nadie. Cuando hay alguien, en general, al cabo de un rato, menea la cabeza y me dice, unas veces con amabilidad, pero la mayoría de mal humor: «¿No puedes callar ya ese ruido? Si tienes que tocar, toca algo agradable». -Hizo una pausa y agregó-: Pero como veo que le gusta Granados, voy a tocar todas las danzas. Antes estaba sólo practicando, pero ahora voy a tocar de verdad.

Era un artista. Raras veces he oído Granados tocado tan bien como aquella tarde, y nunca me ha conmovido más intensamente. Al final charlamos un rato:

-Yo, como le decía antes, vengo de una familia ilustre. Mi apellido es famoso en la historia de España, pero en casa no hay mucho dinero. Muchas pretensiones y poco que comer. Mi hermano está chiflado con ser un escritor y ha conseguido meter la cabeza en el ABC. Yo estoy chalado con la música.

Cuando me tocó ser soldado, se me planteó un problema: no tenía dinero, ni para ser de cuota ni para pagarme un sustituto. Y tampoco podía interrumpir mis estudios por tres años. Tenía que ser soldado. Solicité una plaza en la banda del regimiento y me hicieron clarinete. La paga da para mal comer, pero tiene uno casi todo el tiempo libre, y con las cinco pesetas que me dan aquí y un poquillo que me gano como puedo, voy tirando y sigo mis estudios. Lo peor es que tengo que aprender a tocar más instrumentos, si quiero ganar más dinero; ahora ya toco cinco. Al final ya no sabré cómo tocar el piano.

Cárdenas entró de mal humor:

-¿Quiere usted prestarme quinientas pesetas?

Se las di. Después de todo, el dinero que tenía en la cartera se lo debía a él.

-Mañana le pagaré -dijo. Y se marchó escaleras arriba, mientras Alcalá-Galiano y yo seguíamos charlando:

-Su hermano escribe bien, me parece, aunque yo no esté conforme con sus ideas políticas - dije.

-Sí, es un buen periodista. No es que yo esté conforme con sus ideas, pero claro es que con nuestro apellido hay que pertenecer a las derechas. ¿Puede usted imaginarse un periodista llamado Alcalá-Galiano, sangre de héroes, escribiendo en El Socialista?

-Pero ¿usted tampoco será de izquierdas?

-Yo soy apolítico. La política es buena para los granujas, al menos en España. Pero si por izquierda quiere usted decir progresivo, entonces soy izquierdista. Para mí hay una revolución, la revolución en el arte. Ya tenemos bastantes Traviatas y Bohemias. ¿Conoce usted a Debussy? ¿Y a los rusos? -Giró sobre el asiento y comenzó a tocar algo que no había oído en mi vida y que me confundió totalmente. Después se volvió a mí triunfante-. Esto es Debussy. Ya veo que no le ha gustado, pero

esto es simplemente porque no lo ha entendido. ¿Lo había oído usted antes?

-Nunca. Pero he oído bastante música rusa moderna y me gusta. He visto muchas veces los bailes rusos de Diaghilev, en Madrid.

Volvió a tocar. Comenzó a oscurecer. Tocó un timbre y dijo al camarero:

-Tráete mi cena, anda.

El camarero le trajo un vaso de leche y dos bollos.

-¿Ésa es la cena?

-Bueno. Es lo que el casino me paga. No puede usted figurarse qué cara es la música. Cuando vivía en Madrid, me pagaban cuatro pesetas en la orquesta del Apolo. En casa copiaba música y así me ganaba diez o doce pesetas cada día.

Volvió Cárdenas radiante. Había ganado y me devolvió las quinientas pesetas.

-Ahora nos vamos a beber una botella de cerveza. No, de vino, con una amiguita mía.

Me llevó a uno de los mejores burdeles. Cárdenas pidió la cena de Los Corales para dos de las muchachas y para nosotros. Estuvimos allí hasta las cuatro de la mañana y al fin tuve que llevar a Cárdenas a su casa. Estaba más borracho que yo.

Al día siguiente Chuchín protestó «porque no había ido a buscarla la noche antes». Le dije que habíamos tenido trabajo urgente y se convenció. Aquella tarde me encontré a la mujer de Cárdenas de paseo con la hija mayor, que llevaba en brazos al chiquitín.

-Buena juerguecita se corrieron ustedes anoche -me dijo. Me azoré:

-Es que, tuvimos que...

-Sí, sí. No me cuente. Bien, los hombres tienen que divertirse

alguna vez, ¿no? ¿Ha visto usted los pendientes que me ha comprado Manuel con las ganancias de anoche? -Volvió la cabeza para que viera el centelleo de los diamantes en sus orejas, y agregó-: Todos los hombres son unos sinvergüenzas.

Aquella noche Chuchín conocía todos los detalles de nuestra juerga.

-Me duele mucho que te vayas por ahí, pero claro, me doy cuenta. Sólo que si te vas con otra mujer a espaldas mías, soy capaz de hacer una barbaridad. -Me miró a la cara-: Sí, ya sé que te acostaste anoche con la fulana; pero si un día te echas una amigui ta y me dejas a mí, soy capaz de matarte. El que te vayas por ahí alguna vez, te lo perdono; todos los días perdiz, cansa.

Chuchín, que era una muchacha primitiva pero inteligente, se dio cuenta de que no comprendía muy bien su actitud, y trató de explicarse:

-¿Sabes? Muchas veces los hombres parecéis tontos. Las mujeres se casan para tener marido. Naturalmente, saben que tienen que estar con él, cuando él quiera. Después, las empiezan a hacer chicos y las aburren; así que, si de vez en cuando se van de juerga, les importa poco, porque las dejan en paz. Hay otras mujeres que no se casan, pero se enamoran de un hombre. Lo que me pasó a mí con el otro y ahora contigo. Sabemos bien que a los hombres les gustan todas las mujeres, y cuando nuestro hombre hace una escapada, no nos duele mucho. Tal vez, hasta nos gusta un poco que sea un gallito. Pero lo que no podemos aguantar es que, casadas o no, el hombre se vaya a vivir con otra y nos deje plantadas. Las casadas porque es su marido, y nosotras porque es el hombre que queremos. -Y terminó poniendo un hociquillo mimoso-: Pero no te me vuelvas a escapar por ahí, ¡que te saco los ojos!

Nos hicimos amigos, Alcalá-Galiano y yo. Discutíamos de arte

y literatura y muchas veces tocaba sólo para mí. Un día dijo:

-Vámonos al Cantante.

-¡Caray! No me imaginaba que te gustaba mucho el sitio. Yo tengo que decir que me da asco y me aburre terriblemente.

-No vamos como clientes. Lo que pasa es que de vez en cuando les escribo a las chicas unos cuplés y me los pagan bastante bien. Vente, es interesante. Y lo que es más, ¿tú dices que escribes? Escríbeme unas cuantas canciones y te puedes ganar unas perras con ello. Unos cuantos postes de madera sin desbastar mantenían en su sitio las decoraciones de papel del escenario. Nubes de papel colgaban de cuerdas sujetas al viguerío del barracón, y el romántico jardín con su escalinata de mármol, clavado a un bastidor de tablas, descansaba sobre la pared de ladrillo de la casa medianera. Bajamos a través de una trampilla y cuatro escalones empinados al foso del escenario, un espacio cuadrado con piso de tierra dura, a lo largo de cuyas paredes estaban los cuartos de las artistas: cuatro cortinas baratas colgando de cuatro alambres. Algunas de las muchachas gatearon por la escalera carcomida y sus tacones comenzaron a repiquetear sobre nuestras cabezas, mientras sus voces nos llegaban lejanas. Cuando taconeaban, parecía que un enjambre de chicos tocaba el tambor, y el techo, que era el piso del escenario, escupía sobre nosotros oleadas de polvo a través de las tablas mal unidas.

Allí abajo, en el polvo, estaban sentadas las mamás y los habituales, varios oficiales ya maduros, un par de paisanos mucho más viejos y unos pocos así llamados «hermanos» de las artistas. Olía a polvo y sudor de sobacos femeninos. En un rincón había un montón desordenado de cajas, maletas y baúles. Un camarero agitanado abría botellas de unas cajas y las distribuía entre los grupos de artistas, mamás, chulos y clientes. Detrás de las cortinas rojas salían llamadas urgentes:

-Mamá, ven un momento, que se me ha corrido un punto.

-Sal sin medias, hace mucho calor.

-Pero, mamá, el punto no es en la media.

Se levantó una mujercita fofa y resignada, con un gesto de hombros, y se fue a zurcir las mallas de su retoño.

-Antoñito -gritó otra voz-, tráeme un poco de agua. Antoñito se levantó de mala gana:

-Te vas a pelar con tanto lavarte.

Un comandante panzudo miró gravemente hacia el techo con una botella en la mano. Arriba una artista estaba taconeando furiosamente.

-Preparar los vasos. -En una interrupción del taconeo los llenó rápido. -Bebéroslos de prisa, si no queréis beber jugo de telarañas en el montilla.

En dos vasos medianos que estaban sobre la mesa de pino, una capa de polvo espesa y gris cubría el vino. Las lámparas eléctricas estaban rodeadas de un halo neblinoso. Un capitán de artillería encendió un cigarrillo:

-Un día habrá aquí una explosión; este polvo es inflamable. -Y paseaba lentamente la cerilla encendida a través de las nubes que descendían del techo. La artista estaba taconeando un galop furioso.

Alcalá-Galiano estaba siendo asaltado por todas las chicas desocupadas y por las mamás.

-¿Qué nos has traído hoy? ¿Sabes?, a Luisa le han subido el sueldo, pero ¡tiene que cambiar el repertorio cada quince días! Danos algo nuevo. ¿Quién es este amigo tuyo?

-Un poeta. Me va a escribir cuplés.

Los oficiales se estaban amoscando. Les estábamos robando la oportunidad de pellizcar los muslos desnudos de las muchachas. Galiano tarareaba una musiquilla a una de ellas, mientras otra me asaltaba a mí:

-Él me escribe la música, ¿sabes? Pero tú me tienes que escribir un cuplé bonito como el... Cuando salimos del Cantante, Galiano me dijo:

-Desde luego, hay una Asociación de Autores que se encarga de cobrar todos los derechos de autores y compositores en cada representación. Pero eso es sólo para los grandes. Los «pelaos» como yo, no vemos un céntimo. Así que lo que hago es escribirles a estas chicas una musiquilla sobre unos versos malos, muy sentimentales o con muchas puñaladas, y cobrarles diez duros por el derecho exclusivo.

Después de esta visita dediqué mis aficiones literarias a escribir textos para pasodobles. Alcalá-Galiano me daba cinco duros por cada uno que vendía. Las muchachas y hasta las mamás comenzaron a hacerme abiertas invitaciones.

-No te acuestes con una de las chicas, si no quieres que nos arruinemos -me dijo Alcalá- Galiano-. Una vez que comiences a darles música y texto gratis, no paga ni Dios.

Me iba enterando de muchas más cosas acerca de la vida sexual de los demás que las que me había imaginado, y pensaba mucho más acerca de ello.

Estimaba mucho a Antonio Oliver, el sargento de caja. Era joven, sencillo y francote. Tenía un corpachón con huesos tremendos y un apetito voraz. Cada lunes y cada martes volvía borracho a las cinco de la mañana. En los burdeles se encontraba como en su casa. Le pregunté un día:

-Pero, Antonio, ¿no te cansas de andar siempre entre golfas?

-Sí. La mañana después. Pero te lo voy a explicar, no puedo remediarlo. Salgo de la oficina dispuesto a beberme un vasito de vino, y termino con una mujer sin darme cuenta. Me voy a tener que casar.

La noche después de esta conversación estaba yo de guardia. A las cuatro vino a buscarme nuestro ordenanza:

-El sargento Oliver está arriba con una tía. Han puesto el gramófono y están bailando en medio del cuarto en cueros. Y hay un montón de soldados mirando por las ventanas.

Oliver y la mujer estaban borrachos perdidos. A fuerza de gritos y súplicas los hice al fin entrar un poco en razón. Mandé a la mujer por la puerta de atrás de la cocina con un soldado y metimos a Antonio en la cama. El soldado volvió a las siete de la mañana, completamente borracho. Se había acostado con la mujer en la cuneta de la carretera y luego se había ido a beber con ella.

El cuartel

Capítulo IV

Recibí mi lección sobre las diferentes razas que pueblan España manejando los «cargamentos» de reclutas que nos llegaban cada año.

Era la época más atareada de nuestra oficina. Primero, recibíamos una lista de los reclutas que habían sido destinados a la Comandancia de Ingenieros de Ceuta de cada uno de los centros de reclutamiento de España. Después, comenzaban a llegar los barcos cargados con lo que en el lenguaje de cuartel llamábamos «los borregos». Los reclutas venían en grupos de quinientos a mil, conducidos por un sargento y varios cabos de la región militar de procedencia. En cuanto llegaban al puerto, los sargentos de las diversas unidades en la plaza los separaban y los recogían con arreglo a su destino futuro.

Atracaba el barco, se fijaba la pasarela y comenzaban a desembarcar. La mayoría de ellos, campesinos y jornaleros de toda España. Llegaban los andaluces con sus chaquetillas cortas de dril blanco o caqui, a menudo en mangas de camisa, los pantalones sujetos con un trozo de cuerda o una soga. Solían ser delgados y erectos, morenos, flacos, con tipo agitanado, los ojos negros abiertos en una mezcla de aprensión y curiosidad, charloteando rapidísimos en un chorro de obscenidades.

Llegaban los hombres de las mesetas de Castilla y de las altas sierras, taciturnos, pequeños de estatura, huesudos, requemados de sol, aire, escarchas y nieves, con sus pantalones de pana negra, atados con una cuerda en la boca sobre los calzoncillos de punto largos y espesos, que a su vez estaban atados con cin-

tas colgantes sobre gruesos calcetines azules y rojos de confección casera. De vez en cuando, toda la alineación se deshacía: a uno de los reclutas se le habían desatado las cintas de los calzoncillos.

Vascos, gallegos y asturianos solían llegar mezclados en el mismo barco -un transatlántico ya catarroso de vejez-, y el contraste entre estos tres grupos era fascinante. Los recios y altos vascos, enfundados en sus blusas azules y con la inevitable boina colgada de sus cabezas diminutas, eran serios y silenciosos; cuando a veces hablaban en su lenguaje ininteligible, lo lucían con palabras reposadas y firmes. Se sentía la fuerza de su individualidad y de su ancestral cultura. Los gallegos solían ser procedentes de las aldeas más miserables de la región; la mayoría estaban increíblemente sucios, pringosos; frecuentemente descalzos. Hacían frente a la nueva catástrofe que había caído sobre ellos, y que consideraban peor que la miseria de sus hogares, con una resignación de bueyes cansinos. Los asturianos de la montaña eran fuertes y ágiles, con un apetito insaciable, ruidosos y alegres, burlones infatigables de la resignación de los gallegos, tanto como de la gravedad de los vascos.

De las provincias del Mediterráneo llegaban también viejos transatlánticos de panza negra, repletos de reclutas de Cataluña, Aragón, Valencia y Alicante. Los reclutas de las montañas de Aragón y Cataluña se diferenciaban en el lenguaje, pero en lo demás eran semejantes: primitivos y rudos, casi salvajes. Los catalanes de la costa, en contacto con la civilización mediterránea, eran completamente distintos de sus propios conciudadanos de la montaña. Las gentes de Levante, con sus blusas negras y sus alpargatas de cintas trenzadas sobre los tobillos, saludables de aspecto, pero linfáticos y un poco fofos, con la promesa ya de una barriga temprana, formaban un grupo aparte.

Contemplándoselos, me parecía a mí que un madrileño era menos extranjero lado a lado de un neoyorquino que lo es un

vasco de un gallego, cuyos pueblos no están a cien kilómetros de distancia.

A lo largo de este desfilar de reclutas, los sargentos comenzábamos a gritar nuestros regimientos:

-¡Regimiento de Ceuta! ¡Regimiento de África! ¡Cazadores! ¡Intendencia! ¡Ingenieros...! Algunos de los recién llegados comprendían inmediatamente la significación de los gritos y se alineaban por sí mismos en una doble fila al lado de su sargento. Pero la mayoría estaba en una confusión terrible, después del largo viaje a través de ciudades desconocidas, después de su primera travesía marítima, revueltos por el mareo, con el miedo del ejército metido en sus huesos. Iban de acá para allá, desconcertados en su desamparo; había que cazarlos uno a uno como borregos asustados, sacudirlos del brazo:

-Tú, muchacho, ¿a qué regimiento te han destinado? Los ojos estúpidos le miraban a uno llenos de miedo:

-No lo sé.

-Vamos a ver. Tú, ¿vas a caballería o a infantería, o adónde?

-No sé. Me dijeron que iba a ser artillero. Pero yo no sé nada. Gritábamos al sargento de artillería:

-¡Tú, aquí tienes otro!

De esta manera los íbamos clasificando, hasta que no quedaba uno sobre el muelle, salvo los tres o cuatro más idiotizados, de los cuales teníamos que extraer con paciencia su propio nombre, el de su pueblo, o los datos que podíamos, para identificarlos en nuestras listas. Al final siempre faltaban uno o dos. Los encontrábamos en el rincón más oscuro del barco, dormitando o quejándose monótonos, revolcados en sus propios vómitos.

El comandante general de Ceuta, Álvarez del Manzano, acostumbraba bajar al muelle cada vez que llegaba uno de los grandes barcos de Cataluña o del Norte. Pesado y paterno, le gustaba hablar a los quintos más asustados y palmearles cariñosa-

mente la espalda. Un día se enfrentó con un campesino gallego, a quien habíamos sacado casi a la fuerza de un rincón del barco, aterrorizado como un perro azotado.

-¡Hola, muchacho! ¿Cómo te llamas tú?

-Juan... Juan.

-Bien, bien. No te asustes. ¿De dónde vienes? -Y el general le dio unas palmaditas en el hombro.

El recluta se volvió como una bestia herida:

-No me toque. ¡Me cago en Dios!

-¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? ¡Cálmate!

-¡Que no me toque! Que he jurado por éstas -y se besó furioso los pulgares cruzados- que le machaco la cabeza al primer hijo de puta de sargento que me toque.

-¡Pero muchacho! Esto no es pegarte. Y nadie aquí te va a pegar.

-¿Nadie, eh? ¿Y todas las bofetadas que le dieron a mi padre, y los palos que le dieron a mi abuelo? Ya se lo he dicho a ellos: al que me toque a mí, ¡lo mato!

-Bueno, mira. Yo soy aquí el general, ¿sabes? Si alguien te pega, vienes a mí y me lo dices.

-¡Puah! ¡El general! ¡Vaya una broma! ¿Se ha creído usted que yo soy uno de estos borregos?

Cuando los habíamos conducido al cuartel, los hacíamos pasar uno a uno a la oficina para llenar sus filiaciones:

-Tú, ¿cómo te llamas?

-¿Huh? Que ¿cómo me llamo? Pues, el Conejo.

-Bueno, eso es en tu pueblo, ¿no? Allí te llaman el Conejo, ¿no es verdad?

-Claro. A cada uno le llaman algo. Y como mi abuela tuvo veinte chicos, pues la pusieron la Coneja y ahora, pues, toda la

familia somos los Conejos.

-Claro, claro. Pero tú tendrás un nombre cristiano, como todos. Antonio o Juan o Pedro...

-Sí, señor: Antonio.

-Bien. Y un apellido también: Pérez o Fernández.

-Sí, señor: Martínez.

-Bueno, ya está. Mira, aquí nadie te va a llamar el Conejo. Aquí eres Antonio Martínez, y cuando pasen lista y digan: Antonio Martínez, tú contestas «¡Presente!». ¿Entiendes? Te llamas Antonio Martínez. ¿Y tu padre y tu madre?

-Muy bien, muchas gracias, mi sargento. ¿Su familia está bien?

Cuando terminábamos con todos, se les daba su primera comida de cuartel. Los Ingenieros éramos un cuerpo privilegiado: la comida era abundante y sustanciosa. Muchos de los reclutas no habían comido tan bien en toda su vida.

Un día un recluta, que procedía de uno de los pueblecillos más pobres de la provincia de Cáceres, se negó a comer:

-¿Por qué no comes? -le pregunté.

-Yo no como rancho.

-¿Por qué no? -Yo conocía perfectamente esta resistencia arraigada. Tenía su origen en las historias que a los reclutas les cuentan sobre la comida en el cuartel, comida que, en tiempos anteriores a la primera guerra mundial, era efectivamente pura basura.

-Porque eso es una porquería.

-Mira, aquí hay que comer, aunque no le guste a uno. Tú coges un plato de comida y la pruebas. Si no te gusta, la tiras después. Pero tienes que coger tu parte y al menos probarlo. En el cuartel no se puede decir «no me da la gana».

El recluta presentó su plato y se lo llenaron. Había aquel día arroz con cordero. Lo probó y se le transfiguró la cara.

-¿Te gusta?

-¿Que si me gusta? Nunca he comido nada así.

-Bueno. Pues cómete todo, y si quieres más, te vas adonde está el caldero y te llenarán el plato otra vez. Come cuanto quieras.

Después del rancho los reclutas se dispersaban en el patio, esperando que se les llamara al almacén para darles las ropas y el equipo. Mi recluta comenzó a dar vueltas a mi alrededor, tímido pero decidido; y era tan obvio que quería hablarme que al fin le llamé:

-¿Querías algo?

Se quitó su gorrilla grasienta de la cabeza y comenzó a retorcerla entre las manos.

-Sí, señor... Quería saber... ¿Es que siempre le dan de comer a uno así?

-Sí, hombre, todos los días y, a veces, mejor que hoy. Algunos domingos tenéis patatas fritas y filetes de carne. Por la tarde te darán judías guisadas con patas de cerdo. Y a mediodía, casi siempre tendrás cocido, con sopa de pasta, carne y chorizo. Ya verás.

-Se está usted burlando de mí, mi sargento.

-No, hombre, no. Ya lo verás.

La gorra daba vueltas más y más aprisa. Se quedó allí con la cabeza baja pensando hondo. De repente se enderezó y dijo:

-Pues... si me dan de comer así, ¡de aquí no me voy, aunque me echen!

-¿Qué comías en tu pueblo?

-Pues, en el verano todo iba bien, porque teníamos lechugas, y tomates y cebollas; pero era mejor en el otoño, que teníamos trabajo en el encinar vareando la bellota para los marranos, porque nos dejaban comer cuanto queríamos. Ahora que en el invierno, pues no teníamos nada, ¿sabe? Un cacho de pan seco

untado con ajo y alguna cebolla.

-¿No comíais cocido?

-No, señor. Nunca. Cuando habíamos ganado algo con el vareo de la bellota, pues la madre hacía un guisado de patatas con un cacho de tocino dentro. Pero cuando no había trabajo... Bueno, para decirle a usted la verdad: poníamos trampas para los conejos, lazos, ¿sabe usted?, y a veces caía alguno y... también robábamos bellotas de las de los cerdos. Pero era muy arriesgado. Si la Guardia Civil le cogía a uno, pues paliza segura. A mí me han pegado dos veces, pero no me han lisiado. Al chico de la tía Curra le dejaron inútil para toda su vida. El médico en Cáceres dijo que le habían roto una costilla y que los cachos del hueso se habían pegado a otra, así que ya nunca se puede volver a poner derecho. En medio de todo ha tenido suerte, porque le han dado por inútil y no ha tenido que venir como yo. Aunque no sé. Tal vez es mala suerte, porque si él supiera lo que yo he comido hoy, se venía aquí de cabeza, torcido y todo.

Una de las cosas que me impresionaban profundamente era el hambre de tantos reclutas; la otra, su ignorancia. Entre los hombres de algunas regiones, el analfabetismo llegaba al ochenta por ciento. Del veinte restante, algunos eran capaces de leer y escribir malamente, pero la mayoría no sabía más que deletrear trabajosamente la letra impresa y garrapatear su nombre. Generalmente destinábamos los completamente analfabetos a Zapadores, y del resto hacíamos una selección cuidadosa para los servicios especiales. Nos dábamos por contentos cuando de un grupo de cuatrocientos reclutas de un reemplazo podíamos separar una veintena que podían pasar inmediatamente a la clase de telegrafistas y aprender Morse, y cincuenta más a quienes se les pudiera enseñar después de un curso intenso de lectura y escritura. Con dificultad encontrábamos tres o cuatro útiles para la oficina, pero en cambio abundaban los que tenían un oficio y se podían distribuir entre las diversas compañías, como barberos, zapateros, albañiles, carpinteros o herreros. La

gran dificultad era siempre encontrar personal suficiente para los servicios que requerían algo más que la más elemental enseñanza primaria. Esta situación me puso a mí en un grave aprieto mucho después de mi nombramiento para la oficina de Mayoría.

En 1922 la radiotelegrafía estaba aún en sus principios. En un cuarto reducido del pabellón opuesto al cuartel había un transmisor-receptor Marconi, de los más primitivos, con un oscilador entre puntas, un casco con auriculares para la recepción por oído y una lámpara de carbón para la recepción visual. Cuando se escuchaba, a veces se recibían descargas eléctricas en las orejas. La estación estaba a cargo de un sargento, dos cabos y un número de soldados capaces de transmitir en Morse y de recibir por vista u oído; pero la única persona que entendía la instalación era el capitán de la compañía de telégrafos.

Durante las cortas visitas del capitán Sancho a nuestra oficina y en nuestras conversaciones accidentales, me di cuenta de que entre nosotros existía una simpatía mutua, y una vez que vino a Ceuta para hacer unas reparaciones en la estación de radio, le insinué que me agradaría verla por dentro. Me invitó a ir con él y ya allí comenzamos a discutir la instalación, pero tan pronto como se dio cuenta de que yo no ignoraba sus dificultades, me abrumó a preguntas. Al cabo de un rato estábamos enfrascados en una discusión técnica. Al final me preguntó:

-¿Usted conoce el Morse?

-No, señor. Todo lo que conozco de radio es teoría.

-Es una lástima, pero eso se aprende en quince días. Tengo que hablar a don José. Quiero que se venga usted aquí conmigo.

-Me temo que no va a ser fácil el que consienta.

-Ya veremos. A mí me hace falta gente que entienda de estas cosas y simplemente no existe, pero empleados para la oficina se encuentran fácilmente.

El capitán Sancho habló con don José y recibió una negativa rotunda. Poco después, el capitán Sancho me llamó un día a la oficina del coronel. El coronel era un viejo cariñoso que había llegado a este grado por antigüedad.

El capitán Sancho entró de lleno en la cuestión:

-Mi coronel, éste es el sargento de que le he hablado. Usted se da cuenta de la importancia de la estación. Tengo unos pocos muchachos que pueden transmitir Morse, pero que no entienden una palabra de la instalación. Usted sabe que cada vez que algo va mal, tengo que venir a Ceuta y dejar la compañía y las estaciones de campaña abandonadas; y cuando estamos en operaciones, la estación se queda paralizada por semanas en cuanto algo se estropea.

-¡Caramba! No me había usted dicho que se trataba de Barea. ¿Ha hablado usted al comandante Tabasco?

-Sí, señor, pero no está de acuerdo. Si no, no le hubiera molestado a usted. El viejo se puso lívido:

-Es decir, que si el comandante mayor le hubiera dicho que sí, ¿no hubiera hecho falta decirme nada? Ustedes han caído en la costumbre o en el vicio de hacer aquí lo que les da la gana, sin contar con sus superiores. Esto tiene que terminarse.

-Mi coronel...

-Perdone usted, no he terminado aún y no me agrada que me interrumpan. Oprimió el botón del timbre y dijo al ordenanza que llamara al comandante.

-Creo que ya sabe usted lo que el capitán quiere. ¿Cuál es su opinión? El mayor desvió la pregunta:

-¿Mi opinión? Es una cuestión que debe decidir Barea. Si él quiere abandonarnos...

Y así me encontré de pronto entre los tres. El capitán Sancho me miró y dijo sonriendo:

-Usted, ¿qué dice, Barea?

-¿Yo? Pues... que me quedo en la oficina.

El capitán Sancho avanzó hacia mí y me estrechó calurosamente la mano:

-Lo entiendo. Es usted inteligente. Y espero que no sea usted tan estúpido como para quedarse en el cuartel cuando cumpla el tiempo de su servicio. -Se puso firme frente al coronel-: ¿Manda usted algo, mi coronel? -Dio media vuelta y se cuadró ante el comandante-: ¿Manda usted algo, mi comandante?

El coronel se atiesó en su asiento con la cara apopléjica.

-¿Qué significa esa actitud, capitán?

-Nada, mi coronel. La insignia de nuestro grado la llevamos bordada en la bocamanga, pero el distintivo del talento lo llevamos en otra parte. Lo primero es visible e impone respeto por obligación, lo segundo es invisible y se respeta únicamente por convicción.

-No entiendo todas esas retóricas.

-Claro, mi coronel, y no creo que valga la pena de hacerlo más claro. Usted coloca al sargento en la alternativa de hacer enemigos, o bien de ustedes dos o de mí, pero no le dan ocasión de elegir lo que él cree mejor. Es inteligente, pero no es más que un sargento, y naturalmente prefiere hacer de mí un enemigo. Sólo que yo no lo tomo a mal. Le he dado la mano porque entiendo su posición, y por la misma razón le he dicho que espero continúe siendo inteligente y no se quede aquí pudriéndose.

-Haga usted el favor de retirarse. Eso es una impertinencia.

El capitán1 dejó el cuarto. Y allí me quedé yo, cara a cara con los dos amos del regimiento. El coronel se rascó su barba blanca:

-Bien, bien. Una bonita escena. Muy bonito. ¿Cómo es que ha pedido usted un traslado?

-Yo no he pedido ningún traslado, mi coronel. -Y le expliqué lo

que había pasado. El coronel dijo al comandante:

-Tenemos siempre la misma historia.

Este hombre, con el pretexto de que telecomunicaciones es una cosa técnica, nos roba los mejores muchachos.

-Puedo comprender que quiere los hombres con la mejor educación, pero ¡diablos!, en este caso se trata del sargento de la oficina del regimiento.

-Lo mismo digo yo. En fin, el asunto está terminado.

El comandante inició su retirada y yo le seguí. De pronto el coronel me llamó:

-Un momento, Barea.

Cuando nos quedamos solos, el coronel dejó caer su rigidez:

-¿Así que tú conoces algo de radiotelegrafía?

-No mucho, mi coronel, pero entiendo un poco.

-Y claro, ¿te hubiera gustado pasar a hacerte cargo de la estación, eh? Lo dijo con una sonrisa tan paternal que me forzó a contestar la verdad:

-Bien, sí, señor, francamente me gustaría más que la oficina. Se cambió instantáneamente en una furia:

-Lo que son todos ustedes, es un hato de desagradecidos. Se le saca a usted del frente, y se le ofrece un cargo que supone seguridad para el futuro, y éste es el pago que nos da. ¡Largo de aquí, pronto!

Tan pronto como los reclutas estaban completamente equipados, se les distribuía entre las compañías adscritas a Ceuta o a Tetuán para el período de instrucción. El choque entre los soldados veteranos y los reclutas era siempre violento, más porque los veteranos eran del mismo origen que los recién llegados. Su vida de cuartel de uno, dos o tres años no les había hecho menos primitivos, sino sólo les había ayudado a construir sus de-

fensas en el ambiente en que estaban, y a menudo había contribuido a desarrollar sus peores cualidades. Las bromas brutales y tradicionales, las novatadas, se sucedían unas a otras.

En nuestro cuartel, una de las primeras noches después de la incorporación, el cabo de servicio se lanzaba a la tarea de despertar a los reclutas uno por uno con una larga lista en la mano,

-¡Tú, arriba!

El recluta, mal despierto en su primer sueño profundo, después de la exhaustación de los primeros días de instrucción bajo el sol africano, abría unos ojos asustados.

-¿Cómo te llamas? [1]

-Juan Pérez.

El cabo miraba a través de la lista.

-Se te ha olvidado mear antes de acostarte. Hala, ya estás yendo a mear, ¡de prisa!

Obligaba así a cincuenta reclutas a correr en calzoncillos al otro extremo del patio. La broma se le había ocurrido a un cabo de la Primera Compañía de Zapadores y se había convertido en tradicional. Otra broma era colocar un cubo lleno de agua sobre la taquilla con el equipo que había a la cabecera de la cama, en forma tal que el recluta recibía una ducha total al acostarse o al levantarse. Y era inevitable que este mismo recluta, hoy tan iracundo, jugara mañana la misma trastada sobre los reclutas del año siguiente. Normalmente, el período de instrucción duraba cuatro o cinco meses. Pero aquel año se necesitaban los hombres en el frente. Los reclutas recibieron una instrucción sumaria y se les envió al campo, mezclándolos con los veteranos. Aquella masa de campesinos analfabetos, mandada por

[1] Años después de esta escena, el capitán Sancho se convirtió en una de las víctimas del movimiento fascista-reaccionario de España. Su nombre pertenece hoy a la historia de la República española, como el de uno de sus héroes. (N. del A.)

oficiales irresponsables, era el espinazo del ejército de España en Marruecos. Sí, se mandaron de la Península los así llamados «regimientos expedicionarios», despedidos con muchos discursos y muchos chin-chin, que llegaron a las tres zonas de Marruecos y fueron recibidos con idénticos discursos patrióticos e idénticas músicas militares. Durante semanas llenaron las primeras páginas y las columnas de ecos de sociedad de los periódicos; los hijos de buenas familias estaban entre los simples soldados de cupo, y los hijos de las familias más aristocráticas entre los «oficiales auxiliares». Pero estas unidades no fueron más que un estorbo. Las historias que corrían acerca de ellas eran incontables.

Un regimiento de artillería enviado desde las islas Canarias se hizo famoso por su puntería: tan pronto como nuestros puestos de vanguardia plantaban sus banderines para guiar a los telemetristas de su posición, las baterías de Canarias sembraban sus granadas sobre las señales con una maestría infalible. Un regimiento de Madrid se desbandó en el mayor pánico en plena operación, dejando en grave riesgo una compañía del Tercio; aquella noche los hombres del Tercio y los del regimiento madrileño se peleaban a puñaladas en una cantina en la playa de liguisas.

Los soldados de cuota que habían pagado su dinero para no ser soldados, y ahora se les obligaba a serlo, exigían privilegios sobre los soldados de cupo. Esto llevaba a un descontento general, no sólo entre los soldados sino también entre los oficiales, porque muchos de estos expedicionarios llegaban con cartas de recomendación de diputados, de obispos y hasta de cardenales. En los cuartos de banderas se festejaba a los hijos de aristócratas famosos, quienes, en pago de salvarse de ir a las líneas de fuego, pagaban el vino -a veces las mujeres- y mandaban a papá una lista de candidatos a futuro ascenso por méritos de guerra o al menos a una condecoración.

Los veteranos de África tocaban las peores consecuencias de

esta situación. Lo sentían y lo resentían. Sabían que desde la llegada de estos «refuerzos» se habían aumentado su trabajo, sus marchas y sus contramarchas, y el peligro en el frente de batalla. Hasta el Tercio presentaba signos de insubordinación.

Un día una compañía del Tercio se negó a comer el rancho. El primer hombre en la fila gritó algo como:

-¡Estos hijos de puta de los expedicionarios tienen gallina y champán con los oficiales y a nosotros nos dan mierda!

Cogió el plato de estaño y lo estampó en el suelo. El oficial de guardia le pegó un tiro en la cabeza. El segundo legionario se negó a coger su comida. El oficial le dejó tendido al lado del caldero. El tercero titubeó, recogió su comida, y después la tiró al suelo. El oficial le mató. El resto se comió sus porciones en silencio. Unos pocos días después, tres oficiales de aquella compañía fueron muertos en Akarrat en una operación. Los tres habían recibido los tiros por la espalda.

Sin embargo, esta clase de reacción violenta era rara. En general, los hombres adoptaban una actitud de resistencia pasiva, de evasión y de indiferencia, que hacía mucho más difícil el manejo de las fuerzas en el campo. Cuando los oficiales trataban de imponer una disciplina más rígida, las cosas empeoraban. Los reclutas sufrían más que ninguno bajo las violencias de los de arriba y la violencia de sus propios compañeros, que les atemorizaban o los convertían en soldados indisciplinados e inquietos capaces de cualquier rebelión imprevista.

Estos soldados, la quinta de los nacidos en 1900, los ecos de cuya instrucción oía diariamente en Ceuta, estaban condenados más tarde a resistir el choque brutal de la retirada de 1924, un desastre infinitamente mayor que el Desastre de Melilla de 1921.

Los ataques de los moros rebeldes aumentaban. Fue el período de las victorias de Abd-el- Krim; hasta la zona de Ceuta se encontraba bajo la amenaza de su agresión. Todos los hombres

útiles, con excepción de los «destinos imprescindibles», estaban en el frente. En Ceuta no quedábamos fijos más que unos treinta en total. Por la noche, el cuartel de Ingenieros estaba totalmente vacío. Durante el día montaban la guardia un cabo y cuatro soldados; por la noche, uno de los cuatro sargentos de oficina se hacía cargo y dormía en el cuerpo de guardia. El comandante mayor vivía en un pabellón a cien metros del cuartel y era fácil llamarle en caso de necesidad. Todos los que no estaban de guardia tenían pase para circular de noche y hasta para dormir fuera del cuartel. En los demás regimientos ocurría lo mismo, así que al cabo de un tiempo formábamos un clan en el que todos nos conocíamos, sabíamos nuestros sitios habituales en cada hora, y nos habíamos agrupado por antipatías y simpatías. De vez en cuando una compañía bajaba del frente por una semana de descanso, pero veíamos poco de ella. La compañía se instalaba en uno de los dormitorios comunales, los oficiales desaparecían instantáneamente, los sargentos les imitaban, y nosotros hacíamos la vista gorda a las andanzas de los soldados. Por una semana disfrutaban de libertad y se divertían como mejor podían. Nuestro pequeño mundo egoísta se mantenía inconmovible e indiferente, aun cuando la lucha no estaba tan lejos de nosotros.

Por entonces nuestro coronel alcanzó el límite de la edad y pasó a la reserva. Fue una revolución. El nuevo coronel procedía del Tercer Regimiento de Zapadores de Valencia. Tan pronto como puso pie en el muelle, se dirigió al cuartel a la inusitada hora de las nueve y media de la mañana.

En la puerta le recibió el cabo de cocina, un muchacho increíblemente gordo y bajo, con el uniforme lleno de grasa, y acompañado de dos soldados de la cuadra, igualmente sucios.

-¿Dónde está el oficial de guardia? -ladró el coronel.

-No hay oficial de guardia, mi coronel.

-¿Eh? ¿No hay oficial de guardia? Vaya usted a buscarle inme-

diatamente. ¿Por qué están ustedes tan puercos? ¿Y por qué hay sólo dos hombres aquí? ¿Dónde está el resto de la guardia? En la cantina, supongo, ¿no?

-Mi coronel, estamos solos...

-Cállese. Quedan ustedes arrestados. Esperen, venga conmigo uno, que yo vea esto. El cabo le acompañó a la oficina. Yo estaba allí solo, arreglando cuentas.

-¡Usted! ¿Qué hace usted aquí?

-Soy el sargento de Mayoría, mi coronel.

-Supongo que será usted alguna cosa, porque si no, no estaría aquí. ¿Cree usted que soy idiota? ¿Dónde está el comandante mayor?

-Creo que en su casa. En general no viene hasta las once.

-¿Y no hay ningún oficial aquí?

-No, señor.

-Cuando venga el mayor, que pase a verme inmediatamente. ¿Por qué tiene usted desabrochada la guerrera?

-Porque estaba solo, mi coronel. Hace tanto calor aquí, que en general trabajamos en mangas de camisa.

-Bien. Esto no puede volver a pasar. Queda arrestado. Esto le enseñará a presentarse ante sus superiores.

Cuando el comandante mayor vino, se encerró con el coronel, pero todos nosotros, hasta los ordenanzas, encontramos un sitio desde donde escuchar. La situación del despacho del coronel lo hacía fácil y también las voces destempladas de éste:

-¡Esto es una vergüenza! Ni un oficial de guardia; sólo un cabo sucio y dos soldados más sucios aún en la puerta. Ni un solo oficial en todo el cuartel, y ¡usted durmiendo sin ningún cuidado en su casa! Todo esto se ha terminado. ¿Ha entendido usted?

Hubo un silencio, en el que era imposible entender la respuesta

del comandante. Después, otra explosión:

-Ya veo. Aquí lo que pasa es qué ustedes están acostumbrados a arramblar con todo lo que pueden. Y eso se acabó. Desde hoy, todas las cuentas tienen que pasar por mis manos. Y no quiero ver más soldados sucios.

El comandante salió de allí con las orejas encendidas. A mediodía, casi todo el mundo estaba arrestado en el cuartel. Aquella noche llegó la Primera Compañía de Zapadores, después de estar un año sin interrupción en el frente. Seguramente nadie se enteró de que existía un nuevo coronel, y una hora más tarde todos se habían perdido en las tabernas y en los burdeles de la ciudad. Yo me fui a casa de Chuchín a cenar y volví a las once de la noche para hacerme cargo de la guardia. Pero llegué cinco minutos más tarde. El cabo de guardia me dijo:

-Sin novedad. Lo único que pasa es que el capitán Jiménez, el de la Primera Compañía, está en el cuarto de banderas y ha dicho que se presente usted a él.

No tenía nada de extraño que el capitán estuviera allí. El cuarto de banderas servía a menudo de alojamiento a los oficiales de paso, y se habían previsto allí tres dormitorios, siempre preparados, y un cuarto de baño. También era normal que un oficial llamara al sargento de guardia y le pidiera alguna cosa. Llamé a la puerta y entré.

-A sus órdenes, mi capitán.

-¿Sabe usted la hora que es?

-Las once y cinco...

-Cállese. Cuando un superior le habla usted se calla. ¿Qué hora es ésta de venir al cuartel? Los sargentos tienen que estar aquí a las once en punto. Queda usted arrestado.

-Pero...

-Cállese, le digo. Y márchese inmediatamente.

-Mi capitán...

-¡Cállese! -Saltó de la silla como un poseso, como si fuera a lanzarse sobre mí. Perdí la cabeza y a la vez grité:

-¡Cállese usted! Aquí soy yo el comandante de la guardia. Y mientras lo sea, no permito que usted ni nadie me trate así.

Lo absurdo de la situación debió dejarle paralizado. Se sentó de nuevo:

-Qué, ¿usted es el comandante de guardia? Vamos a aclarar eso. Así que usted está de guardia como yo, sin saberlo. ¿De dónde sale usted ahora?

-De cenar. Tengo pase para dormir fuera del cuartel. Lo que pasa es que todos los sargentos turnamos cada noche para que haya alguien aquí, y nos hacemos cargo de la guardia.

-Todavía lo entiendo menos. Bueno, está bien. Está usted arrestado y mañana ya aclararemos esto. Y se me olvidaba: hoy soy yo el capitán de guardia.

Aquella noche los cuatro sargentos estábamos arrestados. Nos siguieron todos los soldados de la Primera Compañía de Zapadores, que iban al calabozo a medida que llegaban en la noche; y por ultimo todos los destinos. Se tocaba diana a las siete, y cinco minutos antes de las siete apareció el coronel. Afortunadamente estaba despierto, porque el sargento de guardia debe formar para la distribución del desayuno y preparar el parte de novedades de la noche, para que esté a las ocho en la comandancia general. El capitán Jiménez estaba profundamente dormido en su cama, desnudo como le parió su madre, agotado de su cacería nocturna y olvidado de que fuera comandante de guardia. No tenía tiempo de despertarle y tuve que dar yo mismo la novedad al coronel.

-¿Dónde está el capitán de guardia?

-Creo que durmiendo, mi coronel.

El coronel se precipitó en el cuarto de oficiales y cinco minutos más tarde salía con el capitán con la cara roja de sueño, pe-

leándose con los botones del uniforme. Se tocó llamada para el desayuno, y se presentó una docena escasa de soldados. El coronel inició uno más de sus rugidos:

-¿Dónde está esta canalla? Durmiendo, ¿no? Por esto es por lo que yo he venido. Esto es una vergüenza.

Y se dirigió a uno de los dormitorios con el capitán y yo pisándole los talones. El dormitorio estaba vacío. El coronel se quedó en medio de la inmensa nave, contemplando estupefacto los equipos amontonados sobre las camas.

-Pero ¿dónde está esta gente?

El capitán, tragando saliva, contestó:

-Están arrestados, mi coronel. En la Prevención.

Y continuó sus explicaciones. Cuando terminó, el coronel le arrestó a él también. Los sargentos acordamos quedarnos bajo el arresto en el cuerpo de guardia, la Corrección, y no ir a nuestras oficinas, dejando el trabajo empantanado. Nos vinieron a buscar a media mañana y nos levantaron el arresto. Desde aquella mañana se entabló una guerra abierta entre el coronel y el regimiento. El peso más grande de esta batalla cayó sobre el comandante mayor y sobre mí. El rigor de la disciplina militar llevado al extremo puede hacer miserable la vida de un subalterno, pero el mismo rigor aplicado por todo un regimiento puede destruir la vida de su coronel. Ocasionalmente, yo disfruté lo indecible con aquella batalla.

Pero aprendí una lección más: aprendí los límites de seguridad que ofrecía el cuartel. Un sargento no era más que un sargento. Un trastorno en el hígado de un superior le podía convertir de nuevo en un soldado raso de la noche a la mañana, después de tres o de veinte años de servicio.

El embrión de dictador

Capítulo V

Mi amigo Sanchiz había sido reintegrado a la oficina de la Legión en Ceuta y nuevamente me llevó a la taberna del Licenciado. Fui en contra de mi aversión interna, pero mi pesadilla ya no existía más. La puerta había perdido su color de puñalada y estaba pintada ahora en un rosa claro. En lugar de las lámparas de petróleo goteantes, colgando de ganchos de alambre, resplandecía la luz eléctrica; las paredes rojas eran ahora color crema, y el mostrador, similar al de millares de tabernas en España, un tablero de encina y sobre él la columna de grifos sobre la pila le estaño. El Licenciado se había cambiado en un comerciante próspero y satisfecho, enfundado en su mandilón a rayas verdes y negras.

La mayoría de los clientes eran aún soldados del Tercio y prostitutas de la Barría, pero los viejos presidiarios y las viejas celestinas con sus caras taraceadas de sífilis o de sarna habían desaparecido. Soldados de otros regimientos entraban libremente v se sentaban a beber una botella de vino acompañada de un bonito curado al sol. El pescado seguía colgado de la viga central sobre el mostrador, pero ahora la viga estaba limpia y el bonito no sabía más a hollín de petróleo.

-Chico, ¡cómo ha cambiado esto! -le dije a Sanchiz.

-Nada cambia a las gentes como el tener dinero. Cuando el Licenciado se instaló aquí con unas cajas de botellas y unos pellejos de vitriolo en lugar de vino, no tenía un céntimo. Lo único que tenía era los ríñones de poner una taberna para dar de beber al Tercio, cuando nadie quería vendernos en todo Ceuta

ni un vaso de vino. Ahora ha ganado un montón de dinero y hasta se da el lujo de escoger los parroquianos. Espérate un poco, y le vas a ver en un par de años más montar un bar moderno aquí mismo y presentarse a las elecciones para concejal. Sanchiz hizo una pausa y se quedó pensativo:

-¿Tú sabes que de todos aquellos que formaron la primera bandera del Tercio no queda casi nadie ya? Los novios de la muerte, ¿te acuerdas?, se han casado. Yo soy uno de los pocos que aún no han encontrado la novia, y parece que voy a tener que esperar aún un rato. Es una pena.

-No pienses en ello. Te morirás como nos morimos todos, cuando te llegue la hora. Y no lo vas a cambiar, aunque te empeñes en pegarte un tiro o en que alguien te lo pegue. En lugar de eso, cuéntame qué ha sido de tu vida todo este tiempo.

-He cambiado mucho, muchacho. ¿Tú sabes que hace ya un año que nos encontramos en Beni-Arós? En este año he visto más cosas que en todos los demás treinta y ocho años de mi vida. Me he quedado cano. -Se quitó el gorro y vi que sus cabellos rubios se habían vuelto de plata.

-Bueno, cuéntame qué te ha pasado.

Pero aquel día Sanchiz no estaba de humor para hablar de la guerra ni del Tercio. En cambio comenzó a contar a retazos lo que le había llevado a la Legión, cuando tenía treinta y seis años, a él, un hombre que nunca había sido soldado y que parecía predestinado a trabajar toda su vida en una oficina.

Sanchiz procedía de una familia de clase media en buena posición. Sus padres le habían dado una educación sólida. Había estudiado la carrera de comercio en una época en que aquellos estudios eran una novedad en España, y hasta una absurdidad. Obtuvo también el título de abogado y antes de los treinta años era director de una sucursal en España de una de las más famosas firmas de Norteamérica. Se casó. Fue un matrimonio perfecto. Al cabo de un año, el matrimonio esperaba el primer

hijo, pero éste no llegó a nacer. La mujer tuvo que ser operada y quedó inutilizada para tener más hijos. Sanchiz se resignó a esto y dedicó toda su energía a hacer feliz la vida de su mujer. La amaba ciegamente. Pocos años después, la mujer comenzaba a languidecer y la sensibilidad física que había producido la operación se acentuó. Fue en aquella época cuando yo conocí a Sanchiz. La llevaba entonces de un especialista a otro, en una peregrinación de esperanzas, mientras ella empeoraba más y más. Hasta que al fin los doctores decretaron que no podían seguir viviendo más como marido y mujer; tenía un cáncer en la matriz. Era posible una operación, pero los doctores se mostraban pesimistas sobre el resultado y la inválida se negó a ser operada. Fui testigo de lo que le pasó a Sanchiz entonces: el pensamiento de que el contacto físico, que para él era necesidad y felicidad, había herido a la mujer que quería, se convirtió en su tortura íntima. Cuando sobrepasó este estado, se encontró con que él, que era un macho normal y sano, vivía lado a lado de su mujer a quien deseaba sin cesar y sin esperanza. Intentó escapar de las exigencias del sexo, buscando otras mujeres, y el sexo se negaba a ello. A quien él quería era a ella. Acabó refugiándose en la bebida. La enfermedad de ella se había llevado los ahorros, y las borracheras de él le privaron de su trabajo. Tras un período de pobreza aguda, Sanchiz encontró un puesto de contable en una oficina, con doscientas pesetas al mes. Pero ¿qué eran doscientas pesetas para quien tenía una mujer enferma que necesitaba diariamente una inyección de morfina?

Cuando murió la mujer de Sanchiz, fui a su casa. La mujer murió envuelta en una vieja manta, sobre un somier, malamente cubiertos sus muebles con sacos rellenos de paja. No quedaban ropas ni muebles. Todo había pasado a las casas de empeño. Cuando se llevaron el cadáver, Sanchiz cerró la puerta del cuarto y dio la llave al portero. No volvió. Los pocos que le conocíamos creíamos que se había suicidado, porque desapareció. Pero nunca tuvo la decisión necesaria para ello: vagabun-

deó por Madrid, limosneando la comida y durmiendo en los bancos de los paseos. Cuando se formó la Legión, se alistó inmediatamente. La edad límite para ingresar en el Tercio era más baja que la de Sanchiz, pero su apariencia era de ser mucho más joven: era rubio, con piel blanca como leche, y sus mejillas eran frescas. No le pusieron dificultades. El Tercio no insistía en documentos, ni aun en los nombres de sus reclutas.

Se alistó en la Legión para que le mataran. Pero cuando se organizó y se establecieron las oficinas, le escogieron y le enviaron allí. El riesgo del frente de batalla le eludía. Se emborracho y se volvió pendenciero para que le echaran de la oficina. Pero sus superiores se habían encariñado con él y todo lo que hacían era dejarle arrestado en el cuartel por semanas enteras. Trató de provocar y desafiar a los peores asesinos de la Legión. Pero en un sitio donde las disputas se resolvían muchas veces con una puñalada o un tiro, los hombres simplemente se burlaban de Sanchiz y le pagaban una botella de vino para que se le quitara el mal humor.

Consiguió por fin que le enviaran al frente por dos meses de instructor de la bandera de voluntarios americanos, como un castigo, y fue entonces cuando se produjo el desastre de Melilla Sanchiz fue enviado allí. Hubo compañías del Tercio de las que no escapó un solo hombre ileso. Más de la mitad murieron allí. Sanchiz no recibió siquiera un simple arañazo. Por último, le reintegraron a la oficina. Nos encontrábamos muy a menudo: cada vez que Sanchiz se ponía a pensar en su propia historia, se emborrachaba hasta perder el conocimiento. Cuando se le pasaban los efectos de la borrachera, tenía un ataque de arrepentimiento e invariablemente o me mandaba un recado o venía a buscarme para dar un paseo juntos. Nos íbamos a lo largo del muelle de la Puntilla, a casi tres kilómetros de la ciudad, y nos sentábamos sobre las rocas de la escollera abierta al Adántico, cara a cara al mar, que a veces nos escupía.

-Hoy han venido cincuenta quintos -me dijo una tarde-. No

tienen idea de dónde se han metido. Esa gente no viene por las mismas razones que nosotros los viejos. Vienen sólo por darse postín.

Se puso a tirar piedras planas a ras del agua y a divertirse viéndolas brincar:

-¿Sabes?, la bestialidad es seguramente la cosa más contagiosa que existe. Cuando la primera bandera fue a Melilla inmediatamente nos pusimos a tono con el salvajismo de los moros. Ellos les cortaban los testículos a los soldados y se los atascaban en la boca, para que se murieran asfixiados por un lado y desangrándose por otro, tostándose al sol. Tú mismo lo has visto. Entonces nosotros inventamos un juego: les cortábamos las cabezas a los moros y adornábamos el parapeto de la posición durante la noche con ellas, para que los otros las vieran allí al amanecer. Bueno, también lo has visto; de todas formas, esto es lo que el Tercio fue desde el principio. Y ya no tiene enmienda. Pero no sé si tú te has enterado que ahora hay una nueva forma de engancharse en el Tercio; la gente firma sólo por el tiempo que dure la reconquista de Marruecos. Así, son diferentes a nosotros. Cientos han venido ya, muchos hijos de buenas familias, gentes educadas con un título universitario. Te puedes imaginar que al principio entre ellos y nosotros, los viejos, estalló la gorda y algunos no pudieron aguantarlo. Pero la mayoría se quedaron; y créeme, son hoy más salvajes que nosotros.

-Yo creo que esto depende sobre todo de los oficiales.

-Sí, naturalmente, depende de los oficiales. Pero tienes que darte cuenta que a los oficiales les ha pasado lo que a nosotros. Me acuerdo muy bien cuando se organizó el Tercio, que nuestros oficiales eran como los demás, con la única diferencia que la mayoría de ellos se habían jugado el dinero de su compañía y no tenían más salida que venirse al Tercio, y algunos eran lo que se llama valientes y querían ascender aunque fuera arriesgando el pellejo. Pero en cuanto tuvieron que entendérselas con

la primera bandera, ¿tú te acuerdas que la primera cosa que hicimos en Ceuta fue matar tres o cuatro gentes y que nos tuvieron que mandar a Riffien a toda prisa?, cambiaron inmediatamente.

-Creo que en el fondo no era más que miedo. Nos tenían miedo. Pero ellos eran los jefes y nosotros, la mayoría, no teníamos ni aun un nombre. Impusieron la disciplina bárbara que hay ahora: si un hombre se negaba a obedecer, se le pegaban dos tiros en la cabeza y en paz. Si otro se sobrepasaba un poco, se le llenaba la mochila de arena y se le hacía correr dos horas bajo el sol de mediodía. Lo que yo quiero decir es que nos contagiábamos unos a otros; y ahora los oficiales se han convertido en salvajes no sólo contra nosotros, sino contra todos y contra todo. De la primera bandera no quedó ni uno de ellos sano. Bueno, sí, el comandante Franco, creo que fue el único que escapó sin un agujero en la piel.

-Cuéntame algo sobre él. He oído un montón de historias. Por ejemplo, ¿es verdad que Millán Astray le tiene odio?

-Naturalmente, Millán Astray es un bravucón. Le he visto yo mismo. Cuando comienza a gritar: «¡A mí, mis leones!», seguro que nos vemos en un momento en un fregado serio. Atacamos a la bayoneta en avalancha, mientras él hace caracolear su caballo y da media vuelta y se va al Estado Mayor: «Eh, ¿qué les parecen mis muchachos?». Como, naturalmente también, ni el Estado Mayor ni los generales están nunca a la cabeza de las tropas, cuando hay un ataque de verdad pues ni ven ni quieren ver el truco. Se ha ganado la fama de héroe y ya no hay quien se la quite. Y precisamente el hombre que podría hacerlo es Franco Sólo que esto es un poco complicado de explicar.

Sanchiz se encerró de nuevo en su juego de tirar piedras al mar y se calló, hasta que insistí:

-Bueno, deja ya eso y continúa con tu historia.

-Mira, Franco... No, mira: el Tercio es algo así como estar en

un presidio. Los más chulos son los amos de la cárcel. Y algo de esto le ha pasado a este hombre. Todo el mundo le odia, igual que todos los penados odian al jaque más criminal del presidio, y todos le obedecen y le respetan, porque se impone a todos los demás, exactamente como el matón de presidio se impone al presidio entero. Yo sé cuántos oficiales del Tercio se han ganado un tiro en la nuca en un ataque. Hay muchos que quisieran pegarle un tiro por la espalda a Franco, pero ninguno de ellos tiene el coraje de hacerlo. Les da miedo de que pueda volver la cabeza precisamente cuando están tomándole puntería.

-Pero seguramente pasa lo mismo con Millán Astray.

-Ca, no. A Millán Astray no se le puede dar un tiro por la espalda. Ya tomó él buen cuidado de ello. Pero con Franco no es difícil. Se pone a la cabeza y... bueno, es alguien que tiene riñones, hay que admitirlo. Yo le he visto marchar a la cabeza de todos, completamente derecho, cuando ninguno de nosotros nos atrevíamos a despegar los morros del suelo, de espesas que pasaban las balas. ¿Y quién era el valiente que le pegaba un tiro entonces? Te quedabas allí con la boca abierta, esperando que los moros le llenaran de agujeros a cada momento, y a la vez asustado de que lo hicieran, porque entonces estabas seguro que echabas a correr. Hay además otra cosa, es mucho más inteligente que Millán Astray. Sabe lo que se hace; y ésta es la otra razón por la que Millán Astray no puede tragarle.

-¿Cómo se portó en Melilla?

-¿Franco? Créeme, es un poco duro ir con Franco. Puedes estar seguro de tener todo a lo que tienes derecho, puedes tener confianza de que sabe dónde te mete, pero en cuanto a la manera de tratar... Se le queda mirando a un fulano con unos ojos muy grandes y muy serios y dice: «Que le peguen cuatro tiros». Y da media vuelta y se va tan tranquilo. Yo he visto a asesinos ponerse lívidos sólo porque Franco los ha mirado una vez de reojo. Además, ¡es un chinche! Dios te libre si falta algo de tu

equipo, o si el fusil está sucio o si te haces el remolón. ¿Sabes?, yo creo que ese tío no es humano; no tiene nervios. Además, es un solitario. Yo creo que todos los oficiales le odian, porque los ¡trata igual que a nosotros y no hace amistad con ninguno de ellos. Ellos se van de juerga y se emborrachan - como cada hijo de vecino después de dos meses en el frente-, y éste se queda solo en la tienda o en el cuartel, como uno de esos escribientes viejos que tienen que ir a la oficina hasta los domingos. Nadie le entiende, y menos aún siendo tan joven.

En el año 1922 los acontecimientos se desarrollaron rápidamente en Marruecos y en España. Más de 60.000 hombres se mandaron desde la Península a título de refuerzos, pero el desorden y la desorganización entre estas tropas era tal que algunos de los jefes con experiencia en la campaña de África rechazaron el emplear estas fuerzas fuera de la retaguardia. Se extendió el descontento. En España, la protesta pública contra el desastre de Annual, y la exigencia de una investigación en las responsabilidades de este desastre, se habían enfocado primero sobre la persona del Rey y la del desaparecido general Silvestre; ahora se centraba sobre el alto comisario de España en Marruecos, general Berenguer. En la zona de Melilla, casi todo el territorio perdido en la catástrofe del año anterior se había recuperado en una reconquista espectacular. Sin embargo, la situación era crítica. Abd-el- Krim había hecho contacto con diferentes grupos políticos en diversos países de Europa, y sus fuerzas, bajo el mando de su hermano, se habían filtrado en la zona de Ceuta, amenazando Xauen. El Raisuni se había aliado con Abd-el-Krim, cuya amenaza a Xauen prometía romper el cerco que aún encerraba a los hombres del Raisuni, el cual también amenazaba con provocar una rebelión en la zona de Ceuta.

El número de bajas aumentaba incesantemente. El general Berenguer comenzó a hablar de dimisión tan pronto como se so-

metiera al Raisuni. Se contaba públicamente que el general Sanjurjo, comandante general de la zona de Melilla, era en realidad el alto comisario. En Madrid se sucedían uno a otro los gobiernos, sin lograr mantenerse más de unas pocas semanas a lo sumo. Cada uno dejaba a su sucesor el pleito marroquí, como un testamento en litigio.

Las cancillerías europeas consideraban la posibilidad de que España abandonara el protectorado de Marruecos y de que Francia lo recogiera. Nadie ponía en duda el hecho de que Abd-el-Krim estaba recibiendo material y auxilio técnico a través de la frontera francesa.

Todos nos dábamos cuenta de las contracorrientes que nos afectaban, pero no podíamos apreciar su extensión. Lo único que conocíamos con certeza eran los cambios del personal. Así, el teniente coronel Millán Astray había sido ascendido a coronel y había dimitido del mando de la Legión bajo pretexto de incapacidad física, debida a sus varias y terribles heridas.

Le pregunté un día a Sanchiz:

-¿Quién va a suceder a Millán Astray? ¿Franco?

-¡Puah! ¡Franco! A Franco se la han jugado de puño. Van a nombrar al teniente coronel Valenzuela. ¿Sabes?, no hay más que tres sucesores posibles entre los de su categoría: González Tablas, Valenzuela y Franco. Pero Franco es sólo un comandante y los otros son tenientes coroneles. Para hacerle a Franco jefe de la Legión, le tienen que ascender también a teniente coronel. Aparentemente, Sanjurjo le ha propuesto dos veces para el ascenso, pero todos los abuelos han dicho que sería demasiado ascenderle y, además, darle el mando del Tercio. Así que se lo van a dar a Valenzuela, y a Franco le van a dar una medallita.

En la primavera de 1923 el general Berenguer emprendió las operaciones contra Tazarut, el último refugio del Raisuni. Hacia el fin de mayo, las tropas entraron allí. El teniente coronel

González Tablas fue muerto en la operación. Berenguer dimitió; el gobierno de Madrid decretó la suspensión de todas las operaciones y anunció el licenciamiento de gran número de tropas. Por unos pocos días pareció como si la guerra en Marruecos estuviera tocando a su fin. Se habían entablado negociaciones con Abd-el-Krim, en un esfuerzo para hacer la paz con las tribus del Rif. En la zona de Melilla el ejército español había detenido su avance y se había atrincherado frente a Beni-Urriaguel, en espera del resultado de las negociaciones. Pero Abd-el-Krim quería la proclamación y reconocimiento como un Estado autónomo de la República del Rif, y para dar peso a sus exigencias, sus tropas continuaban atacando a las avanzadas españolas día y noche.

Una mañana temprano se corrió el rumor en Ceuta de que en la zona de Melilla había ocurrido un segundo desastre. Los legionarios estacionados en Larache habían sido enviados a Melilla a toda prisa. Pero en la prensa no había referencia alguna, y los oficiales que estaban en el secreto supieron guardarlo.

Al comandante Tabasco le llamaban cada media hora de la comandancia general de Tetuán. Al fin tuvo una conferencia con el coronel, y cuando dejó su despacho, tenía la cara muy seria. Al fin me dijo:

-Las cosas están yendo malamente otra vez, Barea.

-¿Pasa algo en Melilla, no, mi comandante?

-Sí. Parece que los moros han rodeado Tizzi-Azza y si lo toman va a haber un segundo Annual. No te vayas de paseo esta tarde, porque es posible que tengamos que organizar una columna de socorro en Ceuta.

Había oído hablar a menudo de la posición fortificada de Tizzi-Azza. Estaba en la cima de un cerro y había que aprovisionarla periódicamente con agua, comida y municiones. Los convoyes de abastecimientos tenían que pasar por un desfiladero estrecho y cada vez había que abrirse paso a tiros. Esta vez, los moros

habían cortado la carretera. El último convoy había entrado, pero no podía salir, y la posición estaba cercada.

Se organizó una enorme columna de socorro, y se rompió el cerco de Tizzi-Azza, pero durante el ataque el nuevo comandante del Tercio, el teniente coronel Valenzuela, fue muerto.

-Ahora Franco es el jefe de la Legión -dijo Sanchiz.

-Pero todavía no le han hecho teniente coronel -le repliqué yo.

-Le harán ahora. Aunque no quiera Millán Astray. ¿A quién otro van a poner aquí? De todos los oficiales que hay, no hay uno que coja el sitio, aunque se lo ofrezcan en una bandeja. Les da miedo.

Tuvo razón Sanchiz. Se pasó en las Cortes el ascenso de Franco y se le nombró jefe del Tercio.

El único comentario del comandante Tabasco fue:

-Bien, le han dado la extremaunción.

Al principio de julio, el general Berenguer cesó como alto comisario de Marruecos; le sucedió el general Burguete, y Ceuta preparó un desfile militar para rendirle honores. El día antes de su llegada el comandante mayor me llamó:

-Mañana hay un desfile en honor del general Burguete. Lo siento, pero no tengo a nadie más que a ti para ser cabo de gastadores.

En el ejército español, al frente de cada regimiento en formación, marcha la así llamada «escuadra de gastadores» -ocho soldados escogidos por su estatura y su apariencia física, que marchan en dos filas de a cuatro, precedidos de un cabo que actúa como guía del regimiento y ejecuta y marca todos los movimientos que han de ser seguidos por el resto.

No teníamos un cabo que pudiera realizar estos movimientos sin correr el riesgo del ridículo, e Ingenieros tiene una tradición de elegancia, con sus gastadores equipados con herramientas niqueladas. Me tuve que quitar mis galones de sargento y coser

en su lugar los de cabo; después, escoger los ocho soldados más decorativos que encontré en el cuartel. A fuerza de combinaciones llegamos a reunir algo que tenía apariencia de dos compañías con nuestro comandante mayor como jefe de la fuerza, jinete en un caballo blanco. Afortunadamente el coronel estaba en Tetuán. Las otras unidades de guarnición en Ceuta estaban tan escasas de hombres como nosotros y se arreglaron en una similar manera echando mano de todos los destinos. Éramos un gran número de sargentos convertidos en cabos y suboficiales convertidos en tenientes. Nos tuvimos que vestir en uniforme de «media gala» con guerrera de paño azul, insoportable en el calor africano de julio. Pero teníamos la seguridad de que la revista no iba a durar más de media hora y nos consolábamos, pensando que el barco estaba anunciado a las nueve y media de la mañana. Por esa razón de ser cuerpo distinguido, se nos destinó al pie del desembarcadero donde atracaría el barco. Estábamos allí a las ocho de una mañana radiante de luz, con un mar como un espejo. Por una hora aguardamos, fumando cigarrillos y consumiendo bebidas de los vendedores ambulantes que habían acudido como moscas. Pero después de las nueve atracó el barco y las bandas de los regimientos comenzaron a tocar la Marcha real, porque el alto comisario tenía los mismos honores que el Rey, en ausencia de éste. Todos los oficiales tuvieron que presentarse a rendir homenaje. Después, el general comenzó la revista de las fuerzas.

El general Burguete era un hombre alto, un poquito barrigudo, pero encorsetado, con un bigote enorme a lo káiser. Inmediatamente mostró que su inclinación hacia el prusianismo no se limitaba al estilo de sus bigotes. Escrutaba a los soldados uno por uno minuciosamente, mientras nos asábamos bajo el sol.

El uniforme de paño azul se usaba raramente en Marruecos, y la mayoría de los hombres lo habían recibido en el último momento de los almacenes del regimiento. Así que el general encontró ocasión sobrada para descubrir faltas en cada detalle de

cada pieza del uniforme. Comenzó a gruñir; al poco rato chillaba indignado; los oficiales de cada unidad chillaban a sus subalternos con idéntica indignación, y así sucesivamente, hasta el último hombre en las filas. Entre ochenta o cien quedaron arrestados. La revista se terminó a las once. Cuando ya parecía que era imposible prolongarla más, y esperábamos que nuestras desdichas y nuestros sudores tocaran a su fin, el general decidió que las fuerzas tenían que rendir el tradicional homenaje a la imagen de Nuestra Señora de África, a quien él iba a ofrecer su bastón de mando.

Permanecimos en formación otra hora frente a la iglesia, ensartando rosarios de maldiciones a la patrona y al general. Para final, éste decidió asomarse al balcón de la comandancia general, y desde allí presenciar nuestro desfile en columna de honor. Volvimos al cuartel a las dos. Tuvimos dos casos de insolación y cinco de desmayo. Lo mismo ocurrió con los demás regimientos. El nuevo alto comisario había emprendido bien su carrera.

Ah, ¡pero el general Burguete había venido «a poner orden en Marruecos»! La misma tarde se paseaba por las calles de Ceuta, arrestando soldados a diestro y siniestro. Se presentaban en grupos en los cuerpos de guardia. Los oficiales comenzaron a llegar después. El ejército de Marruecos tenía su manera peculiar de vestir y de comportarse en la calle, y esta manera era indudablemente diferente de la que se usaba en Madrid. Pero el general Burguete pretendía que los soldados de Marruecos, con sus uniformes descoloridos por el sol y con todas las huellas de la vida de campamento encima, aparecieran como los soldados de guarnición en Madrid en tarde de domingo.

Uno de ellos le replicó ásperamente:

-No tengo otra cosa, mi general. No tengo más que estos harapos, y piojos en cada costura, porque no me dan otra cosa.

-Todo el que no tenga un uniforme decente, debe quedarse en

el cuartel. Preséntese al oficial de guardia de su regimiento.

-Franco puede ser hermano suyo -me dijo Sanchiz, cuando le conté la historia-. Ya verás cuando venga a Ceuta.

Burguete entabló negociaciones inmediatas con el Raisuni. De un día al otro, el Raisuni, que estaba cercado en Tazarut a la merced del Gobierno español, se convirtió en un personaje importante: se le restauraron sus honores principescos, se le pagó una importante indemnización, y las tropas se retiraron del yébel Alam. Más tarde, el cabecilla comenzó a hacer indicaciones acerca de los oficiales españoles o nativos que deberían destituirse porque no le eran simpáticos. Los Ingenieros no estaban afectados por estas intrigas, pero la repercusión en otras unidades fue gravísima.

-Las cosas se están poniendo serias, chico -me dijo Sanchiz un día. A él le llegaban más noticias en la oficina del Tercio que a mí en la mía-. Tú sabes que nuestros oficiales están en muy buenas relaciones con los de Regulares. Al fin y al cabo, la mayoría de ellos habían servido con las unidades moras antes de venirse con nosotros. Como Franco. Y ahora, Burguete está despidiendo gente, según dicen, de acuerdo con una lista que le ha dado el Raisuni. Y algunos de los nuestros quieren rebelarse. Bien, yo creo que es una cochinería el poner al granuja ese del Raisuni en andas, después de los miles de muertos que nos ha costado. Yo no sé lo que Franco va a hacer. Dicen que está verdaderamente furioso y que ha hecho una protesta. Pero lo que sí puedo decirte es una cosa: si quiere levantar la Legión, nos vamos detrás de él como un solo hombre y te advierto que la cosa sería un poco más seria de lo que puede imaginarse.

Sin embargo, lo que estaba pasando no era una política personal de Burguete, sino del Gobierno de Madrid. Quería atraerse al Raisuni, para tener las manos libres con Abd-el- Krim y terminar el conflicto de una manera o de otra. Al mismo tiempo, seguían negociaciones de paz con Abd-el-Krim y negociaciones para el rescate de los prisioneros que tenía.

Era simplemente una renovación de la tradicional política seguida en Marruecos: la política de soborno de los jefes de kábila que eran bastante fuertes para enfrentarse con el ejército. Se sobornaba al Raisuni, y se tenían esperanzas de sobornar a Abd-el-Krim. Se estaban repatriando las fuerzas expedicionarias. El país estaba en la mayor ignorancia de lo que se tramaba, pero nosotros en Marruecos estábamos tensos y comenzaban a formarse facciones en el ejército.

El ejército contenía dentro de sí tres grandes núcleos. Dejando aparte los pocos que estaban en contra de la aventura marroquí en un sentido general, la parte del Gobierno la tomaban abiertamente todos los que querían estar tranquilos y vivir a gusto en una guarnición provinciana que tenía un sobresueldo de guerra. Pero estaban allí los veteranos de África, interesados sólo en la vuelta de los tiempos felices en que sin mucho riesgo se podía robar a manos llenas. Y por último estaban los «heroicos», que se llenaban la boca del honor de España, del honor de la monarquía y del honor de la nación, que sólo se podían salvar con guerra a toda costa.

Entre los «heroicos» estaba el nuevo jefe del Tercio. Y el Tercio crecía rápidamente como un Estado dentro del Estado, como un cáncer dentro del ejército. Franco no estaba contento con su ascenso y su carrera brillante. Necesitaba guerra. Y ahora tenía en sus manos el Tercio, un instrumento de guerra. Hasta el último de los soldados del Tercio compartía esta creencia y se sentía absolutamente independiente del resto del ejército español, como si fuera de una raza aparte. Formaban su sociedad aparte, voceaban sus hazañas y mostraban su desprecio hacia los demás.

-Nosotros somos los salvadores de Melilla -decían. Y era verdad.

Pero de ser un héroe de esta clase a ser un rebelde -y un fascista-, no hay más que un paso.

Adiós a las armas

Capítulo VI

Un día, el comandante Tabasco me llamó al Despacho y me dio un paquete de hojas manuscritas.

-Haz el favor de copiarme esto a máquina, con tantas copias como puedas. Es una cosa completamente confidencial lo mejor sería que lo hicieras a solas por las tardes.

Me copié largas listas de «miembros» y de «candidatos a miembro»; de proposiciones y de resoluciones. Me tomó algún tiempo llegar a comprender que don José era algo así como una especie de secretario general de las juntas de Oficiales de Ceuta. Aparentemente se planeaba una asamblea de representantes de todas las juntas militares de España para la segunda mitad del año 1923 en Madrid, «pendiente de acontecimientos imprevistos», y don José iba a ir allí como uno de los delegados. Sería fácil organizar la conferencia durante los permisos de vacaciones veraniegas y reunirse representantes de todas las armas, de todas las unidades y de todas las guarniciones:

«No podemos cerrar los ojos a la marcha que los acontecimientos están tomando en el país. Nosotros, los militares, tenemos el deber de servir a la Nación, y el país no puede ir más lejos en este camino desastroso. Estamos en las manos de los revolucionarios ¿Cómo, si no, el Parlamento se atrevería a atacar al jefe supremo del Estado, o cómo podría haber partes del país que pretendan declararse independientes? Es nuestra obligación salir al paso de los acontecimientos...»

Había oído hablar de las juntas -¿qué español no había oído hablar de ellas?-, pero nunca había encontrado a uno de sus

miembros. Interesado en saber más, le pregunté ingenuamente a don José:

-Entonces, ¿las juntas están dirigidas por el Gobierno, don José?

-¡Hombre! Eso es lo que el Gobierno quisiera. ¡Ca!, las juntas son independientes. Son los cimientos de la nación.

Puse una cara perfectamente idiota y don José se echó a reír:

-Ya veo que no te das cuenta de lo que está pasando a tu al rededor. Mira, muchacho: España estuvo ya una vez al borde del desastre, en 1917, durante la gran guerra. Los franceses y los ingleses no estaban muy contentos con nuestra neutralidad y trataron de arrastrarnos a la guerra, protegiendo a todos los enemigos de la nación, a los socialistas, a los anarquistas y a los republicanos y masones; hasta lo intentaron con los liberales. Se las arreglaron para convencer al conde de Romanones, que entonces era el presidente. Los socialistas y los anarquistas organizaron una huelga general... Pero tú debes acordarte de aquello, porque ya eras un muchacho.

-Claro que me acuerdo, mi comandante. Pero la huelga general estalló por la subida de los precios y porque el pueblo decía que estábamos mandando fuera todo lo que necesitábamos para vivir. Los trabajadores pedían o una baja en el precio del pan o un aumento en los jornales.

-¡Puah! Eso fue únicamente el pretexto. La verdad era que lo que ellos pretendían era hacer una revolución idéntica a la que entonces comenzaba en Rusia.

-Pero los aliados estaban en contra de la Revolución rusa, mi comandante.

-Tú no entiendes una palabra de esto. Los aliados se volvieron contra los revolucionarios rusos después, cuando los rusos se negaron a seguir luchando por ellos. Les estuvo bien empleado, porque la revolución fue fabricada por los mismos ingleses y

franceses. La criada les salió respondona. ¿No te acuerdas cómo los aliados fomentaron la revolución en Alemania?

-¿Así que usted cree que los aliados hicieron la revolución alemana?

-Pues claro, muchacho. ¿Quién, si no? Ciertamente no fueron los alemanes. Estaban bastante deshechos ya los pobres para buscarse más complicaciones. La hicieron los aliados, porque querían destruir a Alemania para siempre. Pero eso es otra historia. De todas maneras, en España Romanones nos quiso meter en la guerra; y como él solo era muy poco, él y sus amigos incitaron a los republicanos y a los obreros para poder así justificar que todo el país quería ayudar a los aliados. Pero había que mostrar a la gentuza que no habían contado con la huéspeda: un gran patriota llamó a todos los oficiales que tenían un sentido del honor, y se habló clarito al Gobierno: «¡O se rompe con la gentuza, o ponemos las tropas en la calle!». Afortunadamente no fue necesario. Pero las juntas siguieron funcionando. Después de todo, habíamos tenido un buen ejemplo de lo que son capaces los malos españoles y no queríamos que nos cogieran descuidados otra vez.

-Me parece recordar que en 1917 el ejército no estaba todo él unido. El mismo Millán Astray se puso en contra de las juntas, ¿no, mi comandante?

-¡Oh, sí! Y hasta nos quería fusilar a todos. Pero Millán Astray no es un militar, es un maníaco. ¿Tú no conoces su historia?

-No, señor.

-Bien. Allá, a fines del siglo, en los noventa, su padre era director de la cárcel Modelo de Madrid. Cuando los prisioneros querían irse de juerguecita, le daban una propina al director y se marchaban libremente toda la noche. Pero ocurrió que un preso, que se llamaba Varela, salió una noche, asesinó a su madre, aplastándole la cabeza, y le robó lo que tenía, con la complicidad de la criada. Cuando la policía descubrió cómo habían pa-

sado las cosas, metieron en la cárcel al viejo Millán Astray. El hijo, que entonces era un chiquillo, se volvió loco. Dijo que su padre era inocente y que él mismo iba a restaurar el honor de la familia. Entonces la guerra de Filipinas estaba en su apogeo, y allá se hizo famoso por su bravura. Le ascendieron y pusieron al padre en libertad, pero esto no curó al hijo. En 1917 ametralló a los obreros en huelga, y nos hubiera ametrallado a nosotros también.

-Y ahora las juntas quieren evitar que Millán Astray se subleve.

-No, las juntas no se preocupan de pequeñeces. Lo que nosotros queremos es evitar que las cosas sigan como van. Estamos al borde de una revolución. La plebe se las ha manejado para hacerle al Rey responsable de cada cosa que ha pasado en Marruecos. Intentan proclamar la República y hacernos abandonar Marruecos. Los ingleses estarían encantados. Se establecerían ellos mismos en Ceuta y se saludarían de una a otra orilla. Pero las cosas no les van a salir tan fáciles.

-Entonces, ¿usted cree que el general Picasso [2] está en combinación con toda esa gente?

-El general Picasso es un pobre infeliz que no ve más allá de sus narices. Le han echado arena en los ojos y se traga cada historia que le cuentan. ¡Como si los papeles, que se supone haber encontrado en la mesa de Silvestre, fuera posible, si hubieran existido, que Silvestre los dejara a la vista de cualquiera! No importa, todos esos trucos no conducen a nada, porque para eso estamos nosotros. Y si es necesario un pronunciamiento, lo habrá.

Me era un poco difícil comprender lo que quería decir. ¿Un pronunciamiento? ¿Contra quién? ¿Por qué? ¿Por una vuelta a

[2] Auditor del Consejo Supremo de Guerra y Marina, a quien se confió la investigación de las causas del desastre de Melilla, y quien en 1922-1923 preparaba el así llamado «Expediente Picasso», un documentado proceso en el que aparecía la culpabilidad del Rey. (N. del A.)

los tiempos de Fernando VII o de Isabel II, cuando los generales regían el país?

Hablé de ello con Sanchiz y se echó a reír:

-Está bien que toda esa gente charle, pero no han contado con Franco, ni con nosotros. Pasará lo que el Tercio quiera que pase; ya lo verás.

Me encontré más confundido aún y al mismo tiempo inquieto. Unos pocos días más tarde hablé al capitán Barberán, nuestro capitán cajero, quien yo sabía era diferente a los otros. Había una especie de camaradería entre el capitán y yo, desde que un día me encontró dibujando un mapa de Marruecos, cuando era cabo en la oficina. Él mismo se encerraba cada tarde en su despacho para estudiar y hacer cálculos. Aquel día vino a mi mesa, miró lo que hacía, lo criticó y corrigió y comenzó a enseñarme topografía. De vez en cuando me llevaba a las canteras de Benzú para hacer prácticas de campo, mientras él hacía sus experimentos con algunos aparatos eléctricos extraños, en tanto que yo levantaba los croquis. Al cabo de un tiem-po, me explicó lo que estaba haciendo. Él era un piloto de aviación y estaba haciendo estudios en navegación aérea. Existía un nuevo método de orientación, que no era conocido de media docena de personas en España; era muy complicado de explicar, pero, contado en dos palabras, consistía en guiarse por ondas radioeléctricas. Ahora estaba trabajando en ello, porque «unos pocos amigos y yo tenemos un proyecto: queremos volar a América».

Estaba obsesionado con volar, y supongo que me contó la historia, simplemente porque yo no me cansaba de escuchar sus disertaciones técnicas. El capitán Barberán era un hombre pequeño y vivaracho, con ojos febriles tras las gafas, prematuramente calvo, silencioso y retraído. Sus relaciones con los otros oficiales eran restringidas; nunca tomaba parte en sus juergas y vivía una vida de recluso. Parecía un fraile ascético vestido de uniforme.

No me hubiera atrevido a hablar al capitán Barberán de problemas políticos. Pero unos pocos días después de haberme tropezado con las juntas en nuestra reducida vida de guarnición, él mismo me dio la ocasión de ello, comenzando como siempre con su obsesión:

-Claro que se arriesga la vida volando. Pero al menos se arriesga por algo grande. -Se rió con una risilla nerviosa-. Realmente, yo soy un ambicioso. Ya se han hecho vuelos transatlánticos, pero nosotros, los españoles, tenemos el deber de volar a Suramérica. Tenemos tantas obligaciones...

Estábamos recostados en el parapeto de la terraza del cuartel, que domina el conjunto del estrecho de Gibraltar. El capitán Barberán se inclinó sobre el telémetro y ajustó los tornillos. Se quedó mirando un largo rato a través de los oculares. Cuando se enderezó, dijo:

-Ésta es otra de las cosas que tenemos que hacer. El Peñón es un trozo de tierra española que tenemos que rescatar... ¿Qué opinas tú de esta guerra?

-Mi capitán, yo no tengo opinión.

-Todo el mundo tiene opiniones. No te acuerdes de que soy un capitán.

-Pues..., en mi opinión..., creo que Marruecos es un mal asunto para España.

-¡Caramba! Un mal asunto. Así en rotundo. ¿Y de quién crees tú que es la culpa?

-De mucha gente. Primero, de los que hicieron el tratado de Algeciras. Por un lado, el Gobierno de España quería algo que permitiera al ejército borrar las derrotas de Cuba y Filipinas, y a la vez diera una manera de vivir a los generales. Por otro lado, estaba Inglaterra interesada en no tener frente a frente en el Estrecho otra potencia, ni aunque fuera Francia. Y Alemania tampoco quería a Francia en el Estrecho. Entre todos, nos me-

tieron en el lío. Mientras nos estemos peleando con este problema de Marruecos, ni somos ni seremos una potencia en Europa. Tal vez nos ha salvado de la gran guerra, pero nos ha arruinado como nación.

-¡Hum! ¡Vaya unas teorías que te has formado! Aunque hay algo de verdad en ellas. ¿Tú sabes que Inglaterra no nos permite fortificar Ceuta o Sierra Carbonera? Todavía están allí las viejas baterías Ordóñez de 1868, y en algunos sitios hasta cañones de bronce.

-Pero ¿quién ha estado suministrando a los moros municiones, desde que comenzó el ataque en Melilla hace veinte años? Los fusiles son franceses y los cartuchos también. Pero este tráfico sirve a los intereses de nuestra propia gente; ¿por qué negarlo, mi capitán? Una vez, en Kudia Tahar, escuché una conversación por teléfono entre el general Berenguer y el general Marzo. El general Marzo había realizado una operación para establecer unos cuantos blocaos y una posición fortificada. Y pasó que yo estaba con el telegrafista que hizo la conexión con el cuartel general. Preguntó el general Berenguer: «¿Qué, cómo lo habéis pasado?». «Muy mal, viejo», dijo el general Marzo. «¿Pues qué ha pasado? ¿Habéis tenido muchas bajas?» «No. Lo que ha pasado es que esos cabrones no han disparado un solo tiro contra nosotros; y así no se va a ninguna parte.» Y ahora hacemos la paz con el Raisuni, dándole todos los honores, y tratamos de hacer lo mismo con Abd-el-Krim, porque las cosas se han puesto feas. Una guerra de verdad no le conviene a cierta gente, porque puede terminar con una verdadera conquista y con una pacificación final de las kábilas. Y esto sería matar la gallina de los huevos de oro.

-Entonces, ¿tú crees que deberíamos o conquistar la zona de una vez o abandonar Marruecos?

-Sí, señor. Evacuarlo. Yo creo que nos deberíamos dirigir a las potencias que nos hicieron el encarguito, y decirles: «Señores, aquí lo tienen ustedes y compónganselas como quieran». Y

creo que tres cuartas partes del pueblo español cree lo mismo. Menos los militares de carrera, claro.

-Bien, no sé; unos pocos en el ejército estarían de acuerdo contigo. En fin, ya veremos en qué acaba todo esto...

De improviso apareció un nuevo personaje en las cabeceras de los periódicos: Horacio Echevarrieta, uno de los magnates de la minería española. Era un amigo de Abd-el-Krim y se ofrecía a ir a verle en el corazón del Rif y negociar con él el rescate de los prisioneros. Las gentes aclamaban entusiasmadas la idea; Echevarrieta aparecía como un salvador. Los oficiales del ejército en Marruecos protestaron: «Sería una intolerable desgracia. A los prisioneros había que liberarlos a bayonetazos». Pero el Gobierno soportó el proyecto y Echevarrieta logró el rescate de los prisioneros, a cambio de unos cuatro millones de pesetas.

El comandante Tabasco se paseaba furioso en su despacho:

-Esto es una indecencia. ¡Como si nosotros no existiéramos! El ejército ya no cuenta para nada. Naturalmente, Echevarrieta es un buen amigo de los Mannesmann, y lobos a lobos no muerden.

Honradamente, yo estaba un poco desconcertado por la ira del mayor. A mí me parecía magnífico que alguien hubiera rescatado a unos centenares de españoles de una esclavitud tan mala como la de la Edad Media. Sabía, sin embargo, que no podía discutir el problema con mi jefe y que lo mejor era hacerse el sordo y el mudo. Pero Tabasco necesitaba una audiencia que respondiera a su peroración:

-¿Qué estás ahí, haciendo caras? ¿No sabes quién es Echevarrieta?

-No sé más que lo que todo el mundo sabe, que es un millonario de Bilbao y que conoce a Abd-el-Krim de cuando estudiaron juntos en la Escuela de Minas; y eso porque lo han contado los periódicos.

-Ya, ya, muy bonito. Lo que es, es un estafador y un granuja. Un amigo de Prieto, el socialista millonario; un granuja, eso es lo que es. ¿Tú no te has enterado aún que Abd-el- Krim tiene algunas minas extremadamente ricas en el Rif, y que esas minas son en realidad de Echevarrieta? Aquí tienes cuál es la verdadera amistad de esos dos.

-Es la primera vez que oigo eso, mi comandante.

-Y no me choca. Esas son las cosas que las gentes que quieren que abandonemos Marruecos no van a contarte. ¡Esas gentes que quieren hacerle a Abd-el-Krim sultán de la República del Rif! Escucha: dos hermanos alemanes, los Mannesmann, encontraron que en el Rif había minas de hierro y de algo más, manganeso o no sé qué. Y cuando Abd-el-Krim, el padre del actual, era jefe de Beni-Urriaguel, se fueron a verle y le sacaron una concesión. Esto pasó hace veinte años. Naturalmente, no podíamos conformarnos con este despojo, y entonces los hermanos Mannesmann promovieron la guerra de 1909 contra nosotros. Y Abd-el-Krim padre trató de destruir nuestras minas. Le tuvimos que sentar la mano y hasta metimos en presidio a uno de los hijos de Abd-el-Krim que se había establecido en Melilla y fundado un periódico. Cuando los alemanes vieron que su negocio se convertía en nada, arreglaron las cosas con Echevarrieta. Compró su concesión por una miseria y después hizo un convenio con Abd-el-Krim, el hijo. Juntos pidieron la firma del sultán reconociendo la concesión. Sí, muchacho, las gentes dicen que nosotros tenemos la culpa de todo lo que pasa; pero nadie os cuenta que en 1920 el sultán decidió que la concesión no era válida. Y esto es lo que ahora estamos pagando. Es el colmo de la impudencia, que uno de esos mismos hombres que han provocado el conflicto vaya ahora a visitar a su cómplice y a llevarle cuatro millones de regalo a costa del pueblo español. ¡Me puedo imaginar lo que se habrán reído los dos granujas, repartiéndose el dinero! ¡Vaya una mina que han encontrado! Bueno, no les va a durar mucho.

Cuando le conté a Sanchiz esta explosión, me dijo:

-Se le ha olvidado decirte que el hombre que anda ahora detrás de las minas es el conde de Romanones. Él es el propietario de todas las minas del Rif.

-Eso dicen los periódicos.

-Y lo creo. Los generales y los millonarios siempre se ponen de acuerdo. Los generales, porque no quieren perder sus ingresos, y los millonarios, porque quieren aumentar los suyos. Pero a mí me da igual. Que me peguen un tiro y me dejen seco, y los políticos se pueden ir juntos a la mierda.

-A ti te dará igual, pero a mí, no -le dije-. Yo creo que deberíamos acabar con Marruecos de una manera o de otra. Al menos así no matarían a gente que no quiere que la maten. Si tú quieres, os pueden dejar aquí a ti y a tu Tercio, y regalaros Marruecos.

-No sería mala idea. Pero ¿qué iban a hacer entonces los generales? ¿Y todos los que chupan aquí? ¿Los ibas a meter en el Tercio con nosotros? No seas idiota, hombre. El día que se termine Marruecos, habrá que encontrar otra guerra para los generales o, si no, la inventarán ellos. Y si las cosas se ponen muy mal, acabarán haciéndose la guerra entre ellos mismos, igual que hace cien años.

Entre tanto se iba aproximando la fecha en que expiraba mi tiempo de servicio militar y en la cual tendría el derecho de licenciarme. La situación financiera de mi familia estaba muy mal. Mi hermano Rafael estaba sin trabajo por haberse terminado la liquidación de la Panificadora. Sus cartas explicaban la imposibilidad de encontrar un empleo; no sólo había muy pocas vacantes, sino que los sueldos habían descendido enormemente. Los bien pagados no ganaban más de 150 pesetas al mes. Mi madre y mi hermana estaban viviendo de los ahorros y de las pequeñas ganancias de la frutería. Pero si las cosas se-

guían igual, tendrían que cerrar la tienda. Indudablemente, yo no tenía el derecho de presentarme allí y ser una carga más.

Sin embargo, sabía que tenía que abandonar el ejército. La decisión era cada vez mayor dentro de mí, o la había tenido siempre. Encontraba intolerable el ambiente del cuartel, mucho más ahora que estaba cargado de tensión. Me daba cuenta de que no podía sostener mucho tiempo mi situación equívoca, ni bailar en la cuerda floja, sin estrellarme un día. Hasta entonces había logrado no mezclarme en negocios sucios, sin chocar con los otros, gracias a que Cárdenas estaba más que dispuesto, bajo pretexto de ayudarme, a encargarse de liquidar las cuentas mensuales. Se resistía a perder los ingresos de la oficina de Mayoría y seguía firmando como antes, primero con la excusa de mi ignorancia y después con la de que el nuevo coronel con sus interferencias había creado dificultades, que sólo podía evitar uno con práctica. Pero ahora ya comenzaba a pensar que era hora de que yo me convirtiera en una pieza del mecanismo, y me repetía más a menudo:

-En lo sucesivo le voy a dejar en las manos todo esto, porque la verdad es que le estoy quitando la oportunidad.

-¡Bah! No se apure -le replicaba yo-. Me queda tiempo de sobra, y vale más que no haga ahora un desaguisado y me meta en un lío por unas pocas pesetas.

Hasta entonces, Cárdenas me daba quinientas pesetas de su bolsillo. Nunca he sabido cuánto se guardaba, ni tampoco llegué a entrar en el secreto de las cuentas entre él y el comandante mayor; pero aunque éste odiaba la idea de perder al hombre que había sido el depositario de sus secretos durante ocho años, era indudable que Cárdenas no podía continuar para siempre. Tarde o temprano, me vería forzado a firmar una cuenta o un recibo con una historia sucia detrás. Ambos, el comandante y Cárdenas, estaban seguros de que yo me iba a reenganchar y quedarme en tan provechoso puesto; de otra forma nunca me hubieran puesto allí; y yo me había cuidado muy bien de no

desengañarlos. Pero ahora estaba en un callejón sin salida. No había más que dos alternativas clarísimas o me licenciaba y corría el riesgo del hambre, o me quedaba y podía decirle adiós a mi vida propia.

Comencé a escribir cartas a casi cada persona que conocía en España, y las respuestas eran descorazonadoras: familiares y amigos me decían que no fuera un loco y que me quedara en el ejército. En él tenía mi carrera asegurada: ¿qué más quería?

Escribí a mí madre, explicándole la situación y pidiéndole consejo. «Haz lo que quieras», me contestó. «Las cosas van malamente aquí, pero donde comen tres, comen cuatro. Yo, por mí, me alegraría verte fuera del cuartel y tengo la seguridad de que saldrás adelante, aunque las cosas sean difíciles al principio.»

Con este consejo me decidí. Después de licenciarme, tendría aún dinero bastante para sostenerme tres o cuatro meses, y en este tiempo pueden pasar muchas cosas. Pero me rompía la cabeza pensando cómo iba a decirle al comandante que me marchaba, sin enfadarle y sin herirle después de lo que había hecho por mí. Y como a veces pasa, esta última dificultad la arregló el destino.

Caí enfermo de la noche a la mañana con una fiebre reumática aguda. Mi experiencia en Tetuán me hacía odioso el hospital y logré convencer al médico del regimiento que me dejara en el cuartel. Era un capitán joven, amistoso y locuaz, pero no muy interesado en su profesión, y me rellenó el cuerpo de salicilato y de morfina. Un día se sentó a la cabecera de mi cama:

-Bueno, ahora ya va usted estando mejor; un poquito débil, ¿no? De todas formas, no es usted muy fuerte. La culpa es de este cochino clima; el calor y la humedad no van con usted, amigo. Debería irse a España y vivir allí en un sitio alto y seco.

Cogí mi oportunidad instantáneamente:

-Para decirle la verdad, mi capitán, me he llevado un susto. Es la segunda vez que las he visto negras en África. Pero hay otra

cuestión: en un mes tengo que decidirme si me reengancho o no. Naturalmente, yo querría quedarme en el cuartel, porque aquí tengo la vida asegurada, pero estoy mucho más interesado en salvar el pellejo. Lo que no sé es lo que el comandante va a decir, si le digo que me voy.

-Decídase usted y deje de mi cuenta al comandante. Mi consejo es que se licencie. Usted no tiene el corazón muy fuerte y estos ataques siempre repercuten allí y producen complicadones; hasta es posible que ya no sea usted útil para el servicio militar. Yo le hablaré al comandante.

Efectivamente le habló, porque el comandante vino a verme

-¿Qué, cómo vamos?

-Mucho mejor, mi comandante. En dos o tres días creo que me levantaré.

-Bien, pero no te des mucha prisa. El doctor me ha dicho que no eres lo bastante fuerte para aguantar este clima. ¿Qué piensas hacer?

-Para decir la verdad, mi comandante, estaba pensando en licenciarme, porque el pedir el traslado a la Península no me conviene mucho. Usted sabe que yo no tengo mucha vocación militar y la paga de sargento en España es mucho menos que lo que yo puedo ganar... Claro es que estoy dispuesto a quedarme aquí, hasta que encuentre usted otro y esté enterado de las cosas.

-Siento mucho perderte, pero veo que no hay otra solución. No hace falta que te quedes más tiempo que el de tu licenciamiento, porque tenemos a Surribas que conoce todas las teclas que hay que tocar.

Y así se arregló todo, de la manera más fácil y más absurda. Me quedaban sólo dos problemas personales que resolver, el problema de Chuchín y el de mi perro Alí.

Durante nuestro ataque sobre Rockba-el-Gozal cruzamos a

través de una kábila que había sido arrasada por nuestra vanguardia. La mayoría de sus chozas no eran más que tizones y cenizas, cadáveres al sol y ruinas humeantes. La kábila había sido además saqueada y los restos del botín estaban esparcidos acá y allá. En el umbral de una puerta había un trozo de madera tallada que atrajo mi atención, y me incliné a recogerlo. Un perro surgió de un rincón y avanzó, gruñendo y mostrándome sus colmillos; pero cuando le hablé, medio en broma, medio en lástima, dejó de gruñir y se dejó acariciar y rascar las orejas. Estaba tan asombrado de la caricia que creo que fue la primera que había recibido en su vida. Después se vino tras de mí. Era un verdadero chucho: pelo lanoso sucio, de un amarillo rojizo mezclado con blanco, un rabo temblón medio pelado, un hocico narigudo y un cráneo chato y taladrado con dos ojos vivarachos: a través de su pelambrera enmarañada y sucia se le podían contar todos los huesos del esqueleto. Los perros de kábila aprenden a robar y a guardar su botín enterrado para los días de hambre; piedras, palos y puntapiés son para ellos la normalidad de cada día. Aquel chucho asqueroso era uno de éstos. El día que yo le encontré, trotó al lado nuestro veinticinco kilómetros. Cuando regresamos al campamento bebió agua hasta caerse sobre su tripa y después se tumbó atravesado a la puerta de nuestra tienda. La compañía le acogió como un elemento de diversión. En unas pocas semanas tenía el pelo lustroso y los huesos cubiertos de carne. Pero este perro, que toda su vida había vivido con moros, se convirtió de la noche a la mañana en su más encarnizado enemigo y se lanzaba rabiosamente sobre cada moro que se cruzaba en su camino. Nunca pude quitarle este resabio; podía detenerle en seco con un silbido agudo antes de que mordiera, pero el próximo moro que aparecía le ponía igualmente furioso.

Le puse de nombre Alí. Me adoptó como único amo. Mie-tras estuve con el tifus, esperaba días enteros a la puerta de la posición, incapaz de comprender, no haciendo caso a nadie. Cuan-

do me incorporé a la oficina de Ceuta, un soldado me lo trajo un día y al verme se volvió loco de júbilo. Aquel mismo día desapareció y no volví a verle, hasta ya entrada la noche en que surgió de pronto, meneando alegremente el rabo. Se plantó ante mí y dejó caer a mis pies un enorme trozo de carne. Pero el comandante Tabasco odiaba los perros y la oficina quedó prohibida para Alí. De alguna forma se dio cuenta de que el comandante era el autor de la prohibición, y por sí solo adoptó un sistema que llevaba a cabo cada día: en la mañana me acompañaba a la oficina y se quedaba allí, hasta cinco minutos antes de las once, la hora en que el comandante tenía costumbre de venir. Desaparecía entonces y volvía a la una, cinco minutos escasos después de marcharse el comandante, para acompañarme a comer.

Chuchín y Alí no se llevaban bien. Y sin embargo eran los dos únicos seres con los cuales tenía verdadera intimidad. Tenía amigos y conocidos, los soldados me estimaban y me respetaban, los sargentos eran buenos compañeros conmigo, bastantes oficiales me trataban amistosamente, pero no tenía intimidad con ellos. Los únicos que eran parte de mi propia vida eran Chuchín y Alí.

Y ahora sabía que tenía que sacrificarlos. Era claro que no podía presentarme en Madrid con una mujer y un perro, aunque yo mismo me decía que el inconveniente no era que fueran una mujer y un perro, sino que ambos fueran de la calle.

Le hablé a Chuchín:

-Mira, me voy a licenciar. El médico dice que el clima no me va.

-Entonces, ¿nos vamos a ir a Madrid? -replicó alegre.

-Bueno..., ése es el problema.

Cuando un hombre no tiene el coraje de enfrentarse con la verdad, una mujer se da cuenta perfecta. Se quedó silenciosa un poco y después dijo:

-Tal vez puedo encontrar trabajo en Madrid...

-Supongo que sí, pero la dificultad es precisamente qué podemos hacer hasta entonces. Ya sabes que mi hermano está sin trabajo; y yo me puedo sostener sólo tres o cuatro meses, pero ¿después?

-Podríamos...

-¿Qué?

-Podríamos vivir juntos. En lugar de irte a vivir con tu familia, podríamos vivir esos tres o cuatro meses, y en ese tiempo seguro que uno de los dos encontramos trabajo.

-Pero yo no puedo hacer eso.

Lo dije espontáneamente, sin pensar, y en aquel momento me di cuenta de que interiormente ya había decidido abandonar a Chuchín. Lo entendió instantáneamente. Y se enfrentó bravamente con ello.

-Está bien -dijo-; no necesitamos discutir más.

-Pero, chiquilla, déjame que te explique...

-No expliques nada. Sería peor.

Durante los siguientes días, Chuchín no cambió absolutamente su actitud externa; seguía tan cariñosa y tan alegre como siempre. Pero de vez en cuando, en momentos de distracción, su cara tomaba una gravedad que nunca la había visto antes. Una tarde la encontré con los ojos enrojecidos.

-¿Qué te pasa?

-Nada, querido. -Me miró con una sonrisa forzada. Me miró con sus ojos infantiles, grandes y claros; con la mirada de un perro perdido en la calle que os mira preguntando:

«¿Sabe usted dónde está?».

-Alégrate un poco. He venido para decirte que nos vamos a cenar a Los Corales esta noche. Tienes tiempo bastante para vestirte.

Y me marché huyendo porque veía que, si me quedaba, lo mismo iba a acabar llorando.

Nos fuimos a Los Corales aquella noche. Oliver estaba allí con una muchacha, los dos ya un poquito bebidos. Se acercó a nuestra mesa y se sentó:

-¿Es la cena de despedida?

-No seas idiota.

-¿Qué vas a hacer con esta mujercita guapa? ¿La dejas viuda?

-¡Mira, cállate!

-No te enfades. La cuestión es que si la dejas viuda, yo estoy dispuesto a casarme con ella. Es decir, si ella me quiere.

-¡Te he dicho que te calles!

-Bueno, bueno. Me voy. Pero mantengo lo dicho, muchacha; si este golfo te deja, aquí estoy yo.

No conseguimos animarnos. La intromisión de Oliver había sacado a la superficie lo que queríamos ignorar. Volvimos a casa en silencio y morosos, y nos acostamos. Chuchín se volvió de espaldas y los dos nos quedamos allí, sin palabras, sin dormir. Se pasaron dos horas y yo seguía despierto, y la sentía despierta a ella. A tientas, cogí un cigarrillo de la mesita de noche y lo encendí. Chuchín preguntó:

-¿No te duermes?

-No puedo.

Encendí la luz. La almohada tenía un redondel húmedo al lado suyo.

-¿Sabes? He encontrado trabajo. Me voy a Tetuán.

Abrió los brazos en cruz sobre la cama y se echó a llorar con sollozos que la sacudían toda entera. Cuando se calmó, se quedó dormida sin cambiar de postura. La cara hundida en la al mohada. Estaba amaneciendo. Me levanté sin ruido, me vestí y me fui a la calle.

El amanecer es rápido en el norte de África. Cuando llegué a la playa, el Estrecho estaba inundado de sol y sus rayos sesgados pintaban de cobres las casas blancas. Ceuta estaba vacío aún. El olor pesado del mar, acumulado durante la noche quieta, inundaba la ciudad y todo estaba cubierto de una capa finísima de rocío, que se evaporaba rápidamente bajo el sol, oliendo a sal.

Estaba disgustado y titubeante conmigo mismo. Yo había querido quitarme de encima el problema que representaba Chuchin, y ahora que el problema estaba ya resuelto, me encontraba vejado por la solución. Las bromas de Oliver me habían enfadado agriamente, las lágrimas de Chuchín me habían deprimido, y el anuncio de que se marchaba inmediatamente a Tetuán me irritaba. ¿Tenía tanta prisa que no podía ni aun aguardar a despedirme? Me caía de sueño y me escocían los ojos bajo la luz.

Detrás de las rocas de la playa del Sarchal me quité las ropas y me metí en el mar, El agua estaba aún fría de la noche. Me calenté desnudo, tumbado al sol, me vestí y me fui a una taberna de pescadores. Se me había despertado un apetito feroz y en lugar de desayuno me di un festín de pescado en salsa, recalentado de la noche antes. Cuando entré en el cuartel a las diez de la mañana, tenía la mente completamente despejada. Alí saltó a mí. Decidí también su futuro.

Se quedaría con Oliver. Entre los dos intentamos enseñarle a conocer quién era su nuevo amo, sin éxito alguno. Alí hasta entonces gustaba de jugar con Oliver y muchas veces se iba con él de paseo, por su propia voluntad, pero ahora no quería separarse de mí y hasta rechazaba desdeñoso los terrones de azúcar que el otro le ofrecía, aunque el azúcar era una de sus mayores debilidades. Hice un chiste estúpido:

-Bueno, Alí, ¿supongo que tú no querrás marcharte a Tetuán también?

Oliver estaba detrás de mí cuando lo dije, aunque yo no me había dado cuenta:

-¿Habéis regañado? No te enfades conmigo por la broma de la otra noche. Estaba un poquito borracho.

-No. No hemos regañado, pero se marcha a Tetuán. Comprende que no puede venir conmigo y es mejor que la cosa se resuelva así.

-Bueno, ahora, sobre el perro. Yo he pensado llevarle a casa de una muchacha amiga mía, hasta que te hayas marchado. Como ahora está es imposible. No hay nadie que le haga estar quieto. La noche última nos despertó a todos y al fin le tuve que atar en el patio.

-Mira, deja en paz al perro hasta que yo me vaya. Una vez que yo no le vea más, ya no me importa. Pero déjalo aquí hasta entonces.

-No te enfades. Yo lo decía porque verdaderamente nos está dando la lata.

-A mí no. Pero si te molesta a ti...

-Bueno, bueno. Tú tienes ganas de bronca. Aquella noche me quedé de guardia por última vez. A medianoche alguien llamó en los cristales de la puerta del cuerpo de guardia: -¡Adelante!

Entró el capitán Blanco. O mejor dicho, lo que quedaba de él: un hombrecillo miserable, más bizco que nunca, vestido con unos pantalones caqui sucios y una camisa pringosa. Estaba yo solo en el cuarto y lo hice sentar en mi propia silla, que no se veía desde fuera. Sabía que había sido juzgado por un tribunal de honor, por cobardía frente al enemigo, y que su expulsión le había librado de comparecer ante un tribunal de guerra. Naturalmente, estaba curioso de conocer sus reacciones. Mandé por una botella de coñac.

Blanco se sirvió un vaso grande, lo mantuvo contra la luz un momento y se lo bebió. Se limpió los labios con el dorso de la

mano en un gesto cansado, encendió un cigarrillo y sólo entonces abrió la boca:

-Hola, Barea. Se acabó el capitán Blanco. Lo único que queda es lo que estás viendo: unos pantalones viejos y una camisa sucia. Lo siento, pero me han faltado los riñones para pegarme un tiro.

-¡Bah! Eso fue un accidente, como le puede pasar a cualquiera, «mi capitán».

-No hay accidente que valga. Fue miedo, miedo puro.

Se me venía a la memoria lo que había oído: durante un ataque, había detenido a dos camilleros de la Legión que llevaban un herido, y había intentado, pretextando sentirse enfermo, que los camilleros dejaran al herido en el suelo y le cogieran a él en la camilla. Algunos oficiales del Tercio querían pegarle un tiro

Entonces preguntó:

-¿Tenéis algo que comer aquí?

-Antonio ya ha cerrado la cantina, pero no creo que se haya acostado. Voy a llamarlo. Mandé un ordenanza que volvió con el cantinero. Antonio había conocido a Blanco desde los tiempos en que éste vino de teniente a Ceuta. Con ruda franqueza le golpeó los hombros

-¿Qué te pasa? ¡Te han dado la patada! Bueno, no te preocupes, todos nacemos en cueros. Anímate y no pongas esa cara de leche agria.

Le trajeron huevos y chorizos fritos. Blanco se quedó mirando el plato y la media botella de vino.

-Lo siento, Antonio, pero no puedo pagarte esto.

-Pues no lo pagues. ¿Tan arruinado estás?

-No tengo ni lo que cabe bajo esta uña. -Hizo chasquear con los dientes la uña del pulgar derecho-. Me han echado sin dejarme recoger mi equipaje. Estos decentes señores me dijeron que era

un ladrón y un cobarde, y que podía darme por contento que no me metían en la cárcel o me ponían contra la pared. Así, se han quedado con todo lo mío, hasta con la querida. Ahora está de puta en Xauen y los oficiales hacen cola para acostarse con ella.

¿Sabes? A veces creo que yo mismo soy mejor que todos ellos juntos. Dígase lo que se quiera, al fin y al cabo, yo he pagado bastante por todo lo malo que haya hecho; pero a ellos aún no les han pasado la cuenta.

-¿Y qué vas a hacer ahora? -preguntó Antonio.

-Y yo qué sé. Me dan pasaje gratis hasta Algeciras, pero no más allá, y esto como un favor, porque no tengo derecho al pasaje. Pero claro es que no me quieren tener aquí. Ya veré lo que hago cuando llegue a Algeciras. -Se quedó pensativo-. Si al menos fuera Madrid, pero en ese pueblacho, ¿qué voy a hacer?

-Vete a Madrid.

-Claro, a pie y en mangas de camisa.

-Espera un momento, hombre, siempre hay una solución. Tú vienes a tener mi estatura, aunque claro, yo estoy más gordo, pero me parece que una de mis chaquetas te va a venir pintada. ¡Y si no, la mujer es una buena costurera.

Antonio se marchó y volvió acompañado de la mujer. Después de una discusión interminable, bajé una de mis viejas americanas de paisano. Las mangas eran demasiado largas, pero esto era fácil de arreglar. La mujer de Antonio se sentó a coser.

-Bueno, esto ya está arreglado, pero ¿qué piensas hacer?

-No lo sé. Trabajar... ¿dónde? No lo sé. No tengo oficio, no sé nada de nada, ¿qué diablos puedo hacer yo? Estoy podrido por dentro y por fuera. Lo único que debería hacer es pegarme un tiro. Pero no tengo valor.

Fue imposible hablar más con él. Se bebía vaso tras vaso de coñac y repetía testarudo:

-Estoy podrido, podrido... ¡No tengo c...!

Al fin se dejó caer sobre la mesa y se quedó dormido sobre los brazos cruzados. A la mañana siguiente le di sus documentos. El comandante Tabasco me dijo que le diera cincuenta pesetas y se las puse en un sobre con algún dinero mío. Fui con él al muelle y subí a bordo. Antes de marcharme le di el sobre:

-De parte del comandante, para que pueda usted ir a Madrid.

De alguna forma había encontrado una gorrilla grasienta que se había encasquetado achuladamente. Se quitó la gorra de un tirón nervioso y se metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta, sin abrirlo.

El regreso

Capítulo VII

Chuchín no vino a despedirme. Fui al muelle acompañado por Oliver y Alí, por un soldado que había cumplido su tiempo de servicio e iba a viajar a mi cargo hasta Aranjuez, y por Manzanares, que había sido licenciado por inútil y vendría hasta Madrid incluido en la misma hoja de ruta. En Tazarut, durante las últimas operaciones contra el Raisuni, había sido herido en un pulmón. Había escapado de milagro a la muerte y ahora parecia un pájaro desplumado metido en un uniforme demasiado largo.

Subimos a bordo los tres, y Oliver se quedó en el muelle con Alí ladrando incesante. El barco comenzó lentamente a soltarse de sus amarras, viró en redondo y enfiló su proa hacia la boca del puerto. Alí se tiró al agua. Los pasajeros en nuestro barco se arremolinaron en la borda para ver al perro nadando tras la es tela de las hélices. Oliver cogió una lancha y comenzó a remar detrás de Alí. Cuando cruzábamos la boca del puerto, el bote quedaba atrás diminuto y Alí no era más que un punto en el agua.

Formamos inmediatamente una pandilla a bordo: Manzanares, el soldado de Aranjuez y yo nos unimos a otro sargento licenciado, que conducía una partida de una docena de soldados licenciados también. Alguien trajo una guitarra y comenzamos a cantar y a beber. Pero en medio del Estrecho, el mar estaba alborotado. Lo que las gentes de allá llaman el levante - un viento que empuja el mar dentro de la bahía de Algeciras-, estaba soplando.

Un comandante de Regulares, resplandeciente en su capa blan-

ca, apareció de la cabina de primera clase, seguido por su esposa, y ambos se sentaron en uno de los bancos de cubierta.

-Al aire libre te sentirás mucho mejor -dijo la mujer. La cara del comandante estaba verdosa y su mujer, una belleza, le miraba con ojos asustados. Manzanares me alargó la botella.

-Eche usted un trago, antes que «Ocho puntas» comience a vomitar (la insignia de un comandante es una estrella de ocho puntas).

El viento de levante en el Estrecho es diferente de una borrasca en alta mar: las olas se estrellan contra los costados del barco, pero simultáneamente el mar se hunde hondo o se hincha desmesuradamente ante la proa, precipitándole de pronto en un abismo o levantándole veloz hacia las nubes. Y así el barco se balancea de babor a estribor y al mismo tiempo cabecea de proa a popa. Pocas personas pueden soportar este cuádruple movimiento, que va de peor en peor cuanto más cerca de Algeciras. A menudo los barcos se encuentran forzados a anclar a dos millas de la costa y esperar allí, azotados por el vendaval, hasta que pueden entrar en puerto.

Cuando entramos en el centro del Estrecho, casi todos los pasajeros estaban mareados y el mar los lanzaba de un lado a otro como peleles, mientras hacían esfuerzos desesperados para agarrarse a alguna parte de la estructura. Nos agarrábamos a la barandilla como los chicos en un tobogán de feria. De pronto, el barco se inclinó violentamente de lado y Manzanares gritó: -¡Agárrese, que hay curva!

Y ambos, él y yo, que estábamos hasta entonces libres de mareo, comenzamos a gritar a compás con cada bandazo: «¡Agarrarse, que hay curva!», y a reír como locos, viendo a ios demás dar traspiés sobre cubierta y aferrarse desesperadamente a los bancos, las piernas bailoteándoles algodonosas. El comandante en su asiento se balanceaba como un arlequín de trapo que ha perdido mucho aserrín; la capa blanca estaba puerca de

vómito y sus mano se agarraban a la mujer que luchaba valientemente por sostenerle y evitar que se cayera, y que le limpiaba las babas de vez en cuando.

-Mire el comandante -dijo Manzanares-D. Ahora me gustaría ver un general pasando delante de él. ¿Cómo cree usted que iba a saludar? A Burguete por ejemplo... -Manzanares abombó su pecho de pájaro y se retorció un imaginario bigote imperial-: ¡Hum! ¡Burr!

¿Qué porquería es ésta, eh? Preséntese inmediatamente al oficial de guardia.

-Pero ¡imagínate, Manzanares, que Burguete se mareara también!

Comenzamos a reírnos a carcajadas, pintándonos al general Burguete con su bigote encerado, su panza encorsetada y su mirada feroz, en la lastimosa situación del comandante. Manzanares cogió una bufanda de uno de los soldados y se la ató a la cintura como un fajín de general. Comenzó a sacudir a los soldados despatarrados por cubierta:

-¡A formar! ¡Vivo! Media vuelta a la derecha... -Se agarro a la pasarela y gritó-: ¡Agarrarse, que hay curva!

El vino y el mar se apoderaron de él y se quedó allí, vomitando violentamente. Después, leyendo la carilla contorsionada, la carilla de un golfillo madrileño, se sonrió trabajosamente y gritó a cuello herido:

-Su excelencia, el capitán general de la región, ha echado la primera leche que le dio su excelentísima señora madre. ¡Rompan filas!

Desembarcar en Algeciras fue un problema. Las lanchas que acostaron el barco subían y bajaban, embarcaban agua y golpeaban los costados. Se proporcionaron cuerdas para desembarcar a la mayoría. El comandante, con su capa blanca hinchada por el viento, era más que nunca un pelele. Me traía a la

imaginación una escena de los bailes rusos.

Pero el mareo desaparece tan pronto como se pisa tierra firme. Sobre el muelle, los pasajeros trataban bien o mal de limpiar sus trajes. Manzanares estampaba los pies sobre el cemento para convencerse que no se movía. Detrás de mí, una voz ladró:

-¡Oiga, sargento! -Me volví. El comandante me llamaba-. ¿A qué regimiento pertenece usted?

-Supongo que a ninguno, mi comandante.

-¡Eh! ¿Cómo es eso? Preséntese en el depósito de transeúntes de Algeciras. Ya me encargaré yo de lo demás.

-Excuse usted, mi comandante, pero yo ya no pertenezco al ejército. Estoy licenciado. Pero de todas maneras, no creo haberle ofendido.

-¡No, eh! ¡Cada vez que ha gritado su broma estúpida, me ¡ha hecho ridículo a mí, a mí!, delante de toda la tripulación. Si no fuera por ensuciarme las manos, le daba de bofetadas. Lo mejor era desaparecer. Era capaz de tratarme como, sin duda, había tratado a los moros de su regimiento, y además tenía motivos para estar furioso. Me marché rápidamente hacia la Aduana. Aquí nos aguardaba otro problema. Todos llevábamos llenas de tabaco las maletas pero los buenos tiempos se habían acabado: ya no éramos héroes y se examinaban los equipajes. Se decía que los oficiales de la Aduana abrían las maletas y quitaban el tabaco de los soldados y exigían cantidades exorbitantes por ello. La primera víctima fue un soldado de Cazadores. El carabinero abrió la maleta y dijo:

-Queda confiscado.

El sargento de infantería, a cuyo grupo pertenecía el hombre, se enderezó como un gallo:

-¿Qué es eso? ¿Que nos van a quitar el tabaco? ¡Ca, no señor! -Se volvió a sus hombres-:

¡A formar! ¡De frente, march...!

El sargento tomó su sitio a la cabeza de la diminuta tropa. Un oficial de carabineros le cerró el paso:

-¡Alto! ¿Qué significa esto?

El sargento lo miró de arriba abajo y replicó:

-Excuse usted, mi capitán. Esto es una fuerza a mi mando y va en formación. Usted no tiene ningún derecho a detenerla. Haga el favor de dejarnos el paso libre. ¡De frente, march...! Marchaban marcando el paso, balanceando rítmicas las maletas, mientras las gentes reían alrededor. El oficial los miraba apabullado y se veía claramente que no sabía qué partido tomar. No tenía más que dos hombres, y éstos en el otro extremo de la gran nave. Entonces, con la mayor seriedad posible, me volví a mis dos soldados y les di la orden de formar y marchar al paso, yo a la cabeza. El oficial se precipitó sobre nosotros, rojo de ira, pero las gentes comenzaron a aplaudir y a gritar a coro: «¡Que los deje! ¡Que los deje!». El oficial prefirió tomarlo todo a broma y entramos en el tren con nuestro equipaje sin abrir.

Todos los viajeros que quieren ir de Madrid a Algeciras van por la línea principal de Córdoba-Sevilla, pero el Estado mantenía que el transporte militar debía hacerse por la línea de los ferrocarriles andaluces, que se une a la línea Madrid-Sevilla en Espeluy. Ese ferrocarril no va a ninguna parte y sólo sirve, a fuerza de vueltas y revueltas, para unir entre sí innumerables pueblos de las cuatro provincias andaluzas, tardando doce o catorce horas en un recorrido de cien kilómetros en línea recta. Sobre sus bancos de tablas desnudas sujetos a los techos con barras de hierro los campesinos se sientan apretados y erectos y pasan el viaje interminable comiendo, bebiendo y fumando incansables. Entran en el tren en una estación insignificante y se apean en otra de más importancia o viceversa. A veces, el viaje es más largo y a menudo ocurre que un viajero se orina por la ventanilla o que una campesina lo hace en un rincón,

protegida por tres o cuatro comadres que la rodean con las faldas esponjadas y hablando atropelladamente, como un grupo de gallinas en querella.

Nos sentamos en uno de esos vagones quebrantahuesos y comenzamos a charlar. Yo le pregunté a Manzanares qué pensaba hacer.

-No lo sé. Supongo que tendré que volver a robar carteras. No tengo oficio y no he nacido para chulo de putas. Puedo conquistar a una mujer, pero al fin me da por hacer las cosas decentemente y acabo casándome con ella. Esto ya me ha ocurrido tres veces. Pero, bueno, mientras esté permitido el juego, no me voy a morir de hambre.

Había visto muchas veces a Manzanares haciendo sus trucos. Cogía un paquete de cartas, sellado, y abierto y barajado por un extraño, y volvía las cartas una a una anunciándolas de antemano, después de «verlas» con las yemas de sus dedos sensitivos. Era asimismo un parlanchín magnífico y un gran psicólogo, y sabía mantener animada y distraída a su concurrencia. Había aprendido todos los juegos que los moros practican, y en los campamentos se iba a un corro de ellos -son jugadores inveterados- y se hacía pasar por un soldadito estúpido, que estaba pidiendo le limpiaran los cuartos. Pero al final era él el que dejaba todos los bolsillos limpios.

-Pero si empiezas otra vez con tus antiguas mañas, acabarás otra vez en la cárcel.

-Sí, todos los oficios tienen su quiebra. Pero no se está mal en la cárcel cuando se tiene dinero. Claro que para los que no pueden pasarse sin mujer es bastante negro, pero en eso yo tengo suerte. Me puedo pasar un año sin acostarme y sin echarlo de menos, si no tengo ninguna cerca de mí. En todo caso, no puedo remediarlo: si veo a un tío sacando la cartera en un café, enseñando a todo el mundo el fajo de billetes, y luego abotonarse muy cuidadosamente, entonces no me puedo aguantar.

Después que le he quitado la cartera, la verdad es que no me interesa mucho, hasta podría devolvérsela. Es sólo por excitación. De todas maneras, pase lo que pase, no vuelvo a Marruecos ni atado.

-No has tenido mucha suerte, pero no puedes quejarte: te han dado un tiro de suerte y una cruz con pensión; te has licenciado antes de tiempo, y ¿qué más quieres?

-¿Un tiro de suerte? Una mierda. En unos pocos años me entierran. Y en cuanto a la pensión, sí, magnífica: treinta reales al mes por el resto de mi vida; bastante para comprarme dos panecillos cada día y dejar cinco céntimos en una hucha para la vejez. Y esto, si me pagan. Aún hay veteranos de la guerra de Cuba que no han visto un céntimo de sus haberes. Algunos cobran, pero el agente que maneja los papeles se queda con la mitad. Esto es lo que le dan a uno: una crucecita de lata y treinta reales.

Ahora me arrepentía de haber iniciado la conversación. Era verdad: a Manzanares le habían dado una cruz de guerra y una pensión de siete pesetas cincuenta céntimos al mes. Para cobrar, tendría primero que pagar tal vez dos pesetas en pólizas y esperar por días sin fin en el Ayuntamiento, para que le dieran una certificación de que estaba vivo. Con este certificado tendría que ir al Ministerio de Hacienda y presentar una instancia para que le pagaran. Le darían un número de orden, y tendría que esperar hasta que este número se publicara en la Gaceta; después le pagarían su pensión por un mes. Estas pensiones ridiculas del ejército tomaban tanto tiempo y presentaban tantas dificultades, que la mayoría de ellas nunca pasaban de ser un derecho sobre el papel que se convertía en una burla.

-Si me hubieran declarado inválido -prosiguió Manzanares-, al menos me hubieran mantenido por el resto de mi vida y no tendría que volver a robar. Yo no entiendo qué diferencia hay entre ser inválido o que le den a uno por inútil. Si a alguien le cortan una pierna por un balazo, le declaran inválido y tiene el

pan seguro; pero si a uno le hacen polvo un pulmón como a mí, le dicen que ya no es útil para el servicio y le ponen en la calie con un fuelle de menos... Es muy fácil decir a uno que se busque la vida. ¿Dónde cree usted que puedo ir yo a pedir trabajo con mis referencias y un pulmón solo? Me gustaría ponerme a trabajar, pero no sé cómo. No tengo más salida que robar carteras. Y puede usted creerme, lo que a mí me gustaría más, sería crear una familia y tener una ristra de hijos.

No hablamos mucho más en las largas horas encerrados en el lento y polvoriento tren. Cuando al fin cambiamos al tren de Sevilla-Madrid, todos tratamos de encontrar un rincón cómodo y descabezar un sueño. Manzanares, con su cara de tísico y su cuerpecillo encogido, encontró un sitio fácilmente, pero yo me encontré incrustado entre otros dos viajeros que iban a Madrid y tenía que mantenerme derecho. Nadie podía dormir al principio y hablamos. Cada uno hablaba de sí mismo.

Había un hombre joven y corpulento de un pueblo de la provincia de Granada, que iba a Madrid. Otro de los viajeros le preguntó:

-Y usted, ¿dónde va, muchacho?

-A Madrid, a ver si uno puede vivir allí.

-No es muy buena plaza para encontrar algo.

-Peor que en mi pueblo no puede ser. -El hombre se calló pensativo y después prosiguió-: Aunque uno no sea más que un patán y no sepa mucho, hay cosas que son un contra-Dios. En mi pueblo pasa lo que en todos: hay un tío rico de Madrid, que es el amo de todas las tierras y de todos los olivares. Algunos de nosotros tenemos un cacho de tierra de nuestros abuelos, pero aun así, el que más y el que menos está entrampado y malamente saca para vivir. Todo el pueblo trabaja para el amo. Unos tienen trabajo todo el año, pero la mayoría sólo por temporadas y viven en la miseria. Para mí era mejor que para muchos, porque yo soy un herrero y el amo me llamaba para he-

rrar los caballos y las mulas, arreglar los carros y a veces alguna máquina, y con esto y con la cosecha de la aceituna, pues, iba viviendo, malamente pero mejor que muchos. Pero el año pasado, al principio del verano, las gentes comenzaron a decir que el ferrocarril estaba tomando jornaleros para reparar la vía, y como no tenía nada que hacer y quería ganarme una peseta, pues me fui al capataz y le dije que yo era un herrero. Me tomaron y ¡me daban seis pesetas cada día! Nunca había ganado tanto en mi vida. Trabajé con ellos hasta el fin de año, en que se acabó el trabajo y nos despidieron, y volví al pueblo. Un día fui a la finca del amo y me vio y me dijo: «Tú, ¿qué quieres aquí?». Yo le dije: «Pues, he venido a ver si tenía usted algo para mí». «¿Dónde has estado este tiempo?» «Pues -le dije-, trabajando en la vía.» «¡Ah! ¿Sí? -me contestó-, pues entonces te puedes volver allí.» Y ustedes no lo creerán, pero no me volvió a dar un mal caballo a herrar. Las cosas comenzaron a ponerse negras para mí, porque el administrador de la finca comenzó a ir de un lado a otro y a contar a todo el mundo que no había más trabajo para mí, aunque me muriera de hambre, y que lo mejor que podía hacer era marcharme del pueblo. A poco de esto, nadie quería darme trabajo, por no enemistarse con el amo, y al fin ni en la tienda me daban un pan al fiado. Un día me fui a él y le dije:

«Bueno, don Antonio, ¿qué es lo que usted se ha propuesto?». Me miró un rato con la sonrisita suya y me dijo: «Que te vayas a hacer puñetas de aquí». «Pero ¿qué es lo que yo le he hecho?» «¿A mí? Nada. Eres muy poca cosa para hacerme nada a mí. Pero no quiero revolucionarios en la finca. La gente que trabaja para mí, no trabaja para otros, y al que no le guste, que se marche; y te voy a dar un buen consejo: ten mucho cuidado con lo que haces.» Y así terminó la cosa. Pero al día siguiente, el sargento de la Guardia Civil me llamó al cuartelillo: «Tú, escucha», me dijo, «ya sé que no has guardado el respeto debido a don Antonio. Por esta vez pase, pero ten cuidado con lo

que haces, porque la próxima vez te doy una paliza que te rompo el espinazo». ¿Y qué se puede hacer si la han tomado con uno? Lo único que podía hacer era agarrar el cuchillo de la cocina y metérselo en las tripas al amo, que debe tenerlas más negras que las plumas de un cuervo. Vendí los cuatro trapos que tenía y aquí estoy, camino de Madrid. Al fin me dijeron que todo había sido porque me había ido a trabajar en la vía sin pedirle permiso al amo.

Los viajeros dormitaban o francamente roncaban. Aquello era una historia vieja sin interés. El herrero se calló, se recostó contra el respaldo y comenzó a roncar a su vez. Sólo quedó al lado de la ventanilla un viejo que estaba despierto inmóvil y silencioso, fumando sin cesar. Intenté leer, pero la luz del vagón era una miserable candileja de aceite, que no me dejaba seguir la letra impresa más de dos minutos. Abandoné la lectura y dejé correr libremente mis pensamientos.

Pensaba que mi situación era en un sentido muy similar a la del joven campesino. Todos los eslabones que me unían al mundo en el que había vivido durante los últimos cuatro años estaban rotos; y ahora al volver al mundo que había conocido antes, me iba a encontrar un extraño en él y tendría que forjar nuevos eslabones. Este hombre tenía un par de hombros sólidos y anchos. Ganaría siempre en Madrid el pan que le habían negado en su pueblo, porque, aunque no fuera más, sería capaz de subir maletas de la estación o descargar sacos si no encontraba otra cosa. Contra el hambre -hambre pura-, estaba mejor defendido que yo. Lo único que yo podía hacer era trabajar en una oficina, con el cuello bien planchado y las tripas vacías.

El tren estaba ahora ya en plena meseta castellana y su esqueleto de acero tintineaba monótono. La lamparilla estaba casi ahogada por su propia mecha ya carbonizada; y la brasa del cigarrillo en los labios del viejo, despierto siempre en su rincón, llenaba el compartimento de un silencio tan fino y penetrante como el humo azulado del tabaco dormido en el aire.

Hubiera sido capaz de preguntar al viejo en qué iba pensando.

Yo, ahora, pensaba en la vida y en Dios. Frase por frase iba creando el diálogo que con él tendría un simple campesino de Castilla, muerto a tiros en los campos de África, pidiéndole justicia, justicia seca. Porque yo me sentía, como él, prisionero en esta jaula que es el vivir, una jaula que nosotros no tejemos; y me sentía aterrorizado y a la vez rebelde, como un pájaro:

Estábamos llegando a Aranjuez y comenzaba a amanecer. Un amanecer frío que mordía a través de nuestras ropas de África y helaba los huesos. El humo de los cigarrillos ahora era gris y pesado y llenaba las gargantas de toses. Manzanares y yo le dijimos adiós al soldado, que se quedaba allí esperando el tren para su pueblo; no nos había hablado, no había hecho más que estar sentado, cabeceando su sueño a veces, a veces roncando, las manos posadas siempre sobre las rodillas. Nos bebimos juntos unas tazas de café y unas copas de coñac en la fonda de la estación. El café era espeso como pintura y se pegaba a los labios, pero estaba caliente; el coñac era una mezcla de jarabe y vitriolo, que caía en el estómago como una masa de mercurio, pero después ardía dentro y nos despertó. Compramos una merienda descomunal: una tortilla fría, grande como un pan, chuletas de cordero y dos botellas de vino, y nos volvimos a nuestro compartimento. En dos horas estaríamos en Madrid. Manzanares tenía las mejillas enrojecidas cuando acabamos de comer. Rebuscó en los bolsillos y contó todo su dinero. Tenía menos de cien pesetas.

-¡Mierda! ¿Qué puedo yo hacer con esto? Lo primero que me hace falta es un traje de paisano y encontrar un sitio donde dormir, al menos hasta que me oriente un poco. -Se quedó mirando las monedas en su mano-. Usted cree que yo estaba durmiendo. Pero no dormía. La herida me despertó. Cuando estoy quieto, siempre empieza a dolerme dentro, hasta que me ahoga. El doctor dice que es que el pulmón se pega a la pleura. Seguramente usted sabe lo que quiere decir, pero yo no. Lo único

que sé es que no me deja dormir en paz. Y estaba pensando en esto, en el dinero que me queda. ¿Cómo quieren que sea uno una persona decente con noventa pesetas y un pulmón seco? Y estaba pensando en lo fácil que sería robar una cartera cuando uno está vestido de uniforme. ¿A quién se le va a ocurrir sospechar de un licenciado de África?

-Mira; no seas idiota. Que hayas escapado de África para caer en la cárcel.

-No. Si no es que sea un idiota, es que esto es un callejón sin salida. Ahora ya no puedo ir en uniforme y si me compro un traje de paisano, me quedo sin comer.

-Pero tendrás algún amigo que te deje un poco de dinero...

-Sí. Amigos tengo, pero tan pronto como me arrime a ellos, estoy perdido. Tengo que volver a robar y lo que es peor aún, en un par de horas la policía sabrá que estoy en Madrid. Bueno, yo sé lo que tengo que hacer.

Su cara de granujilla se cortaba ahora por dos hondas líneas que iban desde las aletas de la nariz a las comisuras de los labios, en un gesto duro y cínico que empujaba su labio inferior hacia adelante, como si fuera a escupir a alguien en la cara.

Llegamos a Madrid en un silencio hostil. Mi madre, mi hermana y mi hermano estaban en la estación. Como yo esperaba, tuvimos nuestra escena de abrazos, besos y unas lágrimas de mi madre (a quien yo había comenzado ya a llamar la Abuelilla). Les presenté a Manzanares y le invité a un café con nosotros en la Puerta de Atocha.

-No, señor. Muchas gracias. Usted ha encontrado a los suyos y aquí nos despedimos.

¡Buena suerte! Creo que nunca nos volveremos a encontrar. Usted tiene su camino y yo el mío, y van aparte.

Nos estrecharnos las manos y desapareció. Subimos la cuesta de la estación y Rafael propuso que tomáramos café en el bar

Cascorro. Nos sentamos alrededor de una mesa y mientras ellos desayunaban, me agobiaron a preguntas, me repitieron cien veces lo contentos que estaban que hubiera salido del ejército, y me aseguraron que en cuanto descansara unos días, encontraría trabajo sin dificultad. De pronto hubo un revuelo entre las gentes que llenaban el bar. En cada una de las puertas estaba un guardia que no dejaba salir a nadie, y dentro dos policías que iban de uno a otro, pidiendo los documentos y cacheando o preguntando a veces al camarero del mostrador.

-¿Cuánto tiempo hace que está éste aquí?

-Media hora. ¿Qué pasa, don Luis?

-¿Estás seguro que hace media hora? Entonces no va nada contigo. Acaban de robar una cartera con cuatro mil pesetas en la salida de la estación.

Cuando el policía vino a nuestra mesa, miró a mi maleta y dijo:

-¿Licenciado, sargento?

-Sí. Ha terminado mi tiempo en África.

-Enhorabuena de haber escapado sano y salvo. Andamos buscando un sinvergüenza que acaba de robarle la cartera a un viajero, precisamente del tren en que usted ha llegado. Pero no es uno de los habituales, porque todos están vagueando por aquí.

Rafael sacó su cartera para mostrar su cédula personal. El detective hizo un gesto de rechazo:

-No hace falta, muchacho. Ustedes no pueden negar que son hermanos y su uniforme es bastante para mí. Nadie roba carteras cuando acaba de llegar de Marruecos.

Se marchó la policía al fin y se restablecieron los ruidos del bar, más animados aún con los comentarios de lo ocurrido. Entonces apareció Manzanares en la puerta, se acercó al mostrador y pidió una copa de coñac. Me saludó con la mano afectuosamente y a poco el camarero vino a nosotros:

-De parte del soldado que está en el mostrador, que ¿qué quieren ustedes tomar?

Manzanares volvió hacia mí su carilla infantil y me miró con sus ojillos vivos de ratón. Unos ojillos que ahora eran chispeantes y alumbraban la cara abierta en una sonrisa alegre. Acepté la . invitación y levanté el vaso hacia él.

Después salió y se perdió en la gran plaza. Ha sido la última vez que le he visto en mi vida.

Golpe de Estado

Capítulo VIII

Una de las primeras cosas que hice fue visitar a mi antiguo sastre, elegir un paño oscuro y tomarme medidas para un traje. Hasta que no pudiera estrenar este uniforme civil, no podía desprenderme del militar y no podía hacer nada. Me fui a la Puerta del Sol, sin otro pensamiento que el de verla una vez más y al mismo tiempo ver si encontraba algún conocido. Porque, tarde o temprano, todo el mundo en Madrid cruza la Puerta del Sol.

-¡Caramba, Barea! ¿Otra vez en Madrid? Yo pensaba que estabas en Marruecos.

-De allí he llegado hoy, don Agustín.

-Me alegro mucho de verte. ¿Has venido con permiso?

-No, cumplido.

-Mejor que mejor. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

-Mi oficio, supongo, chupatintas. Es decir, si encuentro trabajo, que parece es una cosa bastante difícil.

-Sí, las cosas están mal... Bueno, te diré, ve a verme a la oficina. No te puedo ofrecer una gran cosa, pero siempre hay un sitio para ti.

Y así me encontré empleado en las oficinas de don Agustín Ungría el mismo día que llegué a Madrid.

Don Agustín tenía una oficina en la plaza de la Encarnación con cincuenta empleados, acomodados en dos inmensos salones sostenidos por columnas de hierro y repletos de mesas de todas las descripciones imaginables. Había viejos pupitres con

tapas ruidosas en los que había que trabajar de pie, mesas de ministro que habían perdido el barniz, dos o tres burós con cierre de persiana, cada uno de un color diferente, y una legión incontable de mesas, grandes y chicas, cuadradas, redondas, poligonales u ovaladas. Había sillas con asientos de paja trenzada y patas curvadas, con respaldos y asiento de encina, incómodas y duras, sillones monacales, banquetas redondas y cuadradas y hasta bancos. La firma había comenzado allí mismo, hacía treinta años, con seis empleados. Para cada nuevo empleado que había ido incorporándose hasta llegar a los cincuenta se había comprado una mesa y una silla en cualquier tienda de viejo.

El personal era como el mobiliario, todo él de segunda mano. Tampoco se exigía a más de cuatro empleados el conocer algo más de lo que se necesitaba para rellenar un impreso o hacer una suma. Los salarios eran miserablemente bajos. Había un núcleo de viejos escribientes que ya no tenían donde ir y que se agarraban allí a su vieja mesa, reumáticos y catarrosos. Y había un grupo de jóvenes alborotadores, llenos de protestas, que desaparecían de la noche a la mañana y eran sustituidos por otros de la misma clase. El trabajo en aquella oficina se tomaba únicamente hasta encontrar un nuevo empleo. Los empleados de Madrid la llamaban El Refugio, haciendo alusión al dormitorio gratuito de los sin hogar.

Las actividades de la firma eran también múltiples y complejas, como el mobiliario y el personal. Don Agustín era un agente de negocios. Suministraba informes comerciales, cobraba deudas de personas privadas y del Estado, registraba patentes, dirigía pleitos, y en general se encargaba de hacer todo lo que tuviera que ver con papeles y documentos en las cien oficinas del Estado.

Don Agustín, cabeza y propietario de la firma, tenía sesenta y seis años y parecía haberse escapado de un cuadro del Greco: el cabello, blanco puro, le caía en largas y rizadas guedejas

enmarcando una frente noble; su rostro largo, de piel como cera, se alargaba más aún por una barbita puntiaguda, tan blanca como el cabello y el bigote. Pero el arco de sus cejas sobre los ojos vivísimos era recio y pesado, su boca amplia y sensual y su nariz poderosa y graciosamente curvada. El cuerpo parecía pertenecer a otra persona, a un hombre de esqueleto pesado sin una onza de grasa en él. Era el corpachón de un campesino aragonés. Podía aún trabajar treinta horas sin descanso, comerse una gallina asada como postre de una comida de tres platos, o vaciar media docena de botellas de vino. Nadie sabía exactamente el número de sus hijos ilegítimos.

Había ido a Valencia desde un oscuro pueblecillo de Aragón, cuando tenía veinte años. Hasta entonces había trabajado la tierra. En la ciudad aprendió a leer y a escribir. Trabajaba como un jornalero y vivía entre los cargadores del puerto. El rumor decía que su primer dinerillo lo ganó contrabandeando seda y tabaco. De todas maneras, él comenzó a emplear sus ahorros en el negocio de la naranja, prestando dinero a huertanos pequeños a quienes los pagos, con el acostumbrado retraso del comercio, causaban grandes dificultades. Estableció una oficina en Valencia. En sus tratos con los comerciantes de naranja notó que los exportadores extranjeros andaban siempre a la caza de informes comerciales; y cambió su oficina en una oficina de información, explotando su conocimiento íntimo de todas las gentes locales. Más tarde hizo el depósito que exige la ley y se convirtió en un agente de negocios legal. Había muy pocos competidores. Don Agustín prosperó y trasladó su negocio a Madrid.

Trataba a su familia y al personal con las maneras de un déspota patriarcal, y con todo su éxito nunca perdió los valores de su juventud en el pueblecillo zaragozano, donde una simple moneda de plata era riqueza. Honores y condecoraciones tenían para él una atracción irresistible. Por algún servicio que hizo al Estado durante el reinado de Alfonso XII se le había concedido

la Orden de Isabel la Católica, y uno de sus mayores placeres era asistir a banquetes vestido de la más rigurosa etiqueta con la placa de la Orden prendida en el pecho. La condecoración era en esmalte con una fina orla de diamantes, pero los empleados la llamábamos «el huevo frito».

No era mísero. Si pagaba sueldos miserables era porque sus instintos eran aún los de un pobre campesino para quien cien pesetas representaban una suma fantástica.

-Cuando yo tenía sus años -le gritaba a uno de los empleados-, ganaba tres pesetas al día, mantenía la mujer y los chicos, tenía una querida y ¡ahorraba! -Después le prestaba cien pesetas al pedigüeño, para sacarle de un apuro, y nunca exigía el pago de la deuda. Una vez me enseñó un grueso legajo-: ¿Tú sabes cuánto me deben mis empleados en préstamos que nunca han pagado, desde que monté la oficina hace cuarenta años? Más de cien mil pesetas. Todo lo tengo anotado aquí. Pero ¡aún no están contentos! Cada día veo caras nuevas en la oficina; los únicos que se quedan son los viejos, que ya no sirven para nada. En fin, no los puedo poner en la calle a los pobres.

Unos pocos años antes, yo había ya trabajado unos meses en la oficina y el Abuelo -como le llamábamos- y yo habíamos simpatizado. Ahora me ofrecía un puesto de confianza. Iba a trabajar con su hijo Alfonso, «que tenía ideas en la cabeza» como él decía y quería extender la tramitación de patentes al extranjero. Tenía ya un secretario inglés y quería que yo trabajara con él, porque conocía francés y podía entendérmelas con los clientes en cuestiones técnicas. La verdad es que don Alfonso tenía una inteligencia extrañamente limitada: aprendía con gran facilidad y recordaba cada cosa aprendida, pero era incapaz del más pequeño esfuerzo creativo. Tenía el título de abogado y podía citar de memoria los más intrincados artículos de cualquier código, pero era incapaz de dar un consejo legal basado en estos mismos artículos. Su francés era excelente y sus traducciones del español al francés también, pero era incapaz de dictar

una carta de negocio ordinaria, ni mantener una conversación normal en este idioma. Estaba profundamente interesado en organización industrial, conocía el sistema de Taylor y de Ford en todos sus detalles, pero fracasaba en la organización de su propia oficina.

Esta situación me dio una oportunidad: había aceptado el trabajo como una solución intermedia, pero pronto me absorbí en los problemas de las patentes industriales que me hacían volver a mi antiguo cariño por la mecánica. Las patentes en España no requieren más que ser solicitadas, pero pronto comenzamos a tratar con agentes extranjeros, que nos enviaban patentes y nos sometían consultas que envolvían un estudio minucioso del aspecto técnico y legal. Nadie en la oficina de Ungría estaba calificado para este trabajo. Por pura satisfacción personal, comencé a estudiar el lado técnico y teórico de cada patente que venía a nuestras manos y pronto me convertí en un especialista. Mi salario era muy reducido -130 pesetas al mes- pero las traducciones de patentes se me pagaban aparte, con arreglo al número de palabras; había meses en que doblaba y triplicaba mi salario, aunque eso sí, trabajando quince horas al día y más.

Esto me proporcionó una independencia financiera, así como en mi trabajo, y el respeto de los empleados más antiguos.

El señor Laguna -viejo, o mejor dicho aviejado, flaco, con perneras flotantes sobre los carcañales, el pelo lacio y los pómulos salientes, ganando setenta pesetas al mes por ocho horas de trabajo silencioso y humilde- me acosó un día al abandonar la oficina:

-¿Podría hablar con usted un ratito?

Nos marchamos juntos y por un largo tiempo no dije palabra alguna. De pronto se detuvo y me preguntó:

-¿Cree usted que don Agustín me prestaría cien pesetas?

-No lo sé. Todo depende del humor que tenga. Desde luego le dirá que no, pero si insiste usted mucho, lo más seguro es que

se las dé.

Otro largo silencio y otra parada:

-¿Usted cree que tomaría a mi chico en la oficina? Esto sería mi salvación.

-Pues, le digo a usted lo mismo: primero le dirá que no y al fin dirá que sí. Sobre todo, si hace usted un llamamiento a su bondad. ¿Van tan mal las cosas, Laguna?

Dio un suspiro profundo y seguimos andando. Comenzaba ya a fatigarme de estos largos silencios, de su andar lento y de su apariencia miserable.

-Vamos a tomar algo. Venga usted.

Entramos en un bar y nos dieron un bock de cerveza con unas patatas fritas a la inglesa. Cuando Laguna hizo crujir en la boca la primera patata, vi que lo que tenía era hambre. Un segundo vaso de cerveza y un bocadillo de jamón le quitaron de golpe la timidez.

-Usted no sabe -dijo-. Somos cinco en casa, la mujer, dos chicas, el chico y yo; y yo soy el único que gana, así que puede usted imaginarse.

-¿Las chicas son aún pequeñas para trabajar?

-No, pero están muy delicadas las pobres. Nuestro cuarto es muy húmedo. Pero es verdaderamente barato: quince pesetas al mes. Sólo que está dos metros más abajo que el nivel de la calle... y claro, no tienen mucho para comer, ahora que están en el crecimiento... Me dio tanta lástima que al día siguiente yo mismo hablé con don Agustín. Tomó al chico como escribiente y ascendió al padre a cien pesetas al mes, porque no hubiera sido justo que el chico ganara tanto como el padre. El sueldo más pequeño era cincuenta pesetas y ahora entre los dos ganaban 150. Laguna me compró el cigarro más grande y más grueso que encontró en todo Madrid.

Veinticuatro horas después de comenzar a trabajar Pepito La-

guna, le habíamos bautizado con el apodo de Charlot.

Tenía unos ojos inmensos y febriles en una carilla pálida y chupada, cabellos rizados y un cuello flaco y largo -un ridículo pescuezo pelado de gallina-, que surgía de una camisa grande y unos hombros rellenos de borra, como el gancho de una percha para colgar ropa surge de un gabán grueso. Los pantalones demasiado largos y demasiado anchos caían sobre unas botas en las que sus pies debían tener sitio para pasearse.

Márquez, el contable, un día trajo un bastoncillo de junco y se lo alargó muy serio:

-Toma, es lo que te falta, Charlot.

Se llenaron de agua los ojos del chiquillo y se quedó allí en medio del salón, entre las risas de todos, con el bastoncito balanceándose entre sus dedos. Márquez recalcó su triunfo.

-Fijarse bien: ¡Charlie Chaplin en carne y hueso!

Laguna me invitó a comer un domingo. Vivía en la calle de Embajadores en una inmensa casa de piedra tres siglos vieja. Desde el portal enlosado descendimos por una escalerilla oscura, también de piedra, a lo que parecía un calabozo medieval. Allí, entre los cimientos, había una habitación cuadrada con paredes revestidas de cemento; en ella, dos camas de hierro detrás de una cortina de flores descoloridas sobre un fondo amarillo; una mesa con un hule lleno de grietas, rodeada por media docena de sillas dispares, una vieja cómoda y un baúl forrado de piel apolillada; sobre la cómoda, una virgen de escayola y un ramo de flores de papel. El cuarto olía a leche agria.

-Afortunadamente podemos guisar en el patio -explicó Laguna-. Allí tenemos un cuartito con una hornilla, pero lo malo es que no tiene puerta y la mujer se hiela cuando guisa en invierno.

Resonaron unos pasos sobre nuestras cabezas. A través de la reja de la ventana, que era un pie de alta por tres de larga,

abierta a ras de la acera, veíamos la sombra de los transeúntes y los extremos de sus piernas.

Estar en aquel cuarto era un tormento físico.

Charlot no duró más que un par de meses. Cogió un catarro y se murió. Laguna se hizo más silencioso y encogido. Algunas veces me murmuraba:

-Precisamente ahora, cuando podíamos comer cada día... -y se callaba. Charlot se había muerto simplemente de hambre.

Odiaba esta hambre horrible, escondida y vergonzante de los empleados de oficina que imperaba en tantos cientos de hogares en Madrid.

Un día me encontré con mi viejo amigo Antonio Calzada; estaba flaco y amarillo, muy bien zurcidos los bordes deshilachados de los puños de la camisa y de la americana. Estaba sin trabajo. Su historia era la vieja historia de la prosperidad y la crisis de la guerra. Durante la gran guerra le habían nombrado pomposamente director de la recién fundada sucursal del Banco Hispano-Americano en el Puente de Vallecas. Su salario no era más de 250 pesetas, pero tenía habitaciones para vivir encima del banco sin pagar renta, luz o calefacción. Se casó y tenía tres hijos. La sucursal prosperó: pronto tuvo un contable, dos empleados, un ordenanza y una caja fuerte; le dieron poderes. Si el negocio seguía prosperando, podía contar con un ascenso y un puesto en alguna otra sucursal más importante. Cuando se acabó la guerra, el banco comenzó a despedir personal. La sucursal se quedó sólo con el ordenanza, hasta que un día éste también desapareció. Calzada continuó como director, escribiente y ordenanza todo en uno, acuciado por el miedo de ser puesto en la calle en cualquier momento.

-Todos los empleados de banco -dijo- parecían sentir los mismos temores e intentaron unirse en forma que pudieran defenderse con una resistencia colectiva. Al principio los bancos despedían a todos los que se sabía pertenecían a un sindicato.

Más tarde apareció en escena el Sindicato Libre de Banca y Bolsa. Sus organizadores venían de Barcelona con la fama de resolver todas las cuestiones sociales por la acción directa; iban a resolver el problema de los empleados con sus pistolas y, si era necesario, iban a liquidar a unos cuantos directores. A mí, como a muchos, me pareció que eran diferentes de tus viejos dormilones amigos de la UGT y no creí entonces, aunque me lo dijeron, que Martínez Anido y sus pistoleros y hasta los bancos estaban detrás. Me inscribí. Se inscribieron miles de empleados, y la organización entonces exigió el cese de los despidos y una escala mínima y fija de salarios. Fuimos a la huelga y la perdimos.

Los organizadores del Sindicato Libre abandonaron a los huelguistas. Los despidos fueron a cientos. Calzada se unió a los huelguistas y perdió su plaza.

-Hasta ahora me he ido manejando, con los ahorrillos primero y empeñando lo que había en casa que valiera algo. Pero ya no sé por dónde vamos a salir. No tengo más que lo puesto, debo dos meses de casa, y comemos de milagro, cuando comemos.

Don Agustín le admitió con 100 pesetas al mes. Fue uno de los privilegiados entre los miles de pobres gentes que buscaban trabajo sin encontrarlo durante el verano de 1923. Por aquella época comenzaron a producirse en Madrid atracos, robos y asesinatos, al igual que en mayor escala venía ocurriendo en Barcelona. Se sucedían los gobiernos y el caos aumentaba de mal a peor.

Una tarde me encontré en la calle al comandante Tabasco. Me saludó muy cariñoso y me forzó a contarle cómo iba viviendo. Sabía por qué había venido a la capital, pero hubiera sido una impertinencia mía hacer una alusión directa.

-¿Ha venido usted de veraneo, don José? -le dije.

-¡De veraneo! Sigues tan inocente como siempre. Je, inocente! Es una lástima que tuvieras que licenciarte, ahora nos hubieras

sido muy útil. Tú sabes muy bien a qué he venido. Si hubieras estado en Ceuta te hubiera traído conmigo. Estoy abrumado de trabajo y un secretario me hubiera venido bien.

-Pero las cosas van bien, ¿no?

-Oh, sí. Todo está arreglado. Dentro de dos o tres meses, las cosas van a cambiar de arriba abajo. Hemos decidido acabar con todas estas intrigas. Tenemos que enseñar a toda esta canalla que existe una patria y que España no es una colonia extranjera. Mira lo que ha pasado en Italia -en Italia, Mussolini acababa de asaltar el poder-, y aquí estamos en idéntica situación. O dejamos que haya una revolución como en Rusia, o los españoles, ios verdaderos españoles, tenemos que coger las riendas en la mano. Y ya es tiempo que esto se haga.

-Francamente no me he formado aún una idea de lo que está pasando en política. En los pocos meses que hace que dejé Marruecos, no he hecho más que trabajar para salir adelante, y nada más. Y la vida es tan distinta de la vida de cuartel, que no puedo decir que he comprendido aún todos los problemas que hay. Nadie está de acuerdo con nadie. Y parece que las cosas de Marruecos no marchan bien, ni mucho menos.

Don José se excitó:

-¿Cómo diablos van a ir bien las cosas, si no nos dejan a nosotros que las arreglemos? Ahí están, mandando paisanos a negociar con Abd-el-Krim; ¿qué saben ellos de Marruecos?

Ese granuja quiere una República independiente, y los comunistas de Francia y los socialistas de la Casa del Pueblo de aquí le apoyan. Lo que hay que hacer es fusilar a unos cuantos cientos y arrasar el Rif. Bueno, todo vendrá en su día y ¡antes de lo que la gente cree!

Aquella noche tenía ganas de encontrarme entre gente y charlar un rato. Me fui a la tabernita de la calle de Preciados (una bomba alemana la destruyó totalmente en noviembre de 1936) donde se reunían innumerables empleados de las oficinas pró-

ximas a la Puerta del Sol, cuando terminaban su trabajo. Me junté a un grupo de conocidos y les conté la esencia de la conversación que había tenido con el comandante.

-Lo que nos hace falta es una República -explotó Antonio, un jovencito flacucho y enfermizo, cuyos bolsillos siempre atiborrados de folletos anarquistas y comunistas abultaban más que él.

-No. Lo que necesitamos aquí es un tío con cojones que enseñe disciplina a toda esta gentuza -replicó el señor Pradas, un contable miope, haciendo oscilar peligrosamente los gruesos cristales de sus gafas en los límites extremos de su nariz.

-¡Eso es lo que hace falta! -aplaudió Manuel, un jefe de ventas próspero de un gran almacén.

-No tengo nada contra ello -dijo Antonio-, siempre que el hombre tenga cojones y sea un socialista, un verdadero socialista, un Lenin. Sí, señor. Esto es lo que necesitamos: una revolución y un Lenin.

El señor Pradas puso ambos codos sobre la mesa:

-Mire, usted simplemente es un chalao. Bueno, no un chalao, un chiquillo en pañales. La desgracia de este país es que no tenemos otro Espartero, que no tenemos un general tan grande como él, que agarre del pescuezo a todos los políticos y barra las calles con ellos. Necesitamos un tío que se presente en el Congreso, dé dos puñetazos en la mesa y los ponga a todos en la calle. Yo no estoy en favor de matar a nadie, pero créame, unas docenitas de fusilamientos y se quedaba todo como una seda. Y en cuanto a los socialistas, un tiro en la nuca a Prieto, Besteiro y compañía. Eso es lo que hace falta aquí.

Antonio se levantó lívido:

-¡Usted es un cabrón y un hijo de puta!

En la tabernita no existían conversaciones privadas. Medio minuto más tarde, cien personas apretujadas en un cuartucho de

veinte metros cuadrados estaban chillando y levantando los puños. Cinco minutos más tarde sonó la primera bofetada, y poco después Antonio y cuatro más eran conducidos a la comisaría entre una pareja de guardias. El suelo estaba lleno de cristales y de charcos de vino; y Miguelito, el más avispado de los chicos de la taberna, le estaba lavando una descalabradura a un antiguo parroquiano, frotándole concienzudamente la calva con un trapo de limpiar mesas empapado en aguardiente. El señor Pradas, con la cara roja y los ojos ciegos tras las cristales, peroraba:

-¡Anarquistas, sí señor, anarquistas! Eso es lo que son. Todo esto porque uno se atreve a decir la verdad como una persona decente. Yo soy una persona decente. Cuarenta años he estado trabajando como un mulo y ¡ahora este mocoso quiere darme lecciones! Lo que necesitamos aquí es un hombre como el general Espartero, un hombre con cojones que meta en cintura a todo el mundo. ¡Viva España!

La segunda bronca que comenzaba a iniciarse quedó ahogada en vino. El tabernero, un hombre enérgico, con la filosofía de su profesión, la cortó de raíz:

-Bueno, señores, se acabó. No se habla más de política. El que quiera hacerlo, que se marche a la calle. Aquí la gente viene a beber y a pasar un buen rato. Miguelito, pasa una ronda a todos estos señores por cuenta de la casa.

Se me quitaron completamente las ganas de volver a la tertulia.

El general Picasso terminó sus investigaciones del Desastre de Melilla en 1921. Su informe estaba en las manos del Parlamento; de un momento a otro se esperaba el día del debate en la Cámara. La minoría socialista había copiado e impreso el informe y unas pocas copias circulaban ya por Madrid. Entre los papeles encontrados en el despacho del general Silvestre, el general Picasso había descubierto un número de documentos

que probaban la interferencia personal de Alfonso XIII en el curso de las operaciones militares. Pero ninguno de los efímeros gobiernos de aquellos días se atrevía a plantear la cuestión ante las Cortes. La oposición formaba un bloque y pedía cada vez con mayor energía que se abriera un debate público para definir las responsabilidades de la catástrofe de Marruecos. Se sentía que iba a pasar algo grave.

Si queréis hipnotizar una gallina, ponedla sobre una mesa cubierta con un tapete negro y forzadla el pico contra el tapete. Poned un trozo de tiza frente a su pico entre los dos ojos y en el momento psicológico en que la gallina se queda quieta, id alejando el trozo de tiza del pico de la gallina, marcando una línea blanca intensa sobre el tapete negro. Podéis dejar libre la gallina. El animal se quedará allí inmóvil, en ridículo equilibrio sobre sus dos patas y su pico, persiguiendo con ojos bizcos la línea blanca que se aleja.

Ahora me parece a mí que algo similar nos pasó a todos en aquellos días del mes de septiembre de 1923, en que el general Primo de Rivera se proclamó a sí mismo dictador de España por un golpe de Estado.

Todos estábamos esperando que pasara algo, algo muy grave y muy violento. El destronamiento del Rey, una insurrección militar, un levantamiento de los socialistas o de los anarquistas, en una palabra, una revolución. Tenía que pasar algo, porque la vida de la nación se encontraba en un callejón sin salida.

Yo estaba en el café Negresco en la noche del 12 al 13 de septiembre. Mi viejo amigo Cabanillas solía venir allí cuando terminaba su trabajo en la redacción de El Liberal. Me había unido al círculo de periodistas y aspirantes a escritor, porque quería oír de él las últimas noticias. Llegó a las dos de la madrugada, pálido y excitado, con la pelambrera en desorden:

-¿Qué te pasa? ¿Has estado en un estreno?

-A mí no me pasa nada, pero ¿sabes la última noticia?

-¿El qué?

-La guarnición de Barcelona se ha echado a la calle con Miguel Primo de Rivera a la cabeza.

-Alfredito, tú estás malo -dijo alguien-. Que te den una copa de coñac.

-Que es verdad, os digo. Primo ha declarado el estado de sitio en Barcelona y tomado el mando de la ciudad. Y ahora dicen que ha mandado un ultimátum al Gobierno.

La noticia se extendió por el café como debió extenderse a través de todos los cafés de Madrid cuajados de gente a aquella hora. Cuando nos marchamos, la Puerta del Sol era un hormiguero. Las gentes se preguntaban unas a las otras:

-¿Qué va a pasar aquí?

Y no pasó nada. Mi hermano y yo nos quedamos en la Puerta del Sol tomando parte en las discusiones de los innumerables corrillos, hasta que llegó el primer tranvía lleno de obreros de los barrios extremos y los barrenderos comenzaron a regar y barrer la plaza. Cuando los periódicos de la mañana aparecieron, con sus gruesas cabeceras sobre la proclamación del general y sobre el anuncio de que el Rey le había llamado a Madrid, no pasó nada. La mayoría de los periódicos dieron la bienvenida incondicional al dictador; unos pocos se reservaron su juicio. Los dos periódicos más importantes de la izquierda, El Liberal y El Sol, maniobraron hábilmente, sin criticar el asalto al poder y sin apoyarlo. El hombre de la calle se quedó mirando atónito lo que pasaba, como la gallina hipnotizada se queda mirando el trozo de tiza; y cuando trató de recobrar su equilibrio, los acontecimientos le habían sobrepasado: el Gobierno había dimitido, algunos de sus miembros habían huido al extranjero, el Rey había dado su aprobación al hecho consumado y España tenía un nuevo gobierno llamado el Directorio, que suspendió todos los derechos constitucionales.

-Hola, Luis, ¿cómo van las cosas?

Los ojillos de cerdo de Pla trataban de encontrarme en alguna parte siguiendo la dirección de mi voz.

-Siéntate y toma algo.

-¿Estás todavía en el banco? ¿Cómo escapaste durante la huelga?

-He tenido una suerte loca, chico. Dos semanas antes de que estallara la huelga, cogí una pulmonía, y cuando pude volver al trabajo todo se había acabado. De otra forma me hubieran puesto en la calle, seguro. No estaba en favor de esos granujas del Sindicato Libre, pero hubiera ido a la huelga con los otros. En cambio, me han subido el sueldo. Ahora tengo 250 pesetas. Bueno, es verdad que llevo en el banco veinticinco años...

-No exageres, ¿eh?

-Bien, desde 1906, es decir diecisiete años. De todas formas, toda mi vida.

-¿Y qué te parece Primo de Rivera?

-Si digo la verdad, me gusta el tipo. Tiene cojones y buen humor. ¿Has leído su último manifiesto? Es español verdadero decirle a la gente que él está donde está por sus

«atributos de masculinidad». Me gusta. Claro que no puedo imaginarme en qué va a acabar todo esto. Parece que quiere colaborar con todo el mundo, incluso con los socialistas, y ya ha invitado a Largo Caballero y a unos pocos más para que le sometan los problemas obreros. Y los pistoleros de Barcelona ya no están tan flamencos. Ha dicho que le pega cuatro tiros al primero que coja, aunque sea uno de los de Martínez Anido.

Una avalancha de vendedores de periódicos pasó corriendo ante la puerta, llenando la calle de una algarabía de gritos; dos de ellos entraron en la taberna:

-¡El asalto al Correo de Andalucía!

Cada parroquiano compró un ejemplar. En letras gigantescas los periódicos anunciaban el último robo y asesinato: el coche correo del tren Madrid-Sevilla había sido asaltado, el oficial de correos en cargo asesinado, y las sacas de correo robadas.

-No se le ponen las cosas muy fáciles a Primo. Aquí tiene otra vez a los pistoleros vivitos y coleando, cuando él creía que había acabado con ellos.

-Ésos son los anarquistas -dijo alguien.

-Ya verás. A esos socios no los cogen -gruñó Pla.

Este crimen fue una prueba seria para Primo de Rivera. La gente en España tiene la inclinación de divertirse con cualquier ataque a los poderes constituidos y contemplarlo como un espectáculo, con una cierta simpatía hacia el rebelde contra la autoridad. El robo a mano armada había casi desaparecido por entonces, y el sentimiento de peligro e inestabilidad de la ola de atentados se había mitigado. Ahora este nuevo asalto, aunque provocaba la natural repulsión por la brutalidad del asesinato, proporcionaba también la excitación de un desafío al flamante dictador.

La prensa de derecha explotó esta oportunidad para una campaña desatada contra las fuerzas «aún libres de la masonería, el bolcheviquismo, el socialismo, el anarquismo y tal y tal, aún rampantes en el más católico país, regido por un general patriota..., etc.». Ésta era la ocasión para hacer un escarmiento ejemplar, sin piedad alguna para los culpables, y salvar así la ley y el orden en el país.

Se cogió a los asesinos y resultaron ser dos jóvenes de familias acomodadas de la clase media, degenerados y viciosos, con un homosexual feminoide como cómplice. Los dos asesinos fueron ahorcados y su cómplice condenado a cadena perpetua. Hubiera sido imposible salvarlos de la pena capital, después de la campaña intensa que se había realizado de antemano bajo la

presunción de que los asesinos pertenecían a un grupo político. Sin embargo, aunque este mito se había destruido, el rigor de la dictadura hirió a todas las agrupaciones de izquierda: unas fueron disueltas, otras sometidas a una vigilancia extrema y restringidas en sus funciones; el derecho de huelga se suspendió y al mismo tiempo se erigieron tribunales para resolver los conflictos sociales. El Directorio emprendió una serie de trabajos públicos en gran escala y el paro disminuyó rápidamente. El nuevo régimen se afirmaba en su posición.

Pero aún quedaba la cuestión de Marruecos.

El duque de Hornachuelos se presentó un día en la oficina y dio la orden de registrar una patente de invención por el hecho de poner anuncios en los paquetes de cigarrillos. Le dije que esto no podía registrarse como un invento y me contestó:

-Usted solicita las patentes, y el ministerio las concederá.

El jefe de la oficina de patentes se negó a conceder el registro porque aquello no era invención alguna, pero una amistosa carta del nuevo amo de España le hizo cambiar de opinión. Durante el trámite tuve ocasión de hablar frecuentemente con el duque.

Yo estaba interesado en él y él parecía interesarse por mí. Por mi parte, este interés arrancaba de un recuerdo de mis tiempos de infancia. En una de mis vacaciones en Córdoba había oído una historia acerca del entonces joven y presunto heredero del mísero duque de Hornachuelos. En un baile de carnaval había hecho el ridículo, porque su padre no le daba más que cincuenta céntimos a la semana para sus gastos; y había exclamado furiosamente en público: «¡Qué ganas tengo que reviente mi padre, para poderme gastar un duro a gusto!».

Cuando llegué a conocerle, había cumplido su deseo; se había gastado la fortuna de la familia y estaba entrampado hasta los ojos, pero como era uno de los compañeros de juerga de Alfon-

so XIII, se encontraba en una posición privilegiada. Ahora, bajo la dictadura, contaba con tener en sus manos el monopolio de las envolturas de cigarrillos y cerillas con anuncios, bajo los derechos imaginarios de sus pretendidas invenciones; sería muy fácil para él encontrar quien financiara el fantástico negocio. Y un día hablamos sobre Marruecos:

-Yo he estado allí como teniente y conozco el país. Es donde está el futuro de España. Pero ahora don Miguelito está hablando de abandonar Marruecos. Es una pura cobardía y así se lo he dicho en su cara. Marruecos es español por derecho propio, es nuestra herencia de los Reyes Católicos, es un deber sagrado que no podemos eludir. Lo que menos podemos consentir es que el viejo Miguelito haga el tonto con esta cuestión. Sería tanto como dejar a los ingleses establecerse allí en dos semanas y que los pescadores de Málaga tuvieran que pedir permiso para pescar en las aguas de Cádiz. Cortaría España en dos. No. Si Primo intenta de verdad abandonar Marruecos, le vamos a tener que echar a patadas.

El segundo de nuestros clientes con quien yo hablé acerca de la cuestión de Marruecos, por aquel entonces, fue el comandante Marín, un hombrecillo cínico, inteligente y despreocupado, que trabajaba para una famosa sociedad de leche condensada y obraba como un intermediario en la negociación de contratos para el suministro a las tropas y los hospitales de Marruecos. Ahora bien, unos cuantos protegidos del dictador habían establecido una nueva fábrica de leche condensada, contando con la seguridad de las órdenes para el ejército como base del negocio. Y habían registrado una serie de marcas de fábrica que imitaban las marcas de la compañía que representaba Marín. Nuestra oficina iba a dirigir el procedimiento legal contra estas imitaciones, y Marín nos visitaba con frecuencia para discutir el asunto. Así, un día me dijo:

-¡Vaya un lío! Este Primo de Rivera nos va a volver locos a todos. Aquí está haciendo favores a sus amiguitos y dando mo-

nopolios a derecha e izquierda, y mientras tanto se le ha olvidado que en Marruecos es donde únicamente puede dar de comer al ejército. Hay más de cien mil hombres en África en este momento y es el tiempo de las vacas gordas. Si les dejamos, van a vender más leche condensada en un año que nosotros en diez. ¡Y a este hombre se le ha metido en la cabezota que el país quiere que se termine Marruecos, y que él está para servir al país! Le digo a usted que el viejo puede ser decente, pero idiota, un completo idiota que no tiene la menor idea de lo que es gobernar un país.

Mi hermano y yo estábamos viviendo solos con nuestra madre, desde que mi hermana se había casado y había montado su propia casa. Cada vez que Rafael y yo discutíamos acaloradamente el presente y el futuro del país, mi madre no mostraba ni excitamiento ni aprensión. Tampoco lo había mostrado cuando Primo de Rivera había dado su golpe de Estado:

-Tenía que pasar esto -decía-, era lo mismo cuando yo era una chiquilla y después cuando trabajé de doncella en la casa del duque de Montpensier. Había gentes que querían que el duque fuera rey de España en lugar de Isabel II. Todo esto pasó antes de la República y el propio general Primo vino desde Inglaterra para tomar el partido del duque. Yo era una chiquilla entonces, pero me acuerdo que todos los días había motines, hasta que destronaron a la Reina y vino la República. Pero entonces los generales se quedaron de brazos cruzados, sin tener nada que hacer, y se echaron a buscar un rey por todas partes. Algunos querían intentar otra vez que lo fuera el duque. Y en aquellos días, un general u otro estaban siempre haciendo una revolución con dos o tres regimientos. O le fusilaban o le hacían jefe de gobierno. El palacio del duque estaba siempre lleno de generales, y uno de ellos era el padre o el tío de este Primo de Rivera, un hombre que unas veces estaba contra los carlistas y otras buscando un rey para echar a los republicanos. Al fin pes-

caron a Alfonso XII y le casaron con la hija del duque. Una lástima que se muriera aquel verano. Y desde entonces hasta ahora, siempre ha habido un general a mano para protestar contra esto o aquello. Pero ninguno de ellos arregló jamás el país. Éste tampoco lo hará.

-¿Quién cree usted que podría poner España en orden? -le pregunté un día.

-¿Yo qué sé? Yo no entiendo de esas cosas. Si viviera tu padre, él te lo podría explicar mejor que yo. Fue un republicano toda su vida y yo creo que tenía razón.

Yo sabía la debilidad secreta de mi madre por contar un incidente histórico en la vida de mi padre:

-Ande, cuéntenos la historia otra vez -le dije.

-Pues... Todo ello pasó en el 83, cuando querían que volviera la República, un poco después de que coronaran a Alfonso XII. Y tu padre salvó el pellejo gracias a que se dormía como un tronco. En Badajoz los sargentos habían formado una junta y tu padre era el secretario. Iban a sacar las tropas a la calle una madrugada y tu padre se echó a dormir en el cuarto de los sargentos y dijo que le despertaran. No sé si le olvidaron o si no se despertó. Pero el general Martínez Campos, que mandaba entonces, se enteró del proyecto por algún soplón y cuando abrieron las puertas del cuartel para sacar los soldados a la calle, todos los sargentos fueron arrestados; se les formó consejo sumarísimo y se les fusiló. Y tu padre durmiendo como un bendito. No le pasó nada, porque ninguno de sus compañeros le denunció. Pero al general que estaba a la cabeza del levantamiento le ahorcaron... Creo que tu padre se hacía muchas ilusiones, porque si aquello hubiera salido bien, la República hubiera sido una república de generales y para eso lo mismo daba tener un rey.

Estábamos viviendo bastante bien. Yo ganaba lo suficiente, y Rafael había encontrado una plaza de contable con un contra-

tista catalán que había venido a Madrid a la caza de contratos para las obras públicas que se emprendían. Había obtenido ya algunos contratos pequeños de carreteras, pero su objeto principal eran los grandes contratos de barriadas de casas baratas que se planeaban en los suburbios de Madrid.

Un día Rafael vino a casa con la noticia de que a su jefe le habían dado el contrato para dos de estas barriadas:

-Si todos los negocios con el Directorio son como éstos, vaya un lío que se va a armar.

¿Sabes? Mi jefe tiene amigos en el ministerio que le tienen al corriente de las propuestas que se hacen en los otros pliegos de las subastas. En el último momento, le dijeron que podía tener los contratos si estaba dispuesto a pagar un millón de pesetas en dinero contante y sonante. Naturalmente, no tenía dinero para pagar así, porque estaba trabajando con el crédito que le dio Urquijo. Así que se tuvo que ir a verle otra vez; primero para ver si le daban el millón y segundo para saber si le abrían crédito hasta que el Estado le pagara a él. Y todo está ya arreglado. Le han dado los dos contratos, el banco le ha abierto un crédito por los gastos generales, ha pagado el millón y el banco ha puesto como condición el derecho de transferir los contratos a un testaferro si no paga el préstamo y los intereses. Todo, una broma de diez millones de pesetas.

-Bien, pero al fin y al cabo no está mal que la gente pobre tenga casa propia, aunque cueste mucho dinero -dijo mi madre.

Rafael la miró compasivo:

-Pero ¿es que usted se cree que las casas son para la gente pobre? Van a construir dos barrios de hotelitos, cada uno con su jardincito y su tapia, y los van alquilar a 150 o 350 pesetas al mes. La más barata es tanto como mi sueldo.

-Lo siento que sea otra granujada. ¿Sabéis que nuestra vieja buhardilla, que yo pagaba nueve pesetas, vale ahora veinticinco? Ya os he dicho que de los generales nunca sale nada bueno.

Se quedó pensativa y agregó:

-Si al menos este hombre terminara la guerra en Marruecos... pero ¿cómo puede un general terminar guerras?

Villa Rosa

Capítulo IX

El año 1924 marca una profunda huella en mi vida. Si la evolución posterior de mi país no hubiera obrado sobre mí como un catalítico -como lo hizo sobre veinte millones de otros españoles-, el curso de mi vida interna y externa hubiera podido quedar determinado entonces.

Me casé y cambié mi categoría social en el curso de aquel año.

Mi familia, y sobre todo mi madre, tenía la convicción de que yo encontraría una mujer con todas las cualidades de lo que se llama «un buen partido». Tenía una amiguita, exactamente como cada uno de mi edad en España, porque hubiera sido humillante no tenerla. Mi familia no esperaba que se convirtiera en mi mujer y yo tampoco; hasta entonces no había pensado seriamente en casarme. Otras relaciones satisfacían mis necesidades sexuales y mi «novia» era simplemente una exhibición de mi hombría. La idea de matrimonio la había dado de lado hasta que mi situación financiera fuera mejor. Pero parece que los demás habían comenzado a pensar que ya estaba en edad de casarme.

Un día, el viejo don Agustín me llamó a su despacho mientras su hija, una atractiva muchacha de veintitrés años, estaba con él. Comenzó a dictarme unas notas y la muchacha nos dejó solos. Cuando terminamos, se quitó las gafas y preguntó:

-¿Qué te parece Conchita?

-Una chica muy guapa y muy simpática. -Le dije lo que pensaba y él era bastante inteligente para darse cuenta de ello.

-Es la clase de muchacha que hará una buena madre de familia y debería encontrar un buen marido, pero hasta ahora no hay asomo de ello.

-¿No tiene novio?

-Tiene bastantes pretendientes; todos señoritingos. Pero lo que yo quiero para ella es un marido que sepa lo que es trabajar, y si puede ser, alguien que entienda este negocio nuestro. Yo ya voy siendo viejo. No te rías, aún me quedan veinte años más de vida; aunque tal vez no. Bueno, de todas maneras, lo mejor para Conchita sería un marido como tú. ¿Tienes novia?

-Sí.

-Cuéntame quién es. ¿Es de buena familia?

-Si lo que quiere usted decir es si la familia tiene dinero, no lo es, sino muy pobre. Y si lo que usted llama una buena familia es una familia de distinción, tampoco lo es.

-Pero, hombre, entonces estás haciendo el tonto. Lo que tú necesitas es una boda que te ponga definitivamente en un nivel de vida. Tú necesitas una mujer como Conchita. Después de todo, ella tiene su dote y en cuanto a su marido, tendrá un puesto seguro en la firma. Tú comprenderás que no hay dificultad alguna en convertir en socio al hijo político.

-¿Me está usted haciendo una proposición, don Agustín?

-Tómalo como quieras. Nosotros los viejos no tenemos que andar con muchos miramientos, pero tú deberías ir pensando en lo que es más conveniente para ti y no seguir siendo un don nadie.

Y aquí terminó la conversación. Nunca pude saber si la iniciativa había partido del padre, de la hija o de la madre, que me mostraba gran afecto.

Pero yo tenía al lado un ejemplo vivo de las consecuencias del celo matrimonial de don Agustín en la persona de su hijo político Domingo. Éste solía decir que su padre era un maquinista

de trenes expresos, pero de los detalles que a veces se le escapaban en la conversación, era claro que su padre no había pasado de ser un fogonero en los muelles de la estación de Albacete. Era una familia numerosa, llena de dificultades para ir viviendo. Domingo resultó tener una buena cabeza para los números y una magnífica caligrafía, y el padre, con estas dos cualidades en consideración, le mandó a Madrid a que se buscara la vida. El muchacho anduvo rodando de una oficina a otra, siempre hambriento y sin encontrar jamás un porvenir. Cuando andaba ya en los treinta, cayó en casa de Ungría, como otros muchos, aceptando una miserable existencia por escapar de un hambre segura. La hija mayor de don Agustín parecía encontrarle atractivo y le saludaba afectuosamente a menudo desde los balcones que dominaban la entrada de la oficina. Era ya una solterona que no cumpliría más los treinta, pero Domingo había pasado mucha hambre. Se casaron. Don Agustín les montó la casa, le señaló un sueldo de cincuenta duros, que entonces era una gran cantidad, y le hizo apoderado suyo. La pareja resultó prolífera y don Agustín iba pagando cada nieto que Domingo le daba con un aumento de veinticinco pesetas.

Después, le llamaba a su despacho:

-Tú eres un idiota. Si no fueras el marido de mi hija, te ponía en la calle ahora mismo. Da las gracias a tu mujer, que es una santa, y a tus hijos, que son mis nietos, que no te pongo en la calle. Te voy a poner a copiar facturas. ¿Y tú eres mi hijo? Tú eres un idiota.

Todo el personal escuchaba estas broncas. Don Agustín disfrutaba en hacerlas en público y la única defensa del pobre don Domingo era renegar -también en público- de la maldita hora en que se le había ocurrido escapar de la miseria casándose.

La oferta de don Agustín no tenía atracción alguna para mí. Pero se lo conté a mi madre.

-Y tú, ¿qué le has contestado?

-Nada. La chica no me interesa, pero claro es que esto no podía decirle al padre sin ser grosero.

-¿Y qué vas a hacer?

-Nada. Ya le digo que el asunto no me interesa lo más mínimo. Me basta el espejo de don Domingo para saber las consecuencias.

-Pero tú eres más inteligente que don Domingo.

-¿Y qué? Seguramente el viejo no se atrevería a decirme que soy un idiota estúpido como a él, pero un día u otro diría que me había sacado de la miseria.

Se quedó pensando un poco y dijo:

-¿Sabes? Si no te casas por amor, vas a ser un infeliz; y esto es una cosa muy rara en este mundo.

Aunque mi madre no siguió el tema, habló de ello con algunos familiares y conocidos. Como una consecuencia, durante días y días tuve que soportar los consejos desinteresados que todos se encontraban en obligación de darme: no tenía que ser un tonto y perder la ocasión que se me presentaba. Al mismo tiempo se estableció una oposición abierta contra mi novia, incluso por parte de su propia familia. Sus padres y hermana consideraban que, si no decidía casarme o dejarla libre, estaba perdiendo el tiempo conmigo. Ambas actitudes acabaron por enfurecerme y un día dije que me iba a casar con ella. Y me casé.

Casi simultáneamente, uno de los jefes de una de las agencias de patentes más importantes de España falleció inesperadamente. Yo sabía que iba a ser difícil encontrar quien le sustituyera, porque su trabajo necesitaba conocimientos especiales, y me fui a ver al director de la firma. Me conocía, como nos conocíamos todos dentro del círculo estrecho de la profesión, y llegamos a un acuerdo. Me haría cargo de la dirección técnica de la firma, con un salario de quinientas pesetas y una comisión. Mi matrimonio comenzaba con buenos auspicios. Aunque ya

había comprobado que había poco en común entre las ideas de mi mujer y las mías, tenía la seguridad de que en unos cuantos meses de vivir juntos se convertiría a mi manera de pensar en lo que yo entendía debían ser las relaciones entre marido y mujer.

Al cabo de unos pocos meses dominaba perfectamente mi nuevo trabajo y había fracasado completamente en mi matrimonio.

Mi suegro vino a verme un día:

-Quiero hablarte seriamente -me dijo-. La chica me ha contado las cuestiones que tenéis. Tú tienes la cabeza llena de modernismos y quieres cambiar el mundo; eso es lo que te pasa. Pero el mundo no es así. Mira, una mujer o es una mujer casada, y en este caso su puesto es tener la casa arreglada y ocuparse de los chicos, o es una puta y entonces su puesto es pasearse en las esquinas. Y no se te meta en la cabeza nada diferente. El hombre tiene que mantener la casa y los chicos, ésta es su obligación. Y si un día le da la gana de divertirse un poco, pues bien, te vas por ahí, te buscas una fulana y haces lo que te pida el cuerpo sin dar escándalo. Y nada más. Hazme caso, que yo tengo ya mis sesenta y voy para viejo y sé lo que me digo. Pero si seguís como vais, vais a acabar mal.

Traté de no exigir de mi mujer más de lo que ella podía dar. Nuestro matrimonio quedó pronto deshecho y reducido tan sólo al contacto físico. Pero naturalmente, si la propia mujer de uno no se diferencia de las demás mujeres, más que por el color del pelo, el perfil de la cara o las líneas del cuerpo, se convierte irremisiblemente en una más de las muchas mujeres que le atraen a cada hombre, con la desventaja de ser la única que se tiene a mano de día y de noche, sus atractivos sometidos a una comparación constante y a un desgaste por su uso sin cariño.

El señor Latre era un hombre de setenta años, tan bien conservado que nadie le hubiera tomado por más de cincuenta. Ha-

blaba tres idiomas fluentemente y conocía el mundo fuera de España. Era el propietario de una de las mejores tiendas de novedades de Madrid y había viajado frecuentemente por Europa, aparte de haber sido educado en una universidad alemana. Se había mantenido soltero y ahora estaba retirado de los negocios. Rumiando mi aislamiento, pensaba que no podía soportar la reacción de mis amigos a mis problemas, que en general no era otra cosa que la misma de mi suegro en diferente forma. Pero un día le hablé a Latre:

-No sé qué hacer. No puedo formular ninguna queja completa contra mi mujer. Físicamente me gusta y creo que yo le gusto a ella; de todas maneras, sexualmente estoy satisfecho y no siento celos de ninguna clase. Pero aparte de esto somos dos completos extranjeros el uno para el otro, como si fuera una mujer de la calle y yo un parroquiano habitual. Mi vida y mi persona no le interesan y en esto me estrello contra una pared que no puedo saltar. Su frase favorita es: «Esto son cosas de mujeres». Tampoco puedo llamarlo incompatibilidad. No somos incompatibles, ni aun antagónicos, me atrevería a decir. Simplemente vivimos en dos mundos distintos, sin que haya comunicación entre ellos.

-Al fin y al cabo, ¿qué puedo decirte yo? Tú eres el enfermo y estás dando tú mismo el diagnóstico. Que yo sepa, no hay remedio para esta enfermedad. El problema no radica ni en ella ni en ti; mejor dicho, si radica en alguien, es en ti precisamente. Pero de todas formas no veo qué puedes hacer.

-No entiendo a dónde va usted a parar.

-El problema es complicado en detalles, pero es muy simple en sus líneas generales. Mira, en España, los chicos y las chicas se crían en dos grupos separados, aislados unos de otros. Al chico se le dice que no debe arrimarse a las chicas o jugar con ellas; y si lo hace, se le llama un mariquita. A las chicas se les enseña que los chicos son brutos y bestias, y que la muchacha a quien le gusta jugar con ellos no es una mujercita, sino una marima-

cho, lo cual es muy malo. Más tarde los maestros de escuela se dedican a enseñar a los chicos que la mujer es un saco de porquerías y de impurezas, y a las chicas que el hombre es la encarnación del demonio, creado sólo para la perdición de las mujeres. Así, los muchachos forman su sociedad masculina y las muchachas su sociedad femenina. Cuando el sexo se despierta con todas sus exigencias, el muchacho se va a un burdel y aprende allí todo lo que hay que aprender, y la muchacha espera hasta que uno de los muchachos, harto ya de prostitutas, venga a pedirle que se acueste con él. Unas consienten a través del matrimonio y otras sin matrimonio; las primeras se convierten en mujeres casadas decentes y las segundas en putas. ¿Cómo puedes esperar que nazcan matrimonios de verdad, completos, en este ambiente?

-Todo eso ya me lo sé yo, pero lo que no entiendo es por qué después de casarse no pueden adaptarse los dos, uno al otro.

-Bien, bien. ¿Te adaptas tú a tu mujer, o no intentas que se adapte ella a ti? Pero, en fin, aparte de tu caso, ninguno lo puede hacer, porque el conjunto de la sociedad de su propio sexo está contra ello. Te voy a describir lo que pasa en la vida de cada día, y tú mismo vas a reconocer que lo has visto millares de veces: se casan dos jóvenes, porque están más o menos enamorados uno del otro. Durante los primeros dos meses van juntos, agarraditos del brazo, a todas partes, y hasta se besan delante de la gente y todos dicen: «Da gusto verlos. ¡Cómo se quieren!». Pero después de la luna de miel comienza la gran ofensiva, que aunque es completamente inconsciente es realmente efectiva. Un día, cuando él ha terminado su trabajo, los amigos vienen y le dicen: «Anda, vente con nosotros a casa de la Fulanita, que nos vamos a beber una botella de vino». «No -responde él- «me voy a casa.»

«Caramba, ¿todavía te dura la fiebre? No se te va a escapar la mujer... Todos los días perdiz, cansa.» El hombre se escapa, pero ellos renuevan el ataque otro día y esta vez más directo:

«Bien, parece que estás cosido a sus faldas. Mira, el hombre es el que tiene los pantalones, no la mujer». Y si todavía resiste el marido, los amigos acaban por abandonarlo, se le deja solo, y el pueblo en pleno dice que en su casa es la mujer la que lleva los pantalones.

»Lo mismo pasa con la recién casada. Si muestra muy abiertamente su cariño al marido, sus amiguitas y hasta su propia madre comienzan a criticarla abiertamente. Le dicen: "Qué, ¿todavía no se ha acabado la luna de miel?". Y al final le dicen: "¡Pero, muchacha, estás igual que una perra caliente, corriendo siempre detrás de él!". Al fin, ella no se atreve ya a mostrar que está encariñada con él, porque tiene miedo de las burlas de las otras mujeres y acaba por convencerse que él tiene su derecho a mantener sus amistades y hasta sus diversiones; incluso que no es un real hombre si no lo hace. Todo termina, como terminan la mayoría de los matrimonios en nuestro país, en un vacío absoluto. Lo raro sería que, siendo las cosas como son, no fuera así.

No había solución. Traté de incorporarme a la sociedad masculina; no quería convertirme en un solitario aburrido. Por un tiempo estuve yendo a la taberna de la calle de Preciados. Pero rápidamente todos se enteraron de mi nueva colocación, y perdí los antiguos conocidos. Comenzaba una discusión y fuera él que fuera el que tenía la palabra, se interrumpía de pronto y decía:

-Claro, don Arturo -ahora ya era «don Arturo»- no puede estar conforme con lo que yo digo. Lo comprendo. Está en otra situación que nosotros ahora. Se ha convertido en un burgués y hay muchas cosas que ya no puede ver con los mismos ojos que las vemos nosotros...

En otras ocasiones las palabras tomaban un giro más agresivo:

-Lo que necesitamos es una revolución. Hay que hacer una limpieza y ahorcar a todos los generales y a todos los curas.

Hay que quemar las iglesias y...

-Al fin, te ibas a quedar tú solo, ¿no? -decía yo.

-Claro, tú eres un burgués. Ya te han comprado y tú ya te has vendido por el plato de lentejas. Sí, amiguito, ahora no te falta más que engordar, comprarte una sortija con un diamante gordo, e ir a misa a los jesuítas. Ya hemos visto muchos como tú.

Una tarde de domingo, después de una corrida de toros en la cual había actuado un torero famoso, entonces muy discutido, nos reunimos en la taberna y comenzamos a discutir sus faenas. Uno de sus entusiastas hizo una afirmación que yo contradije.

-Naturalmente -replicó-, usted lo ha visto mucho más cerca que yo. Como don Arturo ahora pertenece a los de arriba, se puede permitir el lujo de una contrabarrera y ver lo que nosotros no podemos ver desde la andanada de sol.

De esta forma, nuestras discusiones se hundían en el ridículo. Si alguien decía que hacía frío y yo decía que no me lo parecía, se me contestaba que «claro, como yo podía comprarme un buen gabán». Unas veces reaccionaba furioso y otras lo tomaba a broma. Al fin dejé de ir allí.

Me refugié en la taberna del Portugués, en compañía de Pla. Me había conocido como un muchacho y como un hombre, y no era capaz de malentenderme. Al cabo de unas semanas, Pla era el único que me defendía en nuestra peña y a veces por puro compromiso. Mi carnet de miembro de la UGT se había convertido en un arma de dos filos. A los que estaban por encima de mí, les parecía una desgracia que yo, un jefe de una gran firma, me mezclara con la gentuza de la Casa del Pueblo. A los obreros, incluso a los de cuello duro, les parecía un intruso.

Al final me sumergí totalmente en mi trabajo, que tenía grandes atracciones para mí. No había logrado llegar a ser un ingeniero, ni aun un mal mecánico, pero ahora era consejero de inventores. A menudo los ayudaba en sus investigaciones y en

sus problemas, solamente por escapar de mí mismo. Escribía artículos técnicos o jurídicos para dos revistas profesionales y mi jefe me dejó editar una revista técnica como propaganda de la firma. Mi trabajo me llevó al corazón de la gran industria, y mis viajes a los dos centros industriales de España -Cataluña y Vizcaya- se hicieron más frecuentes. Más y más, cada vez iba perdiendo mi contacto personal con las gentes. Y sin embargo, me seguía gustando mezclarme con gentes del pueblo. Fue por entonces cuando me convertí en un parroquiano habitual de dos sitios absolutamente dispares: Villa Rosa y la taberna de Serafín.

Villa Rosa era uno de los colmados andaluces más conocidos de Madrid, en una esquina de la plaza de Santa Ana. Acostumbraba a ir allí cuando tenía dieciocho años, abundante dinero en el bolsillo y una debilidad por los vinos andaluces. De aquel período no había quedado nada que me uniera a Villa Rosa, más que mi amistad con un viejo camarero, Manolo. Había sido para mí como un padrazo gruñón, que sabía regañarme y hasta echarme a la calle cuando tenía un poco más de vino que lo que me convenía. Había sido mi consejero infinitas veces, con el humor picaro de un viejo corrido y con una honestidad que raramente se encuentra en España, excepto entre granujas y cínicos que tienen su propio código de decencia entre sí. Un día me lo encontré en la calle y comenzamos a desenterrar recuerdos. Su apariencia era la de un digno mayordomo de casa grande, con sus ribetes de bufón alegre que se ha aviejado y se ha vuelto sabio como el diablo, «más por viejo que por diablo», todo encerrado en una cara infinitamente sagaz encuadrada de cabellos canos.

-Todavía estoy en Villa Rosa -me dijo-. Venga usted a verme un día.

-Mañana por la noche voy. Te lo prometo, Manolo.

Y fui. Manolo me presentó y respondió por mí a toda la concurrencia de calaveras jóvenes y viejos que eran los habituales.

Hacia el mismo tiempo, un día pasé ante la taberna del señor Fernando, en la calle de las Huertas. En aquella tabernita, frecuentada por trabajadores de Lavapiés, por prostitutas de Antón Martín y sus chulos, yo había bebido mi primer vaso de vino. Cuando Rafael y yo éramos aún niños, habíamos ido muchas veces por una botella de vino para comer. El propietario, el señor Fernando, nos daba un vaso de limonada o diez céntimos para caramelos y cuando su hijo, Serafín, gordito como una morcilla, no estaba muy ocupado fregando vasos y botellas, jugábamos con él tras el mostrador. Cuando pasé aquel día estaba en la puerta un muchachote fornido y rollizo en mangas de camisa y con un delantal a rayas verdes y negras, que se me quedó mirando. Dio un paso hacia mí:

-Perdone usted. Usted es Arturo, ¿no?

-Y tú eres Serafín.

Me metió en la taberna entonces vacía. En la trastienda sonó la carraspera del señor Fernando. Me senté con ellos y les conté mi vida. La suya no había cambiado: seguían con su negocio y con sus parroquianos que se iban haciendo un poquito viejos, y entre los que había algunos jóvenes que iban reemplazando a los que desaparecían:

-Ven a vernos -dijo el señor Fernando-. Bueno, si no te has vuelto orgulloso para rozarte con nosotros.

-Todavía soy el hijo de la señora Leonor, la lavandera -le dije-. Vendré.

Cuando no iba a Villa Rosa a bromear un rato con Manolo, me iba a la taberna del señor Fernando, mejor dicho a la taberna de Serafín, porque el señor Fernando se murió muy poco tiempo después. Allí se me aceptaba como un proletario, porque Serafín había jugado conmigo y el señor Fernando había conocido a mi madre cuando aún bajaba a lavar al río.

Manolo vino a mi mesa, la limpió con el paño y preguntó:

-¿Qué va a ser hoy? ¿Lo de siempre? Y un chato para mí que estoy seco de sed. -Tráete media docena.

-Tenemos una buena juerga dentro. Ya le contaré después.

Trajo una bandeja con los seis vasitos de manzanilla y levantó uno de ellos en alto:

-¡A su salud! -se inclinó confidencial-: ¿Sabe usted quién está en el patio?

Villa Rosa tenía un patio con techo de cristal, imitando un patio andaluz, lleno de tiestos con flores, paredes cubiertas de azulejos e imitadas ventanas moriscas decoradas con escayola.

-Yo qué sé. ¿Quién está dentro?

-Don Miguelito.

-Bueno, y ¿quién es don Miguelito?

-¡La madre de Dios, pues no es usted cerrao, ni náa! ¿Quién va a ser? ¡El Rey de España! El mismísimo Primo de Rivera. Se ha liado de juerga hoy y ahí está La Caoba con él y unos cuantos cantores. En cuanto se pase la hora del vermut, vamos a cerrar para el público.

-Por eso es por lo que he visto unos cuantos tipos raros fuera.

-La secreta. Él no quiere que la policía vaya detrás de él, pero no puede quitárselos de encima.

Manolo se marchó a atender a otros parroquianos, pero volvió en seguida y comenzó a dar vueltas alrededor de mí.

-¿Qué opinas tú de don Miguelito, Manolo?

-Hum, ¿qué quiere usted que diga? Yo no me meto en política. Es un tío con reaños. Esto es lo que me gusta de él. Pero, mire usted, todos esos señoritingos que andan siempre a su alrededor como moscas a la miel, son una colección de mangantes que ni aun saben beber. Entre los dos, le diré que yo creo que va a acabar mal. Todos estos fulanos no vienen más que a chupar

del bote: «Don Miguel, bébase un chato...» y otro y otro. Y al final, yo mismo lo he visto, cuando le tienen caliente, le sacan un contrato para una carretera, para un amigo suyo o un puesto en un ministerio o una recomendación para sabe Dios qué. Pero en cuanto acaben de ordeñar la vaca, la mandan al matadero. Ya lo vera.

Manolo salpicaba su charla con gestos de gitano viejo que está contando la buenaventura.

-Me gustaría verle de cerca -dije.

-¿No le ha visto usted nunca?

-En retrato sólo.

-Espérese usted un poco. Le voy a presentar. Es un tío muy campechano. -Desapareció por un rato y cuando volvió, me dijo al oído-: ¡Venga! -Asomó la cabeza a través de la puerta entreabierta del patio-: Si Su Excelencia da permiso...

-¡Entra, Manolo!

-Pues, aquí lo traigo a este señor, que es un viejo amigo y que quería saludar a Vuestra Excelencia.

-Dile que pase.

Entré en el patio, bastante excitado y confuso, enfrentado con las miradas de todos los de la reunión. El general Primo de Rivera estaba repantigado en un sillón de mimbre y tenía a su lado una mujer de tipo agitanado. En el rincón opuesto había un grupo de gitanos con guitarras y dos muchachas con faralaes. Las mesitas del patio se habían agrupado en el centro para formar una mesa única, grande, que estaba llena de vasos y botellas, y alrededor de ella una colección de hombres y mujeres, los hombres de todas las edades, las mujeres todas jóvenes, menos dos con tipo de alcahuetas.

-¿Cómo está usted? Tome usted alguna cosa -dijo el general.

Era una situación embarazosa. ¿Qué diablos podía yo decirle a este hombre y qué era lo que podía decirme él a mí? Brindar

por la dictadura era algo que yo no podía hacer. Decirle algo así como «a su salud» me parecía ridículo. El general me salvó de la dificultad:

-Si quieren ustedes beber buena manzanilla, señores, vayan al Montillano, en Ceuta. Ese hombre sabe lo que es vino.

-Tiene usted razón, mi general -dije espontáneo.

-¡Caramba! ¿Usted conoce el Montillano?

-He sido sargento en Ceuta, mi general, y el general Serrano me invitó alguna vez allí.

-¡Ah, aquéllos eran los buenos tiempos! ¿Cuándo dejó usted Marruecos?

-Hace un año, poco más o menos.

-Bien, bien. ¿Y qué opina usted de Marruecos?

-Es muy difícil para mí decir lo que pienso, mi general. He sido allí un soldado y no me quejo; no me fue muy mal. Otros lo han pasado peor que yo, sin hablar de los que no han vuelto y se han quedado allí bajo tierra.

-No es eso lo que yo le preguntaba. Yo estaba hablando de Marruecos. ¿Debemos abandonarlo o no?

-Ésas son cosas muy altas para mí, mi general.

-Sí, naturalmente, pero yo quiero saber lo que usted piensa. Usted ha estado allí, ¿qué haría usted si estuviera en mi puesto? Dígalo con toda franqueza.

-Pues..., diciendo la verdad -muchas veces he pensado si en aquel momento fui tan atrevido por causa del vino-, yo he servido en filas y he visto mucha miseria y muchas cosas mucho peores que miseria. Creo, mi general, que el hombre que quiera gobernar España debe abandonar Marruecos, que no es más que un matadero.

Manolo, a espaldas mías, puntuó mis frases con una simple exclamación gitana:

-¡Ele!

-El general Primo de Rivera opina lo mismo, muchacho. Y si puede lo hará. Y podrá, aunque el diablo se empeñe.

El general se había medio incorporado de la butaca, pero ahora se dejó caer pesadamente contra el respaldo curvo. La cara paternal se cambió en una de aburrimiento. No dijo nada más.

-Excusen ustedes por haberles interrumpido, señores. ¿Manda usted alguna cosa, mi general?

De pronto la rutina automática del ejército había surgido en mí, ayudándome a salir de la situación. Me daba lástima el viejo que ahora estaba en la silla con la cara de un perro azotado.

-Nada, muchacho. Muchas gracias. Manolo me acompañó a mi mesa:

-¿Qué opina usted del general? -preguntó-. Es un gran tipo, ¿no?

-Manolo, ¿te das cuenta que me puedo ganar ahora mismo mil pesetas, contando lo que acaba de decir el general? -Me venía a la cabeza una visión de mi interviú en la primera página de los periódicos. Manolo se puso serio:

-¡Por la salud de su madre, don Arturo! No sea usted idiota y vaya a hacer un disparate que nos comprometa a todos, y que le cueste a usted que le metan en la cárcel hasta que le salgan canas. Escuche usted a un viejo que no le ha engañado en su vida. Y me parece que lo mejor que puede usted hacer ahora es marcharse a cenar.

Hasta que yo me uní a la tertulia de la taberna de Serafín, el señor Paco había sido allí la voz cantante. Ahora lo era yo. Podía haberse resentido de que yo le hubiera arrebatado un derecho adquirido en veinte años de discusiones políticas alrededor de la mesa de mármol de la trastienda. Pero con todo su aplomo revolucionario, el señor Paco era un hombre sencillo que se

asombraba por todo lo que no conocía.

Lo que él conocía a fondo eran las cuatro paredes de su taller de carpintería, las mil y una clase de maderas que existen bajo el sol, las informaciones de los periódicos de izquierda más rabiosos, sobre todo los satíricos, la topografía de todo el barrio de Lavapiés, y el río Jarama a donde iba a pescar y a bañarse en los veranos.

-El oficio ahora es una vergüenza. A mí deme usted una buena mesa de nogal macizo, y no esas porquerías de pino sin labrar, forradas con una chapita que se llena de bultos con un puchero caliente. O encina. La encina es la mejor madera del mundo. Pero hay que saberla trabajar, si no, la herramienta se escurre como si fuera hierro en vez de madera. Mi maestro, el señor Juan, que Dios tenga en paz, me tuvo serrando encina un año entero, hasta que me harté y un día le tiré la herramienta encima del banco: «¡No sierro más!». Me dio un pescozón, era lo que le daban a un aprendiz entonces y a veces hasta a los oficiales, y me dijo: «Qué, ¿te crees que ya lo sabes todo? Bueno, pues vas a trabajar con la garlopa». Y me dio un cepillo y un tablero de encina para que lo alisara. Me hubiera gustado veros a uno de vosotros allí. La condenada herramienta se atasca en la madera y no corta aunque eches las tripas por la boca. Me costó dos años aprender a cepillar encina y sacar virutas tan finas como papel de fumar. Pero ahora... Sierras con una máquina, cepillas con una máquina y barnizas a máquina. ¡Todo lo más que hay que hacer es serrar unos cachos de pino y pegarles una tapa de caoba y después darle con el pulverizador!

-Pero, señor Paco, las máquinas significan progreso. A ver si nos ponemos de acuerdo. Está usted siempre hablando de socialismo y de progreso y luego empieza usted a maldecir de las máquinas.

-¡Pero por Dios vivo! Yo no quiero decir nada de eso, lo que quiero decir es que ahora ya no hay obreros de verdad. Yo puedo trabajar la madera, pero me da grima que los otros no

son capaces de hacer ni esto -e hizo crujir las uñas-. Todo es mecánico. Y lo que pasa es que ahora hacen las cosas a montón como los buñuelos y luego, cuando los obreros piden más jornal, les grita el amo: «Hala, largo de aquí. Para serrar me basta cualquiera, hasta una mujer, si hace falta».

-Bueno, ¿y qué hay de malo con que las mujeres sierren?

-¡Las mujeres a fregar y a dar de mamar a los chicos!

-¿Y se llama usted un socialista?

El señor Paco no sabía qué decir, cuando yo atacaba su socialismo emocional con burlas a veces bastante crueles.

Una noche los periódicos publicaron la noticia de que Abd-el-Krim había cortado las comunicaciones entre Tetuán y Xauen. No lo decían así; contaban la historia de algunos ataques y la pérdida de ciertas posiciones, cuyos nombres no significaban nada para el lector ordinario, aunque significaban desastre para los que conocían el campo de batalla. No sólo significaban que los rebeldes habían cortado las comunicaciones entre Xauen y Tetuán, sino que también amenazaban cortarlas con Ceuta. Habían capturado varias posiciones del macizo de Gorgues, la montaña que domina Tetuán, y desde allí podían escoger o atacar la ciudad o cortar la línea del ferrocarril y la carretera de Ceuta. La kábila de Ányera, cuyas ramificaciones cubren la costa entre Tánger y Ceuta, daba muestras de rebelión. Aparentemente, se había dado a los jefes de las kábilas armas como una medida de buena política y ahora se sentían inclinados a usar estas mismas armas para un asalto a Ceuta y a Tetuán, de acuerdo con Abd-el-Krim.

Dejé el periódico sobre el mármol del velador en el rincón de la taberna de Serafín. El señor Paco lo cogió y leyó los titulares.

-¡La misma historia de siempre! Ese viejo calzonazos de Primo de Rivera, siempre prometiendo que va a acabar con Marruecos y lo único que hace es tomarnos el pelo, como nos lo tomaron cuando yo estuve allí.

-Esta vez va en serio, Paco. Abd-el-Krim ha ido demasiado lejos.

-Bah, ¡mierda! Éstos son los viejos trucos de los generales. Me los sé de memoria. Una lástima que no nos echen de allí a patadas para siempre. Nos costaría diez mil hombres o más, pero se acabaría. Como ahora es, no es más que una sangría suelta.

-Voy a contarle algo, Paco. -Me acodé en la mesa, muy confidencial. Serafín cerró la puerta de cristales-. Hace pocas semanas estuve hablando con Primo de Rivera.

-Sí, ¡y un jamón! -exclamó el señor Paco.

-Bueno, lo puede usted creer o no. Pero Primo de Rivera quiere abandonar Marruecos.

El círculo de amigos se quedó silencioso, esperando que aquello iba a acabar en una de mis bromas habituales. El señor Paco se puso serio:

-Ésa no me la trago, don Arturo. Usted se burla de uno como yo, porque uno no tiene estudios ni nada, pero no está bien que haga usted eso. Por menos que una broma así le doy yo dos bofetadas a cualquier hijo de madre. Ya soy muy viejo para que se rían de mí.

-Estaba hablando en serio, Paco.

-Y yo le digo que hemos terminado de tratarnos como amigos. Me levanté:

-Bien, no quiero armar una bronca. Serafín, danos una ronda por mi cuenta.

Bebimos en un silencio hostil. De pronto el señor Paco estampó el vaso sobre el mármol:

-Primo de Rivera es un hijo de mala madre, como todos los generales habidos y por haber, pero... Bueno, usted me ha estado tomando el pelo y yo se lo perdono. Pero broma o no broma, si el viejo marrullero ese abandona Marruecos, el señor Paco, el ebanista, se planta en medio de la Plaza de Antón Mar-

tín y grita a voces que es el tío más grande que ha nacido en España. He dicho. Y ahora, Serafín, danos otra ronda, no tengo ganas de que esto acabe mal.

Unos pocos días más tarde comenzaron las operaciones para liberar la guarnición sitiada en Xauen. En un discurso en Málaga, el general Primo de Rivera anunció que intentaba retirar las tropas a las plazas de soberanía -Ceuta, Melilla y Larache- y abandonar la zona de Protectorado. Inmediatamente la kábila de Ányera se sublevó y las comunicaciones entre Ceuta, Tánger y Tetuán quedaron cortadas. Comenzaron a enviarse millares de soldados a Marruecos. Los periódicos no publicaban más que noticias de la guerra.

El señor Paco devoraba los periódicos y comentaba las noticias a su manera:

-Ahora vais a ver cómo se acaba esto: otro desastre como el de Melilla y otros cincuenta mil muertos. Y al fin se harán las paces con Abd-el-Krim, se le dará un buen puesto y se le forrarán los bolsillos de dinero. Y así se arreglarán las cosas, hasta que se subleve otro y se vuelva a empezar.

-Esta vez las cosas son diferentes, Paco.

-¿Diferentes? Eso quisiera yo. Todos son una banda de granujas. Por eso es por lo que han hecho la dictadura. Primero, para que no se sepa lo que el Rey ha hecho; ¿dónde han ido a parar los papeles de Picasso? Segundo, para poder hacer otro amaño de los suyos y guardarse unos millones. ¡La carne de cañon está barata! Y tenga usted hijos para que se los maten. ¡Así permita Dios revienten todos ellos! -El señor Paco se enjugó la frente; el verano de 1924 fue tórrido. Después agregó-: Y no me venga usted más con sus cuentos. Marruecos no se ha arreglado ni se arreglará nunca. Es la maldición de España y todas nuestras desdichas vendrán de allí. Ya lo veréis con el tiempo todos vosotros.

Primo de Rivera se marchó a Marruecos a hacerse cargo del mando de las fuerzas. Se llevó a cabo la retirada. Fue una victoria estratégica y una hecatombe. Todas las kábilas de la zona de Ceuta y Tetuán se unieron a los rebeldes. La táctica de Primo de Rivera fue liberar las guarniciones de las posiciones y de los blocaos lo mejor que pudo: unas peleando y otras por rescate en dinero y en municiones. Muchas guarniciones fueron liberadas a cambio de entregar su armamento a los moros, a quienes además se les entregaba una cantidad idéntica de armamento como premio: es decir, pagaban dos fusiles por cada hombre rescatado. Las fuerzas españolas afluían al Zoco del Arbaa, desarmadas y desmoralizadas. Desde allí tenían aún que llegar a Ceuta, atravesando territorio hostil que se levantaba a su paso. Se perdieron veinte mil hombres y una cantidad inmensa de material de guerra.

Yo me conocía el terreno palmo a palmo y podía seguir la catástrofe paso a paso. Tomé la costumbre de comprar los periódicos de la tarde al salir de la oficina y sentarme a leerlos en Villa Rosa hasta la hora de cenar. Me sentía incapaz de discutir más el asunto con el señor Paco. Hacia fines de 1924, la mayor parte de las fuerzas españolas habían sido licenciadas. Se dejaron fuertes guarniciones en Ceuta, MeJilla y Larache y se abandonó el resto del territorio. La insurrección se había hecho dueña de toda la zona del Protectorado. Primo de Rivera decretó el bloqueo de la zona. La prensa y la opinión pública le aclamaban como el salvador de Marruecos

La ruta sin fin

Capítulo X

En la noche del 26 de diciembre de 1924, un sargento de Ingenieros entró en Villa Rosa. Yo estaba sentado en mi rincón habitual y no veía más que su espalda, mientras él estaba reclinado sobre el mostrador del bar. Encontraba algo familiar en su figura que me forzaba a seguir mirando. En verdad deseaba que fuera alguien a quien yo conociera. Me encontraba solo, entre gentes ignorantes de este Marruecos que aún era una obsesión para mí.

El sargento se volvió a medias y me presentó su perfil. Era Córcoles. La amistad entre gentes que han estado juntos en una guerra es un sentimiento extraño: el ejército le obliga a uno a compartir la misma tienda o a sentarse lado a lado en el círculo que pela patatas alrededor del caldero. Son gentes absolutamente desconocidas. La vida común los convierte en camaradas. La guerra, al fin, los suelda unos a otros con una solidaridad que no es humana, sino más bien la de animales en un peligro común que se agrupan en manada; y al fin esta solidaridad se convierte en amistad. Cuando el licenciamiento llega, cada uno de estos amigos vuelve a su hogar y la masa anónima del pueblo se lo traga. Cada uno de ellos contando sus experiencias a sus conocidos recuerda a veces al amigo perdido, lo menta, y lo convierte en personaje de una historia. A veces exclama entusiasta: «Ha sido el mejor amigo que he tenido en mi vida». Y sin embargo este amigo se ha disuelto en el aire, ha dejado de existir; no cuenta más en su nueva vida. Pero un día ambos se encuentran de nuevo frente a frente, y de golpe resucita un trozo de vida que es inolvidable, no importa cómo

hayamos tratado de enterrarla en el olvido. Se abrazan, se golpean los hombros, balbucean, gritan, hablan... y después vuelven a separarse, posiblemente para siempre. Pero cada uno de estos encuentros revuelve en la mente todos los pasos que allí guarda dormidos todo el que ha sido soldado y trata de no acordarse más.

Corcóles y yo nos abrazamos tan ruidosamente que ahogamos por un momento el ruido del bar, lleno a aquella hora. Hubiéramos reducido al silencio los ruidos del café más lleno de Europa. Córcoles había escapado a la matanza, había vivido a través de la retirada de Xauen y ahora estaba con permiso en Madrid, con cada nervio de su cuerpo felino desatado. Nunca me había dado cuenta de cómo lo quería. Ahora sentía como si fuera a llorar. Grité:

-¡Manolo, manzanilla! ¡Manzanilla, Manolo! Una botella o dos o las que quieras. Ven y bebe con nosotros; yo pago. Tráete vino pronto; tenemos que emborracharnos. Mírale, se ha escapado. ¡Tiene siete vidas como un gato!

Cuando Córcoles se emocionaba, se volvía tartaja y las vocales le salían como un cacareo de una gallina:

-¡Vi-iii-no-oo! ¡Aaa-buu-eloo!

-¿Quién es el abuelo aquí, cascarria? Todavía puedo preñar a tu madre.

-¡Manolo, no seas bestia!

-¡A este niño le rompo yo las narices, don Arturo!

-¡Tú harás muy bien de guardarte de ello, voceras!

-Bueno, bueno, vamos a ver qué pasa. ¿Usted es un amigo de don Arturo o qué?

-Manolo, no seas idiota. Éste es el mejor amigo que he tenido en África. Mírale a la cara.

-Bueno; y entonces, ¿por qué es este escándalo? La botella la pago yo y ustedes se callan.

¡Vino, vino! Usted viene y le dice a Manolo: «Yo soy amigo de don Arturo», ¡y ya está! Aquí está Manolo a su servicio. Pero nada de hablar de las canas, ¿eh? Y ahora dígame una cosa: ¿a usted no le mataron en Marruecos?

-¡Caray! Creo que estoy aquí vivito y coleando. ¿No me ve?

-¡Ca, hombre, ca! Usted es un fantasma, con huesos y esa ropa. Le voy a traer a usted una tapa de salchichón que le va a rellenar en dos minutos.

-¡Ay, su madre! Este viejo se está quedando conmigo.

Manolo y Córcoles simpatizaron uno con otro de tal manera como para ponerme a mí celoso. Manolo puso frente a Corcóles una colección de tapas bastantes para hacer una comida abundante, en lugar de las transparentes rajitas que en general se servían con el vino. Se quedó a su lado con un paño al hombro, mirándole comer.

-Usted coma y beba. Está usted más flaco que el hilo de zurcir. ¡Y no me mire usted a la zorra esa! A usted lo que le hace falta es comer y beber y guardarse el aceite en el pellejo. Verdaderamente si a Córcoles se le hubieran rapado los rizos revueltos que le hacían la cabeza de doble tamaño, y le hubieran dejado en cueros, no hubiera parecido más que una armazón de huesos cubierta de pellejo negro: la nuez le brincaba sobre el cuello, los ojos estaban hundidos en el cráneo y las manos eran cinco rabillos de perro pelón. Pero su guasa era mordaz y más cínica que nunca. Tenía la insolencia de un hombre que se ha enfrentado con la muerte.

-Bueno, cuéntame, ¿cómo estás?

-Pues ya lo ves. En los puros huesos. Cuando llegamos a Ceuta me tuvieron que meter en el hospital en piezas, porque me había desarmado. Y el doctor dijo: «Dos meses de permiso.

¿Dónde quiere ir?». «A Madrid», le dije. «Pero ¿no tiene usted aquí familia?» «Sí, señor, le contesté, pero la familia y los tras-

tos viejos, lejos. ¡Qué!, ¿quiere usted que salga del hospital para que la mamaíta y las hermanitas me cuiden y me mimen? Para que se pasen todo el día diciendo: Estate quieto, no te muevas, siéntate al sol. Bébete esta tacita de caldo. Arrópate; no, gracias.» El doctor se echó a reír y me dio un vale para que me bañase en el Manzanares.

Se volvió y se quedó mirando a una muchacha:

-¡Caray! ¡Vaya unas mujeres que tenéis por aquí! Manolo, tráeme más jamón. Te voy a subir la propina. Me estoy gastando la mitad de la grava de la carretera de Tetuán a Xauen. Durante la semana entre Nochebuena y Año Nuevo, los negocios se paralizan. Pedí unos días de permiso y me dediqué a actuar como cicerone de Córcoles, que no conocía Madrid. Y poco a poco fue contándome sus experiencias:

-¿Tú sabes? En Xauen se estaba estupendamente. Tú no lo has conocido cómo cambió. Hasta la Luisa puso allí una sucursal y una taberna en cada esquina. Está estupendo. Bueno, estaba, porque allí ya no quedan ni las ratas. La misma historia de siempre: los moros atacaban uno u otro de los convoyes, pero en Xauen se estaba más tranquilo que aquí con todos estos tranvías; no me acostumbro al ruido. Y así un día oímos que habían atacado Uad Lau, y al siguiente que habían atacado a Miskrela, y al tercero que... Bueno, así una lista. Pero no nos preocupábamos mucho. Hasta que de pronto un día nos dijeron que las cosas iban mal: estábamos cortados con Tetuán. Y allí nos tienes, dando vueltas como burros de noria, los moros poniéndonos caras feroces y el zoco vacío sin que apareciera nadie a vender, y nos estábamos quedando sin nada que comer. Bien, no nos querían vender comida y nos la tomamos: un día limpiamos hasta los rincones de Xauen. Mientras tanto, nos estaban friendo a tiros. Municiones teníamos de sobra, si no, no salimos de allí uno vivo. Al final comenzaban a tirarnos piedras. Así, un día vino el Tercio y dijo: «Se acabó,

¡nos vamos!». «¿Nos vamos dónde?» «Sí -nos dijeron-, nos

vamos a España y la guerra se acabó.»

La guerra podía haberse acabado, pero en Xauen no había un dios que lo dijera; nos estaban asando a balazos de día y de noche. La Legión se quedó allí; habían recibido refuerzos y había venido Franco. Se evacuaron las tropas peninsulares y nos mandaron al Zoco del Arbaa a la luz del día. Tuvimos un poco de tiroteo en el camino, pero íbamos bien protegidos y la cosa no fue grave.

Tú ya conoces el Zoco. Fue allí donde yo te conocí primero, ¿te acuerdas? Cuando llegamos allí, las cosas estaban bastante mal. Había miles y miles viniendo de todas partes, todos hambrientos, comidos de piojos, muertos de sed, sin armas, medio en cueros. Todos parecíamos mendigos; y todos los peces gordos estaban en el Zoco; Millán Astray, Serrano, Marzo, Castro Girona, bueno, toda la pandilla. Nadie sabía qué hacer. Los cantineros no tenían ni agua. Dos días mas tarde llegó la Legión a medianoche. Habían estado rellenando uniformes con paja todo el día y después se habían escapado de Xauen dejando los peleles entre los parapetos, con palos imitando fusiles. Supongo que los moros se tiraron de los pelos al otro día. Pero los legionarios nos metieron prisa: "¡Hala, fuera de aquí antes que se enteren!".

Córcoles apuró su vaso de vino y se puso a trazar líneas con el dedo sobre la mesa.

-Debes acordarte de la situación del zoco. Está en lo alto de un cerro y si vas de allí a Tetuán, lo primero que tienes que hacer es bajar una cuesta empinada con un bosque a la derecha. ¿Te acuerdas aquel camión que estaba ardiendo el día que tú llegaste? Los moros acababan de hacer una emboscada. Bueno, siguiendo con la cuestecita: cuando llegas abajo, tienes que pasar un barranco lleno de árboles, allí donde comienza el bosque, y tienes que empezar a subir otra cuesta. Después, la carretera va derecha a Ben-Karrick. Cuando empezamos a bajar la cuesta, nos metimos en un infierno de balas. La Legión se tiró al ba-

rranco y nosotros de cabeza a la cuneta. Los moros se cargaron a todos los que no anduvieron listos. Nos tomó cuatro horas llegar al barranco y dos horas subir la otra cuesta, antes de que estuviéramos en campo abierto. Ha sido la carnicería más grande que he visto en mi vida. Mataron a casi todos los oficiales del Tercio, mataron al general Serrano, le hirieron otra vez a Millán Astray; y te puedes imaginar lo que le pasaba al pescado menudo que caía a cientos, si esto le pasaba a los peces gordos. En el fondo del barranco no podías verte los dedos de la mano, con el humo y el polvo, los gritos y las blasfemias, y no había más remedio que pisar a los que habían caído para seguir andando. En Ben-Karrick era peor aún: desde la montaña nos tiraban de día y de noche. Llegamos a Tetuán la mitad o menos. Y en Tetuán los cerdos nos asaban de día y de noche desde Gorsgues. -Córcoles se bebió otro vaso de vino-: Sí. Ahora, escucha: yo no puedo tragar a esos fulanos del Tercio. El que no ha matado a su padre o ha hecho algo peor, está para que le encierren en un manicomio. Pero la verdad es que sin ellos, el resto de nosotros no hubiéramos salido vivos. Y el tal Franco está más loco que todos ellos juntos. Le he visto en el maldito barranco más fresco que una lechuga dando gritos: «¡Agacha la cabeza, idiota...! ¡Dos hombres detrás de aquella piedra de la derecha...!». Levantaba la nariz un soldado y le zumbaron patas arriba; un oficial se acercó a él y le mandaron a hacerle compañía; pues bien, Franco salió sin un rasguño. A mí me asustaba más verle que las balas. -Se bebió otro vaso de vino y volvió a nuestras viejas reminiscencias-: ¿Te acuerdas de la posición que estaba llena de tortugas y tú amaneciste una mañana con dos pequeñitas, verdes aún, entre el pecho y la camisa? Y ¡te acuerdas de la posición de donde nos echaron las pulgas!

Así, llegó una noche en la que nos pusimos a discutir el problema político que entonces estaba centrado en Marruecos.

-Yo no entiendo una palabra de los líos que se traen aquí - dijo

Córcoles-, pero en Marruecos las cosas están que arden.

Estábamos en Villa Rosa. Manolo nos trajo una bandeja llena de chatos y se quedó recostado en el respaldo de una silla. Córcoles se calló.

-Sigue -le dije.

-Bueno, seguiré. En Marruecos las gentes dicen que nos vamos de veras.

-Sí, amiguito -dijo Manolo-. Nos vamos y ustedes se pueden ir con sus granujerías a otra parte.

-Ya me parecía a mí que lo mejor era callarme.

-Tú sigue -dije yo-. Y tú, Manolo, deja por una vez hablar a la gente.

-Está bien. Me callo, pero no me voy.

-Por mí, se puede usted quedar -replicó Córcoles-. No le gusta lo que ha oído, pero va usted a oír un poco más. Marruecos es una vergüenza. -Algunos de los clientes volvieron la cabeza y Córcoles, inspirado por el auditorio, levantó la voz-: Sí, señor. Una vergüenza. Los españoles no tenemos derecho a abandonar Marruecos. Lo que se ha hecho con nosotros ha sido una canallada. Han dejado que maten a miles de los nuestros, nada más que porque los políticos creen que sería muy cómodo abandonar Marruecos. Pero nosotros en el ejército tenemos nuestro honor y las cosas no van a seguir como están. No van a seguir, te lo digo yo, aunque se empeñe el mismísimo Primo de Rivera.

Un hombre se acercó a Córcoles:

-¡Usted se calla! El general Primo de Rivera es la cabeza del Estado. Otro cliente vino detrás del primero y le tiró de la manga:

-El que se calla es usted. El sargento, aquí, tiene razón. ¿Qué es eso de dejar que nos maten los hombres y encima abandonar lo que nos ha costado tanta sangre? Y limpiarnos el culo con los

tratados. ¡Usted es un idiota!

Manolo se encrespó:

-Usted se calla, ¡marica! Siga usted, sargento.

Se había formado un gran corro alrededor de nuestra mesa. La mayoría vociferaba que debíamos abandonar Marruecos, pero había una minoría que mantenía lo contrario. De repente, el chico de los periódicos gritó:

-Claro, los señoritos no quieren que nos marchemos de allí. ¡Viva la República!

El grito fue tan absurdamente inesperado que por un instante se hizo un silencio total. Pero un momento más tarde sonaban bofetadas, se levantaban sillas en alto y volaban algunos vasos y botellas. Manolo nos cogió a los dos por el brazo y nos plantó en el corredor. Abrió la puertecilla de atrás que daba a la calle del Gato:

-¡Hala, fuera de aquí, vivos! Ustedes no saben nada de lo que ha pasado. Yo me voy dentro, a ver si llego a tiempo de soltar un cogotazo a uno de esos señoritingos.

La calle del Gato es en realidad una calleja de tres metros de ancho pavimentada con viejas losas. Uno de esos callejones que se han quedado olvidados en el corazón de cada gran ciudad. Cuando se entra en ellos, la vida es distinta: no pasan carruajes y los transeúntes son escasos. El ruido de coches y tranvías se oye muy lejano. Las casas están cerradas y en los balcones las persianas echadas. En aquel callejón no había más que una taberna con la vidriera siempre cerrada, una tienducha que vendía preservativos, un café de camareras con algunas viejas putas hinchadas por la edad y la sífilis sentadas a la puerta, aguardando a unos parroquianos que nunca llegaban. Los gatos se paseaban libremente por la calle, haciéndose el amor y a veces bufando a los transeúntes. Algunas de las bombillas de luz sobre los portales de las casas estaban apagadas, pero hasta las que ardían sólo daban una lucecilla amarillenta que llenaba

la oscuridad de sombras.

Córcoles y yo empujamos la puerta de la taberna, que estaba precisamente enfrente de nosotros, y nos hundimos en una atmósfera de olor de pescado frito, vino agrio y humo de tabaco frío. Nos sentamos a una mesa y pedimos un poco de pescado frito y dos vasos de vino:

-Vaya un lío que he armado -dijo Córcoles-. Y no me hubiera hecho gracia dormir en la comisaría, sobre todo estando de uniforme.

-Bueno, ya está hecho. Ahora cuéntame de verdad lo que tú crees, pero sin ataques patrióticos, ¿eh?, ya te conozco.

-El patriotismo fue para la galería. Pero para decirte la verdad, chico, la verdad es que ¿dónde diablos vamos a ir nosotros? Si se acaba Marruecos, yo mismo me veo en la Península con treinta duros al mes, ahora que tengo una chica y quiero casarme con ella. Y si me licencio, ¿qué puedo yo hacer sin oficio ni beneficio? Y lo mismo nos pasa a todos. Coge uno de los coroneles con su paga de 999,99 pesetas, quítales el chupen de Marruecos y ponle en una provincia, con la señora «coronela» acostumbrada a ser una dama de alta sociedad, y ¿qué pasa? Te digo, a Primo se le ha hinchado la cabeza con el puesto. Pero créeme, lo de Marruecos va a traer cola. Nuestra gente está dispuesta a rebelarse por las buenas o por las malas como dé la orden de abandonar aquello y nos embarque para España. Y hay más. Es muy fácil decir que España se va a quedar con Ceuta y Melilla, pero ¿tú sabes lo que está pasando ahora? Ahora no puedes ni ir de noche al muelle de la Puntilla, porque los moros de Ányera te cortan el pescuezo, te limpian los bolsillos y te tiran al mar. Si las cosas siguen así, el día menos pensado se nos meten en Ceuta y nos echan a todos a la bahía. Ir de Ceuta a Tánger es jugarse la vida, porque no tenemos más que estrictamente la carretera y la vía del tren y por ambos lados los moros te sueltan un tiro cuando se les antoja. Primo quiere algo que es imposible: estar allí y no estar; repicar y

andar en la procesión.

-Bien -dije yo-, no sé cómo están allí las cosas, pero lo que sí sé es que aquí todo el mundo está convencido de que vamos a abandonar Marruecos. Primo de Rivera se ha comprometido a ello y lo ha dicho públicamente al país.

-Una cosa es predicar y otra dar trigo. Ni los generales ni nosotros los sargentos nos queremos marchar. Si es necesario, Sanjurjo se va a levantar contra Primo, y Franco con él y el Tercio y los Regulares. Además hay otro factor... -Córcoles tenía la boca llena de pescado frito y me dejó en suspenso.

-¿Qué otro factor? ¿El Rey?

-No, señor. Más grande que eso. Mira: en África la gente habla y se cuenta una cantidad de historias, la mitad de ellas mentiras. Pero esto me parece serio. Con la retirada les hemos dejado a los franceses con el culo al aire. Lo primero, se les ha acabado el negocio de vender fusiles y municiones a los moros; y lo segundo, Abd-el-Krim les está dando un mal rato con sus propagandas en la zona. Pero lo peor para ellos es que si nos vamos de Marruecos, se van a meter allí los ingleses o los italianos o los alemanes, y esto Francia no lo aguanta. Para acabar la historia: lo que se cuenta es que el Gobierno francés le ha dicho a Primo que o respeta los convenios o que se atenga a las consecuencias. Y aparentemente se han puesto a la vez de acuerdo con Sanjurjo y han estado muy a bien con Franco, desde que estuvo en París estudiando con el viejo Pétain, y la cosa parece como si todo estuviera listo para armar una gorda. Así que en unos pocos meses comenzamos la reconquista.

-Todo eso me parece una novela por entregas. Cuando vuelvas a Marruecos, escríbeme y cuéntame el próximo capítulo.

Salimos de la oscuridad de la calle y nos sumergimos en la luz y el ruido cien metros más allá.

Ocurrieron varios acontecimientos entre enero y junio de 1925. Las tropas de Abd-el-Krim y las del Raisuni se habían unido

para echar a las tropas españolas de Xauen, pero cuando llegó la hora de repartirse el botín, comenzaron a pelearse. Xauen pertenecía al territorio de Yebala, el dominio del Raisuni, y los rifeños se habían establecido allí como los amos. El Raisuni mismo, inmovilizado por la hidropesía en sus montañas de yébel Alam, llamó a sus partidarios; y los dos cabecillas comenzaron una guerra. Pero el Raisuni no podía hacer cosa alguna contra los cañones y las ametralladoras de Abd-el-Krim. La guerra no duró más que unos días. Abd-el-Krim hizo prisionero al «señor de la Montaña» en su guarida de Tazarut, le quitó su tesoro que valía millones y se lo llevó prisionero al Rif, donde murió en abril.

Mientras el cabecilla ganaba esta victoria, su hermano Mohammed se fue a Londres, hizo una serie de visitas y publicó unas declaraciones sensacionales en las que prometía la paz tan pronto como las naciones europeas reconocieran la República del Rif. Simultáneamente se volvieron más frecuentes las incursiones y las emboscadas en la zona francesa. En abril, los franceses llevaron tropas de la metrópoli y comenzaron una ofensiva. En mayo, Primo de Rivera dio el paso más arriesgado de toda su carrera: negoció un armisticio de tres meses con Abd-el-Krim.

Las fuerzas francesas sufrieron derrota tras derrota ante las tribus rifeñas y en la Cámara de Diputados se produjeron escándalos que repercutieron en motín en las calles de París. Jacques Doriot, el líder comunista, lanzó un manifiesto en el cual tachaba como agresor al Imperio francés y pedía el reconocimiento de la independencia del Rif y el abandono de Marruecos por los franceses. El envío de fuerzas expedicionarias para una guerra colonial provocaba el descontento de las masas, con los recuerdos de la gran guerra aún frescos. Al fin de mayo, los escándalos en la Cámara eran diarios y el Gobierno francés parecía impotente para dominar la situación.

Por aquella época, yo estaba tratando de entender y seguir el

desarrollo de las dos grandes ideas opuestas, fascismo y socialismo -o comunismo- fuera de España. En mi propio país encontraba difícil ajustar los movimientos políticos en la forma ortodoxa: el movimiento obrero, al cual yo pertenecía, tenía grupos pequeños y articulados, pero sin influencia, y a la vez grandes masas inarticuladas e inquietas, arrastradas por fuerzas y sentimientos que desafiaban cualquier expresión organizada. La dictadura de Primo de Rivera había copiado abiertamente el sistema político que Mussolini había creado en su país: estableció el partido único y las corporaciones. Y sin embargo, pocos de nosotros llamábamos abiertamente un fascista a Primo de Rivera. Yo mismo, con todo mi odio y desconfianza hacia los generales, tenía una esperanza de que el viejo era honrado en sus vociferaciones y liberaría a España del íncubo de Marruecos y de la ola de violencia. Por otra parte, aún entonces me sentía asustado de las fuerzas que estaban tomando desarrollo detrás de la escena; las había visto en su propio traje en Marruecos, pero casi no entendía lo que había visto y sentido. Este miedo vago me hacía leer entre líneas la información escasa de la prensa, como si a través de lo que estaba pasando en el exterior pudiera llegar a encontrar el ángulo exacto, la perspectiva necesaria, para apreciar lo que estaba ocurriendo con nosotros.

La acción de Doriot me perturbaba y me extrañaba. Me parecía obvio que una revuelta de las masas en Francia, conducidas por el Partido Comunista bajo una bandera prestada de Abd-el-Krim, provocaría inmediatamente una contrarreacción de todos los poderes que habían firmado el tratado de Algeciras. Arrastraría a toda la casta militar francesa a una actividad pronta y efectiva. En verdad, el único efecto inmediato del manifiesto de Doriot fue que M. Malvy visitó a Primo de Rivera en Madrid y como consecuencia los dos gobiernos se pusieron de acuerdo para destruir a Abd-el-Krim con una acción común. Pensaba yo que la actuación de Doriot había sido tan absoluta-

mente estúpida que igualaba a la de un agente provocador. Su carrera política ulterior hace posible el preguntarse si era, no un demagogo torpe, sino un sirviente eficaz de sus amos.

A principios del verano de 1925 recibí una carta de Córcoles. Decía: «No sabemos lo que va a pasar, pero Primo no va a durar mucho. Ya habrás oído que Franco presentó la dimisión como jefe del Tercio. Sobre esto corre una historia que te va a divertir: cuando Primo vino a Melilla, Franco y los oficiales del Tercio y los Regulares le invitaron a una comida y le gastaron un bromazo. Todos los platos que sirvieron eran platos de huevos: fritos, escalfados, cocidos, tortillas, y yo no sé en cuántas formas. El viejo preguntó -al menos así lo cuentan- por qué había tanta abundancia de huevos, y le contestaron que, como se iban a ir de Marruecos, los huevos no hacían falta, porque los que se quedaban eran los únicos que necesitaban tener huevos. Se armó una bronca terrible y hasta se dice que uno de los oficiales le amenazó con la pistola a Primo. Franco mandó su dimisión y todos los oficiales han declarado su solidaridad con él. Los sargentos de Ingenieros le mandamos una declaración de lealtad y casi todos la hemos firmado. Yo también».

Los reyes de España construyeron un famoso camino que se dirige de Madrid al norte. Lo comenzó Felipe II, cuando erigió la mole del Escorial. Los reyes que vinieron después construyeron sus sitios de refugio más cerca del palacio, en la Granja y en el Pardo, pero siempre dentro de esta ruta a los montes del Guadarrama. Se convirtió en la ruta del rey Alfonso XIII cuando iba a visitar sus posesiones o cuando conducía sus coches de carrera a la costa del Cantábrico. Es una ruta de reyes. A ambos lados siguen creciendo aún árboles milenarios, restos de los bosques primeros que una vez rodearon Madrid. Por un trecho el río Manzanares, con sus arenales, sus juncos y sus retamas, corre a lo largo de este camino. A la derecha están las laderas de la Moncloa y del Parque del Oeste, cubiertas de álamos, de

olmos, de pinos y de castaños de indias; ya cerca del Pardo comienza un bosque espeso y salvaje de encinas, una vez propiedad del Rey.

Los domingos solía yo coger un libro y marcharme a lo largo de esta carretera hasta los pinares. Algunas veces, antes de meterme en la arboleda, entraba en la capilla de San Antonio de la Florida y me recreaba un rato contemplando el techo pintado por Goya.

En las mañanas temprano solía haber únicamente unas cuantas mujerucas, perdidas en las sombras de la capilla, mientras el cura, un hombrón campechano, estaba sentado al sol a la puerta de la rectoría, o a la sombra de los árboles pomposos. Sabía que yo no venía a rezar; plegaba su periódico o cerraba su breviario, y me saludaba como un viejo conocido. Después entraba conmigo en el templo y encendía la luz de la cúpula para que pudiera ver los frescos, brillantes aún tras una película de un siglo de humo de velas. Las viejas mujeres volvían la cabeza, se nos quedaban mirando y luego volvían la vista a lo alto. El cura y yo solíamos discutir detalles de las pinturas en un susurro de iglesia. Se divertía en señalar la figura que se llama La maja de Goya y que se supone fue la duquesa de Alba, una figura de mujer joven vestida de rojo lado a lado del santo ermitaño.

-Mi amigo -decía a veces-, aquéllos eran otros tiempos. Los reyes se paraban aquí y la iglesia se llenaba. Ahora, las únicas gentes que aquí vienen son las lavanderas que encienden una vela al santo porque les ha salvado un chico, o jovencitas que quieren un novio y le rezan de rodillas para que haga el milagro.

Un domingo, cuando salía al pórtico soleado, vi un periódico sobre el banco de piedra. Era El Debate; y en él grandes titulares anunciaban un ataque a lo largo de la costa del Rif y un desembarco en la bahía de Alhucemas. La guerra en Marruecos había comenzado de nuevo. El desembarco había sido hecho

por el coronel Franco a la cabeza de sus legionarios.

Me fui a los pinares de la Moncloa y me dejé caer sobre la alfombra blanda y escurridiza de agujas de pino. Mientras miraba los grupos de gentes domingueras al pie del cerro, pensaba en Marruecos; y la ruta de los reyes que se extendía allá abajo, entre los árboles, me hizo pensar en aquella otra ruta que yo había ayudado a construir.

Veía el trazado de la pista desde Tetuán a Xauen, desarrollándose sin cesar hacia adelante a través de los cerros; y veía a los hombres cavando lentos la tierra y machacando la piedra.

Y recordaba algo que pasó antes de que la pista llegara hasta la higuera, que aún era un cruce de caminos entre todas las veredas usadas por los moros los jueves en su camino hacia el zoco.

Un moro ciego vino lentamente montaña abajo, golpeando con su palo los montones de tierra cavada y tanteándolos para no perder el leve rastro de la vereda en sus revueltas a través de las zarzas. De pronto, la vereda se interrumpió y el palo del ciego golpeó en el vacío. No había más tierra firme frente a él. Los moros y los soldados habían dejado de trabajar y miraban al ciego, bromeando entre sí. Abandoné mi asiento bajo la higuera y cogí al hombre del brazo para guiarle en el corte del terreno. Gruñó algo entre dientes, algo en árabe que no pude entender.

-¿Va usted al zoco, abuelo? -le dije-. Si va usted allí, venga conmigo, que le pondré en buen camino. Estamos haciendo una carretera y ya no existe más la vereda.

Al sonido de mis palabras levantó la cara roída de arrugas y de sol. Tenía una barba blanca sucia y unas cuencas vacías con ribetes rojos, los párpados legañosos hundidos en las cuencas.

-¿Una carretera?

-Sí, abuelo. Una carretera a Xauen. Será un gran camino, porque podrá usted ir sin tropezar. El ciego estalló en una carcaja-

da aguda y convulsiva. Golpeó con su palo los montones de tierra cavada y el tronco de la higuera. Después extendió en círculo el brazo, como si quisiera abarcar el horizonte, y gritó:

-¿Un camino llano? Yo siempre he caminado por la vereda. ¡Siempre, siempre! No quiero que mis babuchas se escurran en sangre y este camino está lleno de sangre todo él. Lo veo. Y se volverá a llenar de sangre, ¡otra vez y otra y cien veces más!

El moro ciego y loco volvió a sus montañas por el sendero que le había llevado hasta allí; y por un largo tiempo pudimos ver su silueta sombría en los cerros, huyendo de aquella maldita ruta que avanzaba hacia la ciudad.

Había olvidado el incidente. Ahora lo recordaba. Dos veces ya aquella ruta se había empapado de sangre española.

Y por aquellos días, miles de hombres estaban trazando nuevas rutas a través de toda España.

Fin

del volumen segundo de

“La Forja de un Rebelde”

(La Ruta)